

Raquel Villacamil

El
tren
de las
7:30



Raquel Villacamil

El
tren
de las
7:30



Raquel Villacamil

El
tren
de las
7:30
D
diëresis

Primera edición: octubre de 2022

© de esta edición:

Editorial Diéresis, S.L.

Travessera de les Corts, 171, 5º-1ª

08028 Barcelona

Tel.: 93 491 15 60

info@editorialdiéresis.com

© del texto: Raquel Villaamil

© de la foto de portada: [Svetlana Smirnova](#) / iStock

Diseño: dtm+tagstudy

Impreso en España

ISBN libro: 978-84-18011-27-6

ISBN ebook: 978-84-18011-28-3

Depósito legal: B 18627-2022

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

editorialdiéresis.com

@eddiéresis

*Para los que se caen y vuelven a levantarse;
para los que nos sostienen y nos mantienen en pie.*

*Siempre había pensado
que las viejas estaciones de ferrocarril
eran uno de los pocos lugares mágicos
que quedaban en el mundo.*

Carlos Ruiz Zafón

Índice

[17 de diciembre](#)

[Alec](#)

[Olivia](#)

[18 de diciembre](#)

[21 de diciembre](#)

[23 de diciembre](#)

[Junio - 15 años atrás](#)

[Julio - 15 años atrás](#)

[Agosto - 15 años atrás](#)

[Junio - 14 años atrás](#)

[Julio - 14 años atrás](#)

[Navidad - Presente](#)

[Nochevieja](#)

[Agosto - 14 años atrás](#)

[Septiembre - 14 años atrás](#)

[Año Nuevo - Presente](#)

[Febrero](#)

[Marzo](#)

[Julio - 5 años atrás](#)

[Abril - Presente](#)

[Mayo](#)

[Junio - 1 año después](#)

[Agradecimientos](#)

[La autora](#)

17 de diciembre

¡Las siete y diez!

Olivia Barnett salió corriendo de su casa y tropezó con el endiablado felpudo que la señora Potter se empeñaba, día sí y día también, en colocar torcido en el descansillo. Bajó el último tramo de escaleras hasta el porche y alcanzó su bicicleta al vuelo, montándose en ella como una amazona con reuma, y pedaleando a marchas forzadas cuesta arriba por su calle, Hancock Street, hacia la estación de tren de su ciudad.

Cambridge comenzaba a despertarse a aquellas horas de la mañana. La pequeña ciudad de Massachusetts, más conocida por la Universidad de Harvard que por cualquier otra razón, se desperezaba soñolienta, engalanada para la cercana Navidad.

Olivia sorteó un par de coches y a varios peatones despistados y se lanzó como pudo hacia el aparcamiento de bicicletas, que ya había empezado a llenarse. Encadenó su preciado medio de transporte a la barra con dos candados y trotó a marchas forzadas hacia la estación.

En cuanto bajó las escaleras renqueando y se situó en el andén, se dio cuenta de que acababa de perder, de nuevo, el tren de las siete y cuarto.

Otra vez.

Silbó viéndolo alejarse como el último y preciado avión antes de una devastadora tormenta de nieve, y tomó asiento en uno de los fríos bancos metálicos cuyas barras, gélidas como estalactitas, le atravesaron el abrigo, sintiéndolas como auténticas placas de hielo en su propia piel.

Se frotó las manos y buscó los guantes en su pequeña mochila.

Le gustaba el tren de las siete y cuarto. Siempre había algún sitio disponible y aunque el trayecto hasta la estación Norte de Boston apenas duraba quince minutos, ella necesitaba sentarse. Aguantar de pie, aunque fuera un escaso cuarto de hora, le resultaba un suplicio y más con aquellas temperaturas invernales. Ahora debería pelearse en el siguiente tren por un asiento, o aguantar estoicamente aplastada contra algún viajero, hasta llegar a la ciudad, maldiciendo su baldado cuerpo de treinta y un años.

Estiró las piernas, incómoda. El invierno en Boston era duro. Debería haber hecho caso a sus padres y establecerse en algún lugar más cálido, donde las bajas temperaturas y la humedad no hicieran gemir sus huesos cada día, recordándole sin cesar el accidente.

Sin embargo, tenía un buen trabajo en la ciudad y un divertido grupo de amigos. Los planes para abandonar aquel estado se habían quedado sepultados bajo la nieve muchos años atrás. En poco tiempo, pasaría el invierno y su maltrecho cuerpecillo disfrutaría de la primavera, siempre y cuando no lloviera, y del encantador verano de Massachusetts.

Sacó un libro de la mochila. Con los guantes resultaba arduo pasar las páginas, así que optó por quitárselos. Apenas le quedaban unos capítulos para el final y el autor la tenía completamente enganchada. Era el segundo giro que tomaba la historia y se sentía descolocada. ¡Qué tío! Era muy, muy bueno. Ojalá la editorial de Olivia hubiera dado con él antes de que lo contratara uno de los mayores sellos del país; sin embargo, los muy bribones de la competencia eran rápidos y escurridizos como ninjas y, seguramente, dados a las artes oscuras y a los hechizos, que nublaban las mentes de los escritores, encaminándolos hacia sus puertas.

Cutter & Cross no era una editorial mundialmente conocida como su adversaria, pero disponía de un elenco de autores minuciosamente escogidos, que valían su peso en oro. Olivia no pudo evitar una risita. Sobre todo Gary Sullivan, que rondaba los ciento setenta kilos y vendía

más de un millón de ejemplares de cada uno de sus libros. Lo suyo no era oro, sino platino del bueno. O mejor... paladio.

El cuarto de hora que marcaba la frecuencia de trenes por la mañana se convirtió en un suspiro con aquel libro en las manos.

Un cartel cercano avisó de la llegada del tren de las siete y media, y Olivia se levantó a regañadientes, en parte porque debía dejar la lectura, en parte porque había conseguido ya calentar el banco.

Los viajeros estaban colocados en el andén como si se tratara de una peligrosa fuerza de élite. Tenían sitiados todos los accesos y se distribuían en filas homogéneas, pensadas para conseguir entrar en el vagón sin dejar salir. Sus cuerpos se encontraban preparados para avanzar, pelear por un sitio y hacerse fuertes en él. Tras lo cual, ampliaban un perímetro de seguridad para no rozarse con el siguiente pasajero.

Aquello no pasaba en el tren de las siete y cuarto. Era manso y pacífico. Olivia solía escoger asiento y leía plácidamente unos minutos hasta alcanzar la estación de Boston. Pero ahora, de nuevo, y porque la pereza y su alarma del móvil estaban aliados contra su integridad física, debía asaltar un tren como un forajido del salvaje oeste, y hacerse con el botín de un asiento luchando contra los hermanos Dalton, Billy el Niño y el atractivo, a la par que letal, Wyatt Earp.

Olivia tomó posiciones. El tren frenó con un chirrido. Las puertas del vagón se abrieron, los pasajeros intentaron salir, la avalancha humana luchó por entrar, hubo gritos, algún insulto, el tren pitó con intención de escapar de aquella jauría. Olivia se tensó con disgusto y se vio forzada a dar codazos para acceder al vagón, mientras su mochila iba quedándose enganchada a cada viajero junto al que pasaba.

Logró llegar al fondo y agarrarse antes de que las puertas se cerraran y el tren saliera disparado, cargado hasta los topes. Un hombre de barriga prominente le quedaba a un palmo de distancia. Olía a naftalina y a perro mojado. Una extraña combinación. Olivia trató de no mirarle y dirigir su atención hacia cualquier lugar lejano. Evitó todas las cabezas y buscó algo entretenido en el techo. Alguien había dibujado un muñeco narigudo con poca gracia. No, no era un muñeco y aquella larga prominencia resultó no ser su nariz. La gente además de guerra era marrana.

Bajó la vista con tan poco acierto como para encontrarse de lleno con otra mirada. Directa, oscura y... completamente desconcertada.

Separó los ojos con rapidez y los trasladó al vecino barrigón, que resultaba mucho menos intimidante que el portador de la mirada turbadora del final del vagón.

La gente se movió a su alrededor, quedaba poco para la última parada y los pasajeros tomaban posiciones para escapar. En breve, el aire denso y cargado del interior del vagón, los olores cítricos, seborreicos y alimentarios del tren, serían suplantados por el aroma húmedo y salino de Boston.

—Hola.

Olivia se giró hacia el lado de donde procedía aquella voz, tan cercana como irreal. Pegado al barrigón con olor a perro mojado estaba el portador de la mirada turbadora del final del vagón. Y le hablaba directamente a ella.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —continuó él, ya que la boca de Olivia parecía estar grapada.

—Me bajo en esta —dijo ella tratando de avanzar hacia las puertas, imposibilitada tanto por el cuerpo orondo de su vecino como por el alto y ancho porte del viajero parlanchín.

—Creo que te conozco. ¿Puede ser?

Olivia esquivó un brazo, se deslizó entre dos personas y alcanzó una posición más cercana a la puerta. Había dejado al portador de la mirada turbadora con la palabra en la boca, pero no era la primera vez que algún pesado intentaba ligar con ella en los quince minutos que distaban entre la estación de Cambridge y la Norte de Boston. Puede que aún mantuviera algo del atractivo anterior al accidente. O puede que la gente estuviera simplemente desesperada.

Fijó su atención en las puertas. La marea humana se preparó. El tren frenó, pitó y la salida quedó libre. Los ocupantes salieron en auténtica estampida, como si hubiesen permanecido en prisión más de cincuenta años sin vis a vis ni Netflix.

Ya en el andén, Olivia se giró un solo instante hacia el interior del vagón. Las puertas iban a cerrarse otra vez. Entre las nuevas cabezas que lo poblaban, sobresalía una, la del poseedor de la mirada turbadora. En ese momento y antes de que el tren se marchara, le escuchó gritarle:

—¡Olivia!

Y el tren de las siete y media desapareció como un suspiro, dejando a Olivia absolutamente estupefacta.

Alec

Alec avanzó con sigilo. Estaba acostumbrado a moverse por su casa como un fantasma. No desayunó ni se hizo un café. Últimamente no tenía ganas de comer y, menos aún, de ensuciar la impoluta cocina.

Sorteó al perro, que dormitaba en mitad del recibidor como una más de las alfombras, y se detuvo antes de salir. El silencio en la casa era abrumador, irreal. Cualquier sonido escondido reverberaba en sus amplios espacios y, sin embargo, en aquel momento, todo era mutismo.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y apretó el paso. Cogió el abrigo y las llaves del coche y salió al garaje. Aún no había amanecido y el día se presentaba cubierto de nubes. Se sentó en el interior helado del vehículo. La piel de los asientos no hacía más que agudizar la sensación de frío. Pulsó el botón de encendido, pero el motor no respondió. El coche seguía tan muerto como al principio. Lo intentó en tres ocasiones, mas no hubo suerte.

—¡Qué demonios...! —salió del vehículo y abrió el capó como si, con un vistazo de aficionado, pudiera encontrar y subsanar la avería.

Tomó el teléfono y llamó al taller. Escuchó un mensaje grabado: abrirían a las nueve y él no podía esperar tanto tiempo.

Buscó en el móvil una solución. El taxi más cercano tardaba una hora en llegar. ¿Una hora? ¿Qué pasaba? O a todo el mundo se le había roto el coche a la vez o no había nadie interesado en llegar a aquella urbanización perdida.

El teléfono le planteaba también la ruta en transporte público y la idea no le disgustó. No viajaba en tren desde hacía años y jamás lo había hecho en dirección a Boston.

La estación más cercana era West Concord, a menos de diez minutos andando.

Se abrochó el abrigo y metiendo las manos a resguardo dentro de los bolsillos calientes del mismo, comenzó a caminar. La calle Old Marlboro, donde vivía, estaba flanqueada a la derecha por el extenso campo de golf de Concord y, a la izquierda, por las repetitivas casonas de lamas de madera e immaculados jardines de la urbanización. Los gruesos troncos de los árboles donde parecía hundirse Concord, contenían el viento gélido de aquellas horas, haciendo el paseo practicable.

Alec se dio cuenta, en aquel momento, de que jamás había paseado por las calles de la urbanización a pie, ni siquiera para sacar al perro. Solía meterle en el coche y escapar a algún lugar lejano fuera de la aburrida ciudad y de sus más aburridos habitantes.

La estación estaba situada en una zona transitada, con casas de coloridas fachadas y algún restaurante apetecible. Pagó a la entrada y miró los horarios. En poco menos de dos minutos llegaba el tren y le pareció que, pese al incordio de la avería del coche, el día no estaba dándosele mal. Había paseado, se había oxigenado y, seguramente, iba a llegar por primera vez a su trabajo sin prisas ni atascos.

El tren pitó avisando de su llegada. Un paso a nivel cercano hizo descender sus barreras para frenar a los coches y permitir el avance de la multitud de vagones voladores que llegaban en aquellos momentos.

Alec se subió comprobando la cantidad de gente variopinta que prefería usar el transporte público. Se apoyó en la pared mientras curioseaba el plano del tren y el número de estaciones que le restaban hasta la estación Norte de Boston. Once. Una eternidad.

Sin embargo, el trayecto no se le hizo pesado observando a los viajeros. Acostumbrado a la soledad del coche, las conversaciones, los rostros, las vestimentas u olores, se le hacían peculiares, como si de repente hubiera aterrizado en un planeta nuevo lleno de extraterrestres con costumbres extrañas.

Eran las siete y media de la mañana cuando llegaron a la penúltima estación, Porter Square, en la ciudad de Cambridge. Alec echó una ojeada por la ventanilla mientras una marabunta de gente se colaba en el vagón con un ansia desmedida. Se vio apretujado contra la pared y agradeció ser más alto que la media y poder observar por encima de sus cabezas.

El tren se puso en movimiento y él se agarró a una barra para evitar aplastar a una mujer que comía un inmenso donut de chocolate. Pasó la mirada del calórico desayuno hacia el otro lado del vagón. De repente, sintió la necesidad acuciante de salir de aquel encierro.

Su vista se detuvo en alguien que, en el mismo momento, dirigía su atención hacia él. Tenía unos ojos oscuros, más que el chocolate del donut que comía su vecina de vagón, y un rostro demasiado... familiar. El estómago se le hizo un nudo. No podía ser.

Sin darse cuenta, avanzó por el tren, incrédulo, llevado por un sueño, sorteando a los viajeros que se apretujaban en dirección a las puertas. La mujer de los ojos negros miraba hacia otro lugar, cohibida. ¿No le había reconocido? ¿Sería realmente ella? ¿Y si resultaba un espejismo?

—Hola —dijo tímidamente al llegar a su lado.

Ella se giró hacia Alec sorprendida. Un tipo barrigón que olía a mofeta embarrada le impedía acercarse más.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —continuó él. Podía estar cometiendo una equivocación, pero ya no pensaba volverse atrás.

—Me bajo en esta —dijo ella tratando de avanzar hacia las puertas, intentando escabullirse.

—Creo que te conozco. ¿Puede ser?

La mujer tenía su atención clavada en la salida, deseosa de escapar. ¿Podía tratarse realmente de ella? El tren frenó y pitó. Los viajeros salieron como una auténtica avalancha de desequilibrados.

Ella también.

Entonces se giró, un segundo antes de que las puertas se cerraran. Alec se había quedado estático en mitad del vagón, perplejo, desorientado.

—¡Olivia! —gritó.

El rostro de la mujer mutó de la imposibilidad a la estupefacción.

Las puertas se cerraron. El tren se puso en marcha. Ella se había quedado en el andén, turbada, y Alec no podía pensar con claridad.

Era Olivia. Era ella.

Se dio cuenta de que el corazón le latía a toda velocidad. Inspiró despacio y se percató en ese mismo instante de varias cosas: por un lado, la estación Norte de Boston era la última parada y él debería haberse bajado; y, por otro, el tren en ese momento daba la vuelta para regresar por el mismo camino.

No le importó. En aquel momento le dio todo igual. La había encontrado y si debía tomar aquel tren todos los días para volver a dar con ella, no dudaría en hacerlo.

Olivia

A las ocho menos cuarto de aquella extraña mañana de diciembre, Boston se despertaba nublado y con poco más de un grado bajo cero.

El edificio de la estación Norte, de cristal y tremendamente moderno, desentonaba con las típicas casas de ladrillo y de pocas alturas de la acera de enfrente. Boston crecía hacia el cielo con grandes construcciones que competían con la belleza de la ciudad antigua.

Olivia dejó a su espalda la estación y se coló enseguida en el barrio del North End. Allí la ciudad volvía a sus orígenes, al siglo XVII, a las viejas casas e iglesias de torres puntiagudas. Entraba a trabajar a las ocho, aún tenía unos minutos por delante, pero desde el accidente, andar rápido no se encontraba entre sus principales habilidades y prefería disfrutar despacio del camino desde la estación, por el laberíntico trazado de las callejuelas del North End. Pero se veía forzada a apretar el paso por haber tomado el tren de las siete y media, y las molestias de su pierna derecha se acrecentaban con cada zancada.

La editorial Cutter & Cross se encontraba en el número 36 de la calle Hull. Era un edificio de cuatro plantas de ladrillo rojo, junto a una peculiar casita de lamas grises, increíblemente estrecha, llamada Skinny House, situada frente al cementerio de Copp's Hill.

Olivia abrió la puerta con sus propias llaves y entró. Las paredes del recibidor estaban forradas en una madera oscura. Enfrente, las escaleras que llevaban tanto al almacén del sótano como a los tres pisos superiores y a la preciosa terraza que había en el tejado.

Subió a la primera planta donde se encontraba su despacho. Su ayudante, Rebecca, ya se encontraba en su sitio, con una gran taza de café en una mano y un libro en la otra. Soltó la novela en cuanto vio entrar a Olivia y la guardó en un cajón de su mesa.

—Leer aquí está permitido. Incluso premiado —dijo Olivia quitándose el abrigo y colgándolo en el perchero.

—Es de HarperCollins.

—Muy mal —Olivia sonrió llegando al lado de su ayudante y se sentó en el borde de su mesa.

—Lo sé. Pero tenía muy buena pinta y estaba de rebajas.

—En ese caso no puedo objetar nada, aunque sea de la competencia. ¿Sabes? Me estoy leyendo el último de Penguin y me está encantando. ¿En qué momento dejamos de perseguir al autor?

—El jefe consideró que no era lo suficientemente bueno —comentó Rebecca.

—El jefe está como una cabra.

—Como una cabra, pero tiene buenos oídos —Geoffrey Cutter, el jefe, estaba en la puerta, con los brazos cruzados y un gesto perruno en la cara.

El señor Cutter era uno de los editores más prestigiosos del país y tenía bastante mal humor. Para Olivia no era más que una simple fachada. Le conocía desde hacía ocho años y habían congeniado desde el primer minuto, cuando ella, una becaria recién llegada a la editorial, le había tirado un café sobre el libro que leía.

—Siento haberle fastidiado ese libro, pero casi le he hecho un favor —había dicho Olivia, que desconocía el rango de su víctima (cuando se enteró después casi le da un colapso)—. Es de lo peor que he leído últimamente.

Entonces le había regalado la novela que llevaba en la mochila. Un viejo y arrugado ejemplar de *Orgullo y prejuicio* que Geoffrey Cutter recibió con cara de asco supino.

Un mes después dejaba de ser becaria y comenzaba su andadura en el departamento de ficción. Primero como asistente, después ya como editora.

—Siento decirte que perder a este autor ha sido una gran y tremenda tontería —le dijo Olivia, sin inmutarse por la expresión agria de su jefe.

Rebecca contuvo el aire a su lado, nerviosa. Nadie en toda la editorial se dirigía de aquel modo al señor Cutter. Nadie salvo Olivia.

—Le olía el aliento —Geoffrey suavizó el rostro y Rebecca se relajó en el asiento.

—¿Y qué?

—No puedo hablar con uno de mis autores si le huele el aliento. Es increíblemente desagradable.

—Me pregunto cómo ha llegado esta editorial a ser lo que es.

Geoffrey soltó una carcajada que resonó por las vigas del techo.

—Lo éramos mucho antes de que aparecieras tú, con tus autores famélicos bajo el brazo.

—He descubierto a grandes escritores —Olivia revisó con tranquilidad la correspondencia que Rebecca le tendía, mientras el señor Cutter seguía despotricando.

—¿Grandes escritores? Dos con problemas mentales, uno con obesidad mórbida y casi todos endeudados, necesitados de generosos anticipos. No iba a introducir a uno con halitosis en el catálogo. En vez de una editorial, pronto pareceremos una ONG.

Rebecca se rio y Geoffrey la fulminó con la mirada. La pobre muchacha de bucles pelirrojos se deslizó por la silla hasta casi desaparecer tras su escritorio.

—Bueno, te perdonaré que dejaras escapar a este —dijo Olivia sin hacerle demasiado caso y sentándose en su silla—, pero tendrás que echar un ojo a un manuscrito que los chicos de fantasía me han recomendado.

—¿Fantasía? —Geoffrey se estiró los pocos pelos blancos y finos de los que aún disponía, dejándoselos como un erizo albino con frío—. ¿Ahora me obligas a leer fantasía? ¿Qué será lo siguiente? ¿Erótica?

—No te escandalices. Te prepararé un fragmento para después del té. Te va a gustar —Olivia le sonrió ampliamente. Su jefe tendría mil defectos, pero olía un buen negocio a distancia.

—Está bien —gruñó el hombre y después cerró la puerta tras él, desapareciendo escaleras arriba mientras sus zapatos caros retumbaban en los peldaños de madera.

Rebecca volvió a erguirse en el asiento y dirigió una mirada hacia Olivia.

—¿Te paso las visitas que tienes programadas?

—Sí, por favor —Olivia encendió el ordenador y se reclinó en la silla, girando hacia la ventana. El amplio ventanal daba al viejo cementerio, con sus lápidas torcidas y combadas en el cuidado césped. Al fondo distinguía el río Charles en su encuentro con el Mystic. Un velero cruzaba en aquel momento en dirección a la bahía de Massachusetts.

Olivia no podía quitarse de la cabeza al portador de la mirada turbadora. La había llamado por su nombre. La conocía. Y para ella era un absoluto extraño.

—Necesito que me firmes estos papeles —Rebecca estaba a su lado y ni siquiera la había oído acercarse. Olivia dio un bote en el sitio.

—Sí, claro. Déjamelos aquí.

—¿Estás bien? —se interesó la pelirroja. Llevaban juntas más de tres años y para Olivia era la mejor asistente del mundo.

—Me ha pasado algo raro en el tren. Un hombre se ha acercado a hablarme.

El rostro de Rebecca pasó de la preocupación a la diversión.

—Sí, es bien raro que alguien quiera hablarte. Yo, a veces, intento no hacerlo.
—Sabía mi nombre —continuó Olivia frunciendo el ceño para no sonreír.
—¿No lo conoces? Puede que sea algún escritor. Ves a muchos cada día. Descríbemelo.
—Tenía los ojos azules, oscuros. Muy intimidantes.
—¿Y el resto de la anatomía?
—No me fijé.

Rebecca resopló haciendo volar uno de los bucles que caían por su frente.

—Las descripciones no son lo tuyo.

—No pasa nada, tampoco creo que tenga importancia —el móvil comenzó a sonar, Rebecca rápidamente salió del despacho y cerró la puerta otorgándole cierta intimidad. Olivia miró la pantalla. Hora de ponerse a trabajar. Y descolgó el teléfono.

Había una sala tranquila en la primera planta de la editorial, cuyas ventanas daban a la parte trasera del edificio. Allí, entre varias casas, se había formado un pequeño jardín, que a aquellas horas del día estaba desierto, pero que en primavera se solía llenar de niños.

La habitación, llamada Poe por el más famoso autor de Boston, Edgar Allan Poe, estaba repleta de estanterías con libros. Los había viejos y gastados, alguna primera edición centenaria y también novedades de cualquier editorial. Los treinta empleados de Cutter & Cross tenían el deber moral (no venía en el contrato, pero todo el mundo lo sabía) de leer una hora al día. Y, generalmente, dada la quietud de la sala y la sensación de irrealidad mágica que desprendían sus mullidos sofás, las abarrotadas estanterías y el techo forrado en madera, era fácil que aquel rato de lectura obligatoria transcurriera en la sala Poe.

Olivia aprovechó el silencio del lugar para terminar la lectura de un manuscrito que había recibido la semana anterior y para tratar de organizar el lío de trabajo que conllevaba la Navidad. Pese a la tecnología y a la electrónica, los libros seguían siendo uno de los regalos preferidos por el público. Desde septiembre hasta hacía una semana se habían dedicado a realizar presentaciones, publicidad y artículos de las novedades de la temporada y en pocos días comprobarían si habían acertado.

Se frotó la frente echando la cabeza hacia atrás en el sofá. Siempre escogía uno cercano a la ventana. El cielo encapotado de Boston comenzaba a oscurecerse y apenas eran las cuatro de la tarde.

El editor de no-ficción, Benjamin Morrison, roncaba estirado completamente en un sillón. El manuscrito sobre las Guerras Médicas que el impecable Ben leía hasta hacía unos minutos, se le había caído al suelo y Olivia veía, sobre la suave moqueta, una imagen del ejército persa, del que quedaría poco en cuanto los griegos se unieran contra él.

La puerta se abrió con un chirrido y el editor abrió los ojos, sobresaltado, atusándose el pelo despeinado a la vez que fingía no haberse quedado dormido jamás.

—El agente ha llegado —susurró Rebecca a Olivia tratando de mitigar una sonrisa ante la imagen de su asustado colega y marchándose rápidamente.

Olivia se levantó del sofá y Benjamin la imitó.

—¿Muy aburrido? —le preguntó ella señalando con un gesto de la cabeza el manuscrito desperdigado.

—Tremendamente. Jamás pensé que una guerra encarnizada entre dos poderosas civilizaciones pudiera narrarse como un partido de fútbol. ¿Quieres que te lo pase? Debería de

encontrarse en la estantería de ficción más que en la mía.

—¡Ni se te ocurra! —rio Olivia abriendo la puerta. Al otro lado de la silenciosa sala Poe el ruido de la oficina aturdía. Allí los editores se afanaban por mejorar, maquetar y publicitar con gran esmero todos los libros que surtían el catálogo de Cutter & Cross.

—Tenemos que hablar de la fiesta de Navidad —dijo Benjamin antes de escaparse a la segunda planta y dejar a un lado el frenesí del departamento de ficción de la primera—. Este año deberíamos ir disfrazados.

—¿Disfrazados? ¿Quién eres y qué has hecho con mi sensato compañero?

—Me hago viejo, Olive, necesito emociones fuertes.

—Lo pondré en manos de los de fantasía. Te vas a arrepentir de tus palabras.

Benjamin se marchó con una mueca mientras Olivia volvía a su despacho. Los quince integrantes de su departamento estaban enfrascados en su trabajo, a muchos de ellos los había contratado ella, otros llevaban desde el principio. No todos habían visto con buenos ojos su ascenso rápido a editora, incluso podía existir cierta ojeriza hacia ella, pero Olivia no se amilanaba. Hacía mucho tiempo que había aprendido a vencer cualquier dificultad, por imposible que pareciera. Lo demás era absolutamente secundario.

Tuvo dos reuniones con agentes literarios antes de las ocho de la tarde. Para entonces, solo quedaba Rebecca en su sitio, los jefes en la planta tercera y seguramente Benjamin en la segunda, dormitando sobre algún otro manuscrito aburrido.

—Vete a casa —musitó Olivia a Rebecca, mientras la agente de un par de autores bastante interesantes, pero la mar de pomposos, continuaba hablando de la tendencia del mercado en cuanto a la novela gráfica.

Rebecca asintió con la cabeza y comenzó a recoger su mesa con sigilo.

—La gente se cansa de leer muchas palabras seguidas —decía la agente con un ensayado discurso—. Pronto desaparecerán las novelas extensas. Ya nadie quiere leer cómo es un bosque, quieren ver el bosque.

—Mariah, tal como me lo pones, quizás deberíamos cerrar la editorial y marcharnos a las Bahamas. ¿Es el final de las novelas? ¿Algún tipo de apocalipsis literario?

—Échales un ojo a las novelas de mis chicos. Causan furor entre los jóvenes.

—Por supuesto que lo haré, lo sabes. Pero no me asustes con el final del mundo editorial.

—El WhatsApp se ha cargado la lectura.

—Y el vídeo mató a la estrella de la radio, decía una canción. Y aquí seguimos todos peleándonos —Olivia se levantó de la silla con la intención de que Mariah se diera por aludida y decidiera poner fin a su disertación—. ¿Qué te parece si nos vemos tras las fiestas? Así tendré tiempo para plantearle la idea al señor Cutter, esperar a que le dé un infarto y llevarle al hospital.

Mariah sonrió y se levantó también del asiento.

—Me parece perfecto, Olivia —le tendió la mano—. Siempre es un placer hablar contigo.

La agente, elegantemente vestida con un traje pantalón azul marino, se marchó. Era una gran profesional, aunque tendía a dramatizar en exceso. Olivia abrió uno de los manuscritos que le había llevado. Las ilustraciones eran realmente interesantes. Se las pasaría a Rebecca, que tenía muy buen ojo para nuevas adquisiciones y necesitaba abrirse camino en aquel mundo.

Apagó el ordenador y bajó el estor de la ventana. El cementerio estaba oculto entre las sombras, un viento fantasmal movía las copas de los árboles a su antojo. No había nadie paseando por la calle.

Los dos jefes, Cutter y Cross, debían de estar en la planta tercera discutiendo cualquier

tontería (generalmente sobre una marca de vino o el pedigrí de un perro y a veces... sobre un libro) y sus palabras llegaban inconexas hasta el piso de Olivia. Decidió no molestarlos para evitar verse inmersa en una batalla dialéctica de la que saldría como mínimo unas dos horas después, así que se enfundó el abrigo hasta la nariz y salió del edificio.

Pese al frío de la noche, Olivia se permitió dar un pequeño paseo por la Pequeña Italia de Boston, donde el aroma a pizza y a café Mocha se deslizaba entre las pequeñas callejuelas. Demasiado pronto, se encontró de bruces con la estación Norte y sus mil pisos de cristal. Entró mientras su móvil vibraba con un mensaje de su amiga Valentina.

Tina

Quedada mañana tarde. Te he encontrado a Alguien.

Olivia bufó mientras accedía al andén. Temía a Tina más que a un tren cargado de serpientes y que le hubiera encontrado a alguien con mayúsculas no mejoraba la situación.

Olivia

No necesito a Nadie.

Tina

Alguien es mejor que Nadie.

Olivia

Tú ganas. ¿Dónde?

Tina



En el Cheers a las ocho.

Olivia le mandó un beso y recibió diez por respuesta. Era mejor no luchar contra su mejor amiga y sus ganas de convertirse en dama de honor en su boda. Por ahora había conseguido emparejar a tres de los cinco que formaban el grupo de amigos en Boston, solo quedaban ella y Tina, y no pensaba ponérselo fácil.

Sacó el libro y esperó con paciencia al siguiente tren.

18 de diciembre

La alarma del móvil sonó en tres ocasiones. Solo la última despertó a Olivia.

Comenzó la mañana con un chillido al comprobar la hora que era, mientras trataba de ducharse, vestirse y arreglarse a la mayor velocidad posible. Además, se moría de hambre. Miró el reloj de pulsera a la vez que buscaba una magdalena en la despensa y se llenaba un vaso con leche.

Dejó la casa tan desorganizada como el cuarto de una adolescente. La señora Potter, que venía a limpiar un par de veces por semana, se había acostumbrado a aquel caos después de varios años.

—Querida —le dijo al segundo día de trabajar allí—, creo que han entrado a buscar algún alijo de droga.

Si en su trabajo resultaba organizada, sensata y ordenada, fuera de él era a la inversa. Menos mal que tenía a la señora Potter y a sus mágicas manos, que dejaban a la célebre Marie Kondo a la altura de una simple aficionada.

Tropezó con el felpudo de nuevo y buscó su bicicleta. Cambridge se había despertado nevado y con una buena capa de hielo en la carretera. Olivia se deslizó por su calle hacia la estación, esquivando obstáculos y peatones. La ciudad se había convertido en una colosal pista de patinaje en la que frenar era en un deporte de riesgo.

Olivia se llevó un bordillo por delante y estuvo a punto de tragarse el manillar. Por suerte consiguió alcanzar el aparcamiento de bicis y trató de anclar la suya con las manos ateridas de frío y con el candado deslizándose por entre sus dedos, como un diminuto iceberg con vida propia. Olivia escuchó el pitido del tren de las siete y cuarto al abandonar la estación y escupió una palabra malsonante, que dejó al señor que amarraba su bici en el sitio contigo completamente perplejo.

Después bajó las escaleras que llevaban al andén y, resignada, se acomodó en el banco congelado mientras sus posaderas se convertían en un arcón de helados. Sacó su libro de la mochila. Apenas le quedaban un par de capítulos y si no fuera porque tenía las uñas amoratadas, se las hubiera mordido de los nervios que le provocaba aquel final tan bien elaborado.

El tren de las siete y media llegó en un suspiro. Olivia entró en él entre apretones y codazos, absorta en las últimas páginas de la novela y sin saber bien qué pasaría al final. Apoyó la espalda en la pared sin ser consciente de quién la rodeaba. Solo estaban ella y un asesino en serie que había resucitado de entre los muertos y podía aparecer en el momento menos pensado para acabar con su vida:

**La mujer se giró, la oscuridad había caído sobre el pueblo.
Las casas parecían fantasmas antiguos, el viento susurraba por
las esquinas. En ese momento escuchó una voz tras ella.**

—Hola.

Olivia dio un salto acompañado de un grito de terror y se pegó a la pared con un susto de muerte en el cuerpo.

—¡Por todos los demonios! —exclamó espantada, dándose cuenta de que había conseguido acaparar el interés de todos los viajeros del vagón.

—Perdóname, no quería molestarte.

Olivia desvió la atención de la gente a la persona que le había hablado y que en ese momento se encontraba demasiado cerca. Se descubrió observando los ojos azules del día anterior y el estómago se le tensó aún más.

—Estoy leyendo —dijo Olivia como si llevar un libro en la mano sirviera para otra cosa—. Me queda un capítulo.

—Y a mí apenas quince minutos antes de que lleguemos a Boston y necesito hablar contigo.

—Lo siento, estoy ocupada —Olivia trató de desviar la mirada al libro de la forma más grosera de la que fue capaz.

El hombre no se dio por vencido.

—Eres Olivia, ¿verdad?

La curiosidad resultaba demasiado atrayente. Olivia cerró la novela, la guardó en la mochila y levantó la vista hacia el portador de la mirada turbadora.

—¿Me conoces? —preguntó al fin ella.

—Sí. ¿Tú a mí no?

Olivia le observó con interés. Era guapo. Mucho. Alto, quizás demasiado, con los hombros anchos de un nadador y el porte de un ejecutivo. Su rostro, si no fuera porque posiblemente ocultaba un psicópata dentro, resultaba bastante atractivo.

—No. Creo que me acordaría.

—Parece un cumplido —él esbozó una sonrisa luminosa que hizo enrojecer a Olivia.

—No me refería a... —ella trató de desdecirse—. Quiero decir que suelo tener buena memoria con las caras.

—Esta vez no.

Comenzaba a sulfurarse. ¿A qué venía aquel juego? Miró con esperanza lo poco que faltaba para llegar a la estación Norte. Se moría de ganas de escapar del tren y huir de aquel extraño entrometido que la alteraba.

—Sarasota —añadió él, haciendo que Olivia tuviera que volverse de nuevo.

—¿Sarasota?

—Florida.

—Ya sé dónde está Sarasota. ¿Qué sucede con ese lugar?

—Nos conocimos allí.

Olivia torció el gesto. Le comenzaba a doler la cabeza. Negó despacio mientras los últimos minutos del tren de las siete y media se esfumaban.

Las puertas se abrieron, los pasajeros empujaron a Olivia y se dejó arrastrar fuera del vagón. Sentía su cabeza ejecutando algún tipo de extraño movimiento y con cada paso que daba cada vez le dolía más.

La retuvieron del brazo. El hombre estaba a su lado en el andén. Su rostro parecía preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Me tengo que ir —un pitido incómodo perforaba los oídos de Olivia—. No te conozco, no sé quién eres.

—Me llamo Alexander Carrington.

El nombre no despertó en ella ningún recuerdo. Se soltó de su brazo y se alejó lo más rápido que le permitía su maltrecha anatomía hacia la salida de la estación.

En cuanto recibió el aire helado de la ciudad en la cara, respiró con tranquilidad. Se forzó a apretar el paso y desaparecer de las inmediaciones de aquel lugar antes de que al hombre le diera

por seguirla.

Se internó en el barrio de North End confundiéndose, por primera vez en ocho años, de calle y tomando otro camino. En ese momento las casas de ladrillo rojo y los ventanales alargados parecían iguales. El barrio no tenía el mismo encanto mientras caminaba sin sentido y con un acuciante dolor de cabeza.

Como por acto reflejo se llevó la mano a la frente; apenas podía notar la cicatriz, pero sabía que seguía ahí. Habían pasado muchos años y las secuelas continuaban; sin embargo, debía agradecer que estaba viva y que había tenido una segunda oportunidad de la que mucha gente, en su misma situación, no disponía.

Se detuvo tratando de pensar. No sabía en qué calle se encontraba, aunque enseguida vislumbró la torre picuda de la espigada iglesia de Old North, desde la cual en el siglo XVIII Paul Revere se había introducido en la historia norteamericana avisando a caballo de la llegada de las tropas británicas. A ella, como una señal divina, le mostraba el inicio de la calle Hull.

Llegó al número 36 renqueando y entró tropezándose con los escalones. Rebecca la siguió con la vista sin decir nada mientras soltaba el abrigo de cualquier manera en el perchero y se dejaba caer en el sofá de su despacho.

—¿Me podrías traer un analgésico? —pidió a su asistente, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en un cojín.

Rebecca apenas tardó un segundo en aparecer en la puerta con un vaso de agua y una pastilla. Se los tendió en silencio. Debía de estar acostumbrada a las itinerantes jaquecas de su jefa.

—Gracias —susurró Olivia tragándose el analgésico—. Hace mucho frío hoy.

—¿Y...?

—He vuelto a encontrarme con el tipo del tren.

—Eso explica más cosas —dijo la pelirroja tomando asiento a su lado en el sofá granate del despacho de Olivia.

—¿El dolor de cabeza me lo provoca un extraño y no el frío cortante de Boston?

—Por supuesto. No hay nada que te afecte más que las situaciones que no puedes controlar.

—¿Cuándo has tenido tiempo de estudiar psicología?

—Los años como secretaria te otorgan un máster en ese campo.

Olivia esbozó una media sonrisa y le dirigió una mirada afable.

—Dice que me conoció en Sarasota.

—¿No es donde viven tus padres?

—Sí. Mi hermana y yo pasábamos allí los veranos en casa de mis abuelos. Tras la jubilación, mis padres decidieron mudarse a Sarasota. Ahora están encantados con la suave temperatura de Florida y me insisten tantas veces en que debería cambiar de residencia que me he encontrado planteándomelo en demasiadas ocasiones.

—Vivir en Florida debe de ser lo más cercano a unas vacaciones perpetuas.

—Cutter & Cross es mi vida ahora.

—Existe el teletrabajo.

—¿Qué harías sin mí?

—¿Llevar una plácida existencia?

Olivia no pudo evitar echarse a reír.

—Me quedaré, aunque solo sea por fastidiarte —se levantó del sofá con un dolor de cabeza menos agudo y tomó asiento en su amplia silla de oficina. Giró en ella mientras observaba el cementerio, cubierto por una espesa capa de nieve.

—¿El chico del tren te dijo su nombre? —Rebecca había acudido a su mesa y le hablaba en tono alto para que la oyera desde allí—. Voy a ejecutar una pequeña labor policial.

—Algo así como Alexander... ¿Carrington?

Rebecca comenzó a teclear como una posesa en su ordenador y Olivia centró su atención en su agenda. Tenía una mañana complicada y obsesionarse con un peculiar acosador no la beneficiaba en absoluto.

Desde las ocho hasta las dos, Olivia no tuvo un segundo de descanso. Entre llamadas, visitas y reuniones se encontró sin haber tomado un bocado y bastante cansada.

Rebecca entró en su despacho con un sándwich y un refresco que se le antojaron como un auténtico manjar.

—Eres un sol, la luna y todos los planetas —dijo mientras la pelirroja apoyaba la bandeja en la mesa—. ¿Cómo podría recompensarte?

—¿Subiéndome el sueldo?

—Si lo hiciera cada vez que me salvas la vida, ganarías más que Bill Gates.

—¿Eso es un *no*?

—Es un *espérate hasta enero*.

—Vale, me doy por satisfecha y mientras tanto... —agitó un papel que llevaba en la mano—, tengo información sobre el chico del tren... ¿No te recuerda al título de una novela?

—Era una chica.

—Es verdad, da igual —se sentó en una silla enfrente, con sus ojos verdosos brillando de emoción—. A ver, un tal Alexander Carrington fue director del hotel Beach Palace, en Sarasota, durante casi diez años. Ahora mismo dirige un hotel en Londres. Casado con Ruth Thomas y con dos hijos, Alexander James y Nathan. Por edad, tu acosador es el hijo mayor. Pero no he encontrado nada sobre él, ni siquiera una aburrida página de LinkedIn.

—Así que vivía en Sarasota mientras yo pasaba el verano con mis abuelos.

—Te echó el ojo. No tenía mal gusto. ¿Y qué pinta tiene ahora?

—Podemos decir que es bastante atractivo.

Rebecca levantó las cejas con sorpresa.

—Ajá. No me extraña entonces que vengas descolocada y con dolor de cabeza. Te gusta.

—¿Por supuesto que no! Más bien me da miedo.

—¿Por qué? Sois amigos de la infancia. ¿Cuántos años pasaste en Sarasota?

—Creo que comencé a ir con diez años. Mi último verano allí fue con diecisiete.

—Tenemos siete años para colocar al tío bueno del tren en tu camino. ¿Seguro que no te recuerda a nadie? Ha pasado mucho tiempo, pero tienes buena memoria. A menos que esté calvo... ¿Tiene pelo?

Volver la mente atrás resultaba fatigoso y Olivia sabía que no le conduciría a ningún sitio.

—Tiene pelo. Aun así, no lo conozco.

—Él sí.

—Voy a comerme este sándwich tan apetitoso con rapidez y después tengo reunión con los jefes para presentarles una novela de fantasía —Olivia no quería continuar con el tema—. Me gustaría que echaras un ojo a dos historias gráficas. Cuando tengas una opinión se las mostraremos a Geoffrey.

—Oh, Dios mío —susurró Rebecca con la boca abierta como un túnel para camiones.

—Es hora de que dejes de ponerme sándwiches, ¿no te parece?

—Por supuesto... bueno, quiero decir que te pondré lo que quieras, pero también miraré las

novelas. ¡Gracias!

Se marchó del despacho de Olivia dando saltitos y canturreando mientras el resto del departamento la miraba con estupor.

Era avanzada la tarde cuando Olivia salía del baño donde había tratado de arreglarse un poco antes de marcharse con sus amigos.

—Vaya, qué guapa estás —se topó de bruces con Benjamin. El editor la miró de arriba abajo—. ¿Algún pretendiente esperando?

—Eso intenta mi amiga Tina.

—¿Valentina? ¿La bella morena de ojos azules?

—¡Ben! —le reprendió Olivia divertida—. No sabía que te fijabas en las jovencitas.

—Me fijo en todo lo que se mueve y también en lo que no lo hace, como los libros. Es mi obligación como hombre y como editor.

Benjamin no debía de tener más de cuarenta y cinco años, quizás alguno menos, pero vestía como si contara diez más. Olivia se acordaba de la Navidad anterior. Había ido acompañada de Tina a la fiesta de la editorial y su amiga había causado estragos en la mitad de los empleados. Incluso, al parecer, en el impertérito Benjamin Morrison.

—Bueno, salúdala de mi parte —dijo él tomando el camino de las escaleras.

—Los de fantasía están ultimando los detalles de la fiesta de este año, Ben. Me parece que Tina querrá volver.

El editor se detuvo en el primer escalón.

—Será un placer verla de nuevo —y con un súbito rubor en sus mejillas, subió rápidamente al siguiente piso.

El bar Cheers era mundialmente conocido porque su exterior se había utilizado para la famosa serie de televisión de los años ochenta. Desde entonces continuaba siendo una parada obligatoria para cualquier turista que recorriera la ciudad y para el grupo de amigos de Olivia también, pero por dos razones distintas: sus buenas hamburguesas y el hecho de que Tina trabajaba allí.

Olivia observó nada más entrar a su amiga moviéndose con la rapidez de un felino tras la barra que se encontraba en el centro del local. Tina le señaló una de las mesas del fondo y Olivia se encaminó hacia ella mientras el frío comenzaba a alejarse de su cuerpo.

Su amigo Matthias estaba ya sentado. Era fácilmente distinguible. Debía medir dos metros de altura y tenía unos brazos como secuoyas, que en ese momento mostraba sin pudor con una camiseta negra ajustada.

—Hola, guapa —dijo con una sonrisa mientras se levantaba a darle un beso y un rápido abrazo—. ¿Sabes que tu amiga te ha preparado una encerrona mortal?

—Ya me lo advirtió ayer. De vez en cuando debo dejarla, si no se pone insoportable.

Matthias se rio con el volumen al máximo.

—Cielo, no entiendo por qué no salimos tú y yo juntos. Tina nos dejaría a ambos tranquilos.

Olivia se sentó a su lado y puso su mano sobre la de él. Tenía tatuados en los nudillos varias letras sin sentido.

—Por muchos motivos, Matt. El principal y bastante importante: tanto a ti como a mí nos

gustan los hombres.

Él soltó una carcajada.

—En eso tienes razón, preciosa. Sin embargo, podemos llegar a un acuerdo. Si dentro de diez años seguimos solteros, deberíamos casarnos. Harías tremendamente feliz a mi madre.

—¿Qué te parece si lo dejamos para dentro de veinte años?

—Muy bien, tomo nota. Tendremos un gato gordo y leeremos a Jane Austen delante de la chimenea.

—Me lo estás poniendo muy apetecible, Matt.

—¿Volvemos a considerarlo en diez años?

Esta vez fue Olivia la que no pudo reprimir una risa. A diferencia de ella, Matthias pasaba de relación en relación con una velocidad vertiginosa. Seguramente había tenido durante aquel año las mismas que Olivia en toda su vida.

—Ojalá encontrara a alguien como tú —dijo ella sinceramente—. Pero ¿crees que le interesaría una chica llena de cicatrices?

—Si no ve el pedazo de mujer que hay debajo de ellas, es un idiota.

—Eres un encanto.

—Y tú una preciosa jarrita de porcelana que se ha roto y recompuesto. No dejas de ser bella por eso, incluso vales más. Mira las de la dinastía Ming.

Los ojos de Olivia se llenaron de lágrimas y trató de contener el acceso de llanto. Matthias era endiabladamente emotivo cuando se lo proponía.

—Como sigas diciéndome esas cosas, mi pretendiente saldrá corriendo. Voy a echar a perder el rímel.

—Sabes que será un capullo.

—Tina tiene poco gusto.

Como si supiera que la mencionaban, su amiga se acercó hacia ellos con una bandeja en la mano, que portaba como una letal arma arrojadiza.

—Matthias, ¡desaparece! —ordenó tajante—. Como entre Jules y se encuentre a su futura chica con un hombretón de dos metros, puede haber lío.

—¿Jules? —Matthias se levantó con cara de asco—. No se apellidará Verne y tiene cien años, ¿verdad? Me parece una temeridad dejar a Olivia sola con un tipo llamado así.

—Matt —le rogó Tina señalando la pared opuesta—, ponte en aquel lado si quieres, pero, por favor, no montes ninguna escena. Es un hombre normal.

—Si te llamas Jules no puedes ser normal —masculló Matt alejándose de la mesa.

Olivia comenzaba a ponerse nerviosa. Ni le iban las citas a ciegas, ni le iban las citas normales. Le resultaba doloroso ver cómo la gente se detenía en sus cicatrices. Aunque las tuviera asumidas, prefería no enfrentarse a personas nuevas que querrían entender a qué se debía todo aquel horror.

—¿Eres Olivia? —había un hombre a un paso de su mesa. Tina se había apartado disimuladamente a servir a otros clientes y Olivia desplazó la atención de su amiga al interlocutor—. Me llamo Jules.

—Hola, Jules —dijo ella haciendo un gesto para que se sentara mientras le observaba con disimulo. Desde el otro lado del bar, Matthias había bajado los pulgares en sentido de desaprobación.

—No estoy acostumbrado a que me organicen citas —añadió él. Tendría pocos años más que Olivia, una cara agradable y un físico normal.

—Yo tampoco —convino ella más tranquila—. No es algo que me guste, pero nunca se sabe, ¿no? ¿A qué te dedicas?

—Soy economista —dijo él con un súbito destello de orgullo en la mirada. Y, como si se hubiera mantenido en un monasterio tibetano durante los últimos veinte años con voto absoluto de silencio y se encontrara de nuevo liberado, comenzó a hablar a toda velocidad—. Llevo numerosas cuentas muy importantes, de millones de dólares cada una... ¿Has oído hablar del banco...? Pertenece a un fondo de inversión que en el año... facturó... mil millones de...

Olivia se encontró afirmando y negando con la cabeza a preguntas que ni entendía ni le apetecía entender. ¡Cómo se podía hablar tanto! Tina, dándose cuenta, trató de entretenerlos sirviéndoles bebidas, pero el tal Jules no cesaba en su afán de contar su trayectoria laboral desde el principio de los tiempos, y no le dio la oportunidad siquiera a Olivia de meter baza. Las hamburguesas iban y venían hacia otras mesas y ella las observaba con tristeza y un hambre descomunal.

—¿Y tú qué haces? —preguntó de repente él cuando Olivia ya pensaba en robarle el plato al vecino de al lado.

—Yo... soy editora.

—¿De libros? —preguntó con lo que parecía un gesto de desagrado.

—Sí, de ficción.

—¿Todavía se compran esas cosas?

Y ahí se acabó la cita.

Media hora después, con un plato lleno de comida y con varios de sus amigos alrededor, Olivia se encontraba relatándoles la fallida cita a ciegas.

—Me habían dicho que era un chico muy locuaz —se disculpó Tina—. ¿Quién iba a pensar que, según él, Hitler hizo bien prendiendo fuego a los libros?

—¿Eso dijo? —preguntó Matthias tan asombrado que tenía las cejas pegadas al pelo.

—Y que no entendía cómo la gente seguía leyendo si existe la tele en HD —añadió Olivia mordiendo la hamburguesa con un hambre desmedida.

—Sin temor a equivocarme —apuntó Chloe—, creo que es la peor cita que has tenido.

Chloe y Taylor habían llegado justo cuando Olivia, con el rostro de un color rojo cereza y absolutamente iracunda, le había indicado a Jules la dirección de la salida. Conocían lo suficiente a Olivia, desde el colegio nada menos, como para saber qué era una persona bastante estable y les sorprendió verla en un estado catatónico, a punto de apuñalar a su cita con una brocheta de pollo.

—Juro que iba a despedirme de forma cortés —afirmó Olivia—, pero entonces soltó: «Tu trabajo es absolutamente innecesario y un completo sinsentido». Ahí, me sobrevino el monstruo que llevo dentro y casi le abofeteo.

—Estoy de acuerdo en algo con ese tío —rio Taylor con los carrillos atiborrados de patatas fritas—: también prefiero ver una serie en la tele que leer un libro.

—Siempre fuiste poco refinado —le chinchó Chloe.

—¿Sí? —preguntó el aludido con la boca abierta, enseñando toda la comida que llevaba dentro—. No sé por qué lo dices.

Se rieron todos mientras pedían otra ronda de bebidas y algún postre. Los cinco habían ido al mismo colegio, a la misma clase exactamente, y su amistad perduraba a través del tiempo pese a

lo poco que tenían en común. A Matthias y a Tina no se les dieron bien los estudios. El primero estaba fabricado para el deporte: una auténtica máquina de hacer flexiones desde primaria que, tras varios equipos diferentes y muchas lesiones, había tenido que abandonar la práctica profesional y dedicarse a ejercer por su cuenta como entrenador personal. Lo que en un principio parecía una vergonzosa derrota se había convertido en un éxito, que él había sabido manejar con maestría.

Tina era una aventurera, había viajado por todo el mundo acompañada por la misma mochila y algún libro regalado por Olivia. Entre viajes trabajaba en cualquier lugar, ahorra y volvía a embarcarse. En el apartamento que compartía con Matthias tenía un mapa apenas sin hueco para más banderitas sobre los países que había recorrido y aseguraba que moriría de vieja haciendo surf en las dunas de Namibia. Algo que los demás no acababan de entender bien. Sobre todo, Chloe, que llevaba sin vacaciones tres años, intentando convertirse en la primera socia afroamericana del bufete de abogados en el que trabajaba.

—Dicen los médicos que no se puede vivir más de seis días durmiendo menos de cuatro horas —decía ella—. Es mentira. Soy la prueba. Tres horas durante un año.

—No estaría tan seguro —apuntó Taylor—, a veces pareces un vampiro, no de los guapetones de *True Blood*, me refiero a los que producen escalofríos y algo de descomposición.

Taylor era arquitecto y, como uno más del gremio, poseía un pequeño punto de locura que le hacía divagar sobre conceptos extraños, como las diferentes tonalidades del blanco o, peor aún, del negro. Sin embargo, y pese a las dificultades que presentaban sus amigos, Tina fue capaz de emparejar a Taylor con una animada profesora de zumba daltónica, a Chloe con un jugador de los Boston Celtics que le sacaba tres cabezas y diez tallas de pie y a Matthias con medio estado de Massachusetts.

—Olivia, eres muy difícil —dijo Tina mientras caminaban hacia un pub irlandés con buena música, cerca de la Casa del Estado y de su llamativa cúpula dorada—. Pareces la más normal de nosotros, pero a la hora de encontrarte una media naranja...

—¿Puede que la hayan hecho zumo? —preguntó Olivia.

—Entonces te buscaremos un limón —apuntó Matthias.

—O un kiwi —añadió Chloe—. Tienen un montón de fibra.

—¿Sabéis una cosa? —Olivia se detuvo antes de entrar en el pub. Comprendía que una vez dentro y con el grupo de música tocando, poco podría hacerse entender—. No necesito a *Alguien* a mi lado. Os tengo a todos vosotros. Así que Tina, déjame descansar, te puedo asegurar que soy mil veces más feliz así que con un posible asesino de libros rondando.

Tina la abrazó hasta casi dejarla sin aire y, con un sonoro beso en la mejilla, entraron en el pub.

21 de diciembre

El fin de semana debería de estar formado, al menos, por tres días.

Olivia elevó la mirada al techo de su dormitorio, intentando encontrar motivos para levantarse de la cama con menos cinco grados en el exterior y una capa de nieve que llegaba hasta la mitad de su puerta. Ni el trabajo que le apasionaba en Cutter & Cross, ni un trozo de bizcocho de limón que le había dejado en la cocina la señora Potter, le daban el impulso necesario para sacar su cuerpo de debajo del cálido edredón.

El sábado había acompañado a Chloe al partido que jugaba su chico contra los Brooklyn Nets y, aunque el baloncesto no era uno de sus deportes favoritos, se encontró gritando como una loca y animando a los Boston Celtics hasta desgañitarse. Una cosa era ver un partido en la tele y otra hacerlo como amiga de la pareja de uno de los jugadores, en primera fila. La adrenalina se desbordaba con semejantes torres sudorosas corriendo desesperadas a escasos centímetros.

Por la noche había ido a tomar algo con Tina en cuanto terminó su turno en el Cheers y habían acabado a las cinco de la mañana durmiendo en el sofá-cama de Matthias.

Vivir en Cambridge resultaba menos caro que hacerlo en Boston. Olivia tenía una preciosa casita de muñecas por el precio por el que conseguiría un estudio miniatura en el centro de la ciudad, pero a la hora de hacer planes con sus amigos resultaba tedioso. Siempre acababa mendigando alojamiento a horas intempestivas de la madrugada.

Por lo menos, el domingo habían decidido acudir los cinco a un club de jazz en el campus de Harvard, a pocas calles de la casa de Olivia. Pese a ello, no era capaz de levantarse aquel lunes y empezar la semana como una persona decente y madura de treinta y un años.

Desayunó el bizcocho de limón en cuanto tuvo la valentía necesaria para poner los pies en el suelo frío y se arregló a toda velocidad. Dejó la casa como si la hubiera asolado un ciclón y se peleó contra la puerta de entrada para apartar la nieve y llegar hasta la bicicleta a la cual, pese a estar cubierta por una lona, le habían brotado auténticas estalactitas en los radios.

Pedaleó intentando entrar en calor mientras pensaba en las cercanas vacaciones de Navidad. Desde que sus padres vivían en Sarasota, solía coger un avión el día 24 por la mañana y pasaba la Nochebuena en su casa, a veces teletrabajaba hasta Nochevieja y en año nuevo regresaba a Boston. Resultaba un buen plan, el clima era un calmante natural para sus doloridos huesos y sus padres, cariñosos hasta decir basta, le hacían la vida muy fácil.

Entró en el andén cuando el tren asomaba tras un recodo, volando en su dirección. Consultó el reloj. Las siete y media. Blasfemó para sus adentros y sacó su libro. Se había quedado a un capítulo del final y no había encontrado un mísero minuto en todo el fin de semana para finalizarlo. Volvió a la misma escena:

La mujer se giró, la oscuridad había caído sobre el pueblo.
Las casas parecían fantasmas antiguos, el viento susurraba por las esquinas. En ese momento escuchó una voz tras ella.

—Hola.

Olivia se sujetó el pecho con la mano sobresaltada de nuevo. Al menos, en esta ocasión no había gritado y no pudo sentirse abochornada.

—Me queda un capítulo —dijo de nuevo al portador de la mirada turbadora.

Él sonrió agarrándose a la barra que se encontraba sobre la cabeza de Olivia y acercándose demasiado.

—¿Aún? Lees muy despacio.

Olivia puso los ojos en blanco y buscó una excusa para apartarse de él y dirigirse hacia el lado contrario del vagón.

—Me llamo Alec —continuó hablando él—. Nos conocimos en Sarasota.

—¿Y hablamos alguna vez?

—La verdad es que... varios veranos —el rostro del hombre misterioso parecía mostrar pesar. Aquello interesó a Olivia.

—Lo siento. No lo recuerdo —ella suavizó el tono; si Alec era un psicópata ya había tenido suficientes oportunidades de matarla.

—Eso parece —dijo él, mustio—. Bueno, han pasado quince años, supongo que hay cosas que marcan a unos más que a otros.

El dolor de cabeza apareció tan súbito como demoledor. Olivia guardó el libro en la mochila y se frotó la frente disimuladamente con una mano.

—¿Éramos amigos? —preguntó ella.

—¿Realmente no lo recuerdas o estás intentando que me vuelva loco?

La frase dejó a Olivia sin saber qué decir.

—Yo no...

Las puertas se abrieron, la marabunta empujó a Olivia. Echó un vistazo por encima de las cabezas. El hombre se había quedado en el andén solo, la miró una última vez y con la vista baja se alejó en otra dirección.

En Boston soplaban un aire gélido y Olivia se enrolló la bufanda, dejando únicamente visibles los ojos. Las calles estrechas del North End la protegieron con rapidez y anduvo rauda hacia la editorial con una extraña sensación en el cuerpo.

—Parece que te persiga un licántropo —Benjamin la vio acercarse y le sostuvo la puerta. Iba perfecto en su traje gris con corbata a juego, sin una sola arruga—. Tanta fantasía le vuelve a uno paranoico, ¿no?

—Hace un frío que pela —Olivia se forzó a sonreír mientras pasaba al lado de su compañero—. ¿Ya sabes qué vas a llevar a la fiesta de Navidad?

—¿Qué voy a llevar? ¿Qué voy a llevar? ¡Pues no lo sé! Tus amigos de fantasía han decidido seleccionar *El Señor de los Anillos* como tema. Y han mandado un dichoso email con el personaje que te ha tocado. Dicen que ha sido un sorteo... ¡Imposible! ¿Sabes que voy a ser yo? Una especie de almeja roja flotante sobre una montaña. ¿Qué abominación es esa? ¿No era más sencillo escoger a Harry Potter?

—Tú decidiste que fuera una fiesta de disfraces —el humor de Olivia había mejorado viendo a Benjamin nervioso. Colgó su abrigo en el perchero mientras Rebecca los miraba a ambos con incredulidad.

—¿Y tú de qué vas? —preguntó él tratando de apaciguarse.

—Aún no lo he mirado... —buscó en el móvil hasta encontrar el correo—. Ups... vaya.

—Dime que es algo peor que yo.

—Arwen —sonrió Olivia guiñando un ojo a Rebecca—, una hermosa elfa.

—Inconcebible. El sorteo está amañado. Es una vergüenza. ¿Sabéis qué le ha tocado al viejo Cutter? Porque como sea un rey poderoso presento mi dimisión.

—Le ha tocado Gollum —dijo Rebecca con ganas de echarse a reír—. Búscalo luego en internet. Te va a encantar.

—Vale, vale. Me voy a mis aposentos, bellas damas. Que tengáis un buen día —y se marchó

cabizbajo seguramente sin entender en qué momento había decidido escoger una fiesta de disfraces.

—No puede haber sido un sorteo legal —Rebecca tendió el correo a Olivia—. Gollum, Sauron y Gimli, para el señor Cross.

—¡No me fastidies! —Olivia soltó una carcajada—. Creo que va a ser la mejor fiesta de Navidad de la oficina. ¿Y a ti quién te ha tocado?

—Éowyn, por supuesto. La gran heroína de *El Señor de los Anillos*; si no fuera por mí, hubieran muerto todos.

El teléfono comenzó a sonar. Rebecca lo atendió diligente e hizo un gesto con la cabeza señalando el despacho de Olivia con urgencia.

—Ahora mismo te la paso, Edurne.

Olivia apretó el paso y se sentó en su silla. Cogió el auricular con ánimo renovado, iba a hablar con una de las autoras que tenía en su radar desde hacía al menos un año... y solo quedaban tres días para las más que merecidas vacaciones.

Había una tienda de disfraces en la calle Beacon. Rebecca y Olivia habían llegado apresuradas antes de que cerrara sus puertas. Se habían entretenido hasta el último momento y luego habían tenido que coger un taxi y rogar para que la tienda se mantuviera abierta pese a la hora.

Estaba en un precioso edificio clásico de cuatro alturas, en el que la tienda ocupaba tres y la dueña vivía en la última planta. Como los treinta empleados y acompañantes de Cutter & Cross iban a escoger allí sus disfraces, la dueña se mostró más que complaciente con ellas y no dudó en esperarlas y prepararles además un té bien caliente.

—Tenemos entonces a una Éowyn y a una Arwen. Bien —decía con total naturalidad y escondida entre altos armarios—. ¿Vestidos de gala, de batalla, de paseo...?

Las dos se miraron boquiabiertas y más cuando la dueña extendió delante de ellas, al menos, diez tipos diferentes de indumentaria.

—Probároslos todos. No me voy a la cama hasta las once —y se sentó en un sofá con una revista de cotilleos en el regazo.

Los vestuarios enmoquetados hasta las paredes parecían sacados de una película de época. Olían a decadente antigüedad, a vieja sastrería.

Rebecca y Olivia se lo pasaron en grande intercambiando trajes, colocándose orejas puntiagudas y bailando por la sala entre risas.

Eran casi las diez cuando salieron de la tienda tras seleccionar los vestidos perfectos que se encontrarían listos el 23 por la mañana.

—¿Crees que al señor Cross le colocarán el taparrabos de Gollum? Con esta temperatura morirá antes de llegar a la oficina —Rebecca hizo una bola de nieve y la lanzó hacia el estanque del parque Common de Boston por el que habían decidido regresar.

—Lo único que tengo por seguro es que debemos hartarnos a hacer fotos. Será un motivo perfecto para el chantaje.

Había gente corriendo por el paseo y desafiando al frío con extrema locura, a los que debían de sortear constantemente. Se internaron por los caminos secundarios, rodeando el lago, y cruzaron por uno de los puentes. El agua helada dotaba al parque de una suave melancolía. En

primavera, había barcas cruzando el lago y niños trotando por el césped rodeados por los elegantes edificios de la ciudad.

Mirando hacia un saxofonista que pese a la temperatura glacial tocaba en un extremo del puente, Olivia chocó con un paseante.

—Perdón.

—¿Olivia?

No daba crédito. Escondida tras su bufanda y mostrando apenas las pestañas, distinguió al portador de la mirada turbadora del tren a un paso de distancia.

—¿Alec?

—Al menos te acuerdas de mi nombre.

—Soy Rebecca —la asistente de Olivia tendió su mano enguantada al hombre que tenían delante.

Alec separó la mirada de Olivia y saludó a Rebecca con afabilidad.

—Acabo de salir de trabajar —dijo él en una especie de excusa—. Regresaba a la estación.

—¡Qué bien! —exclamó Rebecca—. Así puedes acompañar a mi jefa. Yo me desví aquí y no es buena idea que una mujer joven y guapa, pasee sola a estas horas.

Olivia trató de oponerse, pero los ojos verdes de Rebecca le lanzaron una mirada asesina.

—Me parece perfecto —apuntó él—. Si a Olivia no le importa, claro.

—No —contestó ella forzosamente.

Rebecca le dio un corto abrazo a su jefa y tomó uno de los senderos, desapareciendo rápidamente de su vista.

Olivia comenzó a caminar con Alec a su lado. Iban en silencio. La oscuridad del parque era únicamente mitigada por algunas farolas distantes. El rostro del hombre se mantenía en penumbra y Olivia trataba de avanzar con la mirada al frente.

—Hay una buena distancia hasta la estación —dijo él de repente—. ¿Quieres que cojamos un taxi?

Ella asintió. No le apetecía compartir un taxi con él, pero caminar una larga distancia con las orejas puntiagudas por el frío, con dolor en los huesos y junto a un desconocido, era aún menos agradable.

Alcanzaron la calle Beacon de nuevo y Alec paró un taxi casi al segundo. Se desenvolvía muy bien, era ágil y tremendamente alto. Olivia se encontró observándole con detenimiento y agitó la cabeza para centrarse y separar su atención de él.

Dentro del coche la temperatura resultaba envidiable. El taxista llevaba a Justin Bieber cantando *Sorry* y le iba haciendo los coros. Consiguió que Olivia esbozara una sonrisa.

—¿También sonríes? —dijo Alec observándola—. Pensaba que siempre estabas seria.

Olivia se sonrojó y evitó su mirada dirigiendo la suya hacia la ventana.

—¿Trabajas por aquí? —preguntó huidiza.

—Sí, muy cerca. Aunque estaba dando un paseo antes de emprender el regreso.

—¿No hace un poco de frío para pasear? —se giró hacia él curiosa.

—No tenía demasiadas ganas de volver a casa. Pasear me ayuda a pensar, incluso cuando existe la posibilidad de perecer en el intento por hipotermia.

—¿No te espera nadie? —se dio cuenta de las connotaciones que podía tener la pregunta cuando ya la había hecho y un pesado silencio se adueñó del taxi.

—Tengo un perro —contestó él al fin—. Se llama Pluto. Generalmente no se alegra demasiado de verme.

—¿Seguro que es un perro?

—A veces creo que se trata de una alfombra.

Olivia soltó una carcajada sin poder evitarlo.

—Yo tuve un perro —dijo ella—, era realmente pesado. No paraba de pedir comida, caricias y juguetes.

—Mushroom —apuntó él—. El diminuto caniche marrón.

Olivia, asombrada, arrugó el ceño.

—¿Lo conocías?

—Lo conocía toda la playa de Sarasota. Y te puedo asegurar que, aunque tenía forma de perro, era en realidad un pato. Le encantaba nadar hacia las boyas y encaramarse a las tablas de los surfistas. Nunca he visto a los socorristas tan atareados como cuando Mushroom aparecía por la arena.

—Hemos llegado —el taxista se giró hacia ellos y Alec rápidamente le pagó.

Olivia se había quedado tan estupefacta que ni siquiera se le ocurrió intentar pagar. Abrió su puerta cuando se dio cuenta de que Alec ya había salido y se encontró frente a la estación. A un paso y totalmente lejana. Su cabeza giraba como una peonza y se afanaba en ahondar. Ya lo había vivido muchas veces. Sabía que no era bueno.

—¿Estás bien? —Alec le había sujetado por el brazo y pese al abrigo y a las diez capas de ropa, notó su mano caliente.

—Sí... no —se encaminó hacia la estación sin preocuparse de que la siguiera y entró rápidamente. El andén de su línea, la Fitchburg, estaba vacío a aquellas horas y buscó desesperada, el tren.

—¿Qué sucede, Olivia? —Alec estaba a su lado. Su rostro mostraba preocupación.

—No puedo recordar nada.

—Eso dices.

La cabeza de Olivia continuaba explorando y buscando. Como siempre, cuando no encontrara nada, ningún recuerdo al que aferrarse, se volvería gris, oscura.

El tren pitó avisando de su llegada y Olivia se coló dentro en cuanto las puertas se abrieron. No había nadie así que se sentó donde quiso mientras la jaqueta comenzaba a colapsarla.

Alec tomó asiento a su lado. Su vista estaba clavada en ella y no parecía dispuesto a separarla.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió ella casi gritando, con el dolor de cabeza en aumento.

—Saber qué pasó.

—Ponte a la cola —gimió ella y encerró su cara tras las manos.

—Dime cómo puedo ayudarte —el tono de Alec era realmente ansioso.

—Vete. Deja de seguirme. Coge otro tren por las mañanas.

—Entiendo.

—No. No lo entiendes —Olivia levantó la mirada, sabía que sus ojos estarían surcados de pequeñas venitas rojas que asustarían hasta al mismo diablo, pero no le preocupó alterarle—. No entiendes nada.

—Pues explícamelo —la voz de Alec resultaba más una exigencia que un ruego.

—¿Yo te importaba?

—Sí.

—¿Y por qué no he sabido de ti hasta quince años después?

—No es fácil de explicar en los dos minutos que quedan hasta tu parada. Veámonos otro día.

Hablemos —tomó, de improviso, la mano de Olivia entre las suyas—. Por favor.

Ella soltó su mano como si le quemara y se levantó de un salto. Las puertas estaban a punto de abrirse. Tenía la huida cerca.

—No. No quiero. Todo esto... solo me hace daño. Mucho. No sabes cuánto.

—A mí también —Alec avanzó hacia ella. Su cuerpo tan próximo que casi la cercaba contra la pared del vagón.

—Aléjate, por favor.

El tren frenó. Las puertas se abrieron con un silbido. Olivia escapó al exterior corriendo, con cada uno de sus huesos gimiendo tan alto como su alma.

Aquella noche, enfundada en el pijama más grueso que tenía, abrazada a una manta y hecha un ovillo en el sofá, se decidió a intentarlo una vez más.

Solo guardaba un álbum de fotos anterior al accidente, el resto se los habían llevado sus padres a Sarasota. Nunca quiso mantener aquel único ejemplar, pero se había colado en su caja de los libros cuando se mudó de la casa que compartía con sus padres en Boston a la que ahora tenía en Cambridge. En ese momento, con un analgésico fuerte en el cuerpo y tras un baño de media hora hirviendo, se sentía con energía para encarar el pasado.

Abrió el álbum. En él aparecían Olivia y su hermana Sophie con el uniforme del colegio, mirando con alegría la nieve al otro lado de una ventana. Sophie le llevaba dos años. Siempre había sido una chica inteligente, divertida y bastante visceral. Cuando le tocó ir a la universidad, en vez de quedarse en Harvard o en cualquiera de las buenas universidades de Massachusetts, decidió poner tierra (mucho tierra) de por medio y marcharse a Berkeley en California. Ahora vivía allí con su nueva familia, tenía dos niños pequeños y un marido llamado Ryan, clon de su tocayo el actor Ryan Gosling. Olivia solo los veía contadas veces al año.

Pasó las fotos hasta llegar a unas que mostraban la larga playa del Cayo Longboat en Sarasota. Allí estaba ella, quince años atrás, preciosa y joven al atardecer, con los tonos pastel del cielo como telón de fondo y sus abuelos sonrientes a su lado.

Buscó en todas las imágenes de los veranos en Sarasota a alguien similar a Alec, alguien que pudiera tener cierto parecido, pero no lo encontró. Enseguida se aburrió de pasar fotos que no le decían nada, que no le transmitían ninguna sensación. Hubo una época en la que las devoró intentando encender una chispa, una llama y que la luz se proyectara sobre su pasado; sin embargo, ese tiempo de esperanza hacía mucho que había concluido.

Entonces, justo cuando cerraba el álbum, se dio cuenta de un detalle. En la última página, el tamaño de las fotos no parecía corresponderse con las marcas sombreadas en el papel. Las sacó de allí. Correspondían a una función de teatro del colegio. La fecha, escrita en el reverso, no concordaba con la del álbum. Miró la página vacía, con las sombras de las tres fotografías que una vez estuvieron allí y que alguien había suplantado por aquellas otras. Se preguntó si en alguna de ellas aparecería Alec y, sobre todo, si era así, por qué le habían hecho desaparecer.

23 de diciembre

Los copos de nieve caían sobre Cambridge sin descanso. Desde la ventana de la cocina, Olivia veía los tejados de las casas de su calle pintados en blanco, y un grueso manto esponjoso cubriendo las aceras y los jardines.

Apuró el café de un sorbo y fue a lavarse los dientes y a tratar de arreglar las ojeras que marcaban sus ojos como los de un topo. Llevaba dos noches sin dormir. La primera porque, después de revisar el álbum, su cabeza había comenzado a hacer de las suyas intentando hacerle recordar. Y aquello era como darse contra una pared hasta terminar sangrando.

Y aquella noche no había descansado por culpa del hombre del tren. Le había pedido no verle más y él... le había hecho caso. Así que se había encontrado sola en el vagón, sintiéndose horrible por actuar de aquella forma y con mil interrogantes alrededor.

No importaba. Nada importaba. Al día siguiente se marcharía a Sarasota y descansaría del frío y de la gente extraña mientras se bebía un mojito.

Más animosa, se enfundó el abrigo, la bufanda y los guantes y salió a la calle gélida. La bicicleta parecía un palo rígido y le costó que se pusiera en marcha. Aquella tarde era la fiesta de disfraces de la editorial y, agotada como se encontraba, acabaría quedándose dormida de pie en algún rincón.

Aparcó la bicicleta justo cuando el tren llegaba y corrió como pudo (mitad deslizándose, mitad como una piedra de *curling*) hasta la estación. Las puertas del vagón se cerraron justo cuando acababa de traspasarlas, con el corazón galopando y el sentimiento de inseguridad que dan las puertas que obran por sí mismas.

Se apoyó en una barra y sacó su libro de la mochila. Seguía quedándole el mismo dichoso capítulo, que ni siquiera se había visto capaz de terminar en las noches de insomnio.

—Hola.

Olivia cerró el libro del susto y levantó la vista hacia el portador de la mirada turbadora. Su estómago se tensó, de pronto ilusionado. Sin embargo, esa sensación le duró un segundo, lo que tardó en percatarse del rostro serio y demacrado de Alec.

—Me prometí no regresar a este tren —dijo él—, solo pude cumplirlo ayer.

Olivia le observaba sin saber qué decir. ¿Era el momento de contarle su vida? ¿De explicarle que nada era fácil ni sencillo?

—No quería desaparecer sin más —continuó él—. No estaba dispuesto a que me sacaras de tu vida de nuevo.

—No lo entiendes —Olivia miró con angustia lo que quedaba para la parada final. Se sentía zozobrar en aguas pantanosas—, no sé quién eres.

—Vale —torció el gesto con lo que parecía dolor. Entonces, le tendió un sobre que Olivia recogió con sorpresa.

La estación Norte de Boston ya era visible. En breve se abrirían las puertas y Olivia podría escapar del angustiioso interior del vagón.

—Feliz Navidad, Olivia —dijo él con un gesto sombrío—. Espero que todo te vaya muy bien.

La parada llegó, el tren de las siete y media se detuvo, la gente escapó con prisas. Alec con ellos.

Olivia salió a la estación. El sobre se mantenía en su mano y, tras guardar el libro en la mochila, se decidió a abrirlo. Dentro había una foto.

Observó la imagen, un primer plano de cuando no existían los *selfis*, movida y algo borrosa. Allí estaba ella sonriente, tan feliz y despreocupada como aparecía en las fotos de su álbum. Y a su lado, con un brazo sobre sus hombros y un gesto de diversión, se encontraba el hombre del tren.

Entró en Cutter & Cross aún descentrada. Pasó junto a Rebecca sin saludar y se sentó en su butaca haciéndola girar como una peonza.

—Buenos días, señora Barnett. ¿He visto un fantasma entrar por la puerta o se trata simplemente de un holograma? —Rebecca se coló en el despacho con un café y un bote de analgésicos, que depositó en la mesa delante de Olivia.

—Perdóname, Rebecca. Tengo la cabeza a punto de explotar.

—Dime que es por el tío bueno del tren.

Olivia asintió mientras se tragaba dos pastillas con el café.

—Me tiene muy confundida —dijo inclinando la cabeza y apoyando la frente en la mesa.

—Normal. Como debajo de la ropa esté igual que por encima, Papá Noel se habrá adelantado con el mejor regalo de Navidad de las últimas décadas.

Olivia se golpeó contra la mesa varias veces.

—Así no aliviarás el dolor, más bien creo que lo empeorarás. Lo digo sin ser médico —Rebecca le puso una mano reconfortante sobre el hombro—. Venga, casi es Navidad y esta tarde hay una fiesta. Olvídate de ese hombre hasta que vuelvas de las vacaciones.

—Tienes razón —Olivia levantó la mirada—. Me estoy volviendo tarumba.

—Pues para que la mañana mejore, tengo una sorpresa. Gary Sullivan tiene cita contigo en media hora.

Gary era su autor superventas. Olivia lo había descubierto, cinco años atrás, gracias a las novelas que se autopublicaba en Amazon y ahora vendía millones de ejemplares en todo el mundo de la mano de Cutter & Cross. Eso sí, tenía cierta debilidad por la comida y, si no encontraba sus caprichos preferidos, sería difícil negociar ningún asunto con él.

—¿Has comprado donuts?

—Dos cajas de doce, de todos los sabores y texturas. Incluido su favorito: salami con chocolate.

—Eres un ángel.

—Lo sé. Después hay apuntadas dos reuniones con agentes y un almuerzo rápido con la escritora de fantasía que localizaste en Wattpad. A las 16:00, hay que vestirse para la fiesta, maquillarse y tomarse una o dos copas de champán.

—Un día tranquilo entonces. ¡Gracias! —Olivia terminó su café mientras se ponía al día del mundo editorial y ojeaba un manuscrito. Quizás si conseguía aislar su mente, podría evadirse del avasallador hombre del tren.

Sin apenas darse cuenta pasaron las cuatro de la tarde y Olivia seguía sumergida en el trabajo. Rebecca vino a por ella, por segunda vez consecutiva, y trató de levantarla del asiento.

—Han llegado los disfraces —le suplicó—, ¡vamos a vestimos! Aún debo colocarte las orejas puntiagudas.

Olivia apagó el ordenador a regañadientes y se dejó arrastrar hacia la sala Poe que, en aquel

momento, se había convertido en un guardarropa gigante con decenas de vestidos acumulados en sus sofás. Rebecca no tardó en localizar los suyos y, tremendamente excitada, los llevó a un despacho que estaba haciendo las funciones de vestidor.

Había dos chicas del departamento de no-ficción vistiéndose. Se saludaron con una sonrisa y Rebecca comenzó a quitarse la ropa rápidamente mientras parloteaba con nerviosismo.

—¿No es una pasada? Jamás he llevado algo tan bonito.

—¿No te va a acompañar nadie esta noche? —preguntó Olivia sentándose en una silla.

—La verdad es que no me había decidido por ninguno —sonrió con picardía—. Dudo entre tres y no me parecía ético priorizar.

—Unas tanto y otras tan poco —Olivia soltó una carcajada.

Las otras dos chicas salieron del vestidor, disfrazadas de orcos y partiéndose de la risa. Rebecca estaba preciosa como Éowyn en un vestido de terciopelo verde que destacaba sus ojos esmeralda.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó a su jefa—. La cremallera se las trae.

Olivia dudó. No estaba acostumbrada a desvestirse delante de nadie. No se sentía con fuerzas para mostrar las señales que marcaban su cuerpo como un mapa de carreteras y, menos aún, para explicarlas.

—¿Te importaría darte la vuelta?

—Oh, no, claro —Rebecca, seguramente sorprendida por la petición, se giró sin rechistar.

Con cierta dificultad, Olivia consiguió introducirse el vestido por la cabeza y cubrir la mayor parte de su cuerpo; sin embargo, la espalda al descubierto aún mostraba demasiado.

—Realmente la cremallera es imposible —claudicó Olivia, lo que llevó a Rebecca a acudir junto a ella.

—Olivia, sé que tuviste un accidente muy serio. No debería importarte mostrar las cicatrices.

Olivia negó con la cabeza tratando de ocultar su vergüenza. En cuanto tuvo la ocasión, salió del vestidor hacia el cuarto de baño. Había escogido el vestido que llevaba la elfa Arwen en su boda con el arreatador Aragorn porque sabía que jamás luciría uno. No estaba hecha para compartir la vida con nadie y jamás dejaría que nadie lo intentara.

Agitó la cabeza para espantar los pensamientos negativos y observó su rostro en el espejo. Tenía una cicatriz en la frente, que escondía bajo su perfectamente perfilado flequillo; el lado derecho de su cuerpo, que había resultado destrozado en el accidente y después reconstruido con prótesis, injertos y huesos humanos (Tina decía que era mitad zombi, mitad Frankenstein), estaba oculto por el precioso vestido y sus largas mangas.

—Tengo que advertirte que David, el de marketing, va disfrazado de Aragorn —dijo Rebecca entrando en el baño cargada con una bolsa gigantesca de maquillaje—. No creo que pierda la oportunidad de entablar conversación contigo. Más si te ve vestida de novia.

—Si David no trabajara aquí, me lo pensaría. Hay que reconocer que es guapo y divertido.

—Gracias a Dios, tienes gusto y vista. Creía que eras inmune a los encantos masculinos —le guiñó un ojo—. Lo digo por el tío bueno del tren y sus increíbles ojos azules.

—¿Le viste un segundo y te quedaste con toda su anatomía?

—Soy muy observadora, solo eso. Venga, te maquillo. Necesitas un rojo pasión para esos labios.

A las siete, Cutter & Cross parecía el estudio de rodaje de *El Señor de los anillos*. La segunda planta del edificio, donde estaba el departamento de no-ficción, se había convertido en un paraje de la Comarca con pósteres de tierras verdes y casas diminutas de puertas redondeadas. Habían

traído árboles en grandes macetas y hasta el mismo Gandalf mostraba dónde se encontraba la comida y la bebida.

Tina subía en aquel momento las escaleras. Era la Galadriel más bella que hubiera visto la Tierra Media. Había suplantado su cabello oscuro por una peluca rubia, en la que llevaba una diadema plateada que caía por su frente y le hacía parecer una dulce elfa, en vez del torbellino de carácter que era.

—Valentina —Benjamin Morrison la interceptó antes de que Olivia tuviera la oportunidad de saludarla. El editor se llevó la mano de Tina hacia sus labios y besó sus nudillos con lentitud, haciendo que la mujer se sonrojara intimidada—. Ha merecido la pena la espera para disfrutar de una belleza así.

Olivia se atragantó y comenzó a toser. Tina estaba colorada hasta la punta de las orejas de plástico, fundamentalmente porque un tipo con una armadura de hierro, pinchos en la cabeza y en las hombreras, le había robado la mano y parecía a punto de comérsela.

—Ben, estás asustando a nuestra invitada —apuntó Olivia divertida.

—Lláname Sauron el Grande, señor oscuro de Mordor, señor de los anillos y el gran ojo.

—¡Dios mío! —Tina soltó una carcajada—. ¿Eres el editor estirado y sabiondo? No te había reconocido con tantas púas alrededor.

Benjamin se quitó el casco y observó a las dos mujeres con inquina.

—Pensaba que, en los libros, yo era el ser perverso, no dos elfas melenudas.

Las chicas siguieron riendo sin poder evitarlo y él, con una mueca de fingido disgusto, las acompañó hacia la mesa de los aperitivos, mientras hacía las presentaciones como el mejor de los anfitriones.

Olivia aguantó un tiempo prudencial antes de dejar solos a los dos mayores antagonistas de cualquier novela y huyó hacia Rebecca.

La noche se hizo épica cuando aparecieron el señor Cutter vestido con los harapos de Gollum y Cross como el enano cabezón Gimli. Los dos socios y propietarios habían tenido la brillante idea de prohibir los móviles y las cámaras durante el evento. Y todos los teléfonos descansaban en una caja a la entrada, cerrada con llave.

Casi dos horas después, tras brindar mil veces, hablar con todo el mundo y reír con los jefes, Olivia subió a la terraza de la azotea. Las vistas de Boston eran impresionantes. Se abrazó a sí misma por el frío y observó la luna en su cuarto creciente.

—No te olvides de esto —Rebecca llegó hasta ella con un sobre en la mano—. Me voy para casa y he visto que lo habías dejado en tu mesa.

—Gracias —Olivia abrió el sobre y sacó la foto. Se la mostró—. Mira, el chico del tren.

—¡Estáis juntos en la imagen! —Rebecca abrió la boca, perpleja—. ¡Le conocías!

—¿Qué demonios hacéis aquí? —Tina apareció en la azotea tiritando y mirándolas como si fueran dos locas por encontrarse a diez grados bajo cero en aquel tejado—. ¿De quién es esa foto?

—Hay un individuo extraño que me ha reconocido en el tren —Olivia le tendió la imagen—. No le tomaba en serio hasta que hoy me dio esta fotografía. Una prueba demoledora de que realmente me conoce.

—¿Y tú a él no? —Rebecca no entendía nada—. Tienes una memoria prodigiosa para las caras.

Olivia y Tina intercambiaron miradas en silencio.

—Olive —dijo Tina con los ojos suplicantes de un muñeco Kawaii, que sabía que derretían

al más duro—, Rebecca no es tu compañera sino una amiga. ¿Cuántas veces nos lo has dicho? Te ha aguantado más, incluso, que nosotros. ¿No crees que debe saberlo todo?

—Saber, ¿el qué? —Rebecca desplazó su atención de la una a la otra sin comprender.

—Acababa de cumplir diecisiete años cuando tuve un accidente de coche muy grave —expuso Olivia con un súbito escalofrío—. Iba con mis abuelos. Ellos murieron en el acto y yo sufrí múltiples heridas. Me mantuve en coma tres meses. Cuando me desperté no sabía caminar, ni leer, ni hablar. Las secuelas eran demoledoras y, además, no tenía recuerdos, ninguno. Todo mi pasado se evaporó, como si jamás hubiera existido. Fui aprendiendo desde cero, como si acabara de nacer.

—Desde entonces celebramos el día que Olive abrió los ojos como un segundo cumpleaños. Hay tarta y algún regalo —explicó Tina con una sonrisa amarga—. Nos pegó un susto de muerte.

—Me negaba a ver a mis amigos porque no sabía quiénes eran —añadió Olivia, pasando un brazo por los hombros de Tina y estrujándola contra su costado—. Pero tengo que decir en mi defensa, que resultaban terriblemente raros. Tina llevaba el pelo rosa, Matthias parecía un Ken musculoso, Chloe hablaba sin parar y Taylor... bueno, Taylor era el más normal —Olivia tragó saliva y dirigió la mirada hacia delante—. No fui la mejor versión de mí misma en aquella época. Estaba dolida con mi cuerpo, enfadada con el mundo, no tenía sentimientos donde agarrarme, ni recuerdos. Me encontraba en un pozo del que resultaba imposible poder escapar.

—No me lo puedo creer, Olivia —Rebecca estaba pálida—. Me habías contado que las cicatrices se debían a un accidente, pero no me podía imaginar el resto.

—Preferiría que no dijeras nada a nadie. No puedo ocultar mis secuelas físicas, pero las de mi mente es mejor esconderlas. Este mundo es endiabladamente competitivo, no quiero sentirme peor que el resto, ni que se me infravalore. He llegado aquí con mucho tesón y cabezonería.

—Sobre todo cabezonería, es más terca que una mula —repitió Tina con una mueca y, haciendo caso omiso de la mirada envenenada de su amiga, señaló la fotografía—. Y ahora, ¿qué hacemos con el tipo del tren? ¿Y si es el chico misterioso que te mandaba mensajes en el instituto?

—¿Nunca dije su nombre? —Olivia se frotó los brazos, helada—. ¿Alexander Carrington, podría ser?

—No lo sé, te mantenías callada como una tumba. Dudábamos incluso de si se trataba de una estrella de Hollywood o de un peligroso delincuente.

—¿Qué pasó entre nosotros? ¿Fuimos amigos? ¿Hubo algo más? —Olivia observó su rostro joven en la foto y los ojos claros y expresivos del muchacho. Dio la vuelta a la imagen. No se había percatado de la fecha que aparecía escrita.

La fotografía había sido tomada en junio.

Nada menos que quince años atrás.

Junio - 15 años atrás

Sarasota (Florida)

Alexander James Carrington era el típico chico al que no se podía dejar de mirar. Mientras daba saltos jugando al vóley en la playa, Olivia lo observó detenidamente sentada en la arena. Alto —incluso demasiado—, fuerte, castaño, su pelo caía despreocupado hacia cualquier lado, tapando de forma intencionada alguno de sus ojos celestes... y tenía una boca digna de admiración. O al menos eso le parecía a Olivia en aquel momento, con dieciséis años recién cumplidos y un millón de sentimientos contradictorios pululando por todo su cuerpo.

La primera vez que lo vio, seis veranos antes, le había parecido un cretino. Iba con el mismo grupo de amigos que su hermana Sophie y las pocas veces que tuvo la ocasión de cruzarse con él, no perdió la oportunidad de reírse de su pelo de escarola. Entonces era un troglodita, como todos los chicos: seres extraños y ruidosos que disfrutaban de cosas sin sentido, como tirar piedras o eructar, empujarse y jugar a muerte con un balón.

Pero aquella primera semana de vacaciones en Sarasota, el mundo parecía haberse vuelto majara y, de pronto, el idiota de Alexander Carrington hacía que su estómago se tensara como la cuerda de un arco y le temblaran ligeramente las rodillas.

¡Qué tontería! Olivia se regañó a sí misma y enterró la mirada de nuevo en el libro que leía, mientras el sol tardío de junio bruñía su piel de vampiro de Boston.

La playa del Cayo Longboat estaba tranquila a aquellas horas de la tarde. Era una larga lengua de arena blanquecina entre las aguas turquesas del golfo de México y la bahía de Sarasota. Un prodigio de la naturaleza que se había visto infestado por un par de campos de golf, hoteles y miles de casas de veraneo con sus cuidados jardines y sus pequeños embarcaderos.

Para Olivia, aquel era el mejor lugar del mundo para pasar las vacaciones. Odiaba el frío de Boston y Sarasota siempre tenía un clima agradable, ya fuera invierno o verano. Y, además, podía pasarse el día leyendo o vagueando sin tener que escuchar a su madre quejándose.

Levantó ligeramente la vista del libro y se atrevió a echar un nuevo vistazo al grupo que jugaba al vóley a pocos metros de distancia.

Y allí estaba Alexander, o Alec como se hacía llamar, luciendo cuerpo y habilidades deportivas, mientras las chicas del paseo le observaban sin disimulo.

Como ella.

No entendía por qué sus sentimientos habían virado de lo más cercano posible al odio a escudriñar ahora cada parte de su anatomía como una auténtica pirada, escondida tras las páginas de *La historia interminable*. Si continuaba así un día más, tendría que optar por evitar la playa y buscarse un sitio menos traumático para tomar el sol y leer.

La pelota surcó el aire cual cohete y aterrizó de súbito al lado de la toalla de Olivia. Cogió la bola con ganas de devolvérsela a los jugadores con la suficiente fuerza como para noquearlos de inmediato.

—Hola, rizos —Olivia dio un bote en su sitio mientras la sombra alargada de Alexander se extendía por su toalla—. ¿Me pasas la pelota?

La chica la tenía entre las manos, abrazada contra su cuerpo y con cara de asombro.

—No.

—¿No? —Alec alzó una ceja, sorprendido, mientras se agachaba en cuclillas a la altura de Olivia—. ¿Tendré que arrancártela?

—No.

Olivia se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo más espantoso cuando ya resultaba imposible dar marcha atrás. Rogó para que la tierra se la tragara hasta lo más profundo mientras seguía abrazada al balón.

Entonces, Alec curvó sus bonitos labios en una impresionante sonrisa y Olivia hizo lo peor que podía hacer: mirárselos, deslizar sus ojos hacia su boca con el aire contenido en los pulmones.

—No me das alternativa —Alec le quitó la pelota en un único y rápido movimiento, que la dejó con la sensación más absoluta de idiotez suprema que fuera posible conseguir en cualquier universo.

Se alejó entre risas mientras chocaba manos con sus compañeros de equipo e intercambiaban comentarios que Olivia no alcanzaba a escuchar, pero que, seguramente, tenían que ver con ella.

Era idiota. Peor. Imbécil. ¿Qué le había sucedido? Era una de las chicas que mejores notas sacaban de su clase, únicamente su amiga Chloe se disputaba con ella los primeros puestos de la lista de empollonas. Y a la hora de la verdad y delante del impresionante Alexander, su nivel de inteligencia había caído hasta el suelo.

Metió el libro en su bolsa de la playa, se puso su camiseta y enrollando la toalla de forma precipitada y tosca, se alejó de aquel sitio, insultándose a sí misma en voz baja. Cruzó sobre la pasarela de madera, dejando atrás la playa entre dos edificios de apartamentos. Tenía su bicicleta atada a una farola a escasos metros. Cargó la cesta con la bolsa y comenzó a pedalear, bordeando la verde llanura del campo de golf de Longboat hasta la carretera principal, que recorría el Cayo de punta a punta. A aquellas horas no había demasiado tráfico y cruzó rápidamente por el paso de peatones, maldiciéndose aún mientras se internaba entre las callejuelas paralelas que desembocaban en la bahía de Sarasota, con sus preciosas casas y mansiones entre gigantescas palmeras y arbustos en flor. Llegó a la calle Birdie, al final de la cual, junto a la colosal casa color salmón y pórtico con columnas de sus vecinos, se encontraba la sencilla construcción de sus abuelos.

Habían comprado la casa de Longboat cuando se jubilaron. Su abuelo había sido abogado, más años de los necesarios (según él), y su abuela había sido profesora de primaria, más años de los necesarios (según ella), y se merecían un sobrado descanso (según ambos). No era la mejor casa del Cayo, ni siquiera de su calle, ya que no tenía piscina privada como otras, ni era grande ni ostentosa, pero daba de lleno a la bahía de Sarasota, sin ninguna otra que interfiriera en su visión, de forma que cuando Olivia se sentaba en el embarcadero mirando hacia el agua verdosa de la tarde, se sentía como la última persona en el mundo y la sensación, pese a lo triste que podía parecer, le resultaba mágica.

Dejó la bicicleta junto a la ranchera de su abuelo y rodeando la casa, sin siquiera entrar en ella, apareció en el jardín posterior. Se dejó caer en el césped con la vista en la ciudad lejana de Sarasota, al otro lado de la bahía.

—¿Qué haces aquí, cielo? —su abuela acercó una de las tumbonas a su lado y se sentó. Era una mujer de aspecto juvenil, divertida y nerviosa. Nunca podía estarse quieta sin hacer nada. Mientras su abuelo se pasaba las mañanas jugando al golf, ella preparaba comidas, iba al mercado, arreglaba el jardín y leía.

—Estaba... incómoda en la playa.

—¿Es eso posible?

—Sí, si lo que ves no te gusta.

—¿O quizás si te gusta demasiado? —inquirió su abuela levantando una ceja.

—¿Me lees la mente?

—Por supuesto, las abuelas hacemos eso y mucho más —la mujer tomó el pelo de Olivia entre sus manos y comenzó a trenzárselo. Olivia cerró los ojos, agradecida—. ¿Y eso que te incomoda está en el grupo de amigos de tu hermana?

—Sí, y es realmente odioso.

—¿Te ha molestado? Si es así, tu abuelo estará encantado de clavarle el palo de golf en algún lugar innombrable.

—No, no me ha hecho nada, pero... no lo entiendo. ¿Por qué siento un montón de polillas alocadas dentro de mi estómago cuando le veo? Y hoy... ni siquiera he sabido coordinar dos palabras seguidas delante de él. ¡No es normal! En el colegio hablo con mis amigos sin problemas, Matt o Taylor son para mí como mis hermanos y jamás me he quedado como una idiota delante sin saber qué decir.

—Porque ellos no te gustan, es así de simple. Cuando vi a tu abuelo por primera vez me quedé de piedra. Imagínate que el pobre pensó que yo era muda.

Olivia giró el rostro hacia su abuela con una sonrisa y se apoyó en sus piernas.

—Hablar contigo es muy fácil. Siempre haces que me sienta mejor.

—No tienes ningún problema, cariño. Los chicos producen muchas veces estos trastornos tan absurdos. Pero ¿sabes una cosa? Aunque parezca que no, a ellos también les sucede lo mismo. Cuando alguien les gusta de verdad se vuelven atolondrados e incapaces de hilar palabras con sentido.

—A este no le pasa. ¿Sabes que tiene entre seis y ocho novias cada verano? Me lo ha dicho Sophie.

—Tu hermana es una chismosa. Sin embargo, si eso es cierto, ese muchacho, por más atractivo e interesante que te pueda parecer, no te conviene. Escúchame bien, Olivia, tú jamás debes de ser una más. Nadie debe hacerte sentir como eso. Tienes que ser simplemente la primera, la última, su todo, como decía el sabio de Barry White.

—Me pones el listón muy alto, abuela —rio Olivia.

—¿Me ayudas a preparar la cena? —la mujer se levantó de un salto y le tendió la mano para levantarla—. Alguien me ha dicho que hay una fiesta esta noche en el club de golf.

Olivia admiraba a su abuela. ¿Cómo podía enterarse de todo?

—No voy a ir, Sophie no quiere que la acompañe.

—Tu hermana no tiene voz en esto, además creo que con dieciséis años ya puedes ir sola sin depender de ella. ¿No?

—¿Sí? —Olivia alzó las cejas, perpleja.

—Siempre y cuando pueda contar con que vas a ser sensata y que no me harás arrepentirme de confiar en ti.

—¡Por supuesto que puedes confiar en mí!

—¿Regresarás a las doce?

—Como Cenicienta, me tendrás en tu puerta —se agarró del brazo de su abuela y caminaron hacia el interior—. ¿Sabes que eres la mejor?

—Sí, pero no se lo digas a tu abuelo, que se pondrá celoso.

La casa, de una sola planta, era extraordinariamente luminosa. Tenía ventanales inmensos,

algunos ocupaban paredes enteras, por los que se filtraban los rayos del sol de cualquier tonalidad a cualquier hora del día.

La cocina, unida al salón, estaba tan recogida y limpia que parecía salida de una revista de decoración. Olivia comenzó a poner la mesa mientras canturreaba feliz. Mushroom, el caniche canijo marrón, llegó resbalando por el suelo cerámico buscando su ración diaria de caricias.

Ir con Sophie a las fiestas del verano resultaba lo más parecido a sentirse como una apestada no bienvenida. Para su hermana, ella era, decididamente, una carga que soportar y encima debía cuidarla, por lo que vigilaba lo que comía o bebía e incluso con quién hablaba. Sin embargo, a partir de aquel día, ya no volvería a pasar.

—¿Qué bien huele! —Amy Liu apareció en la cocina a través del ventanal que daba al jardín. Era su vecina (la de la casa color salmón con pórtico arrancado del Partenón) y se conocían desde el principio de los tiempos en Longboat.

Amy tenía la misma edad que Olivia, pero aparentaba cinco años más, o quizás incluso diez. Se teñía el pelo desde los doce y llevaba uñas y pestañas postizas. Era una copia en miniatura de su madre y tenía sus mismos gustos estrafalarios y obsesamente caros, pero a Olivia le caía bien. Quizás jamás la hubiera escogido como amiga, pero le había venido regalada en el chalé de al lado, con lo cual, o aprendía a llevarse bien con ella o tendría que soportarla a pocos metros de distancia todos los veranos de su vida.

—Puedes quedarte a cenar, Amy —dijo la abuela, acostumbrada a tener uno o dos invitados extra cada tarde.

—Gracias, mi madre y mi nuevo padrastro se han ido a dar una vuelta en el yate. No creo que vuelvan hasta el amanecer —la chica se sentó a la mesa, tamborileando inquieta con sus preciosas uñas en un plato. Mushroom botaba intentando alcanzarla para chuparle la cara.

—¿Sabes que hay hoy? —preguntó Olivia con voz misteriosa, mientras le ponía un vaso delante con limonada bien fresca.

—La fiesta del club de golf —contestó Amy con tedio—. No pienso ir con tu hermana. Me hace sentir como una muñeca china o como algún tipo de mascota oriental.

—¿Y si te digo que vamos tú y yo juntas y... solas?

Amy comenzó a dar saltitos en la silla hasta que la abuela, temiendo por la integridad del mobiliario y de la muchacha, fue a tranquilizarla.

—Hasta las doce —puntualizó la mujer poniendo la comida en la mesa—. Ni un minuto más.

—¡Genial! —exclamó Amy—. Podemos tomar prestado el *buggy* de mamá, la muy loca lo ha pintado de rosa y ahora no le dejan llevarlo al campo de golf.

—Motorizadas, no —terció la abuela, tajante, mientras servía la ensalada—. Hay un agradable camino para pasear.

—Con todo el respeto, señora Hartman —apuntó Amy seriamente—, son tres kilómetros con tacones. Todo un suplicio.

—Por favor, abuela, el *buggy* va a diez kilómetros por hora —rogó Olivia—. Y si le da por llover, no nos mojaremos.

—Está bien, pero como me entere de que vais rápido os quedáis en casa el resto del verano —la abuela tomaba por costumbre regañarlas como si ambas fueran sus nietas. A Amy le encantaba que alguien se preocupara por ella, así que nunca se quejaba de los castigos y los solía acatar sin problemas.

En cuanto terminaron de cenar corrieron al dormitorio a vestirse, y una hora después salían de la casa con el visto bueno de la abuela a su indumentaria y con las llaves del *buggy* rosa en la

mano.

El campo de golf de Longboat estaba ubicado en un entorno privilegiado, entre la bahía de Sarasota y el golfo de México, y disponía, además de los típicos 18 hoyos, lagunas y praderas con palmeras, de un hotel de cinco estrellas, piscinas, pistas deportivas y buenos restaurantes.

En el edificio de una sola planta del club, solían realizarse entregas de premios, algún acto importante y varias fiestas durante la época estival. Aquella, la del último fin de semana de junio, estaba dedicada a los jóvenes y ningún adolescente que pasara sus vacaciones en el Cayo Longboat o incluso en la ciudad de Sarasota, era tan imbécil como para no asistir. Eso sí, se necesitaba invitación de algún socio del club, y estaban muy cotizadas. Todos sabían que en el mercado negro se vendían algunas a altos precios por hijos de socios de dudosa moral y grandes ansias de dinero fácil. Los mismos que serían capaces de vender a sus ricas madres por unas entradas para la Super Bowl sin ningún tipo de miramiento.

Amy detuvo el buggy rosa chicle ocupando dos plazas del aparcamiento y se apeó sin intención alguna de enderezarlo. Sus ojos estaban colocados en la gente que comenzaba a acceder al edificio del club.

—Deberíamos habernos puesto algo más corto —dijo con los brazos en jarras y cara de disgusto.

—Entonces mi abuela no nos hubiera dejado salir —Olivia se examinó a sí misma con disimulo. Desde que había cumplido aproximadamente los quince años, su cuerpo había tomado vida propia desarrollándose hacia todos los lados. De ser un palo con rizos a los catorce, había pasado en dos años a disponer de unas curvas bastante llamativas. Esperaba que solo su espejo se hubiera dado cuenta, pero aquel verano y desde el minuto uno en el que apareció en la playa, percibió que ya no resultaba invisible para el género masculino. No. Ni para bien ni para mal—. Estamos estupendas, Amy.

Su amiga arrugó la nariz y sacó de su pequeño bolso las invitaciones para el evento. Su madre, como era de esperar, era socia del club de golf pese a que nunca había pisado el *green* ni, por descontado, empuñado un palo.

—Hola, chicas —a un paso de los guardias que custodiaban la entrada, apareció un muchacho de pelo claro, ojos azules despistados y un gesto indescifrable en el rostro.

—Hola, Nathan —Amy sonrió como una bobalicona, dando a Olivia hasta cierta vergüenza ajena—. ¿Vienes a la fiesta?

—Pensaba pasarme un rato.

Nathan Carrington era el hermano de Alec e hijo del director del fastuoso hotel Beach Palace, que se levantaba a sus espaldas con vistas directas al campo de golf y al agua turquesa del golfo de México. Olivia le conocía desde el primer verano que pasó en Longboat, hacía ya seis años. Era el único ser, al igual que ella, que parecía desentonar con el entorno paradisíaco del Cayo. Pálido, escueto en la conversación y huidizo, más parecía un fugitivo de la ley, o incluso un testigo protegido con identidad falsa, que el hijo de uno de los personajes más conocidos de Sarasota.

Y por lo que parecía, Amy se había encaprichado de él.

—¿Te gusta Nathan? —le preguntó en un susurro Olivia a su amiga mientras entraban en el edificio, siguiendo al muchacho.

—Es muy mono, ¿no te parece?

—Hace un año exacto me dijiste que era un crío maleducado con un problema grave de idiotez.

—Ya. Pero ahora le quedan fenomenal las camisetas.

Olivia resopló divertida.

—Amy, nos hacemos mayores. He pasado de odiar a todos los chicos a encontrar a algunos hasta interesantes.

—¿Alguno que haya por aquí? —Amy señaló con la mano la amplia sala a la que se accedía desde el vestíbulo. El lugar comenzaba a llenarse de gente, la música alta mitigaba las conversaciones, una bola de discoteca refulgía en el techo, lanzando destellos hacia los ventanales que daban al extenso campo de golf.

Olivia echó una ojeada alrededor. Había chicos y chicas guapas por doquier. Algunas parejas o pequeños grupos se habían lanzado a la pista de baile, otros rodeaban la barra en charlas animadas. Su mirada se detuvo atraída por una figura estática, magnética, cercada por gente, que Olivia reconocía. Tragó saliva y trató de separar los ojos de Alec, pero no podía. Iba con vaqueros y con una simple camiseta; sin embargo, todas las chicas que tenía cerca y alguna más desde fuera de la pista, le echaban miradas coquetas. ¿Cuántos años tenía ya? ¿Dieciocho? ¿Iría a la universidad? ¿Tendría novia? Sí, claramente sí. En ese momento había apretujado a una rubia despampanante contra la barra y le estaba haciendo una exploración bucal tremendamente exhaustiva.

El estómago de Olivia se constriñó disgustado y ella separó la mirada. Amy continuaba hablando sobre Nathan y el aludido daba vueltas por la sala, desubicado.

Pronto llegaron las otras amigas de Amy que, con el tiempo, se habían convertido también en las de Olivia. Eran tremendamente esnobs, ricas y estiradas, pero se les acababa cogiendo cariño y Olivia disfrutaba de su compañía. Sus problemas existenciales variaban entre la escasez de ropa de su armario, el nuevo romance del actor de moda o el poco caso que les hacían sus padres. Muchas veces, Olivia sentía lástima por ellas. Sus padres tendían a suplir sus ausencias o su poca dedicación con dinero y regalos, lo que no les hacía ningún bien.

Después de un rato bailando en la pista y con un calor cada vez más acuciante, Olivia decidió ir a por unos refrescos. La barra estaba hasta los topes y tuvo que sortear unos cuantos cuerpos sudorosos para hallar un hueco libre.

Se puso de puntillas en busca de algún camarero entre las cabezas que la rodeaban.

—Hola, rizos —el destino era travieso. Alec Carrington se encontraba al lado de Olivia, con sus manos en la cintura estrecha de una morena (¿no era rubia antes?) de ojos tan maquillados como un mapache y cara de pasa agria—. ¿Necesitas ayuda?

—Estoy tratando de conseguir un camarero antes de que mis amigas se deshidraten y tengamos que llamar a la ambulancia —sonrió nerviosa dirigiendo su atención a la pared contraria.

—¡Lucas! —Alec llamó a un chico que no corría, sino que volaba detrás de la barra, consiguiendo detenerle—. ¿Puedes atender a mi amiga?

Lucas, un musculoso latino de perfecta dentadura, dirigió su atención hacia Olivia.

—¿Me podrías poner tres colas light, dos normales y una sin cafeína?

El camarero comenzó a preparar el pedido a una velocidad vertiginosa. Olivia trató de seguirle con la mirada, mientras que por el rabillo del ojo veía las manos juguetonas de la morena de ojos mapache bajo la camiseta de Alec.

—Puedo conseguiros algo más sabroso que añadir a vuestro simple refresco —dijo él, tan

próximo que Olivia se sintió en la tesitura de girarse ligeramente.

—¿Estás ofreciendo alcohol a menores?

—Así no suena nada bien.

—No. Te convierte en una especie de criminal.

—Me refería a unos aperitivos —Alec sonrió con picardía. Tenía una boca absolutamente arrebatadora y Olivia gruñó hacia sus adentros, incapaz de separar su mirada. El camarero dejó los vasos llenos a su lado, consiguiendo que Olivia devolviera su atención hacia la barra—. Invitación de la casa, por cierto.

—Gracias Alec, aunque no era necesario: mis amigas tienen el dinero por castigo —esbozó una sonrisa tensa y trató de agarrar cuatro vasos a la vez, mientras imaginaba cómo hacerse con los dos restantes.

—Venga, te ayudo —el chico se soltó de la morena y cogió las bebidas con suma facilidad—. ¿Ves? He sido camarero muchos años. Hay habilidades que nunca se pierden.

Se encaminaron hacia el grupo de amigas de Olivia. Amy tenía la boca desencajada y los ojos del tamaño de bolas de billar cuando llegaron a su lado. Todas las chicas se cuadraron, presas de la estupefacción, cuando la vieron aparecer con Alec detrás.

—Señoritas, sus bebidas —dijo él, socarrón—. Hasta luego, rizos.

Olivia se despidió con un gesto de la cabeza y se giró hacia las chicas con el corazón agarrotado y sintiendo un calor más agudo que momentos antes.

—¿Qué hacías con el macizo de Alexander Carrington? —preguntó Amy en cuanto se hubo recompuesto del susto.

—Es un amigo de mi hermana.

—Ya lo sé. Eso no contesta a mi pregunta. Ha dejado a su novia a un lado por ti.

—Más bien me ha ayudado a traer los refrescos, antes de que los esparciera por el suelo de la pista de baile. Y esa chica tiene de novia lo que yo de bolso de Gucci.

Aquella frase hizo reír a sus amigas y pronto olvidaron el extraño momento. Conforme avanzaba la noche, los muchachos comenzaron a asediarlas y decidieron escapar a la terraza a tomar el aire.

Las estrellas parpadeaban en el cielo de Florida pese a la contaminación lumínica de Sarasota. El campo de golf era un manto negro, iluminado débilmente por pequeños faroles. A lo lejos, el mar parecía una balsa de petróleo.

Olivia inspiró el aire salino exterior y buscó en el firmamento alguna de las constelaciones que conocía, mientras sus amigas se enfrentaban en un debate aburrido sobre varios cantantes famosos. Distinguió la Osa Mayor justo encima de... ¿Otra vez? Si el destino antes había sido travieso, ahora resultaba ya perverso.

Alec abrió los ojos que mantenía cerrados mientras besaba a la rubia del principio de la noche y los fijó en Olivia, que en ese mismo momento trataba de disimular buscando algo interesante detrás de unas palmeras.

Se acercó a ella mientras mantenía a su chica agarrada de la cintura, con una mueca de diversión en la cara.

—¿Qué te sucede ahora, rizos? ¿Has perdido algo?

—Creí ver un caimán. Imagínate.

—Ya —se separó un paso de la rubia y avanzó hasta Olivia—. Tenemos que hablar.

La saliva se solidificó en la garganta de Olivia y a punto estuvo de atragantarse con ella.

—¿He hecho algo?

—¿Tú? —se rio—. No, solo quiero comentarte algo de tu hermana que me preocupa.

Aquello no se lo esperaba, le observó con interés. Él continuó:

—Hay un tipo nuevo en el grupo, Caleb. Es de California y creo que vuelve loca a Sophie. Esa parte no me preocupa, pero no parece un buen tipo. ¿Te ha hablado ella de él?

—Apenas he visto a mi hermana desde que llegamos. Anoche mismo durmió en casa de su amiga Sarah.

—Con Sarah dormí yo.

—Ah, vaya —Olivia no sabía si estaba más preocupada por su mentirosa hermana o porque aquel espécimen masculino llevara tres chicas diferentes en menos de veinticuatro horas—. Nunca pensé que Sophie me engañaría con algo así.

—Tu hermana siempre me ha dicho que quería estudiar en la universidad de Harvard, pero la he visto preparar los papeles para Berkeley.

—¿Berkeley en Los Ángeles? Eso debe de ser un error. Ella no... ¿Se ha vuelto loca?

—Parece que el amor funde los fusibles del más cuerdo, ¿no? —soltó una risa mientras la rubia se situaba entre ellos dos, con gesto de abominación total.

—Alec, me aburro —dijo mascando un chicle y mostrándoselo al universo sin ningún miramiento—. Has prometido enseñarme el hotel.

—Ahora nos vamos, Ariel. Solo un segundo —Alec se volvió hacia Olivia—. Intenta hablar con ella, no me fio del tal Caleb y su reputación no ayuda demasiado. ¿Lo harás?

—Conversar con canijas es sumamente pesado, ¡quiero marcharme ya! —la rubia se inmiscuyó de nuevo, con los brazos en jarras y los labios enfurruñados.

—Esta canija es una amiga —dijo él, molesto—, así que, si quieres irte, ya sabes dónde está la puerta.

El silencio se hizo en el porche. Las amigas de Amy se habían quedado mudas y ya ni siquiera fingían no estar atentas a la conversación. La rubia se marchó tras escupir el chicle a los pies de Olivia y darle un empujón.

—Tu chica se va —murmuró Olivia viéndola alejarse—. Siento haberla hecho enfadar.

—Ha sido una buena excusa para librarme de ella —Alec sonrió ampliamente y estiró los brazos por encima de su cabeza, haciendo que la diferencia de altura entre ellos dos se convirtiera en kilométrica—. Bueno, te veo mañana en la playa.

Entró en el edificio sin dejar a Olivia, completamente obnubilada, pronunciar una sola palabra más. Debía marcar aquella noche en el calendario como un pequeño hito. La noche extraña en la que el chico que le gustaba le había hablado y en la que se había dado cuenta de que su hermana mentía demasiado bien.

Julio - 15 años atrás

Sarasota (Florida)

Eran pasadas las cuatro de la madrugada cuando Sophie hizo su aparición en el dormitorio que compartía con su hermana. Olivia no había conseguido pegar ojo pensando en cada uno de los detalles de su escueta conversación con Alec e inventándose otros que no habían existido.

Sophie se deslizó como un ninja en la cama y cuando debía de estar satisfecha por haber conseguido no despertar a nadie, Olivia le habló:

—No te he visto en el club de golf.

—¿Qué haces despierta? —susurró su hermana claramente molesta.

—Me tienes preocupada.

—¿Yo a ti? ¿Y eso?

—Anoche no estuviste en casa de Sarah.

Sophie se incorporó sentándose en la cama. Olivia podía intuir su rostro a través de la pálida luz que se filtraba a través de las cortinas y no parecía muy contenta.

—Claro que sí. ¿Necesitas que te lo confirme ella?

—Ella me dirá lo que tú quieras, pero sé que nos has mentido. ¿Prefieres que esta conversación la tenga con la abuela en vez de contigo?

—Como digas algo, te haré la vida imposible.

—¿Así que es verdad? ¿Por qué demonios lo ocultas? ¿Es por ese... Caleb?

Sophie se levantó de un salto y tomó asiento de forma brusca en la cama de Olivia, arrinconándola contra el lado contrario.

—¿Cómo coño sabes eso?

—Hay gente que se preocupa por ti y por tus gustos —Olivia sentía cierto temor de su hermana en aquel estado de bestia salvaje—. ¿Qué tienes con ese chico? ¿Es tu novio?... ¿Te has acostado con él?

—No es nada de tu incumbencia.

—¡Eres mi hermana! Me preocupa que nos mientas por un chico. ¿No es más sencillo decir la verdad?

—Soy mayor, Olive, cumplí los dieciocho hace dos meses, puedo hacer lo que quiera y con quien quiera.

—¡Pues no lo parece! ¿Por qué me va a importar que salgas con un chico? En Boston te he conocido dos novios y con uno te pillé escondida en el baño haciendo quién sabe qué.

—Mira, métete en tus asuntos y déjame a mí los míos —Sophie se alejó hacia su cama y se dejó caer en ella, dándole la espalda—. Y cuidado, sé cómo miras a Alec. Si alguien debe andarse con ojo, esa eres tú.

Olivia no supo qué añadir. Su hermana no diría una palabra más y debería esperar un tiempo para intentar un acercamiento efectivo. Cerró los ojos tratando de vaciar su mente y conseguir dormir, pero sabía que aquella noche sería tremendamente complicado.

Pasaron casi dos semanas en las que Olivia se dividió entre acompañar a su abuela o a Amy a cualquier lado para evitar pisar la playa. Los padres de Amy tenían un espectacular yate en el que

se ofrecieron a llevarlas a pasar el día en un par de ocasiones y también disfrutaron de alguna tarde en la ciudad de Sarasota, recorriendo tiendas y comprando ropa y baratijas.

Al sur del Cayo Longboat, antes de cruzar el largo puente sobre el agua que llevaba hacia la isla de St. Armands, se extendía una reserva natural en la que a Olivia le encantaba perderse mientras aprovechaba para sacar a Mushroom. Varios caminos de arena se internaban por las marismas, entre la vegetación, reapareciendo en pequeñas calas de arena blanca que poca gente de allí conocía.

Mushroom marchaba varios metros por delante de ella husmeando, haciendo agujeros en la tierra y chapoteando por el agua. Iba a regresar a casa como una auténtica croqueta y su abuela pondría el grito en el cielo.

Olivia llegó a una playa recóndita y comprobó con agrado que, como siempre, no había ningún intruso. Aquella era su cala. Siempre la había llamado Playa Olivia, pero ahora la había rebautizado con el original nombre de Playa Alec.

Se quitó el vestido y se quedó en bikini. Desenrolló la toalla y con un libro en la mano se sentó, disfrutando de las vistas que tenía desde aquel lugar. Soplaban una ligera brisa muy agradable y el sol era cubierto de tanto en tanto por nubes algodonosas.

Se tumbó cerrando los ojos, escuchando el chapoteo de algún pez o el trino de cualquier pajarillo de las marismas. La vida era perfecta... hasta que oyó un ruido.

A la izquierda, se alzaba un pequeño embarcadero de tablones destartalados y viejos. Algunas veces podía encontrar pescadores o a algún fanático de los pájaros tratando de vislumbrar ejemplares interesantes.

Olivia observó con atención. Había un tipo agazapado, con una cámara de gran objetivo en la mano. Su gozo en un pozo, aunque lo más seguro era que él no llegara a darse cuenta de su presencia y se marchara tras tomar un par de fotos a lo que fuera que le despertara tanto interés.

—¿Rizos? —el hombre de la cámara se giró hacia ella sorprendido y bajó el objetivo ligeramente.

El destino era terco.

—¿Alec? —Olivia se sentó con rapidez—. ¿Qué haces aquí?

El chico descendió del embarcadero y caminó hacia ella. Portaba una gran bolsa al hombro y fue guardando en ella la cámara y todos sus artilugios.

—Suelo venir a disfrutar de las vistas —dijo llegando a su lado y tomando asiento en la arena.

Olivia se sentía inquieta y demasiado desnuda ante la proximidad de Alec. Su bikini era, en ese momento, escueto y apretado; pero, gracias a Dios, a Alec parecía darle igual.

Mushroom apareció corriendo y se lanzó encima de las piernas de Alec, rebozándose y dejándose rascar con placidez.

—Hola amigo, estás asqueroso —Alec recogió un palo y se lo tiró haciendo que el caniche saliera trotando a toda velocidad—. ¿Así que vienes a sacar al perro al sitio menos transitado de todo Sarasota?

—Me encanta esta tranquilidad y... —señaló a su alrededor—, tengo una playa privada.

—El único fallo es que no sirven refrescos.

Olivia abrió su bolsa y sacó una botella de agua. Se la tendió.

—¿Quién dice que no?

Alec bebió un trago mientras Olivia trataba de mirarle con un disimulo que no se le daba demasiado bien.

—No le contaré a nadie el lugar paradisiaco que has encontrado si tú no confieras que me has visto cámara en mano.

—¿Qué hay de malo en eso?

—Mi padre dice que es una afición estúpida. La verdad es que me he saltado mi turno de socorrista en la piscina para venirme aquí.

—Nathan cuenta que vuestro padre os explota —sonrió ella—. Creía que os obligaba a realizar trabajos forzados, cavando zanjas o fregando cazuelas, no sentado en una silla vigilando a las chicas guapas de la piscina del hotel.

—¡Ey! ¡Claro que nos explota! Durante todo el año solo libro tres horas por la mañana. El resto del día hago de socorrista y no siempre miro a las guapas, he salvado a dos ancianitas; también soy camarero, instructor de tenis y caddie de golf. ¿No te parece suficiente?

—La verdad es que me suenan a trabajos muy divertidos.

Alec se reclinó apoyándose sobre los codos y cerró los ojos al sol tenue de la tarde. Le tenía a un palmo de distancia y Olivia podía olerle desde allí, como un vulgar sabueso.

—Sí, tienes toda la razón, pero me gustaría estudiar fotografía en serio, tratar de trazarme un camino. No me apetece trabajar para mi padre —la miró de reojo. Sus ojos celestes eran muy claros en aquel momento. El estómago de Olivia volvía a estar tenso—. ¿Y tú qué quieres hacer, rizos?

—Me llamo Olivia.

—Es un nombre demasiado serio para una cría.

¿Cría? Olivia se aguantó las ganas de abofetearle y respondió:

—Pues Alec parece demasiado infantil para un viejo como tú.

—¿Alexander mejor? —soltó una carcajada—. No te enfades, rizos. Te conozco desde que llevabas pañales.

—A los diez años te puedo asegurar que los había dejado en el cajón.

—Vale, señora adulta. ¿Qué quieres hacer con tu vida? ¿A qué te vas a dedicar?

—Literatura. Quiero estudiar cualquier cosa que tenga que ver con los libros. Redactora, correctora, editora... lo que sea.

—Siempre estás leyendo —añadió él, pensativo.

—¿Te has dado cuenta?

—Por supuesto. ¿Sabes cómo te llaman mis amigos? Matilda.

—Oh, genial —contestó ella monocorde—. No tenía suficientes apodos para uno más.

—Tengo que decir en su defensa que me obligaron a leer ese libro de Roald Dahl en el colegio y me encantó la protagonista. Matilda era una chica increíble. ¿No te lo parece?

—Pues sí, pero no es el sobrenombre con el que alguien quiere ser conocida con dieciséis años.

—¿Ya tienes dieciséis?

Aquello mejoraba por momentos. Las ganas de abofetearle habían crecido con desmesura. Mushroom regresó con una pelota de golf ennegrecida y asquerosa en la boca, calmando los nervios de Olivia.

—Bueno, creo que tengo que regresar. Mis abuelos se inquietan si desaparezco demasiado tiempo. Aunque mi abuelo opina que, si alguien tuviera la osadía de secuestrarme, me devolvería en menos de dos horas. Hablo mucho cuando estoy nerviosa.

—¿Tú? Lo dudo. Vamos, te acompaño —él se levantó de un salto y le tendió la mano. Era fuerte y firme, muy grande en comparación con la de Olivia. Se soltó enseguida para enrollar la

toalla y meter todo en su bolsa. Después silbó para que el perro les siguiera y comenzaron a desandar el camino hacia la salida de la reserva.

—Mañana por la noche hay una fiesta en la playa del hotel. Vente con tu amiga, juro que no trataré de emborracharos.

—Se lo preguntaré a mis abuelos —habían llegado a la carretera principal. Sus caminos se separaban en aquel punto.

—Muy bien. Hasta luego, rizos.

Alec cruzó la carretera con las manos en los bolsillos traseros de su pantalón, completamente despreocupado e inconsciente de la mirada fija de Olivia en su espalda.

Mushroom tiró de la correa y Olivia consiguió centrarse. No debía darle demasiada importancia, pero aquel pedazo de hombre acababa de invitarla a una fiesta. Inspiró profundamente y se dejó arrastrar por el forzado caniche hacia casa.

—No puedo acompañarte, Olive —Amy se sentía mal—. Mis padres quieren que salgamos a cenar. No puedo decirles que no cuando llevo todo el mes insistiendo.

—No te preocupes. Ya encontraré la forma —Olivia se había quedado sin acompañante para la fiesta de aquella noche. Solamente le faltaba rogar para que a su hermana se le hubiera pasado el enfado que mantenía con ella y se ofreciera a hacer de canguro.

—¡Un momento! —Amy la sobresaltó con un grito—. Nathan estará encantado. Seguro que no le importa realizar una buena acción por una amiga desamparada. Te llamaré al móvil en cuanto me diga algo.

—Sabes que no tengo teléfono, la tecnología no ha llegado aún a mi casa.

—Es verdad, pues te lo gritaré por la ventana. ¡Pásalo bien!

Así que unas cuantas horas después caminaba junto a Nathan Carrington en un extraño silencio mientras se dirigían a la fiesta. Si Alec había heredado todos los genes paternos, de manera que jamás podría encontrarse en un segundo plano, eclipsando todo lo que había a su alrededor, Nathan era una copia de su madre. Delgado, introvertido, soñador. Siempre parecía encontrarse en un universo paralelo donde las leyes universales no regían de igual forma.

Olivia había escuchado demasiados rumores sobre el pequeño de los Carrington, que no sabía si creer. Algunos le situaban con apenas catorce años en una clínica de desintoxicación, otros mencionaban un par de intentos de suicidio. Fuera lo que fuese, nada parecía casar con el chico meditabundo que iba a su lado.

—Gracias por acompañarme —dijo ella para romper el silencio—. Si no, no me hubieran dejado asistir. Tendré dieciséis años, pero los privilegios de una niña de diez.

—No pasa nada —levantó los ojos de la acera durante un segundo para mirarla—. ¿Te acabaste *La historia interminable*?

—¡Claro! ¿Alguna sugerencia más? Ayer finalicé *Matar a un ruiseñor*.

—*Canción de hielo y fuego*, de George R.R. Martin. Era una trilogía, pero ha salido un nuevo libro. Seguro que acaban haciendo una película... o incluso una serie.

—Me la leeré antes de que eso pase —intercambiaron una sonrisa, la que une a dos fanáticos de los libros y que no comprende el resto de la humanidad.

En la zona de la playa, que quedaba delante del hotel Beach Palace y de los bungalós que también formaban parte del complejo, el acceso estaba restringido. Allí se levantaban un par de chiringuitos bastante caros y un restaurante con unas vistas impresionantes. Poco más allá

quedaba un puerto privado con yates y veleros espectaculares, con sus altos mástiles rozando las estrellas.

Sobre la arena se había colocado una amplia pasarela de madera, con antorchas gigantescas delimitándola e iluminando dos largas barras con bebidas que servían a gran velocidad camareros con pantalones cortos y camisas ceñidas.

La gente de aquella fiesta no parecía la de la anterior en el club. Allí no había adolescentes imberbes ni chicas estrenando sus primeros zapatos de tacón. Olivia pisó los tablones observando a su alrededor con curiosidad. Aparecer entre tanto extraño con Amy hubiera sido más sencillo; sin embargo, con Nathan a su lado parecían dos astronautas perdidos en un planeta lleno de cuerpos esculturales con ropa ligera.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Nathan. Su rostro bañado con la luz de las antorchas aparecía bronceado y sus ojos brillaban. Sin embargo, la desgana era patente en su voz.

—Sí, una Coca-Cola, por favor. Te acompaño —Olivia no estaba dispuesta a quedarse sola entre la marabunta mientras la música les hacía contorsionarse en bailes tribales.

En la barra estaba Lucas preparando cócteles a cámara súper rápida; debía de conocer a Nathan también y les sirvió el refresco y una cerveza enseguida. Dieron una vuelta por la zona. Nathan se terminó la bebida en un breve lapso de tiempo y pidió otra, mientras Olivia se tragaba las ganas de decirle algo.

—No me lo puedo creer, ¡una niña! —la hermana de Olivia la miraba de brazos cruzados con inquina. Se encontraba junto a su grupo de amigos de todos los veranos, demasiado cercana a un individuo que Olivia no conocía. Era el tal Caleb—. ¿Te ha dejado la abuela venir sola?

—Me ha acompañado Nathan —repuso ella, revisando de arriba abajo al sujeto por el que su hermana estaba perdiendo el norte. Era guapo, no cabía duda, y tenía el atractivo del que esconde algo peligroso.

—Ni se te ocurra beber alcohol, ¿entendido? —le ordenó su hermana mientras todos seguían la conversación como si de un partido de tenis se tratase. Incluido, de repente, Alec Carrington.

—Rizos, has venido —Alec parecía alegrarse de ver a Olivia, o quizás fuera debido a los efectos de la copa que llevaba en la mano. Pasó su mirada hacia su hermano. Su semblante se endureció—. Nathan, ven conmigo. Ahora.

Se lo llevó aparte. El grupo reanudó sus conversaciones, alguno bailaba y se reían. Olivia no conseguía quitar la vista de los dos hermanos. Alec le había arrancado la cerveza de la mano y la estampó contra el muro de piedra que separaba la arena de los bungalós. El rostro de Nathan estaba colérico. Se remangó la camisa, nervioso, mostrando lo que sus mangas largas siempre ocultaban. Ambas muñecas presentaban dos cicatrices marcadas. Una era demasiado reciente.

Una pena abrumadora invadió a Olivia. No podía entender cómo un muchacho como aquel, con una supuesta buena vida, había estado tan hundido como para tratar de quitarse la vida en dos ocasiones. Sin quererlo, avanzó hacia ellos. Conocía a Nathan desde hacía seis veranos, quizás solo sabía de él lo que hacía durante tres meses al año, pero le sentía incapaz de algo así.

—Vete a casa —rugía Alec a su hermano cuando Olivia llegó a su lado—. No puedes estar aquí. No debes.

—Ha sido culpa mía —dijo ella, haciendo que ambos repararan en su presencia—, le pedí que me acompañara. Amy tenía planes.

Alec pareció relajarse, su cuerpo dejó de mostrar una postura amenazante, casi agresiva.

—Está bien, solo es que Nathan no debería...

—Ya me ha quedado claro, hermanito —Nathan masculló las palabras con auténtico

desprecio y se alejó saltando el murete y desapareciendo entre las casas.

—Siento la escena —Alec, turbado, escondía la mirada en la arena—. Nathan es... joven aún. Si se filtrara que se sirve alcohol a menores, mi padre tendría un grave problema.

—Ya veo... ¿Y eso? —Olivia señaló con un gesto de la cabeza la copa de Alec—. No tiene pinta de batido energético.

Alec soltó una carcajada.

—Soy mayor de edad, señorita.

—Claro, con dieciocho puedes ser juzgado como un adulto, ir a la cárcel, comprar un arma, casarte e incluso divorciarte, pero hasta los veintiuno solo puedes adquirir un Red Bull como mucho.

—Vas a hundirme la existencia —comenzaron a andar hacia los amigos de Alec—. Tendré que enterrarme en los libros a esperar a esos veintiuno, como hacen otras.

—Llegarás con una cultura enorme.

—Y con una sed descomunal.

Alec apoyó su mano en la cintura de Olivia para hacerle hueco entre los integrantes del grupo, consiguiendo que, durante el segundo que duró el gesto, la espalda de Olivia se quedara congelada.

Los ojos oscuros e inquisidores de Sophie no se separaban de Olivia y ella tuvo que dirigir su interés a la extraña conversación que mantenían. ¿Cómo podía ser que los dos años que separaban a sus amigas de los de aquel grupo parecieran una brecha generacional insalvable? Sus temas eran divertidos, en ocasiones demasiado intensos para su gusto y en otros, banalmente verdes y sexualmente explícitos. Ahora entendía el +18 de las películas.

Su hermana comenzó a bailar con Caleb de una forma que enrojecería al mismísimo Johnny Castle de *Dirty Dancing*, así que Olivia optó por darles la espalda, encontrándose con la mejor amiga de Sophie, Sarah, entre los brazos de Alec. En ese momento Olivia no sabía en qué dirección mirar.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —le preguntó Alec—. Supongo que te he dejado sin escolta al enviar a Nathan a descansar.

—No te preocupes, nadie en su sano juicio intentaría raptarme —Olivia miró la hora sorprendida. No se había dado cuenta de lo tarde que era. Apenas quedaban diez minutos escasos para las doce—. Bueno, gracias por la invitación. Buenas noches.

Se despidió de la gente con la mano, recibió un par de abrazos en contestación y se marchó casi corriendo fuera de la playa. Llegó a la avenida a zancadas. Debería esprintar si quería llegar a la hora.

Una moto se detuvo a su lado. Era Alec. Cómo no. Cualquier amor platónico adolescente de manual debía tener, además, una moto.

—Venga, sube. Si a un alienígena le diera por abducirte, me sentiría culpable —dijo tendiéndole un casco.

Olivia miró la moto, después al conductor. Aquello era un sueño. Demasiado real. Se encaramó en el asiento con la gracia de un sapo y se abrazó a la espalda de Alec mientras contenía la respiración. Había subido dos veces en la moto de su amigo Taylor, pero la sensación no se parecía absolutamente en nada. Olivia tenía el presentimiento de que Alec sería capaz de notar su corazón a mil por hora pagado a su espalda.

—¿Lista? —aceleró y Olivia se agarró con más fuerza—. Intenta no dejarme sin aire.

—Perdón —ella aflojó ligeramente la presión mientras veía la avenida del Golfo de México

pasar a toda velocidad. Enseguida llegaron a la calle de Olivia, demasiado deprisa.

Ella se bajó de la moto y le tendió el casco. Sus rizos debían de estar más despeinados que de costumbre, pero trató de no pensar en ellos para no ponerse más nerviosa aún.

—Muchas gracias. ¡He llegado cinco minutos antes!

—Ahora tengo que esperar a que entres —dijo él sonriendo ampliamente.

Olivia tomó el sendero que conducía a su casa sin poder evitar una mirada furtiva antes de abrir la puerta. Después la cerró tras ella mientras escuchaba el motor al arrancar. Se quedó pegada a la puerta con una mueca boba en la cara y con el olor del demoledor Alec pegado a su nariz.

La noche anterior, que había pasado casi en blanco, le había proporcionado a Olivia una misión: conocer aún más a Nathan Carrington. Quizás si conseguía acrecentar su relación amistosa con él, podría ayudarle con sus problemas. Sabía que podía salir escaldada de la situación, como también sabía que le resultaría imposible quedarse de brazos cruzados mientras alguien al que apreciaba sufría de aquel modo.

Pedaleó hasta el hotel Beach Palace y aparcando su bicicleta junto a la entrada, se coló en el vestíbulo. Apenas había pisado aquel lugar en un par de ocasiones. Resultaba esplendoroso, con sus altas columnas griegas y una espesa vegetación que caía desde las balaustradas a diferentes alturas. Todo un derroche de suntuosidad y bastante desmesura, de la que le gustaba a los acaudalados y emperifollados huéspedes.

Olivia preguntó directamente en la recepción por Nathan y la dirigieron a la piscina. Caminó por los amplios pasillos hasta llegar a un gran porche con unas sobrecogedoras vistas de las aguas cristalinas del golfo de México, que parecían fundirse con una piscina inmensa, en la que chapoteaba algún turista, mientras el resto se desmayaba en cómodas tumbonas y en camas resguardadas por doseles como las que las princesas Disney tenían en sus castillos.

Olivia distinguió, pese a la claridad, a Nathan sentado en el puesto del socorrista, con un bañador rojo, camiseta de manga larga blanca y un salvavidas a su lado. Si volvieran a grabar *Los vigilantes de la playa*, Nathan claramente no entraría en el reparto. El muchacho era delgado como un lápiz, lechoso y su pelo se aclaraba con la luz del sol dándole un aspecto albino.

Se giró hacia ella parapetado tras unas gafas de sol que le venían dos tallas grandes.

—Hola —saludó ella tratando de imaginar qué excusa convincente podría situarla en aquel lugar.

—Siento haberte dejado colgada ayer —se adelantó él.

—No pasa nada, no era una fiesta demasiado divertida —Olivia tomó asiento a su lado cruzándose de piernas como un indio—. ¿Qué tal estás?

—Bastante acalorado —Nathan dibujó un esbozo de sonrisa que se apagó rápidamente—. ¿Alec te ha contado algo sobre mí?

—No. Parecía preocupado por si alguien se enteraba de que se vendía alcohol a los jóvenes. Algo curioso, ya que él no soltó su copa en ningún momento.

—Él está por encima de todo. Es un ser superior.

—Ah, ¿sí? Yo le veo más bien del montón.

Nathan se levantó las gafas apoyándoselas en el pelo. Sus ojos parecían divertidos.

—¿Eres inmune a sus superpoderes?

—¿Cuáles son? Aparte de su altura y de que debe darse bastantes coscorrónes con los marcos de las puertas.

—Es un imán. Desde antes de parecer una secuoya ya atraía la mirada de la gente y, sobre

todo, el interés, todo lo que dice, lo que hace, apasiona a los que le rodean. Es un triunfador, aunque no se haya dado cuenta. Si quisiera, podría hacer cualquier cosa. Pero como a mí, mi padre nos tiene atados bien corto a sus posesiones. Cuando me toque ir a la universidad, si llega ese día, me retendrá aquí. No me dejará marchar.

—¿Qué te gustaría estudiar?

—Matemáticas. Siempre se me han dado bien los problemas.

¿Tendría la frase doble sentido? Olivia optó por poner cara de póquer y mirar hacia los destellos del sol en el agua.

—Me estaba preguntando si me podrías prestar la trilogía que me comentaste ayer.

—¿*Canción de fuego y hielo*? Claro. En cuanto acabe mi turno te la bajo. Sé que te va a gustar.

Olivia fue acercándose hasta el borde de la piscina y metió los pies dentro. Estaba auténticamente deliciosa.

—Date un baño —dijo—. Haré la vista gorda y no te pediré el número de habitación.

—No sé si estaría a salvo contigo de socorrista —le picó Olivia—. ¿No te faltan algunos músculos?

—Los míos están en el cerebro, niña —sonrió Nathan.

—Ah, qué tranquilidad. Siempre podrás salvarme del ahogamiento resolviendo una ecuación matemática.

—No creo que merezca la pena meterme en esa agua excesivamente clorada por salvar a una chica pija de Boston como tú —antes de que Olivia pudiera replicar, Nathan la empujó a la piscina. Después se tiró tras ella riendo.

—¿Esta es una broma de socorrista? —escupió Olivia, tosiendo agua.

Nathan la alcanzó braceando y, sujetándola del cuello, la arrastró hasta el borde.

—¿Ves? Aprobé el cursillo. Tengo hasta homologación.

—Juro que te creía. No hacía falta que me lo demostrases —Olivia reposó la espalda en la pared de la piscina. Desde allí tenía una perspectiva perfecta del mar. Desplazó la mirada hacia Nathan. Estaba apoyado en el borde de piedra, la camiseta blanca empapada mostraba su cuerpo debajo, las cicatrices de sus muñecas eran demasiado visibles.

Trató de tapárselas cruzándose de brazos.

—¿Qué te sucedió? —preguntó ella.

—Dicen que atravesé una puerta de cristal.

—¿Y qué fue lo que pasó en realidad?

Nathan hizo una mueca mientras se ayudaba con los brazos para salir del agua. Se sentó en el borde, observándola desde arriba.

—¿Sabes que desde que te conozco solo hablamos de libros? ¿Tengo alguna obligación por eso de contarte mi vida?

—No, no la tienes. Solo preguntaba, tú estás en tu derecho de contestar lo que quieras.

Él se puso en pie, parecía disgustado, se movía inquieto hacia ambos lados. Después se detuvo, tendió su mano a Olivia y la ayudó a salir de la piscina.

—Ven —dijo ofreciéndole una toalla y comenzando a caminar hacia el edificio.

Olivia le siguió envuelta en la toalla, mientras sus sandalias empapadas chapoteaban sobre el mármol del suelo. Cruzaron el vestíbulo y llegaron a uno de los ascensores donde se leía «Montacargas». En cuanto alcanzó su piso, se montaron. Era más feo que el resto, ni siquiera tenía un cristal panorámico y sonaba quejumbroso. Se detuvieron en la décima planta, la última.

Al otro lado había un par de puertas. Nathan abrió la de la izquierda con esa desgana que Olivia ya había apreciado en la fiesta del día anterior. Entraron en un espacioso salón con una cocina integrada a su derecha. Enfrente, los ventanales mostraban una terraza con el mar como vista privilegiada. Nathan se encaminó hacia una puerta. Era su dormitorio. Estaba pintado en un gris tétrico, con las ventanas cerradas, unas gruesas cortinas oscuras, que apenas dejaban filtrarse la luz, y las paredes plagadas de estanterías con infinidad de libros. La cama era un batiburrillo de sábanas revueltas y había ropa acumulada en un rincón. La habitación olía igual que el recinto de los gorilas del zoo.

—Este es mi mundo —Nathan se sentó en la cama y señaló con las manos a su alrededor—. ¿Sabes quién duerme en la habitación de al lado, la que está pegada a esta pared? Mis padres. Alec tiene su propio apartamento. ¿Ves ese cuadro? Hay una cámara detrás. Me monitorizan para que no haga cosas impropias.

Olivia sintió angustia y opresión. Avanzó por el dormitorio y, sin poder evitarlo, descorrió las cortinas y abrió la ventana de par en par. El aire salino se coló a raudales, como una bocanada de oxígeno.

Se volvió hacia Nathan. La miraba expectante, quizás incrédulo. Olivia, agarrándole de la mano, le arrancó de la cama y le empujó para que se sentara en un sillón junto a las estanterías. Después estiró las sábanas, colocó la ropa en un cesto y organizó la mesilla de noche.

Entonces, tomó asiento y de brazos cruzados enfrentó su mirada.

—¿Qué libro has dicho que me vas a prestar ahora?

—¿Me vas a hacer la cama cada vez que te deje una novela?

—No, pero deberías tener el dormitorio presentable por si acaso vienen visitas. Imagínate que yo hubiera sido... Claudia Schiffer. Le hubieras proporcionado una impresión nefasta.

—¿Qué haría Claudia aquí conmigo? ¿No estaría antes con Alec?

—No seas aguafiestas, soy yo la que cuenta la historia. Claudia acaba de subir contigo y se encuentra con esto. Siento decirte que has perdido la oportunidad de tu vida. La que contarías con orgullo a tus nietos.

—¿Eso te cuenta tu abuelo? El mío desde luego que no.

Olivia comenzó a reírse sin parar, en parte para liberarse de la angustia, en parte por aquella extraña situación y acabó deslizándose hasta topar con su trasero en el suelo. Nathan luchó contra una sonrisa que al final apareció unos segundos escasos y decidió sentarse a su lado. Se mantuvieron en silencio con la vista en la extensa estantería de la pared de enfrente, cada uno volcado en sus pensamientos. Pasó una hora, quizá. El sol se colaba aún más fuerte por la ventana, rozando el mediodía.

—¿Sabes lo que es sentir que no vales para nada? —Nathan comenzó a hablar casi en un susurro—. ¿Sabes lo que es creer que tu familia sería más feliz si tú no estuvieras, más libres en tu ausencia? ¿Sabes lo que es odiarte a ti mismo, aborrecerte hasta desearte la muerte? Así me sentía yo... así me siento a veces.

Giró su rostro hacia Olivia. No parecía la voz de un muchacho de solo dieciséis años, sino la de un anciano cansado de luchar. Sus ojos mostraban tristeza, agotamiento.

—No sé lo que se siente, pero puedo imaginármelo, y no me gusta esa sensación.

—Todos los días lucho con alguien aquí dentro —Nathan apoyó la mano en su pecho—, que únicamente me muestra la cara amarga del mundo que me rodea. Los libros me ayudan a viajar a otros universos. Cada uno de ellos, desde *El silencio de los corderos* hasta *Orgullo y prejuicio*, son un pequeño manual de autoayuda.

—Hannibal Lecter te ayudaría sin dudar.

—Me comería en la ensalada.

—Aunque solo encontraría huesecillos muy finos con poco que roer.

La mirada de Nathan se suavizó. Su rostro se había destensado, apenas mostraba dolor.

—Gracias Olivia, me parece que me sienta bien hablar contigo.

—Podemos hacer terapia siempre que quieras —dijo ella levantándose del suelo y estirando los músculos adormecidos—. Hay un bono en oferta por cincuenta dólares la sesión.

—Resérvame la de las once de la mañana, me aburro terriblemente haciendo de socorrista.

—Perfecto. Aquí me tendrás —Olivia se dirigió a la puerta del dormitorio. Nathan hizo un gesto de despedida al que ella respondió con una sonrisa.

Mientras bajaba en el ascensor se sintió satisfecha. Aunque los problemas de Nathan la superaran por completo, trataría de ayudarlo con todo lo que estuviera en su mano.

Durante más de dos semanas, Nathan y Olivia se reunieron cada mañana a las once en el borde de la piscina. Los fines de semana, Nathan daba clases de tenis y Olivia le ayudaba recogiendo las pelotas que los endiablados niños del hotel disparaban a cualquier parte de la pista sin control alguno. Hablaron de literatura por los codos, de autores tanto actuales como muy antiguos, a los que Olivia solo había oído mencionar, y de lejos, en el colegio. Aprendió muchos datos e historias y, sobre todo, comenzó a meterse en la mente de Nathan y a entender de qué forma funcionaba. Y aquello era un auténtico caos.

De una cosa estaba segura: lo que no habían conseguido las decenas de psicólogos y psiquiatras que le habían tratado no lo iba a lograr ella, pero al menos esperaba que sus encuentros pudieran mermar la opresión que él sufría en su interior.

Y eso pensaba que estaba sucediendo.

En aquellas sesiones improvisadas, encontrarse con Alec entraba en la ecuación. El hotel era grande, aunque no lo suficiente para que no se toparan en diferentes situaciones. Al principio, el chico pareció sorprenderse de tenerla merodeando, luego la tomó como un objeto más del mobiliario y salvo algún gesto con la mano o un saludo rápido, no se produjo la deseada interacción.

El último viernes de julio, y con una temperatura perfecta para la cocción de las gambas, Alec apareció en la piscina mientras Nathan y Olivia se encontraban en una discusión acalorada sobre *Crepúsculo* y sus chupasangres vegetarianos.

Que Alec Carrington se quitara la camiseta a menos de dos metros y se lanzara a la piscina delante de ella, hizo que Olivia dejara de proteger la novela que le había hecho suspirar por convertirse en vampira de la mano de Edward Cullen.

Olivia no logró evitar mirar a Alec. Estaba impresionante y nadaba tan sumamente bien que ella, ganadora de dos medallas de plata en los campeonatos interescolares de Massachusetts, quedaba como una pobre aficionada.

—¿No sabe hacer algo mal? —preguntó Olivia casi para sí misma.

—No. Sufrió una descarga de protones y de rayos gamma cuando era pequeño y se convirtió en lo que es.

—¿También trepa por las paredes y se pone verde cuando se enfada?

—Todo. Es un auténtico espectáculo —Nathan hablaba con aparente despreocupación; sin embargo, había un resquicio de rabia en el poso que dejaban sus palabras—. Olive... prométeme algo.

Ella despegó los ojos de los fuertes brazos de Alec y los transportó reticente hacia su amigo.

Su rostro mostraba gravedad y sus ojos, tan claros hasta casi parecer líquidos, la miraron con preocupación.

—Claro, siempre y cuando no constituya ningún delito —Olivia arrugó la nariz inquieta.

—No te enamores de Alec. Jamás dejes que eso ocurra. No podría permitir que te tratara como a las demás —Nathan le había tomado de la mano y la sujetaba con ansiedad entre las suyas—. ¿Me escuchas? Te mereces mucho más que a él.

Olivia no sabía qué decir. ¡Si el corazón se le desbocaba cuando se encontraba con Alec! Apretó las manos de Nathan y buscó en su interior una sonrisa tranquilizadora que mostrarle.

—¿Crees que no soy inmune a sus encantos? —le preguntó—. Ahora mismo me estudian en la misma NASA para ver a qué gen extraterrestre se debe.

Nathan soltó una carcajada que hizo que todos los usuarios de la piscina se volvieran. Alec braceó hacia ellos, completamente sorprendido por el gesto de su hermano.

—¿Qué os traéis entre manos aquí? —preguntó sentándose a su lado con sus increíbles, y demasiado perfectos, abdominales a un palmo de distancia de Olivia.

—Hemos formado un club de lectura —contestó ella, intentando no mirarle y dirigiendo su atención íntegramente hacia Nathan.

—¿Hay plazas para más socios? —inquirió Alec—. Me gustaría participar en lo que sea que hace feliz a mi hermanito.

—Lo siento —la voz de Nathan fue tajante, demasiado—. No estás invitado.

La situación se tornó tensa. Olivia no sabía bien qué decir y Nathan optó, al final, por levantarse y marcharse de la piscina.

—Solo quería ser agradable —dijo Alec encogiéndose de hombros.

—Bueno, Nathan es especial. Ya lo sabes.

—Te agradezco que pases tiempo con él, me parece que le vienes muy bien —Alec esbozó una sonrisa—. Lo único que me preocupa es cómo lo llevará cuando te vayas en septiembre.

—Creo que puedo convencerle para que te deje entrar en el club de lectura.

—¿Quieres alejarme de la bebida y además convertirme en un hombre de provecho, culto y educado?

—Algún día me lo agradecerás —Olivia se incorporó hecha un manojo de nervios. Mantener una conversación cordial con Alec y no babear como un bulldog era una misión más imposible que la de Tom Cruise—. Bueno, voy a buscar a Nathan. Hasta otro día, Alec.

Y se marchó rápidamente, deseando no resbalar en el suelo mojado para no resultar más patética aún.

Durante la siguiente semana, Nathan y Olivia comenzaron a tratar el tema «chicas» en sus conversaciones. Amy seguía colada por él y parecía el momento adecuado para integrarla en su selecto grupo literario.

—¿Qué te parece Amy? —preguntó directa Olivia, después de dos días dándole vueltas infructuosamente a la mejor forma de hacer la pregunta.

—¿Amy Liu?

—Claro. Sois amigos desde antes incluso de que yo llegara.

—Si Amy fuera un personaje de *Mujercitas*, sería sin dudarla Amy March. ¿No te parece? Bella, simple y bastante vanidosa.

—No quiero saber quién sería yo. Me queda Meg (a la que desheredan), Jo (la que es poco

femenina) o Beth (la que se muere al final)

—Una decisión difícil, pero optaría por una mezcla de las tres.

—Pues, ¿sabes quién eres tú? ¡El viejo vecino gruñón!

Ambos se rieron hasta que Alec volvió a aparecer. Se acercó sin, gracias a Dios, quitarse la camiseta ni enseñar músculos y se agachó en cuclillas a su lado.

—Mañana papá me ha prestado el barco —dijo mirando hacia Nathan—. Me gustaría que vinierais a pasar el día. Llevaremos comida preparada, toneladas de refrescos y bordearemos la costa, puede que llegemos hasta la reserva de Boca Grande.

—Vaya, eso suena genial —saltó, con demasiado entusiasmo, Olivia.

Nathan pasó la vista de Olivia hacia su hermano. Aparentaba encontrarse ante una gran contradicción pero, al final, asintió con un ligero gesto de su cabeza.

—Está bien. Cuenta conmigo también.

Alec parecía satisfecho y cuando se marchó, Olivia esperaba no haber cometido una idiotez al meter a ambos hermanos juntos en un diminuto espacio durante un día completo.

El barco en cuestión tenía de pequeño lo que Olivia de pelirroja, o sea, nada. Con treinta metros de eslora y hasta tres camarotes, aquello era más grande que el apartamento de sus padres en Boston.

Olivia curioseó el interior del yate, que el hotel ponía a disposición de sus huéspedes más exclusivos por unos pocos miles de dólares. Una ganga.

Se sirvió un refresco en la cocina y subió a la cubierta. Se habían puesto en marcha a las nueve de la mañana en dirección sur con ocho invitados a bordo, entre los que estaban Amy, su hermana Sophie, el infame Caleb, la pegajosa Sarah, Nathan con su perpetua camiseta de manga larga y Simon, el mejor amigo de Alec.

El agua estaba tranquila y el día se presentaba cálido. A mano izquierda, los alargados cayos del oeste de Florida, paralelos a la costa, formaban islas con preciosas casitas con embarcaderos y playas de arena blanca.

En aquel momento pasaban el Cayo Siesta y la playa Tortuga. La vuelta la harían seguramente al atardecer, con el sol poniéndose tras el agua del Golfo de México y con el cielo moteado en colores pastel.

Olivia tomó asiento junto a Nathan en la proa. El agua contra la que chocaba el pesado barco les salpicaba, el aire se mantenía aún fresco. Cerró los ojos sintiendo las gotitas salinas en su cara.

—Esto es una maravilla —murmuró.

—Mi hermano pilota como un cavernícola. En vez de en barco se cree que va en un todoterreno —gruñó Nathan.

—Pues amótinate y lo relevas de su cargo —le instó Olivia divertida—. Yo te apoyaré, he visto mil películas de ese tipo.

—¿Qué tramáis por aquí? —Amy se hizo un hueco a caderazos entre Nathan y Olivia y se sentó—. ¿Vas a conducir tú este trasto, Nathan? Deberías. Alec está más preocupado en evitar que Sarah le sobe que en mirar si hay alguna roca contra la que podamos chocar.

—¡Motín, motín! —pidió Olivia riendo—. Les quitaremos las armas y los encerraremos en el almacén.

—Yo no pienso enfrentarme a un tipo que me saca una cabeza —dijo Nathan—. Si eres tan

valiente, Olive, dile tú que se deje de tonterías y pilote como Dios manda.

—Pues me atrevo sin problemas.

—Apuesto cinco dólares a que no —dijo Amy con su mirada traviesa encendida.

—Subo la apuesta otros diez —afirmó Nathan oculto tras sus gafas de sol y con un inicio de sonrisa en sus labios.

Olivia se levantó y les apuntó con un dedo.

—Malos amigos. Veremos quién ríe el último —y se marchó toda digna por el pasillo lateral sujetándose bien para no acabar en el agua.

Enseguida vio a Alec Carrington, agarrado a la gran rueda de timón, y a una exuberante Sarah con un bikini miniatura (seguramente lo había encogido en la lavadora) a su lado. En los asientos de la popa estaban el resto de los amigos. La cerveza corría a pesar de no llegar a las diez de la mañana.

—Hola, rizos —dijo Alec girándose hacia ella—. ¿Ya te has mareado?

—No me marearía ni en el Poseidón, eso que se dio la vuelta y acabó panza arriba.

—Sarah, ¿podrías dejarnos un rato solos? —aunque el tono de Alec fue cordial, la amiga de Sophie se alejó disgustada y se sentó de mala gana entre sus amigos. Entonces Alec volvió a dirigirse a Olivia—. ¿Qué tal con Nathan?

—Bien, está más dialogante e incluso creo que podría acabar emparejándole con Amy. Eso sí, piensa que conduces fatal.

Alec se rio y señaló el timón.

—¿Quieres probar? No es difícil.

—Eso dijo el del Titanic.

El chico tiró de ella hasta colocarla tras la rueda, le situó las manos y, demasiado pegado a su espalda, le mostró como dirigirla.

—Movimientos suaves —murmuró Alec desde atrás, consiguiendo que la nuca de Olivia se erizara como un puercoespín—. Ahora vamos a hacer que vuele.

Empujó una palanca, el motor sonó más fuerte, el barco se precipitó en una carrera. Olivia se sujetó con fuerza al timón asustada, más por las sensaciones que la cercanía de Alec a su espalda podían generar en ella que porque se encontraba pilotando un bicho gigante con toneladas de peso a una velocidad desorbitada.

—Lo estás haciendo muy bien —Alec, con sus brazos a ambos lados del cuerpo de Olivia, la ayudaba a virar y a mantener estable la embarcación—. ¿Quieres algo de beber? —e hizo ademán de soltarse.

—¡No te marches! —rogó Olivia—. No me dejes sola.

El grito de la muchacha había provocado la risa entre los amigos de Alec.

—Tu chica te necesita cerquita —Olivia oyó la voz sibilina de Caleb a sus espaldas y le odió con más fuerza—. ¿Has probado a pegarte aún más?

—No es su chica, imbécil —aquella era la inconfundible Sophie. Olivia sonrió con el insulto—. Y como no la dejes tranquila, te lanzo por la borda.

—Vale, vale, fierecilla —por el rabillo del ojo, Olivia vio como Caleb se levantaba y tiraba de su hermana para que se incorporara—. Vámonos abajo, he visto un sitio más cómodo y tranquilo.

Sophie, sin oponer ninguna resistencia, se alejó con Caleb mientras Olivia gruñía entre dientes. Aquel ser asqueroso no podía gustarle a su hermana.

—Tendré que echar las sábanas a lavar —se quejó Alec, situándose al lado de Olivia y sin

separar la vista de la dirección que tomaban.

—Ese chico me da escalofríos —masculló Olivia—. Y Sophie sigue enfadada conmigo desde que intenté hablar con ella y no consigo que me cuente nada.

—No debí decírtelo —el aire movía el cabello castaño de Alec despeinándolo en todos los sentidos. Sus ojos azules competían en belleza con el agua del Golfo—. Creo que te condicioné contra él.

—Sé pensar por mí misma, Alec, y Caleb parece un león con piel de cordero. No me gusta nada. ¿Has visto a Edward Norton en *Las dos caras de la verdad*? La historia se basa claramente en Caleb.

—¿Estás llamando psicópata al novio de tu hermana? —rio Alec divertido—. No quiero saber qué idea tienes de mí, rizados. Me da auténtico pavor.

Olivia notó como sus mejillas se coloreaban al instante, tenía mucho calor. ¿Cómo podría decirle a Alec que, para ella, él era el señor Darcy de *Orgullo y prejuicio*, el Aragorn de *El Señor de los Anillos*, el Jamie Fraser de *Outlander*, o el Damon Salvatore de *Crónicas vampíricas*? Su mirada se encontró con la de Alec, el estómago prieto como una albóndiga y los mofletes rojos a rabiar.

—Gollum —dijo ella—. Creo que te pareces a Gollum.

—¿Quién demonios está pilotando esto? —Nathan llegó en ese momento junto a Amy, pillándoles de improviso. Su semblante mutó súbitamente y sus ojos pasaron de Alec a Olivia—. ¿Qué estáis haciendo?

—Os prometí que le quitaría el timón —contestó avergonzada Olivia, sin entender realmente por qué. Era como si Nathan, de repente, hubiera entendido lo que ella sentía por su hermano.

—Ya veo —dijo él y pasando a su lado sin más, bajó las escaleras hacia el interior.

—Tomaré el mando de nuevo —comentó Alec—. Id a comer algo. Pronto podremos parar a darnos un baño.

Amy y Olivia se internaron en el barco. La cocina estaba vacía y, extrañadas por la ausencia de Nathan, se comieron unos sándwiches y se sirvieron ensalada y fruta.

Unos gemidos ahogados llegaban lejanos provenientes de algún camarote. Olivia volvió a enrojecer.

—Mi hermana —masculló bebiendo un gran sorbo de agua helada—. Prefiero no imaginarme qué está haciendo ahí dentro.

—Lo mismo que van a hacer esos dos —Sarah entraba arrastrando a alguien de la camiseta. Amy los señaló con un gesto—. Nos hemos metido sin saberlo en el barco del amor.

Aquello resultaba duro para Olivia. Si ya implicaba hacer de tripas corazón tener a su hermana con el siniestro Caleb unos metros más allá, que estuviera Alec junto a Sarah en otro camarote, era ya algo de masoquista de manual.

Pero no era Alec el que bajaba arrastrado por Sarah, sino el chico rubio, Simon.

Olivia expulsó con alivio el aire que había contenido en los pulmones. Amy la miraba con el ceño fruncido.

—Pones unas caras rarísimas —dijo dándole un bocado a su sándwich—. ¿Estás bien?

—Vamos arriba, necesito que me dé la brisa.

Amy la acompañó a la cubierta. Alec estaba fondeando el barco y les pidió ayuda para echar el ancla. Según les explicó, se encontraban delante de Boca Grande, en la Isla Gasparilla. Si continuaban hacia el sur encontrarían Cayo Hueso y, poco después, Cuba.

—Me voy a dar un baño, ¿os apuntáis? —se dirigió hacia la popa del yate y descolgó la

escalerilla de la plataforma trasera—. El resto de la tripulación nos ha abandonado.

Amy y Olivia se miraron de reojo y rápidamente le siguieron. Se despojaron de las camisetas y las sandalias mientras observaban a Alec lanzarse de cabeza al agua con la maestría de Michael Phelps. Las chicas se sentaron en la plataforma con los pies en remojo, buscando alguno de los peces de colores que aparecían en todas las postales de la zona. Comprobaron desilusionadas que resultaba imposible distinguir el fondo desde allí.

—¡Vamos! —les gritó Alec desde lejos entusiasmado—. Está de muerte.

Olivia aguantó la respiración y se tiró. La sensación de no tener suelo cerca cosquilleaba en sus piernas. Se sumergió. A su alrededor comenzó a distinguir pececillos de diferentes tamaños que la observaban sin miedo.

Amy se había lanzado en bomba y chapoteaba hacia Olivia cuando esta sacó la cabeza. Boca Grande quedaba frente a ella y podía apreciar las hermosas casas que descansaban en la larga playa.

—Seguidme —Alec se había aproximado a ellas. Demasiado. Su cuerpo casi desnudo se encontraba a un palmo de Olivia y de su bikini.

El chico buceó y ambas le siguieron. Bajaron hasta topar con unas rocas grandes, colocadas formando un puente. Alec pasó por debajo. Había plantas que se mecían con la corriente, peces de colores se escondían entre las hojas, un cangrejo gigante se ocultó tras una piedra.

Amy no pudo seguir su ritmo y tuvo que salir a respirar. Los ocho años de clases de natación de Olivia y sus más de cinco competiciones estatales le habían dotado de bastante aguante. Y en ese momento, por fin, encontraba un motivo perfecto para tantos años de perfeccionar el estilo crol y mariposa: acompañar al cuerpo más terriblemente atractivo de todo Sarasota.

Escasos de aire, subieron a la superficie. Olivia no pudo evitar sonreír.

—Es precioso —dijo jadeando—. Espero que no haya tiburones.

—Creo que he visto uno —Alec aprovechó la sorpresa de Olivia para empujarla bajo el agua poniendo su peso encima.

Cuando Olivia consiguió soltarse pegando patadas y empujones, lo primero que vio en la cubierta fue a su amigo Nathan. Estaba en el borde y parecía haber estado dispuesto a meterse en el agua, pero su cara ensombrecida y malhumorada no presagiaba nada bueno.

—¡Salta! —le gritó Olivia—. ¡Vamos! Hay un montón de peces.

Nathan optó por sentarse y Olivia decidió ir a su encuentro. Trepó por la escurridiza escalerilla a duras penas y se dejó caer al lado de Nathan agotada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó sin demasiadas ganas de escucharle en esta ocasión.

—Eso digo yo —murmuró molesto—. Te advertí contra mi hermano.

—Y yo te escuché. ¿Crees que hay algo entre Alec y yo? Estás soñando —no quería ser dura con él, pero si algo odiaba Olivia eran las suspicacias.

—Lo más seguro es que a él le des igual, pero tú... he visto cómo le miras. Y estás cometiendo una gran equivocación.

—Nathan, hemos venido a pasar un buen rato y no pienso pelearme por una tontería así.

—¿Pelea? —Amy salió del agua y fue corriendo a por la toalla temblando—. No os enfadéis, chicos, ha venido la mediadora. ¿Qué os pasa?

—Nada —dijeron Olivia y Nathan a la vez.

—Parecéis gemelos, sois los dos igual de aburridos.

Olivia se levantó de un salto y antes de que Amy pudiera prever lo que iba a suceder, la empujó al agua mientras Nathan se echaba a reír y Alec aplaudía con ganas.

El atardecer sobre el golfo de México era un espectáculo de gran belleza. El sol, como una inmensa pelota ardiente, se sumergía lentamente en las aguas cristalinas, tiñendo en tonos degradados el impoluto cielo de Florida.

Desde la cubierta, los ocho observaban los últimos minutos del gran astro mientras brindaban y comían. Enseguida el mar se quedó solitario, las sombras tomaron fuerza y Alec decidió poner el barco en movimiento en dirección hacia Sarasota.

Habían llegado hasta la isla Sanibel, con sus paradisíacas playas llenas de innumerables conchas, y tocaba recorrer el camino inverso mientras la temperatura descendía paulatinamente.

Nathan seguía molesto y, pese a que Olivia había tratado por todos los medios de conseguir una sonrisa de su amigo, había terminado dándose por vencida, dejando a Amy en su lugar. Situación que ella había aprovechado para acercarse más a Nathan e incluso taparse los dos con la misma toalla. Quizás hasta podría constituir un buen primer paso.

La noche era ya casi cerrada cuando alcanzaron la aislada isla Don Pedro, cuyo único acceso posible era por mar. Cerca había un islote, formado por grandes rocas amontonadas sin orden, que parecía desentonar con todo lo circundante y que, en ese momento, con la creciente oscuridad, resultaba aún más tenebroso. Se le conocía como el Pico Demonio.

—Para este trasto, tío —era Caleb quien hablaba—. No nos podemos marchar sin un buen salto, ¿no?

—No es una buena idea —dijo Alec pasando delante del islote—, y menos aún de noche.

—Nadie me había dicho que Alec Carrington fuera un cagado —Nathan sorprendió a todo el mundo levantándose y enfrentándose a su hermano.

—No es cuestión de miedo, sino de cordura —le rebatió Alec—. ¿Vas a lanzarte tú desde allí?

—Seguramente —replicó su hermano con las mejillas encendidas y una mirada desafiante.

—Bien dicho, tío —apuntó Caleb pasando un brazo por encima de los delgados hombros de Nathan—. Si estos gallinas no nos acompañan lo haremos nosotros. Venga, Simon, ánimo. ¿Alguna voluntaria?

—Es una locura —apuntó tajante Alec.

Olivia miró el elevado islote. La piel se le erizó mientras contemplaba su relieve accidentado, tenebroso, que le daba la forma de la cabeza de un demonio. Parecía lucir una sonrisa jocosa, malévola, que invitaba a salir huyendo.

—Alec tiene razón —dijo ella incorporándose y avanzando hasta Nathan—. No merece la pena.

—Tú no tienes ni idea de lo que merece la pena —Nathan escupió las palabras con resentimiento y después se tiró al agua de cabeza.

Caleb le siguió y nadaron rápidamente hacia el peñón. El ascenso por las piedras no parecía difícil, se encontraban situadas formando una especie de escabrosa escalera. La última roca, la más elevada, debía superar los quince metros de altura.

—¡Nathan! —le gritó Alec, deteniendo el barco y soltando el ancla—. ¡No se te ocurra hacerlo!

Amy y Olivia estaban nerviosas, las dos sabían que aquello era una insensatez y que, si aquellos dos idiotas tenían una mala caída, podían hacerse mucho daño.

—Hace un año un tío se quedó tetrapléjico tras lanzarse desde el pico —Simon, a su lado, era

el portador de las malas noticias.

—¡Nathan! ¡Vuelve! —gritó Olivia muy alterada, pero el muchacho seguía a Caleb, trepando por las rocas, sin hacer caso a nadie.

Enseguida alcanzaron la altura máxima. Alec se había lanzado al agua y nadaba hacia el islote, pegando gritos y soltando mil maldiciones.

Antes de que se dieran cuenta, Caleb tomó posición y saltó al vacío. La caída apenas duró un segundo y fue perfecta. Su cuerpo entró en el agua verticalmente, como si hubiese realizado aquella maniobra miles de veces antes.

—Ha ganado el campeonato Red Bull de saltos en varias ocasiones —reveló Sophie con orgullo, aunque en su voz había un matiz nervioso—. En una ocasión ejecutó una caída libre de veintisiete metros.

—Me parece genial, Sophie —replicó Olivia enfadada—, pero Nathan no lo ha hecho en su vida y ahora está a punto de emular a un maldito campeón. ¿No crees que debería haberlo dicho antes?

Alec había conseguido llegar al islote y trepaba con rapidez mientras Nathan observaba la caída desde la cima.

—Piénsalo bien, Nathan. Por favor —rogó Olivia a gritos. Estaba cogida del brazo de Amy y ambas temblaban angustiadas.

En el momento en el que Alec alcanzaba la última roca, cuando estaba a un palmo de sujetar a su hermano, Nathan se tiró al mar de cabeza. El salto parecía bueno, incluso se podía asemejar al de un saltador experto; sin embargo, la entrada en el agua, incluso a los ojos de Olivia, fue errónea: perdió la verticalidad y su cuello se torció un ápice. Lo suficiente para ser fatal.

Chillaron todos a la vez. Alec gritaba desde lo más alto del Pico Demonio, luego se lanzó detrás. Olivia se dio cuenta de que lloraba de miedo, pero no podía quedarse de brazos cruzados. Sin pensárselo un segundo, saltó por la borda y comenzó a nadar lo más rápido que la angustia le permitía. Solo quería ver a Nathan y echarle la bronca, abrazarlo muy fuerte y regañarle. Pero no conseguía distinguir a nadie más que a Caleb regresando tranquilamente al barco y a Alec buscando desesperado a su hermano.

Olivia alcanzó la base del islote y se sumergió. La oscuridad era absoluta bajo el agua, apenas distinguía nada a un palmo de distancia. Topó con Alec, cuyo rostro estaba descompuesto. Volvieron a sumergirse, bucearon sin detenerse apenas a tomar aire.

Alguien tuvo la idea de encender los focos del barco y el agua se iluminó a su alrededor.

—¡Está aquí! —gritó Alec, y Olivia le siguió bajo el agua durante una angustiada eternidad. Cuando apenas le quedaba oxígeno en los pulmones, rozó con sus manos un cuerpo. Tocó los delgados brazos de Nathan y supo que estaba muerto.

Se había quedado atrapado en las piedras del fondo y les costó soltarle. Entre los dos consiguieron arrastrarle hasta la superficie. Olivia, a punto del desvanecimiento, hizo un sobreesfuerzo y pataleó hasta conseguir aire. Después, se giró hacia su amigo con lentitud. No quería verle, no quería guardar como último recuerdo suyo el de su cuerpo sin vida. Quería mantenerle en la memoria con sus largas camisetas y sus miles de libros, quería retener su risa o sus comentarios sarcásticos. No quería guardar aquella escena terrible en su memoria.

Para cuando llegaron al barco, la patrulla de salvamento marítimo estaba a escasos minutos y también habían llamado a la policía. El silencio se había adueñado de la cubierta. Entre todos alzaron el cuerpo de Nathan y lo tumbaron en la plataforma de baño.

Le observaron, formando un círculo, entre gemidos y sollozos mientras Alec ejecutaba sin

descanso la reanimación cardíaca y Olivia le ayudaba con la pulmonar.

Cesaron de hacerlo a regañadientes cuando llegaron los sanitarios e incluso entonces les costó separarse de él. Olivia se echó en brazos de su hermana, que la estrechó con fuerza. Se mantuvieron llorando, incluso mientras la policía les hacía miles de preguntas.

Pasaba ya la medianoche cuando llegaban al puerto de Longboat. Los abuelos de Olivia les esperaban asustados sin saber bien a qué atenerse. En cuanto vieron a sus dos nietas y a Amy de una pieza, comenzaron a llorar y a abrazarlas hasta quitarles el aire. Después se las llevaron en coche hacia casa.

Aquel día de aquel verano de sus dieciséis años recién cumplidos, todo cambió. Olivia supo que ya nada podría ser igual a partir de entonces.

Agosto - 15 años atrás

Sarasota (Florida)

Nunca debería enterrarse a alguien de dieciséis años. No deberían morir. Es el momento de fiestas, de estudios, de romances platónicos y de besos. No es el momento de ser sepultado.

Olivia miraba el féretro como si no comprendiera lo que tenía delante. Flanqueada por su hermana Sophie y su abuela, escuchaba sin oír al sacerdote hablando del cielo y de los ángeles, pero ella no podía entenderle.

A su alrededor, en el cementerio Memorial Park de Sarasota, había cientos de sauces llorones y en uno de ellos, colgaba un extraño móvil que susurraba cada vez que le rozaba la brisa.

Enfrente, al otro lado del ataúd, estaban los padres de Nathan y su hermano. Olivia no se había atrevido a acercarse, no sabía qué decir.

Había pasado una semana desde que Nathan saltara en el Pico Demonio. El cuerpo fue llevado al anatómico forense y le realizaron una autopsia. Encontraron elevadas dosis de alcohol en su organismo, pero la causa de la muerte había sido la rotura del cuello.

Olivia se giró hacia Amy, que, en segunda fila, lloraba sujeta a su madre. El manto perfectamente cortado de césped estaba lleno de amigos de Alec, algún familiar y personal del hotel, a los que Olivia ya reconocía tras muchas mañanas junto a Nathan.

El féretro descendió hacia la tierra. El agujero era profundo, oscuro como debía de ser el inframundo. La madre de Nathan dejó caer unas margaritas en su interior. Una de las pequeñas flores voló hacia la hierba y Olivia la recogió. Era tan pálida como la piel de Nathan, tan lánguida como su cuerpo, tan frágil...

Después los asistentes comenzaron a abandonar el cementerio en sus coches: apenas había murmullos, solo algún sollozo. Antes de subir a la ranchera de su abuelo, Olivia se volvió hacia Alec. Aún estaba de pie ante el foso, que en poco tiempo rellenarían con tierra. Intentando ser fuerte y no llorar, avanzó hacia él. Alec únicamente levantó la vista del suelo cuando ella estuvo a un paso. Se observaron en silencio. Olivia acercó su mano y tomó la de él.

—Lo siento —susurró.

Los labios de Alec dibujaron una leve sonrisa pesarosa.

—Gracias por haber venido. A Nathan le hubiera gustado verte aquí —señaló con la cabeza hacia sus padres—. Me tengo que ir.

—Claro. Búscame cuando quieras.

Él asintió con agradecimiento y cada uno tomó un camino. La última frase de Olivia había quedado burda e idiota, pero no podía detenerse a pensar lo que era correcto o lo que debería decir en aquellos momentos. Ya poco importaba todo después de la muerte de Nathan.

La vuelta hacia el Cayo Longboat se hizo eterna, atravesando el centro de Sarasota entre los edificios residenciales, las pequeñas casas unifamiliares y un sinfín de comercios. Pronto cruzaron el largo puente John Ringling sobre la bahía de Sarasota, con el agua mansa a ambos lados y la frondosa isla de St. Armands enfrente.

El día era tórrido. No había nubes. El aire acondicionado de la ranchera se esforzaba al máximo mientras cruzaba el último puente hacia su casa. Pasó cerca del hotel Beach Palace, seguido por el campo de golf. Los recuerdos eran intensos y la pena crecía por momentos.

En cuanto pudo salir del vehículo, Olivia corrió hacia su habitación. Allí ya nada podía impedirle llorar.

La semana siguiente, Sophie regresó a Boston. Iba a matricularse en la universidad de Massachusetts. Atrás quedaban Caleb y sus sueños en California. Aquella noche en el barco, Sophie había dicho adiós a todo aquello.

Olivia no quiso viajar con ella. Prefería quedarse en Sarasota con sus recuerdos que marcharse lejos y comenzar a perderlos. Así que aprovecharía las semanas que aún le restaban en Longboat antes de comenzar el instituto, con el apoyo de sus abuelos y de Amy.

Continuó dando sus paseos con Mushroom por la reserva natural y tomó el sol en la rebautizada Playa Nathan. Poco a poco comenzó a reunirse con las amigas de Amy y fueron al cine o a alguna fiesta. Una extraña normalidad empezó a asentarse, en la que, sin embargo, había un hueco descomunal.

Una de las tardes, cuando Olivia vagueaba por el jardín, mirando las lejanas torres de Sarasota al otro lado de la bahía, sonó el timbre de la puerta. Pensó que podría tratarse de Amy, aunque sabía que su amiga prefería colarse por entre los setos que la separaban de su parcela o a través de alguna ventana abierta.

Su abuela la llamó desde la cristalera que comunicaba con el salón. Alec se encontraba a su lado. Llevaba en sus manos un paquete y en su rostro, demacrado y grave, quería mostrarse una sonrisa.

—Os dejaré solos —la mujer le guiñó un ojo con disimulo a Olivia y desapareció rápidamente.

—Gracias, señora Hartman —Alec avanzó hacia Olivia, que se había puesto de pie de un salto y trataba de arreglarse, sin conseguirlo, el pelo con los dedos—. Hola, rizos —Alec miró hacia el agua, su vista se mantuvo perdida en el paisaje—. Este lugar es precioso.

—Sí. Me encanta disfrutar de esta imagen. Es la que me acompaña durante el frío invierno de Boston.

Alec pestañeó varias veces, algo confundido. Después pareció darse cuenta de lo que llevaba en las manos y se lo tendió a Olivia.

—Esto es para ti. Nathan lo había dejado en su mesa con tu nombre escrito.

Olivia miró el paquete mal envuelto con un lazo rojo y lo abrió. Eran cuatro libros de la saga *Canción de hielo y fuego*. La primera página del tomo *Juego de tronos* estaba dedicada:

Para mi amiga
Olive, para que
cada verano
pueda regalarte
muchos libros más.
Con cariño
Nathan

Olivia apoyó el volumen contra su pecho y tomó aire. Las palabras se estancaban en su garganta.

—Gracias —dijo al fin, pensando en qué más añadir ante un Alec expectante—. ¿Quieres dar una vuelta?

—Me gustaría.

Olivia dejó los libros en el salón y salieron a la calle. No había nadie paseando, un hombre lavaba su coche y la saludó con la mano, dos niños trataban de pasar la cortadora de césped ante la mirada orgullosa de su madre.

Llegaron a la avenida y cruzaron hacia la playa. A esas horas las familias ya se habían marchado y quedaban los grupos de jóvenes y adolescentes riendo despreocupados, saltando las olas, jugando al vóley o al fútbol.

Unos bancos de madera descansaban junto a la pasarela por la que se accedía a la arena. Alec se dejó caer en uno mientras Olivia observaba el mar, con los últimos rayos de sol incidiendo sobre su superficie.

—Fue por mi culpa —dijo de repente Alec haciendo que Olivia se girara hacia él.

—Eso no es cierto.

—Sí, lo es. Nathan siempre trataba de imitarme, de ser como yo. Cuando era un enano me seguía a todas partes, incluso copiaba mis gestos. Llegaba a ser muy gracioso —Alec sonrió con tristeza—. Luego todo se torció. Tuvo problemas en el colegio de los que no supimos hasta tarde, intentó... intentó quitarse la vida. Fue horrible. Y cuando saltó desde el islote... supe que no

habría una nueva oportunidad —los ojos de Alec, tan chispeantes y vivos siempre, aparecían vidriosos—. Yo provoqué todo esto.

Olivia no pudo quedarse quieta en el sitio y lo rodeó con sus brazos. Él apoyó la cabeza en su hombro, escondiéndose del mundo exterior. Alec lloraba. Sus lágrimas rozaban la piel de Olivia, y ella no pudo hacer otra cosa que abrazarle con más fuerza. Permanecieron así, unidos, durante un largo rato, sin separarse el uno del otro.

—No fue culpa tuya —susurró Olivia—. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Él escogió lanzarse al vacío, él decidió demostrar a todos de lo que era capaz. Tú no tuviste nada que ver.

Alec asintió separándose despacio. Sus rostros se encontraban tan cercanos que cuando él se apartó ligeramente, la punta de su nariz rozó la mejilla de Olivia. Ella se giró hacia él por el contacto, apenas les separaban milímetros. Sus labios se encontraron por casualidad, sin ningún plan urdido de antemano, y se besaron. La boca de Alec cálida con el sabor salado de las lágrimas, la de Olivia temblorosa, perdida, sin saber qué hacer, deseando pausar aquel inexplicable momento.

Un perro ladró cercano. Se separaron cohibidos, extrañados. Alec buscó con su mirada la de Olivia. Aún tenía los ojos enrojecidos de llorar.

—Lo siento —dijo aparentemente nervioso—. No quería besarte, no sé qué me ha pasado. Perdóname.

Olivia se sentía tan traspuesta que no sabía qué decir y menos aún, qué hacer.

—Esto... sí, claro, lo entiendo.

—Bueno, no quiero decir que no quisiera... me refiero a en este momento. Ha sido involuntario.

—Ya. A mí me ha pasado lo mismo. Es una situación extraña.

—Sí, eso. Lo siento. Espero no haberte molestado.

¿Molestado? ¡Por Dios! Olivia esbozó una sonrisa a su pesar. Alexander Carrington la había besado, sí, a ella, y ahora le pedía perdón. ¿En qué momento el mundo se había vuelto más loco aún?

—No me has molestado, Alec. Ha sido bastante... desconcertante, pero entiendo que estás en un mal momento. No te denunciaré a la policía, tú tranquilo.

Los ojos de Alec brillaron. Por un segundo pareció el muchacho despreocupado y arrebatador de siempre.

—Gracias por tu apoyo. Lo de Nathan ha sido duro, mucho. Perdóname —se disculpó de nuevo—, por las lágrimas y por... lo otro.

—¿Qué otro? —Olivia se encogió de hombros con teatralidad y arrugó la nariz—. Yo no recuerdo nada.

—Bien, mejor —Alec se levantó del banco y sujetó la mano de Olivia para ayudarla a levantarse.

Caminaron hacia el paseo, con sus dedos entrelazados con una naturalidad absoluta, íntima. Olivia no pensaba separar su mano ni por todo el oro del mundo y él parecía encontrarse cómodo.

Se detuvo en el punto donde debían tomar caminos diferentes. Se volvió hacia ella y Olivia podía jurar que parecía estar nervioso.

—¿Te gustaría ir a tomar algo mañana?

Olivia no era capaz de creer lo que escuchaba. Podía contestar que no y salir huyendo, olvidarse de Sarasota y de sus mil sentimientos contradictorios, o meterse de cabeza en algo que

seguramente acabaría mal.

—Imagino que tendré un rato libre hacia las ocho.

—Te paso a buscar entonces —la mano de Alec se separó de la de ella con un ligero titubeo—. Hasta entonces.

—Hasta mañana —Olivia se alejó hacia su calle. Se forzó a no girarse hacia Alec. Debía ser dura como una piedra. Apretó el paso y casi corrió hacia su casa.

El corazón le latía en el pecho como un vaquero del Oeste perseguido por los indios. El aire le faltaba, pero se sentía tremendamente contenta. Alec quería quedar con ella y más aún, ¡le había besado!

Al día siguiente seguía tan nerviosa que apenas podía probar bocado. Sus abuelos, preocupados por su repentina inapetencia, la observaban en la mesa lanzándose miraditas.

—¿Qué te pasa, cielo? —se lanzó su abuela a preguntar—. Entiendo que sigas triste por lo de Nathan, pero deberías hacer un esfuerzo y comer un poco.

—Estoy bien, abuela. Es que me siento un poco inquieta porque esta tarde he quedado.

—¿Y eso es para dejar de comer? —preguntó su abuelo sin entender.

—Sí, si con quien ha quedado es con un chico —dijo su sabia abuela, con su mente trabajando sin descanso mientras hacía elucubraciones.

—¿Un chico? —el abuelo se quedó tieso como un bate de béisbol—. ¿A tu edad? ¡Si eres una niña!

—Oh, no —la abuela de Olivia ya debía de haber desentrañado el misterio y la miraba frunciendo el ceño—. Sabes que él es mayor que tú, ¿verdad?

—¿Mayor? ¿Cuánto mayor? —el abuelo se había levantado de la silla y las observaba a ambas con un pavor que no parecía fingido—. ¿Cojo la escopeta?

—Dos años de nada —contestó Olivia, entre divertida y asombrada por el revuelo que se estaba montando.

—Dos años en la adolescencia son como diez en la madurez —la mujer seguía con el mismo gesto de poli malo de película, mientras el abuelo rebuscaba en el armario de la entrada en busca de algún arma.

—Abuela, vamos a dar una vuelta y quizás tomemos un helado. Somos amigos, palabra.

—Me parece bien.

—¿Te parece bien? —el abuelo agotado de buscar en vano en un armario interminable se había hecho con un hierro número 4, que en su mano parecía más un arma del ejército que un simple palo de golf.

El timbre sonó en ese instante. Olivia dio un salto del susto. ¡Ya eran las ocho! Completamente alterada, miró la hora, su pelo y la ropa que llevaba. Su abuela la sujetó de los hombros y la obligó a mirarla.

—Tranquila, eres una chica preciosa y lo vas a pasar fenomenal. ¿Vale? A las doce aquí —y acudió a abrir la puerta lentamente y con una sonrisa, mientras el abuelo esperaba a su lado con el palo de golf preparado para dar un buen golpe.

Diez minutos después, Olivia y Alec salían de la casa riendo. Todavía era de día, pese a que la luz comenzaba a menguar, y hacía una buena temperatura.

—Hubiera apostado cualquier cosa a que tu abuelo quería atizarme con el palo en vez de limpiarlo, como ha dicho tu abuela.

—¿Él? No, que va. Es un santo —mintió Olivia como una bellaca—. ¿Dónde te apetece ir?

—Hay una heladería impresionante a diez minutos en moto.

—¿Qué te parece si vamos en bici?

—¿En bici? —la miró como si acabara de decir una barbaridad.

—¿Te da miedo? —dijo ella con sorna.

—La moto es una versión bastante evolucionada de una bicicleta, rizos. Sé conducir ambas con igual maestría.

—Entonces, coge la de mi hermana y te sigo hacia la heladería.

Alec observó la bicicleta, después su moto y por último a Olivia, que ya se había sentado en su sillín.

—Vale —cedió al fin—, pero luego no te quejes si te cansas.

Una de las mejores cualidades del Cayo Longboat, aparte del clima, de la belleza de sus aguas y de la fantástica playa, era, para los ciclistas de verano, la ausencia total de pendientes. No había colinas y menos aún montañas. El cayo era una isla completamente plana y alargada en la que resultaba difícil cansarse pedaleando.

Apenas treinta minutos después y con las encantadoras casas del cayo a ambos lados del camino, llegaban al café Little Gull, situado entre frondosos árboles, palmeras y junto a un destartado muelle de madera. Tenía unas pocas mesas distribuidas por un jardín que rozaba la arena de la playa. Apoyaron las bicicletas contra una farola y tomaron asiento mientras el sol, justo delante de ellos, comenzaba a encaminarse hacia el horizonte.

Pidieron un *banana split* gigante para compartir y unos refrescos y, aunque en un principio se habían sentado en sillas enfrentadas, debido a las vistas del atardecer, Alec había ido acercando su silla a la de Olivia.

Se mantuvieron en silencio mientras la bola de fuego rojo desaparecía, con el recuerdo del último crepúsculo en un barco en el que Nathan aún existía. Olivia tragó saliva y apartó lo que le quedaba de bebida. De repente tenía frío y una sensación lóbrega en el estómago.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —preguntó Alec mirándola—. Un vacío en las entrañas.

—Sí. No había vuelto a ver el atardecer desde aquel día. Ahora sé por qué.

—¿Crees que algún día algo volverá a ser normal? —el rostro del muchacho estaba dorado por el sol, reflejando en sus iris los tonos del cielo, tremendamente sombrío en su interior.

—En algún momento te acordarás de él con una sonrisa y no con tristeza —Olivia alzó los ojos hacia él, sostuvo su mirada—. Se lo he oído decir a mi madre mil veces a sus pacientes. Debe de ser verdad.

—Me parece que me queda un largo camino hasta entonces.

—Vamos a dar una vuelta —Olivia se levantó de la silla por un impulso—. El camino se hace andando, ¿no?

Bajó a la arena seguida de Alec. Jamás se hubiera imaginado en aquella situación, dando órdenes al chico que más le gustaba del mundo, pero en ese momento se sentía con ánimo, con fuerza. Pasearon por la orilla de la playa desierta, la luna ya se reflejaba en el agua, una luna casi llena, resplandeciente.

—No te di las gracias por ayudarme cuando Nathan saltó de la roca —dijo él deteniéndose—. Estaba desesperado y no creo que lo hubiera conseguido yo solo.

—Hubieras movido el islote de una patada si hubiera sido necesario —sonrió Olivia—.

¿Sabes? Desde entonces no me apetece bañarme en el mar.

—Yo tampoco.

—Tiene solución —Olivia se quitó las sandalias y tomando a Alec de la mano le arrastró hacia la orilla. Se detuvieron en la fina línea de espuma que generaban las diminutas olas.

Alec inspiró hondo y se quitó la camiseta y los pantalones, mientras Olivia trataba de dirigir la mirada al frente, como si tener a alguien con un tórax de revista desnudándose a su lado, le ocurriera todos los días.

—Listo —dijo él y avanzó un pie hacia el agua.

La temperatura del mar era estupenda pese a la hora. Olivia se metió hasta la cintura con el vestido incluido, que pronto se le quedó adherido como una segunda piel. Alec se había lanzado a nadar y ella le siguió. Después bucearon hasta tocar la arena fina del fondo con los dedos. El recuerdo del cuerpo de Nathan enredado en las rocas regresó como un latigazo y Olivia salió a la superficie tosiendo.

—¿Estás bien? —preguntó Alec sujetándola de los hombros con preocupación.

Ella asintió con la cabeza, sobrecogida por la imagen, pero también electrizada por la cercanía de un Alec mojado y tremendamente atractivo.

—Así como estás, con el pelo húmedo, no tiene sentido llamarte rizos —dijo él súbitamente serio, sin separar sus manos de los hombros de ella—. Tendré que cambiarlo por Olivia.

Alec resbaló la mirada de los ojos de Olivia hacia su boca. Ella tomó aire inquieta, consciente de lo que podía ocurrir, de lo que quería que ocurriera. Avanzó un poco hacia él, Alec también. Entonces, de pronto, pestañeó confundido y separó sus manos. Carraspeó con nerviosismo y miró hacia la playa.

—Deberíamos salir, tu abuelo me dio auténtico miedo armado con aquel palo de golf.

Olivia asintió sin entender. Seguramente había equivocado todas las señales que creía percibir provenientes de Alec. Seguramente él continuaba viéndola como una cría.

La luna estaba alta en un cielo plagado de estrellas cuando se sentaron en la arena a secarse. Olivia reparó en un tatuaje en el brazo de Alec, era una banda con motivos tribales que rodeaba su bíceps.

—Me lo hice la semana pasada —explicó él siguiendo la mirada de Olivia—. Antes de que a mi padre le destinaran a Sarasota, vivimos cinco años en la Polinesia. Nathan estaba flipado con los dibujos que llevaban los maoríes tatuados, era un canijo de ocho años e intentó convencer a un tipo para que le hiciera uno. Mi madre le dijo que debería esperar a los dieciocho. Este —señaló su brazo—, significa «hermano».

—Es bonito —ella alargó la mano y rozó con los dedos la superficie del tatuaje, lleno de formas extrañas y sinuosas. Su piel estaba fría. Alec cerró los ojos e inspiró hondamente—. ¿Te duele?

—No, es que... supongo que aún está la piel sensible —se puso en pie de un salto sacudiéndose la arena—. Vamos, aún queda media hora en bicicleta hasta tu casa, en vez de los diez minutos que nos hubiera llevado en moto.

—No te quejes, es un buen ejercicio para las piernas —dijo ella siguiéndole.

—Tengo unas piernas magníficas, señorita.

—Eso dices ahora, veremos cuando tengas cuarenta —se rieron mientras cogían las bicis y se encaminaban hacia la avenida. Apenas se cruzaron con algún coche mientras hacían carreras por su carril, adelantándose e intentando tirar al contrario.

Cuando llegaron a casa de sus abuelos, Alec la acompañó hasta la puerta.

—Me lo he pasado muy bien, riz... —él se detuvo y esbozó una sonrisa—. Olivia.

—Y yo, Alec —Olivia sacó las llaves con las mejillas en ebullición y jugó con ellas en la mano—. ¿Nos vemos otro día?

—Claro —Alec retrocedió, acercándose a su moto—. Hasta pronto.

Olivia se coló en la casa y, rápidamente, se situó tras una de las ventanas para observarle desde la clandestinidad. Le vio subirse a la moto y arrancar. La mirada de Alec se dirigió un segundo hacia ella, después negó con la cabeza y salió escopeteado, dejando a Olivia más desconcertada de lo que pudiera estar desde el día anterior.

A la mañana siguiente, Olivia se sentía bastante estúpida e inocente. Alec no había fijado ninguna fecha para verse, seguramente porque la cita no había sido como le gustaba, o quizás como estaba acostumbrado.

Mushroom le lamió la cara mientras trataba de tomar el sol en su cala privada, relajándola y consiguiendo que modificara el planteamiento del problema. Si Alec no quería quedar de nuevo con ella porque era una canija inexperta, que se fastidiase. Que se buscara a otra Sarah o a otra *Ojos de mapache*. Ella era como era, si no le gustaba que se...

—Hola.

Olivia dio un salto y se salió de la toalla, rebozándose en la arena. Alec la observaba divertido.

—Sabía que te encontraría aquí.

—Me has dado un susto de muerte —Olivia trató de componer una pose más decente y se sentó en la toalla—. ¿Has venido a hacer más fotos?

—La verdad es que no. He venido a buscarte —se acuclilló a su lado. Si no fuera porque resultaba materialmente imposible, Olivia podría asegurar que Alec se encontraba nervioso—. Anoche... estaba un poco descolocado y... no se me ocurrió concretar un día o una hora para verte, así que... Bueno, aquí estoy.

—Ah, ya. De haberlo sabido te hubiera traído un sándwich para comer. Solo tengo uno y unas galletas de perro.

—Las galletas me valen.

Olivia se rio y haciéndose a un lado, le dejó sitio para que se sentara en la toalla. Guardó el libro de *Juego de tronos* en la bolsa y le tendió la mitad de su sándwich.

Pasaron la tarde en la cala, jugando con Mushroom y bañándose en la balsa pacífica que era el agua de la bahía.

—Hay algo que no te he contado y que me avergüenza bastante —dijo Alec mientras le tiraba una pelota al caniche y este se deslomaba por encontrarla. Estaban en remojo para soportar la alta temperatura, flotando con placidez a poca distancia uno del otro—. Debía de ser la segunda semana de junio y yo me encontraba con mis amigos jugando un intenso partido de vóley en el que, evidentemente, mi equipo iba ganando gracias a mí.

—Por supuesto, faltaría más —Olivia puso los ojos en blanco y le salpicó.

—Entonces apareció una chica impresionante paseando por la orilla. Me quedé embobado, lo juro. Tanto que Simon me lanzó una pelota y me golpeó de lleno en la cabeza. Me caí de culo delante de mis fans del paseo, fue un espectáculo deplorable.

—¿Y quién era ese bombón de la playa?

—Tú.

Olivia se atragantó y abrió los ojos como platos. Tenía ganas de sumergirse bajo el agua y no escuchar el resto de la historia.

—Estaba lanzado a ir a hablar contigo —continuó él—, hasta que Sophie me dijo, con un tono letal y amenazante, que aquella chica que estaba mirando como un perverso era su hermana Olivia —le echó una ojeada de soslayo, aparentemente avergonzado—. Es todo muy raro, ¿sabes? Hace nada eras la cría que jugaba con el pesado de mi hermano y la dueña del perro petardo que ponía en jaque a todos los socorristas de la playa. Y de repente, el otro día cuando me abrazaste... todo se volvió del revés.

—Me estás asustando —Olivia le miró con auténtica preocupación. Las mejillas de Alec estaban demasiado rojas y sus ojos se desplazaban por el rostro de Olivia intentando explicar algo.

—No puedo pensar en otra cosa que no seas tú.

Alec avanzó hasta quedarse a menos de un palmo de distancia. Agachó la cabeza situándola a su altura y antes de que Olivia pudiera enterarse de lo que sucedía, él acercó su rostro al de ella y la besó.

Olivia le separó sorprendida, apoyando las manos en su pecho. Se miraron un segundo con el corazón latiendo desacompañado. Él acarició su mejilla y volvió a acercarse, la separación impuesta por Olivia se vino abajo, sus brazos cayeron y se sujetaron a su cintura, la razón desapareció. Olivia fue a su encuentro y como en un sueño mil veces imaginado, se halló respondiendo al beso más deseado de la historia.

La boca de Alex era suave pero exigente, sus manos grandes sujetaron el cuello de Olivia para no dejarla escapar, para acercarla aún más. Las sensaciones se extendían por el cuerpo de Olivia como una plaga, electrizando cada terminación nerviosa, haciéndola buscar un contacto mayor y aquello a Alec parecía volverle loco.

Se separaron sin aire, sin dejar de mirarse. Alec tomó la mano de Olivia y tiró de ella hacia la playa. Mushroom descansaba a la sombra, con varias piedras y dos pelotas de golf como botín.

Tomaron asiento en la toalla, el vientre de Olivia estaba tenso y le faltaba el oxígeno. Alec avanzó hacia ella, empujándola hacia la arena, buscó su boca con ansia, sus manos se alejaron de su rostro, descendieron por su cuerpo. Olivia le apartó con suavidad.

—Creo que estamos yendo algo rápido —dijo entrecortadamente.

Alec se retiró extrañado.

—Esto sí... lo siento. Es difícil detenerse —se dejó caer sobre el costado y la miró apoyando su cabeza en el brazo—. ¿Quién demonios te ha enseñado a besar así?

Olivia enrojeció rápidamente y enterró la mirada en la arena.

—Tú.

Alec era la sorpresa en su estado más puro.

—¿Yo? ¿Nunca has...? ¿Yo?

—Si no cuento los besos que le he dado al espejo de mi dormitorio —Olivia levantó la vista hacia la de él. Alec la observaba de una forma arrebatadoramente sexy.

—Eres preciosa, Olivia.

—Me dan igual tus piropos —ella arrugó la nariz fingiendo indiferencia—, no pienso ir más rápido.

—Me parece bien.

—¿Sí? A *Ojos de mapache* no parecía importarle, ni a la morena, ni a Sarah...

—Sarah estaba tratando de darle celos a Simon conmigo. Caí como un idiota. Pero eso ahora da igual, ¿no te parece? —acercó la mano al rostro de Olivia y separó unos rizos que caían por su mejilla.

—No sé qué significa esto, Alec. Para mí es nuevo y me siento un poco... abrumada. Lo que sí sé es que no quiero ser una más. Barry White y mi abuela no dejan de decírmelo.

—¿Hablan mucho ellos dos? —bromeó él—. Porque poco puedo hacer contra el fantasma de un famoso cantante y la sabiduría de la señora Hartman.

—Y los palos de golf de mi abuelo.

—Principalmente.

Se rieron y quedaron tumbados boca arriba con los rayos tardíos del sol filtrándose entre los matorrales.

—No eres una más, rizos —susurró él—. Jamás podrías serlo.

El mes de agosto volaba en el calendario como si tuviera vida propia y unas prisas colosales. No había forma de detener el momento en el que Olivia debería tomar un avión de regreso a Boston, como tampoco había forma de contener lo que iba sintiendo a pasos agigantados en su interior y para lo que no había vuelta atrás.

Salir con Alec Carrington era una misión altamente confidencial. No tenía ganas de que aquella situación llegara a oídos de su hermana Sophie y por consiguiente a los de sus padres, a los que no podría explicar desde la lejanía lo que aquello significaba para ella. Su abuela tampoco estaba conforme, pero le decía que no había nada mejor en el mundo que equivocarse y rehacerse después. Así que, debido a todo lo anterior, Alec y Olivia se veían de una manera ligeramente clandestina, escapando a cualquier isla cercana o paseando por la ciudad.

Olivia se sentía feliz, dichosa y, a veces, terriblemente asustada. ¿Era normal encontrarse tan vulnerable, tan pletórica y mantener la cabeza fría? ¿Dónde quedaba la cordura en todo lo que experimentaba cuando estaba junto a él?

Alec señaló un escaparate y ella despertó de sus mil pensamientos contradictorios. Era una mañana preciosa en Sarasota y se encontraban delante de una tienda de artesanía.

—Espérame un segundo —Alec desapareció en su interior sin que le diera tiempo a replicar.

Las calles que salían del puerto deportivo, y entre ellas Main Street, tenían cierto encanto, con sus cafeterías, teatros y tiendas de ropa en pequeños edificios de una sola planta con fachadas pintadas en diferentes colores.

Alec salió con un paquete diminuto que, en comparación con su cuerpo, parecía aún más pequeño.

—Toma —se lo tendió con aparente nerviosismo.

—¿Por qué? —Olivia no entendía la necesidad de ningún regalo, pero abrió el paquete sensiblemente preocupada—. Yo no tengo nada para ti.

—¡Cómo que no! Eres la mejor terapeuta que conozco.

Olivia se encontró con una cajita en la que había un collar. Tenía una piedra verde tallada que, bajo la intensa luz de Florida, refulgía en diferentes tonos, desde el esmeralda hasta el dorado.

—Es preciosa, pero yo no puedo...

Alec se la quitó de la mano y suavemente se la colocó en el cuello, después depositó un beso en su piel.

—Olivina es su nombre. Únicamente es un pedrusco formado por manganeso, níquel, hierro y algo más que no me acuerdo. ¿Sabes que se ha encontrado en otros planetas y meteoritos? Lo que refuerza mi hipótesis de que vienes de otra galaxia.

—Así que soy una extraterrestre para ti.

—Sí, por eso me vuelves loco.

Olivia se abrazó contra su pecho. No había lugar mejor en el mundo que entre sus brazos fuertes y con el sonido de su corazón bajo el calor de su piel.

—Te estás convirtiendo en un romántico —dijo ella consiguiendo que Alec soltara una carcajada.

—No hay marcha atrás, rizos. He caído en picado.

Anduvieron abrazados por Main Street hasta que toparon con un restaurante con una agradable terraza para comer.

—Lo bueno de salir con alguien mayor de edad, que además tiene un salario, es que puede permitirse pagar sitios medianamente caros —comentó Olivia mientras miraba la carta de arriba abajo.

—Genial, me toca pagar de nuevo —le guiñó un ojo, divertido—. Algún día te pediré algo a cambio.

—¿El qué? —ella se cruzó de brazos mirándole directa.

—No lo sé, ya se me ocurrirá, pero mientras tanto deberías estar asustada: soy más alto y considerablemente más fuerte que tú.

La camarera se encontraba libreta en mano junto a Alec y no paraba de mirarle atontada. La situación resultaba graciosa. Era la cara que debía de poner Olivia al principio del verano cuando observaba a escondidas a su amor platónico. Quizás era la que seguía teniendo al mirarle.

Después de pedir, se mantuvieron en silencio con sus manos juntas. Había algo que Olivia no podía quitarse de la cabeza y que no sabía cómo le sentaría a Alec.

—Tengo que decirte una cosa que me tiene preocupada. Creo que, si me marchó sin decírtela, y aunque me odies por ello, estaría ocultando una mentira.

Él aproximó su silla, sus ojos mostraban preocupación.

—No hay nada por lo que te pueda odiar.

—Nathan... —comenzó Olivia antes de perder fuerza—, Nathan se tiró desde aquel islote porque estaba enfadado conmigo.

El rostro de Alec se contrajo sin entender.

—Me vio hablando contigo —añadió Olivia, evitando que Alec dijera algo que la hiciera desistir—, y supongo que entendió lo que yo sentía, lo que trataba de ocultar. Fue como una terrible afrenta. Por eso supongo que bebió tanto y decidió hacer lo más idiota que se le ocurrió. Yo desencadené eso, fui yo.

—No. Ni se te ocurra pensarlo —Alec presionó su mano con fuerza.

—Le fallé, Alec. Fallé a Nathan —las lágrimas habían comenzado a brotar involuntarias por los ojos oscuros de Olivia. Todo el dolor que guardaba dentro empezaba a salir a flote—. Le prometí que no me enamoraría de ti y no lo cumplí.

Alec se había quedado inmóvil, su mandíbula tensa y firme, sus ojos regresando seguramente al pasado, quizás comprendiendo algo que no debería haber ocurrido.

—¿Estás enamorada de mí?

—¡¿Solo te has quedado con eso?! —Olivia sorbió por la nariz y se secó las mejillas—. Te he dicho que Nathan murió por mi culpa, porque fui una amiga horrible.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿te has enamorado de mí?

—Completamente.

Él se levantó de la silla, arrastrándola hacia atrás con un chirrido. Se agachó a la altura de

Olivia y sin, al parecer, importarle los ojos enrojecidos ni las lágrimas interminables ni el resto de los comensales que observaban con curiosidad, la besó con ganas, limpió su rostro y la abrazó contra él.

—Yo también, rizos. Yo también.

El último día de agosto, el avión con destino a Boston, Massachusetts, despegó del aeropuerto internacional de Sarasota-Bradenton. Para Olivia, volver a casa siempre había sido un momento triste. Dejaba atrás a sus amigos, a sus abuelos y la diversión de la playa y regresaba al colegio, a los días más cortos y al frío. Esta vez la despedida había sido más dura.

Olivia miró el pequeño teléfono móvil Motorola que Alec le había regalado en el aeropuerto. Para que no hubiera distancia entre ellos, había dicho. Solo 2.400 kilómetros. Las lágrimas regresaban a los ojos de Olivia cuando ya pensaba que se habían agotado.

Mushroom, en su pequeña jaula bajo el asiento, se revolvió perezoso y Olivia trató de calmarle.

—Volveremos dentro de poco —susurró ella—. Ya verás como todo seguirá igual.

Únicamente quedaban nueve largos meses para el siguiente verano.

Junio - 14 años atrás

Sarasota (Florida)

Olivia recibió los rayos de sol de Florida con alegría mientras su abuelo se afanaba por arrastrar su maleta desde la ranchera a la casa. Había perdido dos ruedas en el aeropuerto y con sus toneladas de vestidos y ropa de verano, era un peso muerto imposible de cargar.

No se podía creer que después de nueve meses se encontrara de nuevo allí, en el lugar que había puesto su vida del revés. Los primeros meses en Boston habían sido difíciles, hablaba casi todos los días con Alec y se mandaban mil mensajes (Olivia había cogido una rapidez asombrosa con el pequeño teclado del Motorola), pero no resultaba suficiente.

Alec

Y en esa fiesta, ¿no acudiste con ninguno de tus múltiples admiradores?

Olivia

Se quedaron en sus casas tristes y amargados. Y yo asistí del fuerte brazo de Matthias (aunque él estaba más interesado en mirar al capitán del equipo de fútbol que en traerme bebidas)

Alec

No sabes cuánto lo siento ☹

Olivia

¿Ojos de mapache vuelve a rondarte?

Alec

Ojalá...

Olivia

Puedo mandar a un sicario en tu busca, en Boston hay algunos muy buenos. No te hará sufrir más de lo necesario.

Alec

Sufrir ya sufro lo mío, ¿sabes que ahora tengo sueños recurrentes? En ellos sale una mujer espectacular con un vestido muy... muy ceñido.

Olivia

Eres un guarro.

Alec

¡Eh! No he terminado.

Olivia

No pienso leerte.

Alec

¿Y si te digo que esa mujer eres tú?

Olivia

La cosa cambia. Ya sabía que lo de mujer espectacular debía de ser por mí. Y, ¿qué pasa a continuación? ¿Cena romántica? ¿Baile hasta las mil?

Alec

Le hago el amor contra la mesa de billar.

Olivia

Definitivamente eres un guarro.

Alec

Sí. Y tú te acabas de imaginar toda la escena.

Olivia

Te odio.

Alec

Yo también. Regresa pronto, por favor.

Después, con la vorágine de los estudios, las Navidades y los exámenes, el tiempo había comenzado a tomar carrerilla. Había vuelto a salir con su grupo de amigos, que la soportaban con estoica valentía mientras hablaba y hablaba de su tema preferido: su novio secreto de Florida. Y suspiraba observando las tres únicas fotos que tenía de ellos dos juntos y que había pegado en la última página de su álbum.

Luego todo se fue apagando. No se debió a que dejara de pensar en él o a que ya no sintiera lo mismo, sino que se tomaba la vida y la separación de una forma más reposada.

Y de pronto, volvía a pisar el Cayo Longboat con diecisiete años recién cumplidos, y con el estómago tenso porque no sabía qué sucedería, ni si todo podría volver a ser igual.

Se puso unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, se recogió los rizos en un moño alto y se montó en la bicicleta, despidiéndose de sus abuelos y comenzando a pedalear como una loca.

No sabía dónde encontrarle. El último mes había sido frenético, las materias en el instituto habían sido duras y ella necesitaba sacar muy buena nota para que la admitieran en Harvard al año siguiente. Se había esforzado tanto que había descuidado el mundo que la rodeaba y a Alec también. Ni siquiera le había dicho que volvería aquel día. ¿Y si él había decidido olvidarla de igual forma?

Agitó la cabeza para espantar las ideas negativas y se concentró en buscarle por la playa. Dejó la bicicleta en el suelo cuando distinguió a un grupo de jóvenes fornidos jugando al vóley. ¿Qué iba a hacer? ¿Y si él...?

Hinchó los pulmones con aire y avanzó hacia la pista. El público femenino había aumentado colosalmente. Había que reconocer que muchos de los chavales, que el año anterior parecían críos, se habían convertido en un año en moles y otros habían perdido su aspecto juvenil para transformarse en hombres. Distinguió a Sarah en primera fila. O le había crecido el pecho

descomunamente por algún tipo de infección vírica o se lo había rellenado de silicona con una ametralladora. ¡Aquello no era justo!

Avanzó unos pasos, más por inercia que por ganas. Ella seguía siendo una niñata jugando en una liga superior.

Entonces le vio. Estaba de espaldas, pero reconoció el tatuaje y después toda su perfecta anatomía. Se quedó quieta como la Venus de Milo (con brazos) sin saber qué hacer, a pocos pasos de la pista, a pocos pasos de él.

La pelota salió propulsada tras un saque largo y aterrizó a los pies de Olivia. Se agachó y la recogió. En ese momento, Alec se dio la vuelta. Su rostro pasó del asombro a otro estado que Olivia no sabía determinar. Avanzó hacia ella con una sonrisa arrebatadoramente atractiva. Tenía barba de uno o dos días y un bronceado de anuncio de crema protectora, en el que destacaban sus llamativos ojos claros.

—Hola, rizos —dijo como si la situación fuera clavada a la del año anterior—. ¿Me pasas la pelota?

—No.

—¿No? ¿Tendré que arrancártela? —él alzó una ceja avanzando hasta quedar a menos de un palmo de distancia.

Olivia asintió con la cabeza, pero antes de darse cuenta le había quitado el balón y se lo había devuelto a su equipo.

—Así que aquel día de hace un año, te encontrabas paralizada y abrazada a una pelota porque estabas loquita por mí —sujetó la barbilla de Olivia entre sus dedos observando su rostro detenidamente—. Y ahora soy yo el que está agarrotado y tremendamente nervioso por tenerte enfrente.

—No pareces nervioso.

—No lo sabes tú bien —Alec entrelazó los dedos en el pelo ensortijado de Olivia y, tras unos segundos interminables a un suspiro de sus labios, la besó con ganas.

Olivia no se había dado cuenta de la necesidad que tenía de su contacto hasta que se vio sumergida en su boca, en todas las sensaciones que le hacía percibir con solo el roce de sus labios. Se abrazaron durante mucho tiempo y hablaron atropelladamente.

—Estoy haciendo un curso de fotografía —dijo él con los ojos brillando de orgullo—. Mi madre me apoyó, ya que mi padre opinaba que era una pérdida de tiempo.

—Eso es fantástico.

—Me encantaría enseñarte el trabajo que hago, ¿puedes quedar esta noche?

—Tengo cena con mis abuelos. Es toda una tradición del primer día de vacaciones. Me gustaría que nos acompañaras, pero Amy también vendrá... y es incapaz de mantener un secreto.

—Más temo a los palos de golf de tu abuelo —dibujó una sonrisa perfecta en su rostro—. Esta semana tengo un montón de lío en el hotel. Ahora me encargo de los eventos y tenemos uno con un grupo enorme de una multinacional que hay que organizar. Me tienen secuestrado hasta el viernes. Entonces habrá una fiesta de despedida muy interesante. ¿Te gustaría venir conmigo?

—¡Por supuesto! —Olivia apoyó la cabeza en el hombro de Alec—. Estoy muy feliz de haber regresado.

Él asintió con un ronroneo. Después añadió:

—Venga, vete con tus abuelos. Y no olvides que tenemos una cita el viernes a las nueve.

Olivia se fue corriendo hacia su bicicleta. Las cosas iban demasiado bien para ser verdad, ¿durarían así mucho tiempo?

Los siguientes días, Olivia volvió a las típicas actividades veraniegas: descanso bajo el sol con un buen libro, paseos con Amy y quedadas con el resto de sus amigas. Como Mushroom había permanecido en Boston por una lesión en una pata, adentrarse en la reserva natural hacia la Playa Nathan resultaba más inquietante. Era curiosa la tranquilidad que le otorgaba la compañía de un caniche canijo marrón, que no tenía ni media torta.

El viernes llegó con una alerta de código rojo por falta de indumentaria apropiada. Amy la observaba recorriendo el dormitorio como una poseída por Satán, buscando algo que ponerse para una fiesta seria.

—Olive, deja ya de marearme y coge mi vestido blanco, es nuevo y resulta que me queda pequeño. Seguro que es de tu talla. Tienes menos culo que yo.

—¿Tengo poco culo? —Olivia se miró en el espejo de arriba abajo poniéndose de perfil.

—No he dicho eso, pesada. Haz el favor de cogerlo y dejarme tranquila.

El vestido blanco era precioso y sin caer en la arrogancia, le quedaba fenomenal. Resaltaba cada curva como un guante, llegando ajustado hasta un poco por debajo de la rodilla, donde surgía un corte que subía a medio muslo y destacaba sus piernas ya morenas. La espalda era sumamente baja, por lo que desconocía qué tipo de sujetador podría ponerse.

—Estás buenísima —murmuró Amy poniendo morritos y cruzándose de brazos—. ¿Qué ha sucedido para que pases de ser una amiga normal a convertirte en Gisele Bündchen? Venga, te arreglo ese pelo.

—Eres una exagerada —Olivia se sentó delante del espejo y dejó que su amiga tratara de cepillar su melena rizada.

—No, hija, no. Eres una belleza y en cuanto consiga domar estos rizos de oveja que tienes, vas a despuntar en esa fiesta como una auténtica supermodelo —se detuvo con el cepillo en la mano y pinta de ser capaz de atizarla con él—. Pero si esta sonrisa que no se te apea de la cara se debe a quien yo creo, deberías andarte con ojo. Ese tío no es un santo, no sabes qué habrá hecho en el año que has estado fuera. Tiene una fama atroz con las chicas y me da miedo que te haga daño. Sabes que si no tendré que matarle.

Olivia se giró hacia su amiga y la estrechó contra su cuerpo.

—Te quiero, Amy.

—Y yo, pesada. Pero no me hagas repetir el «ya te lo dije» de mi madre.

Amy la acompañó en su buggy rosa chicle. Había conseguido que su melena, bastante más larga que el año anterior, descendiera por su espalda desnuda en armonía. Se sentía extraña, sin una coleta o un moño y más aún vestida de aquella forma, que le otorgaba, al menos, cinco años más.

—Pásalo bien —gruñó su amiga al dejarla delante del club de golf— y mañana me lo cuentas... ¡todo!

Con una sonrisa nerviosa, Olivia dio su nombre al elegante gorila de la entrada y este le abrió la puerta mostrándole el camino.

La fiesta no tenía lugar en la sala donde se solían realizar los eventos de adolescentes, sino en una más distinguida y exclusiva, donde las paredes eran de un color bermellón en contraste con muebles blancos y sofás aparentemente confortables. No había barra, unos camareros uniformados servían bebidas y aperitivos entre la treintena de personas de la multinacional. Al fondo de la sala, donde la cristalera mostraba el campo de golf en penumbra, distinguió a Alec

charlando con un par de invitados. Iba elegante con una camisa blanca y unos pantalones caqui que le quedaban demasiado bien.

Él se giró hacia Olivia y tuvo que mirarla dos veces, como si acabara de ver un fantasma en medio de la sala. Su cara era un ejemplo de asombro y Olivia comenzó a dudar si llevaría algo pegado en el pelo o si se había roto el vestido al sentarse en el buggy.

Alec se excusó ante sus clientes y atravesó la habitación en pocas zancadas, llegando a su lado. La observó sin ningún disimulo mientras no conseguía articular palabra.

—Como no digas algo ahora, me ato el pelo y me pongo unos vaqueros —murmuró ella nerviosa.

—Estás comestible, rizos —lo pronunció tan despacio y mirándola de una forma que a Olivia se le puso la piel de gallina—. Absolutamente preciosa.

—Y elegante.

—Tremendamente elegante —entrelazó sus dedos a los de ella y le depositó un beso cálido en los labios, que se vio en la obligación de interrumpir—. Debería continuar hablando con algunas personas, ¿te importaría venir conmigo?

Ella negó con la cabeza y le siguió satisfecha por haber conseguido impresionar al hombre más atractivo, sin lugar a posible error, de toda Florida.

La gente de aquella multinacional resultó ser muy agradable. Charlaron de temas variados sin que Olivia pudiera aburrirse, le facilitaron involucrarse en la conversación, la escuchaban e incluso reían. Alec, a su lado, le lanzaba miradas orgullosas mientras iba a por bebidas o cuidaba que todo se encontrara bajo control y bien organizado.

En un momento le pidió a Olivia que le acompañara y, dándole la mano, la llevó hacia otra sala contigua a la que se accedía por unos pocos escalones. Había una exposición de cuadros en las paredes alrededor de una mesa enorme de billar, de patas labradas y tapete verde oscuro.

—¿Qué te parecen? —señaló las imágenes con cierto temor en su tono de voz.

Olivia se acercó a la pared. Había al menos una docena de fotografías de gran tamaño. Reconoció la primera. Era la Playa Nathan con la ciudad de Sarasota al fondo, como una pincelada borrosa tras la bella bahía.

—¿Son tuyas? —preguntó fascinada mientras pasaba de una a otra imagen—. Son magníficas, Alec.

Topó con un primer plano de un caniche marrón embarrado, con una pelota de golf negra entre los dientes. Estaba tan bien tomada que parecía que el pelo esponjoso de Mushroom se pudiera acariciar con los dedos.

—Me encantan —dijo Olivia mientras Alec se situaba a su espalda y la abrazaba, apoyando el mentón sobre su pelo—. Eres un genio.

—Me queda mucho por aprender —el cuerpo de Alec pegado a ella emitía un delicioso calor—. El director de la empresa que has conocido se ha mostrado interesado por las fotos. Quiere comprar unas cuantas para su sede en Chicago y me ha propuesto hacer otras con la temática de su trabajo.

—Eso es estupendo —Olivia se dio la vuelta eufórica—. Vales un montón, Alec, y estas fotos lo demuestran.

Él acarició su rostro con una ligera sonrisa en los labios. Recorrió la mandíbula de Olivia con sus dedos, deslizándose hacia su boca. En un movimiento rápido, la aprisionó contra la mesa de billar y bajando su cabeza, depositó un beso electrizante en su cuello.

—¿Te acuerdas de mi sueño repetitivo? —murmuró en su oído.

—¿El del ancianito con dentadura postiza al que debías hacer el boca a boca?

—No —rio él—. El otro.

—Tengo una ligera idea de cuál debe de ser.

Las manos de Alec descendieron hacia las caderas de Olivia, bajando hasta sus muslos. Olivia contrajo la respiración, apretándose contra él. Alec emitió un suave gemido y después inspiró hondamente, separándose.

—Tengo más fotografías que enseñarte, pero no están aquí.

—¿En tu habitación?

—Sí, y juro que es verdad. No hay ninguna intensión deshonestas —sus ojos brillaron de diversión y Olivia se dejó conducir hacia el hotel.

Cruzaron la calle vacía hacia el edificio del Beach Palace. La atractiva recepcionista les deseó las buenas noches, mientras se dirigían hacia el montacargas por el que se subía al apartamento del director. En el tosco interior del ascensor se mantuvieron a una distancia prudencial. Ambos estaban tensos. La respiración de Alec parecía desbocada y sus labios entreabiertos produjeron una sensación candente en el estómago de Olivia.

Llegaron al último piso, a la izquierda estaba la puerta que daba al apartamento donde había pasado algunos momentos con Nathan, charlando de libros o contándose mil historias. Alec se dirigió hacia la derecha y abrió otra puerta. Se accedía a una habitación enorme con sala de estar, una televisión gigantesca y una pequeña cocina. Enfrente, un gran ventanal daba a una terraza, que debía compartir con el apartamento de sus padres.

Alec le dio la mano y la guio rodeando la inmensa cama hacia el cuarto de baño. Allí había montado una especie de cuarto de revelado oscuro, como el que Olivia había visto en alguna película. Había una zona con un equipo electrónico y otra con bandejas y frascos de productos químicos donde la luz era rojiza. Le señaló unas fotografías que pendían con pinzas de una cuerda que cruzaba el techo. No fue difícil encontrar imágenes suyas del año anterior.

—No podía ponerlas en la exposición sin tu consentimiento —dijo él bañado en aquella extraña luz—. Podrían considerarme un pedófilo por retratar niñas en bikini.

—Pues sí, pero tengo que reconocer que eres un buen fotógrafo, Alec —Olivia observó las imágenes con detenimiento—. Muy, muy bueno. Ojalá te dedicaras a ello.

—Terminaré el curso y, ¿quién sabe? Puede que algún día me llamen del *National Geographic*.

—Serían idiotas si no lo hicieran —Olivia salió del cuarto y caminó hacia el ventanal. La noche se mostraba estrellada al otro lado de los cristales. La luna chispeaba en las aguas tranquilas del Golfo. La perspectiva desde aquella altura era inigualable.

—¿Te he dicho ya que me vuelves loco? —susurró él, tan cercano que Olivia sintió su aliento en la espalda. Sus manos amplias se situaron en su cintura y depositó un beso en el hombro de Olivia.

Ella se dio la vuelta y le miró a los ojos. Si fuera uno de los vampiros de *Crepúsculo*, podría jurar que iba directo a morderla.

—Necesito saber una cosa —expuso Olivia sintiéndose idiota—. Puedes contestarme con sinceridad, entendería que tu respuesta no fuera la que espero. ¿En este tiempo has...?

—¿Si he estado con alguien? —preguntó él leyéndole la mente—. No. Aparte de matarme a trabajar, el curso y alguna borrachera poco digna de mención con los amigos, me he rendido al mismísimo Barry White. ¿Sabes cuántas veces he escuchado esa canción? Es increíble la razón que tiene.

—Antes de marcharme no lo hablamos, no estipulamos nada y no podría reprochártelo, ni yo, ni Barry White.

—No. Nadie más que tú, Olivia —murmuró acariciando su rostro, bajando por su cuello, parando en sus hombros.

Olivia se lanzó a besarle con mil mariposas desquiciadas recorriendo su estómago. Aquello pudo con la contención que parecía tratar de mantener Alec. Sus dedos recorrieron la espalda desnuda de Olivia, se escabulleron hacia sus caderas, volviendo a detenerse, apretándola contra él y a la vez, manteniéndola alejada.

—Eres... —ronroneó contra su cuello, mordiendo su clavícula—, demasiado. No sé si podré controlarme... deberíamos marcharnos.

—No quiero irme a ningún lado —dijo ella nerviosa, muy consciente de lo que deseaba.

La boca de Alec persiguió la de ella hambriento, mordisqueando sus labios, buscando su lengua. Sus manos dejaron de evitar zonas de la piel de Olivia, lucharon contra el vestido, la cremallera descendió lentamente. Alec se separó un poco y se deshizo de la camisa, su cuerpo impresionante a la luz plateada de la luna atragantó a Olivia, que recorrió con sus dedos su pecho, acarició el tatuaje de su brazo.

Alec se mantuvo un segundo sobre los tirantes del vestido de Olivia, la observó desde la escasa distancia que unía sus cuerpos.

—Párame —casi suplicó.

—No pienso hacerlo —musitó ella, y le besó.

El beso se convirtió en una invasión, los tirantes de Olivia descendieron por sus brazos y el vestido blanco cayó al suelo. La mirada de Alec siguió el movimiento de la tela y sus labios cubrieron lo que antes esta tapaba. Ya no había vuelta atrás. Los dos lo sabían y a ninguno le importó en absoluto.

—Olivia —la voz suave de Alec zigzagueó por su cuello y ella gruñó bajo las sábanas, envuelta en sus brazos.

—No quiero irme —murmuró pegándose a él.

—Son las tres de la mañana, tu abuela me matará y, después, tu abuelo me empalará con algún hierro gigante.

—¿Las tres? —Olivia se incorporó de un salto y le observó aún confusa—. Debo marcharme.

—Te llevo en la moto —Alec se levantó de la cama y comenzó a vestirse. Olivia no podía dejar de mirarle y él sonrió divertido—. Venga, perezosa. Mi vida corre peligro.

Olivia se hizo una túnica con la sábana y apoyó los pies descalzos en el suelo. Las piernas apenas la sostuvieron y volvió a sentarse.

—¿Demasiado ejercicio, señorita Barnett? —la picó él, tendiéndole el vestido blanco y dándole un beso rápido en los labios.

—La bicicleta no te prepara para esto —se vistió lo más rápido que pudo con un acuciante pudor mientras era él quien ahora la observaba, y se recogió el pelo en un moño—. Lista.

Él la tomó de la mano y tiró de ella hasta acercarla a su cuerpo.

—Estás preciosa, Olivia —besó su cuello y después bufó—. Esta vez te arrancaría el vestido y juro que no sería tan comedido.

Ella rio sabiendo que no mentía y que una sola palabra suya podría desencadenar cualquier situación. Se sintió fantásticamente poderosa y fuerte.

—Tendrás que aguantarte las ganas, Alexander. Quizás mañana pueda hacer un hueco en mi agenda.

—¿Secuestrarte no es una opción?

—¡Vamos! —le arrastró hacia el ascensor y pulsó repetidas veces el botón, ansiosa.

Dentro del montacargas el ambiente era incluso más tenso que cuando subieron, pero se mantuvieron cada uno en una esquina lanzándose miradas.

La moto la dejó en casa en apenas cinco minutos y Olivia salió disparada hacia la puerta. Consiguió entrar sin hacer ruido y se despidió de Alec con la mano tras una de las ventanas.

Después, llegó de puntillas a su habitación y cayó derrotada en la cama con una sonrisa de oreja a oreja.

Julio - 14 años atrás

Sarasota (Florida)

Resultaba difícil detener lo que ambos habían iniciado. Continuaban viéndose a escondidas, hablaban, se reían, compartían momentos, pero cualquier roce desencadenaba demasiados impulsos nerviosos. El magnetismo que irradiaban sus cuerpos era aún más patente y ya no bastaban los besos o las caricias para saciarlo.

En el mes que hacía desde aquella primera noche juntos, Olivia había descubierto tantas sensaciones junto a Alec que pensaba que jamás nada podría detenerlas. Suspiró como una colegiala enamorada mientras comía con sus abuelos.

—Vivís en el paraíso —les dijo, inspirando de nuevo con una amplia sonrisa.

La abuela mantenía una mirada fija en ella, como la de un perro detector de drogas.

—Sí, un lugar espectacular al que creo que vendrás todos los veranos, ¿verdad?

—¿Qué tal es la universidad aquí? —preguntó ella de repente, dándose cuenta de que podría estudiar en Florida.

El teléfono sonó haciendo que su abuela no pudiera exponer lo que se iba a lanzar a decir. Se levantó y fue a descolgar el teléfono de la cocina.

Su voz se volvió gritona, hubo exclamaciones mientras el abuelo y Olivia levantaban las cejas, interesados.

—¡Jessica ha tenido un bebé! —soltó con un chillido en cuanto llegó junto a ellos. Jessica era la tía de Olivia, la hermana pequeña de su madre y, por lo tanto, hija de sus abuelos.

—¡Un primo! —exclamó Olivia abrazándose a su abuela y comenzando a pegar saltitos ante el gesto adusto del abuelo, que claramente no entendía qué había de especial en tener un nieto más.

—Dios mío, se ha adelantado un mes —la abuela, nerviosa como nunca, frotó la espalda de Olivia, tanto y tan fuerte que parecía ir a arrancarle la piel—. Debemos ir, necesito conocer a mi nieto y ver qué tal esta Jessie.

—Si salimos esta tarde llegaremos antes de que sea de noche —expuso Olivia. Los tíos vivían en Orlando, a escasos doscientos kilómetros.

Sus abuelos se miraron comunicándose de una forma que solo los cincuenta años de matrimonio debían otorgar, y asintieron.

—Voy a preparar una pequeña maleta y nos vamos para Orlando —zanjó la mujer.

Olivia cogió el móvil para llamar a Alec y contarle la buena noticia, pero no consiguió dar con él, así que mientras su abuela hacía los preparativos, se montó en la bicicleta y pedaleó hacia el hotel.

Aquella tarde, Alec tenía un nuevo grupo asignado que le seguía a todas partes como perritos falderos. Seguramente los encontraría en el comedor, disfrutando de los estupendos cocineros del Beach Palace.

Como si estuviera ya en su casa, saludó a la recepcionista y se internó por los amplios y coloridos pasillos hacia el comedor, donde encontró a todo el grupo, salvo a quien quería ver.

Olivia tomó el montacargas y ascendió hasta la planta décima. Llamó con los nudillos con impaciencia. La puerta se abrió.

Al otro lado estaba Sarah.

Olivia se quedó estupefacta sin saber qué decir. Tardó unos segundos en cerrar la boca, abierta por un impulso involuntario.

—¿Buscas a Alec? —preguntó Sarah con una camiseta escotada que mostraba sin impedimento su nueva y llamativa delantera. Su tono era triunfal—. Se está duchando. ¿Quieres que le diga algo cuando salga?

—No —confusa y de pronto mareada, Olivia retrocedió hacia el ascensor.

—Eres una cría, Olivia. Los hombres como Alec se tiran mujeres, no a ti. Le diré que has venido, no te preocupes.

Olivia se metió en el oscuro cubículo del montacargas. El trayecto hasta la planta baja se le hizo eterno. Después salió corriendo y se montó en la bicicleta. Comenzó a pedalear como una loca, sin fijarse en coche ni en peatones. Las lágrimas resbalaban por su cara, haciéndola sentir aún más idiota.

Debería haberse plantado en el baño y haber sacado a Alec de las orejas, no marcharse asustada como una niña tonta. Le entraron ganas de regresar, hasta que vio a sus abuelos con el coche cargado y esperándola.

Se tragó las lágrimas restantes, se secó la cara y aparcó la bicicleta.

El trayecto hasta Orlando requería dos horas de autopista, dejando a la izquierda la bahía de Tampa y después adentrándose hacia el interior de Florida. Olivia había visitado a sus tíos y por supuesto Disneyworld al menos una decena de veces. Era una buena excusa para disfrutar del parque de atracciones. Sin embargo, en esa ocasión no tenía ningunas ganas. Encontrarse con Sarah había sido un varapalo importante, pero podía haber una explicación, no tenía que tomárselo a la tremenda. Sarah era una petarda con malas pulgas.

Olivia echó una ojeada a su móvil, que reposaba en el regazo, esperando alguna llamada; sin embargo, no había ningún mensaje.

A menos de una hora de Orlando, comenzó una súbita lluvia torrencial, a las que estaban acostumbrados en Florida. La visibilidad se convirtió en prácticamente nula en un breve espacio de tiempo.

Su abuelo buscó una salida en la autopista para detenerse, aunque no resultaba una tarea fácil, con cientos de litros de agua vertiéndose sobre ellos.

—Parará pronto —su abuela se giró un segundo en el asiento con una sonrisa tranquilizadora en el rostro, que siempre le hacía sentir bien.

Olivia asintió. En ese momento se fijó en una mole oscura acercándose por el cristal delantero, avanzando hacia ellos a una velocidad descomunal. El teléfono sonó en ese instante, no pudo llegar a hablar.

Hubo un golpe en el que todo tembló como si se tratara de un terremoto. Después oyó gritos, el cielo y la tierra se confundieron, vio sangre, mucha, y también humo. La lluvia seguía cayendo, mojando su rostro. Luego, oscuridad.

Alec salió del baño con una de las fotografías que había ampliado para poder enmarcar. Pensaba regalársela a Olivia. Era la imagen de ellos dos juntos en su sala privada, con el pesado caniche chupándole la cabeza. Se detuvo al ver a Sarah tumbada en la cama, viendo la tele, en actitud más que provocativa.

—¿Sigues aquí? —le lanzó una mirada desdeñosa—. Creí haberte dicho que no me interesaba tu compañía.

—Vamos, Alec. Aunque sea por los viejos tiempos —Sarah comenzó a quitarse la camiseta.

—Estoy con alguien. Agradecería que te marcharas y me dejaras tranquilo. Antes te lo he pedido amablemente, pero ahora no será así.

Sarah anduvo hacia él únicamente con el sujetador y una falda extremadamente corta. Apoyó la mano en el pecho de Alec haciéndole retroceder.

—Olivia, ¿verdad? ¿Ahora te lías con niñas pequeñas?

—Olivia es más adulta de lo que tú llegarás a ser jamás, así que no la menciones. Vete —rugió indicando la puerta con el brazo estirado.

—Hablando de ella ... —Sarah esbozó una mueca seductora mientras volvía a ponerse la camiseta lo más despacio que podía—, ha venido hace casi una hora.

—¿¿Qué?! —el enojo de Alec aumentaba por momentos—. ¿Qué ha dicho?

—Se ha quedado traspuesta al verme aquí. Creo que ha comprendido demasiadas cosas muy rápido.

—Y por supuesto no le has contado la verdad.

—No, no venía al caso. De todas formas, Alec, la chica ya te estaba durando demasiado. Es mejor que entienda cuanto antes que tú no eres para ella. Vamos, hombre, te has encaprichado porque es un bombón virgen, algo a lo que no estás acostumbrado. ¿Qué pasará en dos días? Te habrás cansado de ella y le habrás hecho daño. Yo te he adelantado el proceso.

—Eres una zorra, Sarah —Alec reprimió las ganas de tirarla por la ventana y salió de la habitación a toda velocidad.

Llegó a la calle y se subió a la moto. Las ruedas derraparon mientras tomaba el camino a la casa de los abuelos de Olivia. Se sentía tan intranquilo que en un momento estuvo a punto de perder el control de la moto al sortear a un todoterreno. Se recompuso y condujo rápidamente.

La casa estaba vacía. Llamó durante minutos y recorrió el jardín trasero tratando de vislumbrar a alguien por las ventanas. La ranchera tampoco estaba aparcada. Parecía que se hubieran evaporado.

—¿Buscas a Olive? —la amiga de Olivia, Amy, le observaba desde el jardín contiguo.

—¿La has visto? —preguntó él acercándose hacia los setos que separaban ambas parcelas.

—Cuando he subido de la playa no estaba el coche, puede que hayan ido a pasar la tarde a Sarasota. Llámala al móvil. Alguien misterioso le regaló uno.

—Gracias Amy, necesito hablar con ella urgentemente —comenzó a alejarse mientras buscaba el teléfono.

—Alec —le detuvo Amy—, no se te ocurra hacerle daño.

Él hizo un gesto de asentimiento con la cabeza mientras trataba de esbozar una sonrisa tranquilizadora que no era capaz de sentir. Marcó el número y esperó. Sonó una vez, después se hizo el silencio.

Un silencio que no parecía presagiar nada bueno.

Navidad - Presente

El Cayo Longboat destacaba bajo la luz prodigiosa de Florida. El agua del Golfo resplandeciente, la abundante vegetación y el cielo sin nubes hacían que Olivia no pudiera dejar de mirar por la ventanilla del automóvil de sus padres.

Habían ido a buscarla al aeropuerto de Sarasota y desde allí hasta la puerta de la casa no habían parado de hablar. Estaban eufóricos por tenerla allí y ella se sentía una privilegiada por disponer de aquel lugar y de unos padres tan cariñosos.

Realmente conocía a sus padres desde hacía solo catorce años, los anteriores diecisiete le habían sido robados de un plumazo. El principio fue difícil y tenso entre ellos, pero sus padres aprendieron a esperar a que ella diera el primer paso en su nueva relación sin atosigarla y aguantaron sus mil frustraciones y rabietas. Eran los mejores padres del mundo y eran todo suyos.

Abrazó a su madre de nuevo mientras su padre sacaba la maleta del coche.

—Esto es precioso —dijo mirando hacia todos los lados.

La casa de sus abuelos no resultaba la más interesante de la zona, pero era simple y práctica. A su lado se levantaba una mansión color salmón con un pórtico griego, del que parecía que en cualquier momento surgiría el mismo Zeus con Atenea.

—¿Recuerdas cuando vinimos justo después de tu accidente? —preguntó su madre—. El médico nos había desaconsejado llevarte a sitios conocidos porque aumentaría tu frustración; sin embargo, cabezotas como somos, decidimos traerte por si conseguíamos activar tu memoria. ¡Qué tontos éramos!

—Solo queríais ayudarme.

—Pues te cabreaste bastante.

—Resultaba frustrante intentar recordar y no conseguir hacerlo.

—A mí me pasa cuando juego al Trivial —dijo su padre—, el otro día no me acordaba del nombre de Clint Eastwood, ¿te imaginas? Me enfadé terriblemente. Así que tú... Fuimos unos necios al desobedecer al médico.

—Bueno, lo importante es que aquí estamos de nuevo. ¿Y os gusta vivir en Sarasota? Parece tan diferente a Boston.

—No volvería a Boston ni por todo el oro del mundo —contestó rápidamente su madre—. Lo único que me hace querer estar allí eres tú. Pero ya me he acostumbrado a que no nos necesitas contigo y que eres feliz.

Olivia se estiró con los rayos de sol cegándola. Hacía una temperatura perfecta de veintidós grados, y aspiró hondamente el olor a mar.

—¿Os importa si voy a dar un paseo? Necesito desentumecerme del viaje en avión.

—Mientras estés para la cena de Nochebuena —dijo su padre guiñando un ojo.

Olivia dejó la chaqueta en la entrada y se cambió las botas por unas zapatillas de deporte. Aquel clima era lo más cercano al paraíso.

Anduvo por la avenida principal y cruzó hacia la playa a través de edificios residenciales con sus piscinas y zonas deportivas.

La arena pálida contrastaba con el agua celeste del Golfo, en una bonita estampa caribeña. Había más personas en la playa que las que suponía. Algunas familias con hijos, parejas de jubilados y grupos de adolescentes.

Se quitó las zapatillas y caminó por la orilla, con las apacibles olas rozándole los tobillos.

Avanzó dirección sur, observando las casas, las palmeras y los arbustos que alcanzaban la costa. Los niños corrían como locos cruzándose en su camino, saltaban en el agua, levantaban castillos de arena. Seguramente ella hiciera lo mismo mucho tiempo atrás. Las fotografías de las que disponía mostraban aquel mismo lugar con ella tan preciosa y perfecta que le producía dolor mirarla.

Agitó la cabeza evitando la tan temida autocompasión y se centró en el paisaje. Llegó hasta un edificio alto y lujoso, que consiguió que se detuviera. Era el hotel Beach Palace que había mencionado Rebecca. El hotel donde el padre de Alec había sido director.

Avanzó hacia el edificio sin tener un motivo claro. La curiosidad hacía mella en ella y el extraño del tren era el culpable.

Entró en el vestíbulo. Sabía que no habría nada que le pudiera traer el más mínimo recuerdo, pero echó una ojeada alrededor y se dirigió hacia la recepción. Había dos personas atendiendo. Una mujer atractiva y sonriente se situó delante.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

—La verdad es que no lo sé bien. Necesitaba cierta información sobre el antiguo director de este hotel, Alexander Carrington.

—Lo siento, me parece que casi todo el personal de aquella época fue sustituido con la llegada del nuevo director, ¿verdad, Charles?

Charles era un hombre bastante mayor que dirigió a ambas su mirada inquisitiva tras unas gafas de pasta más grandes que su cara.

—Bueno, yo estaba con el señor Carrington. ¿Qué necesita saber?

Olivia se alegró al oírlo y dirigió su interés hacia el viejo recepcionista.

—Tenía un hijo, ¿verdad? Alec.

—Realmente el señor Carrington tenía dos: Alexander y Nathan. El pequeño falleció con apenas dieciséis años. Fue terrible, un gran varapalo para la familia.

Aquella noticia embargó de pena a Olivia. Perder a un hijo debía de ser lo peor del mundo.

—Yo era amiga de Alec —dijo sin demasiado convencimiento—. No se acordará de mí, ¿verdad?

—Lo siento mucho, entre que tengo más dioptrías que un topo y que mi memoria falla constantemente, me es imposible recordar todas las caras que han pasado por este hotel. Además... Alec tenía muchas... amigas —Charles parecía incómodo explicándolo.

—¿Muchas novias?

—Sí, más o menos. Era un chaval muy guapo y tenía a todas las jóvenes del Cayo persiguiéndole. Después de lo de su hermano se volvió más tranquilo, más adulto. Supongo que ese suceso cambia a cualquiera. Un momento... —se detuvo como si estuviera estrujándose el cerebro—. Sally, cúbreme un rato. Voy a acompañar a la señorita a un sitio.

Sally asintió de buen grado y Charles salió de detrás de la mesa de recepción.

—El muchacho era un fotógrafo excepcional —siguió diciendo él mientras conducía a Olivia por un amplio pasillo—. Comenzó a hacer pequeñas exposiciones de sus fotografías y algunas se han quedado en el hotel.

—¿Sabe dónde se fueron cuando el director dejó el puesto?

—Alexander se marchó antes de eso. Puede que unos diez años atrás. Se despidió de mí de una forma muy afectuosa y me dijo que había encontrado trabajo. Sí, el muchacho había cambiado con lo de Nathan. Se hizo responsable.

Llegaron a un bar elegante, con muebles de madera oscura y una llamativa barra que imitaba

el estilo de principios del siglo anterior, algo que contrastaba con la decoración moderna del resto del hotel.

El hombre señaló una de las paredes, donde se hallaban una diana y una máquina de discos antigua. Olivia se acercó intrigada. Había media docena de cuadros. Eran fotografías.

La primera mostraba una pequeña cala de arena entre arbustos frondosos y con la lejana silueta de una ciudad borrosa al fondo.

—Eso está en la reserva natural, al otro lado de la avenida —explicó Charles acercándose tanto al cuadro para mirarlo que parecía que fuera a chocar con la nariz—. Esta muestra las vistas desde el apartamento del director en la décima planta.

Olivia observó la larga lengua de arena que formaba el Cayo Longboat desde lo alto del hotel. Eran unas fotografías realmente buenas, ojalá tuviera la misma calidad en muchas de las portadas de sus libros. Pasó a la siguiente imagen: el aire se detuvo en su garganta y la dejó sin habla. Allí estaba Mushroom, su caniche marrón, con una bola de golf en la boca, peludo y esponjoso, casi al alcance de la mano y al fondo, en un segundo plano, una chica tomaba el sol en la arena. Su rostro vuelto hacia un libro que sujetaba en la mano. La sensación fue indescriptible.

—¡Por Neptuno y todas sus sirenas! —dijo el recepcionista pegado a la foto—, esa chica... es... —avanzó hasta el último cuadro y se lo señaló a Olivia—. ¡Esa chica es usted!

Olivia acudió a su lado con el corazón bombeando, desconcertada. La primera fotografía podía ser dudosa, había más caniches en el mundo y la imagen del fondo no resultaba nítida, pero aquella... aquella no admitía duda.

Olivia se encontró con una panorámica de una calle con pequeños edificios de colores, donde había tiendas y restaurantes animados llenos de gente. Una chica marcaba el centro de la imagen y resaltaba sobre el fondo. Llevaba un colgante con una piedra verde que brillaba bajo el sol y sonreía a la cámara, como si aquel fuera el mejor día de su vida. Aquella chica era Olivia.

Inspiró profundamente y tomó asiento en la silla más cercana. Charles se acercó a su lado preocupado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó—. Voy a pedir un vaso de agua.

—Estoy bien, solo ha sido... la impresión. No me esperaba encontrar una foto mía.

—Entonces usted... —el hombre parecía atar cabos—, ¡usted era la amiga de Nathan! Yo era camarero en la piscina cuando el pequeño hacía de socorrista. Lo recuerdo porque comentábamos entre nosotros el cambio que estaba sufriendo Nathan, cómo parecía más alegre cuando aquella chica venía a hacerle compañía. Él solía ser huraño e introvertido. Resultaba chocante verlo sonreír.

—¿Nathan?

—¿No lo recuerda? —Charles no daba crédito.

—Tengo amnesia —se explicó Olivia—, y estoy tratando de recobrar algunos recuerdos, por eso he venido a los sitios que deberían hacerme recordar.

—Vaya, qué lástima. Ahora que mi memoria me abandona en demasiadas ocasiones, me doy cuenta de lo importantes que son los recuerdos. Todos ellos nos convierten en las personas que somos.

Las palabras del recepcionista se clavaron en Olivia como un cuchillo. Ella no sabía quién era realmente. Se sentía como una versión nueva, sin poder anclarse a aquello que le dio forma y la transformó en la mujer que era. Trató de sonreír a Charles y se levantó de la silla.

—Muchas gracias por la información.

—Vuelva cuando quiera. En cuanto tenga un segundo buscaré más fotografías, creo que hay algunas en el sótano.

Ella asintió, aunque dudaba que ver más imágenes de aquel pasado tan perfecto le fuera a sentar bien.

Se despidieron en la entrada del hotel y Olivia comenzó a andar con el alma dolida. Bordeó un extenso campo de golf con sus relucientes buggies aparcados y sus elegantes jugadores cargando palos. ¿Fue aquel su mundo en algún momento?

Apretó el paso lo que su pierna le permitía y avanzó por la avenida tratando de liberar la mente de sucesos que no la beneficiaban. Pensó en algunos temas pendientes del trabajo en los que debía ponerse al día siguiente sin falta y aquello, al contrario que le ocurre a todo el mundo, mejoró su humor.

La cena de Nochebuena, con solo ellos tres como protagonistas, no resultó solitaria ni aburrida. Después de una apetitosa cena, su padre levantó la tapa del piano y comenzó a tocar villancicos y alguna otra pieza más compleja. Era un pianista excelente, la Orquesta Sinfónica de Boston iba a echarle rematadamente de menos.

Resultaba curioso que lo que la unió con su padre tras el accidente fue la música. Después de salir del hospital, el futuro de Olivia parecía anclado a una silla de ruedas. Sus padres vendieron el apartamento de Boston y se mudaron a una casa baja donde ella pudiera desplazarse con mayor facilidad, pero pese a ello apenas quería moverse. Hasta que comenzó a escuchar a su padre ensayando al piano. Era una melodía tan triste como su propia alma. Revelaba con cada nota el dolor que ella sentía y que la impedía avanzar y recuperarse.

Comenzó a espiar a su padre y él, dándose cuenta, empezó a tocar más a menudo. Se estableció entre ellos un vínculo silencioso. No necesitaban palabras, se comunicaban con la música. Y además de aprender a leer y a escribir con la mano izquierda, Olivia aprendió a tocar el piano.

Su madre siempre había dicho que el día que llegó a casa y se encontró a su hija sentada junto a su marido, aporreando las teclas sin que a él le dieran los mil males por destrozar a Chopin de aquella forma, comprendió que la curación estaba cercana.

A partir de entonces, las cosas no fueron perfectas, pero progresaron. Olivia aprendió a convivir con personas a las que no conocía, pero que la amaban con locura y se dejó envolver por ellas.

Cuánto había pasado desde entonces, cuántos retos superados y cuántas metas alcanzadas, pero también demasiadas desilusiones, secuelas y dolores. La mente de Olivia regresó al presente y se animó a cantar mientras su madre, consciente del poco talento de su voz, aplaudía y reía. Entonaron canciones durante horas animados con bastantes copas de vino y alguna de champán, cerca de un árbol de Navidad engalanado, que contrastaba con el jardín tropical que les rodeaba.

Después se fueron a dormir. Olivia se encontraba derrotada y casi reptó hasta su cama y se dejó caer encima como un fardo. Las emociones del día habían colapsado su pobre cerebro; sin embargo, consiguieron que cayera rendida como un bebé.

La mañana de Navidad se presentó igual de soleada. El abeto estaba asediado por regalos y, mientras abrían paquetes, disfrutaron de un buen chocolate caliente y de unas tortitas con nata.

Después salieron a dar una vuelta por la playa. Olivia notaba los ojos de su madre sobre ella, sabía que seguía esperando que, en un momento determinado, todos los recuerdos regresaran. Sin embargo, aquello jamás ocurriría. De entre todas las lesiones severas que sufrió en el accidente debido al aplastamiento del lado derecho del cuerpo, una gran parte se la llevó su cabeza. Tuvieron que intervenirla para rebajar un coágulo que se le había formado en su cerebro y eliminar algunas partes muy dañadas. En aquella operación de neurocirugía se llevaron parte de su alma.

Podía haber sido peor. Olivia levantó la cabeza para que los rayos del sol de diciembre rozaran su rostro e inspiró hondamente. Estaba viva y no había nada mejor que eso.

—¿Tienes los álbumes de fotos aquí? —preguntó Olivia mientras tomaban el camino de regreso a casa.

—Claro, están en la estantería de tu habitación —contestó su madre, con su brazo enroscado al de Olivia—. ¿Vas a revisarlos de nuevo? Antes desgastabas las páginas de mirarlos.

—Me gustaría encontrar a una persona que he conocido en Boston. Vivía aquí cuando veníamos de vacaciones. ¿Te suena Alexander Carrington?

—No, la verdad —de pronto sonrió con picardía—. ¿Y es guapo?

—¡Mamá!

—O sea que sí —su madre rio con ganas—. Vale, no me meto. Ya sé que Valentina te intenta encontrar pareja. ¿Cómo va la cosa?

—Fatal. Tiene bastante mal gusto.

—¿Y ese Alexander...?

—Me produce quebraderos de cabeza. ¡Es tan difícil conectar con alguien cuando tiene más información de tu propia vida que tú!

—¿Toca el piano? —preguntó su padre, que hasta hacía un segundo parecía absorto en el vuelo de unas gaviotas—. Eso ayuda bastante.

Olivia empujó a su padre con el codo y este esbozó una sonrisa, complacido.

Al llegar al final de la calle Birdie vieron que había un gran todoterreno aparcado delante de su casa. Estaban descargando de él cientos de maletas y un carrito gigante de bebé.

—¿Serán los nuevos vecinos? —susurró la madre de Olivia—. La casa ha estado alquilada con Airbnb los últimos años, pero me parece que sus auténticos propietarios han vuelto. Espero que no sean muy ruidosos.

Llegaron a la altura del todoterreno cuando las maletas ya estaban en el interior del chalet y el dueño del automóvil maniobraba para introducir semejante mastodonte de ruedas inmensas en el pequeño camino ajardinado de la casa.

En ese momento, una mujer bajita de rasgos orientales salía por la puerta. Parecía enfadada por el trajín y fruncía el ceño con los brazos en jarras. De pronto, se giró hacia Olivia. Su rostro mutó hasta la estupefacción, tanto que su mandíbula se desencajó y abrió los ojos convirtiéndolos en pelotas de ping-pong.

—¡No puede ser! —la oyó gritar Olivia y todo el vecindario—. ¡Imposible!

Olivia y sus padres apretaron el paso, conscientes de que ahora tenían por vecina a una lunática. La mujer les persiguió y se detuvo a escasos metros mientras el padre de Olivia sacaba las llaves con premura y cierto recelo.

—¿Olive?

Olivia se giró despacio hacia la mujer y la observó con detenimiento.

—¿Nos conocemos? —preguntó dudosa. Pocas personas la llamaban Olive y todas afincadas

en Boston.

—¿Estás de broma?! ¡No me lo creo! No puede ser.

—¿Estás bien? —la madre de Olivia parecía preocupada—. Voy a por una limonada.

—Las limonadas curan todo en esta casa —dijo Olivia mientras observaba a su padre, que escapaba del lugar disimuladamente. Ahora solo quedaban ella y la chica loca.

—Eso decía tu abuela —la mujer estaba pálida—. ¿Eres tú de verdad, Olivia?

Se vio en la obligación de asentir.

—Soy Amy. Amy Liu —continuó ella señalando la casa de al lado—. Fui tu vecina todos los veranos... éramos amigas... ¿No te acuerdas de mí o es que he envejecido tan mal que no parezco la chica preciosa de hace un porrón de años?

—Vaya —Olivia estaba perpleja. Parecía el año de los reencuentros—, siento comportarme de esta forma con una amiga, pero perdí la memoria en un accidente.

—¡Dios! ¡En el accidente del camión!

Comenzó a escucharse el lloro de un niño, Amy se enderezó, aparentemente trastornada por la situación.

—¿Podemos vernos luego? —preguntó a la carrera—. Tengo un hijo malcriado y tirano. Necesito hablar contigo, necesito saber muchas cosas.

—Claro. ¿A las cinco?

—Te encontraré leyendo alguno de los libros de Nathan en el embarcadero —Amy sonrió de una manera intensa, parecía feliz, mucho. Y después echó a correr hacia su casa.

El sol comenzaba a decaer a aquellas horas de la tarde, dibujando una bruma espectral en la bahía de Sarasota. Olivia observaba desde el viejo embarcadero la silueta de la ciudad a lo lejos, con la imagen de la fotografía de Alec aún presente.

—Solo te falta el libro en la mano —la voz llamativa de su vecina hizo que se diera la vuelta hacia el jardín. La diminuta mujer había saltado los setos que separaban ambas parcelas y se colaba en su casa como si fuera lo más normal del mundo.

Olivia se encontró observándola con atención por si acaso escondía un cuchillo en algún lado. Tanta literatura de ficción la había convertido en la suspicacia pura.

—¿Así que aquí pasábamos el verano? —se lanzó a preguntar Olivia sin demasiada inventiva.

—Creo recordar que tú llegaste aquí cuando teníamos diez años. Yo ya llevaba casi cinco más veraneando en el Cayo —Amy tomó asiento en los tablones de madera dejando que sus piernas colgaran hacia el agua—. Al principio me pareciste un poco sosa, la verdad. Pero luego descubrí en ti a una buena amiga.

Olivia cedió sentándose a su lado y, aunque mantuvo una distancia prudencial entre ellas, la observó con atención.

—¿Perdiste la memoria en el accidente? —preguntó Amy con unas arrugas finas de preocupación surcando su frente pálida—. ¿Por eso no recuerdas este lugar?

Olivia asintió con la cabeza, tratando de evitar que su mente decidiera buscar conexiones donde no las había.

—Recuerdo muy bien el día que desapareciste con tus abuelos. Te buscamos por todas partes, tu teléfono no daba ninguna señal, fuimos a la policía, pero no querían ayudarnos. Después supimos lo del accidente —el cuerpecillo menudo de Amy se tensó, parecía hacer un

esfuerzo por evitar las lágrimas—. Fue horrible. El año anterior había perdido a Nathan; ese año, te perdí a ti.

—Siento no poder acordarme —Olivia lo decía de verdad. Conforme rebuscaba en su pasado, primero con fotos, después con las historias de sus compañeros del cole, en ese momento con Amy, se daba cuenta de la extraordinaria vida que había llevado.

—No es culpa tuya —Amy torció la boca en un intento de sonrisa—. Después de aquel verano ya no quise regresar. Mis padres se compraron una casa en la isla de la Martinica y alquilaron esta. Sin embargo, el destino en el que tanto creías tú —abrió los ojos, maravillada—, ese destino ha hecho que hayan asignado a mi marido la oficina de Sarasota. ¿Te lo puedes creer? Así que nos hemos mudado toda la familia con él. Pero con lo que no contaba, ni en el mejor de mis sueños, era con dar contigo. ¿Cuánto ha pasado? ¿Quince años? ¡Dios, Olivia! Aún pienso que debe de tratarse de un espejismo. Estaba segura de que habías muerto.

Olivia estiró la mano llevada por un impulso y la colocó sobre la de Amy. Se la apretó con afecto y una lágrima rodó por su mejilla.

—Yo estaba destrozada —continuó Amy, limpiándose la cara—, pero él... jamás vi a alguien más hundido.

—¿Él?

Amy la miró con los ojos vidriosos.

—Alec —contestó—. Alec fue el que recorrió el país en tu búsqueda.

Olivia, estirada en la cama con la vista en el techo, no podía olvidar lo que Amy le había contado. Su conversación se había visto interrumpida cuando un niño había roto a llorar como un poseso en la casa de al lado y Amy había salido corriendo a la velocidad de la luz.

Tenía el estómago hecho un nudo y, por desgracia, un dolor tremendo de cabeza. El nombre de Alec le producía unos efectos secundarios endiablados. Su cerebro se activaba tratando de localizar su rostro en un cajón de recuerdos que había sido arrancado de cuajo y, entonces, todo se volvía negro.

Inspiró profundamente esperando a que el analgésico le hiciera efecto. Entendía su sorpresa al verla en el tren; pensaba que estaba muerta. Era un fantasma en medio de un vagón. Sin embargo, desconocía que había sido él para ella y, en ese momento, después de la despedida de Alec, solo Amy tenía la respuesta.

Se levantó con la cabeza como una bola de cañón, pesada y demoledora, y se arrastró por el suelo hasta la estantería. Había tantos libros allí que le resultaba imposible imaginarse leyéndolos todos. Pasó el dedo índice por los tomos hasta detenerse en *La historia interminable*, uno de sus preferidos. El primero que consiguió leer de un tirón después del accidente, tras seis meses aprendiendo a hacerlo correctamente. Lo sacó con dificultad de la estantería abarrotada. El volumen de al lado, *Juego de tronos*, cayó al suelo, quedando abierto por la primera página. Había algo escrito a mano, una dedicatoria:

Para mi amiga
Olive, para que
cada verano
pueda regalarte
muchos libros más.
Con cariño
Nathan

Olivia abrazó el tomo firmado como si aquel gesto fuera a dotarla de nuevas sensaciones, de recuerdos.

Vio los álbumes y, dejando a un lado el libro con sumo cuidado, optó por echar un vistazo rápido a las fotografías. Debía encontrar alguna que estableciera una relación con Alec, que explicara qué había pasado entre ellos. Solo era una chica de dieciséis años cuando se había tomado la imagen que Olivia guardaba en su bolso. Solo era una cría.

De nuevo, como miles de veces atrás, repasó una por una las imágenes que ella había recopilado de sus veranos. En ese momento reconoció a la versión joven de su nueva vecina Amy, la acompañaban otras chicas con ropa a la moda y labios brillantes. Olivia vio su evolución desde los diez años hasta los diecisiete, cómo se había convertido en una joven atractiva de figura estilizada y llamativa. Pero no encontró a Alec.

Se dio cuenta de que no había mirado los álbumes de su hermana Sophie. Ella no solía dejarla, y tenía que hacerlo a sus espaldas y con el miedo de que la descubriera y montara en cólera. Sophie no había llevado bien su convalecencia. Sus padres se habían volcado en Olivia y aunque no habían dejado apartada a Sophie, esta debió de sufrir bastante. Tanto, que unos pocos meses después de que Olivia despertara del coma, se matriculó en la universidad de Berkeley, en California, en el otro extremo del país, y desapareció de sus vidas.

Olivia se hizo con el tomo más grueso. Su hermana no solo pegaba fotografías, sino que añadía entradas de cine o de espectáculos, recortes de revistas y comentarios. Más que un álbum parecía un diario. Tachaba las caras de los que parecía odiar o les dibujaba extraños bigotes. Resultaba divertido y Olivia se encontró pasando las páginas con una sonrisa en la cara.

Enseguida, las fotos de su vida diaria en Boston se vieron eclipsadas por el colorido del verano en Sarasota: partidos de vóley en la playa, paseos en barco, atardeceres, fiestas... Olivia se detuvo en una imagen. Mostraba a Sophie con el que parecía su grupo de amigos. Al menos serían veinte o veinticinco chavales con algo más de dieciocho años y unas sonrisas de anuncio publicitario. Sophie había puesto un enorme círculo alrededor de uno de ellos y por toda la página había escrito Caleb en diferentes tipografías y colores. Caleb. Vaya con su hermanita, también tenía corazón.

Entonces, la mirada se le escapó hacia la derecha. Se acercó al álbum con mil insectos volando en su interior. Allí estaba Alec.

Le observó sin ningún disimulo, pasando su dedo por el cuerpo fuerte y atractivo de aquel chico de mirada celeste y cabello despeinado. Resultaba increíblemente guapo y no le cupo duda alguna de que, a la Olivia adolescente, aquel muchacho le debió de gustar lo indecible.

Consciente de que le encontraría en el grupo de amigos de Sophie, continuó pasando las páginas, hallándole en muchas de ellas. A veces muy abrazado por una tal Sarah, a veces por alguna otra que no volvía a aparecer.

Con la experiencia que da leer cientos de novelas románticas, Olivia sabía que Alec tenía toda la pinta de haber sido el amor platónico de una niña. De esos que no se veían correspondidos y dolían como tizones al rojo vivo. Sintió lástima por la pobre Olivia adolescente, enamorada de un chico mayor, guapo y mujeriego. ¿Y qué demonios hacía él ahora en su tren, con fotos de ambos y una mirada tan magnética como oscura?

Olivia se recostó en la moqueta resoplando. A ese paso, el dolor de cabeza no le iba a desaparecer en toda la vida.

Nochevieja

Entre el día de Navidad y la Nochevieja, Olivia tuvo que trabajar con asiduidad.

Era una forma de escapar de su mente perversa y ocuparla en proyectos, ideas y mucha paja, para evitar pensar en lo que le hacía bailar el estómago más que un terremoto de 9 grados en la escala de Richter: su pasado.

Conseguía excavar un túnel profundo y seguro donde guarecerse, hasta que algo la sacaba de allí de las orejas:

De: RebeccaM@cutter&cross.com

Asunto: Resumen semanal.

Para: OliviaBarnett@cutter&cross.com

Buenos días, Olivia,

Mi resumen semanal es que se te echa de menos. Estos días después de Navidad son tranquilos y pese a que no hay demasiado trabajo, veo que estás conectada... ¡**TODOS LOS DÍAS!** Venga, mujer, disfruta de Florida y de sus hombres.

Hablando de eso, ¿sabemos algo del tío bueno del tren? ¿Has podido recabar algo de información? ¿Tiene un hermano soltero igual de guapo?

Bueno, por lo demás, he terminado de leer dos manuscritos y las nuevas novelas gráficas. Te adjunto al correo mis comentarios.

Te veo pronto. Un saludo, (queda más formal que beso o abrazo),
Rebecca.

Olivia levantó los ojos al cielo pidiendo clemencia. ¿Por qué resultaba tan difícil concentrarse en otra cosa?

Clic, clic. Alguien golpeaba la ventana de su dormitorio. La cara de Amy aplastada contra el cristal parecía una máscara de terror de Halloween.

Olivia se acercó y abrió la ventana, dejando que Amy entrara rodando, como una versión bastante buena de *Mulán*.

—¿Vas a darme esquinazo todas las Navidades? —preguntó sentándose en la cama y botando un poco para probar el colchón.

—Tengo un montón de trabajo atrasado.

—Siempre fuiste una empollona. Pero una empollona guay, no una friki. Además, eras un bellezón. Bueno, y lo eres. ¿Qué pasó con tus rizos? ¿Te alisas el pelo?

—Parece que me raparon la cabeza para operarme y cuando el cabello creció, era liso como una puerta.

—Vaya por Dios. Me encantaba tu pelo ondulado —Amy rio entre dientes como acordándose de una broma—. Claro que el más pesado con ese tema era Alec. Siempre te llamaba *rizos* y a veces *escarola* o *lombarda*.

—Cada vez me cae mejor el muchacho —Olivia hizo una mueca de desagrado.

—Te caía muyyyyy bien —Amy alargó la y indefinidamente—. Demasiado.

—O sea, que estaba loquita por él.

—Por supuestísimo. ¡Quién no! Y él... siempre rodeado de chicas idiotas. Hasta aquel dichoso día en el barco. Yo creo que allí todo cambió —le hizo un gesto a Olivia para que se

sentara a su lado y sacó del bolsillo una foto.

¡Otra no! Olivia no quería ver más cosas desconcertantes, pero Amy se la pegó tanto a los ojos que en vez de una imagen parecía haber dos.

—Somos nosotros tres. Nathan, tú y yo la mañana que él murió —Amy hablaba dolida mientras Olivia observaba tres caras felices en la cubierta de un barco—. Se lanzó desde un islote al agua y se rompió el cuello. Fue horrible. A partir de entonces, Alec comenzó a rondarte de vez en cuando, supongo que le recordabas a su hermano, siempre hablando de libros y esas cosas. No sé si había algo realmente entre vosotros, pero lo que sí sé es que no dejó de buscarte sin cesar hasta que se enteró de que habías muerto.

—Sin embargo, no era cierto. ¿Quién se lo dijo?

—No lo sé. Me llamó desde Boston después de atravesar medio país en moto. Estaba desolado. Me dijo que todo se había acabado. Que habías muerto —tomó aire ruidosamente—. Después de aquello, ya no volví a verlo.

La conversación había dejado a Olivia con una mezcla de tristeza y nostalgia. Ninguna de aquellas vivencias, tremendas y dolorosas para unos adolescentes, estaba en su cabeza. Solo un vacío enorme que jamás se iba a llenar.

—Bueno, cielo, voy a ver si el pequeño Leo está hambriento. Se pone guerrero cuando tiene el estómago vacío —sonrió encaminándose hacia la ventana y con la intención de volver a pasar por ella—. Es clavadito a su madre.

—¿No preferirías salir por la puerta?

—No, me divierte sentirme como antes, como cuando pasábamos las tardes intercambiando ropa o maquillándonos. Creo que aquellos años, si quitáramos de la historia la muerte de Nathan y la tuya, fueron maravillosos. Ojalá pudieras recordarlos.

Se escabulló por la ventana con una risita y Olivia la escuchó dando botes por el jardín como una gacela.

Sí, Amy tenía razón, ojalá pudiera recordar aquellos años. Pero, sobre todo, ojalá pudiera recordarle a él.

Agosto - 14 años atrás

Sarasota (Florida)

Alec estaba desesperado. Las horas se habían convertido en días, y estos se habían transformado en casi un mes desde que había perdido a Olivia.

Aquella tarde en la que se evaporó de Longboat, Alec estuvo esperando hasta la madrugada sentado en la acera de la casa de los señores Hartman. Amy, la amiga de Olivia, le sacó un sándwich a medianoche y durante un rato se mantuvieron en silencio mirando a la carretera, esperando ver llegar la destartada ranchera del abuelo.

Pero nada sucedió.

El teléfono siguió en el más tenebroso de los mutismos los miles de veces que Alec trató de contactar con Olivia. Los abuelos no tenían móvil y nadie conocía el número de los padres de Olivia en Boston. Así que ahí se acababan las posibilidades, hasta que se dio cuenta de que aún faltaba una más. La más odiosa de ellas.

Había llamado a la puerta de Sarah sin malditas ganas de hacerlo. Los primeros días tras la desaparición de Olivia evitó pensar en ella y en su atroz papel en aquella situación. Pero ahora la chica podía ser de ayuda.

—Has tardado en venir a pedirme perdón —le había espetado ella en cuanto salió de su casa (una horterada de chalé color amarillo pollo)—. ¿O te gustaría mejor otra cosa?

—¿Tienes el número de móvil de Sophie? —Alec no estaba dispuesto a perder más tiempo.

—¿De la hermana de Olivia? ¿No ha regresado aún? ¡Pobre diablo! —Sarah había puesto pucheros y ojos de cordero degollado—. Ha pasado un mes, ¿no crees que la muchacha quiere pasar página?

—¿Tienes o no el teléfono? —Alec había rugido. No era una petición, sino una amenaza. Sin embargo, Sarah no se había sentido intimidada.

—Sal conmigo esta noche. Lo pasaremos bien y puede que entonces encuentre ese número.

—Vete a la mierda, Sarah.

Alec había desperdiciado su oportunidad por su carácter impulsivo. Se largó de la casa haciendo derrapar la moto y conduciendo como un temerario. Lo que mejor hacía últimamente era volverse cada vez más loco.

—Deberíamos ir a la policía, Alec —Amy le observaba de reojo, algo incómoda—. Olive no puede haber desaparecido sin más. Algo le ha pasado.

—Ha pensado que soy lo peor. ¿Tú no querías alejarte de mí lo máximo posible?

Amy se había puesto nerviosa. Hasta hacía pocos meses, Alec era el tío bueno asombroso al que todas las chicas soñaban con coger de la mano (y besar, a ser posible); pero en aquel momento, le tenía al lado como a un igual, hundido y desesperanzado por su amiga.

—Olivia no haría eso —aseveró ella con firmeza—. No digo que no se haya cabreado contigo, está en su derecho, pero ella se hubiera encarado contigo enseguida. Las injusticias pueden con ella.

—La comisaría está al final del Cayo. ¿Te importaría acompañarme?

Aquel día habían comenzado una búsqueda sin fin. De la comisaría de Longboat les habían derivado a la de Sarasota. Allí la espera se había prolongado eternamente, hasta que un

insoponible policía les había hecho saber que, a menos que fueran familia, no les daría ninguna noticia.

—Solo necesitamos saber si les ha sucedido algo —había rogado Alec.

—Mira, guapo —el policía aparte de insoponible era idiota—, la gente que desaparece de un día para otro es porque no quiere que se la encuentre. ¿Habíais discutido?

—Puede, pero...

—Que pase el siguiente... —gritó el policía.

Durante siete días más, Alec estuvo acudiendo a la misma comisaría. Después de aquel tiempo, se conocía los nombres de los empleados y sus turnos. Esperó a que el policía insolente dejara su sitio para acercarse al agente que le sustituía.

—Hace un mes, una amiga y sus abuelos desaparecieron de su casa de Longboat —le dijo sintetizando una historia decenas de veces contada, y antes de que regresara el engendro con uniforme—. Se marcharon en coche y nadie sabe nada de ellos. Tengo la sensación de que algo horrible sucedió. ¿No hay alguna forma...?

—¿Es familia?

—¡No! —Alec se llevó las manos a la cabeza—. ¡¿Y qué?! Solo estoy preocupado por ellos. Muchísimo.

El policía miró alrededor y después desplazó su atención al ordenador.

—¿Qué día desaparecieron? —tecleó rápidamente sin dirigirle la mirada.

—El quince de julio, por la tarde.

—¿Modelo de coche?

—Un Ford Ranger.

—Es un buen coche. Miraré a ver qué puedo descubrir.

Alec le observó consternado. Ansiaba tener noticias, pero no que un policía se las diera. Casi rogó para sus adentros para que aquel hombre no encontrara nada en la base de datos.

—Como no he hallado ningún suceso en la zona, me he metido en el departamento de tráfico. Hubo veinticinco accidentes en el estado de Florida la tarde de quince de julio. Tres muy graves —el corazón de Alec se había detenido mientras el policía hablaba. El aire estaba estancado en sus pulmones—. En uno había un Ford Ranger involucrado.

—¿Qué? —las piernas de Alec le fallaron, se sintió caer, aunque se mantenía agarrado a la repisa que le separaba del policía—. ¿Hubo... muertos?

El hombre estaba indeciso. Se quitó la gorra y se rascó la cabeza con energía.

—No puedo dar esos datos —la cara de Alec debía de ser un auténtico poema porque el policía parecía turbado—. Yo no... Bueno, según leo aquí, hubo una colisión entre un camión y un Ford Ranger en la autopista 4, dirección Orlando. El camión se salió de la carretera, invadiendo el sentido contrario y chocando con el vehículo —tragó saliva y miró a Alec, esta vez directamente—. El Ford se precipitó fuera de la calzada, cayendo por un terraplén. Dos víctimas mortales.

La última frase la dijo tan rápido que Alec no entendió su significado hasta que se hizo el silencio. Las palabras se fueron ordenando en su mente hasta conformar una idea terrible.

—No sabemos si es ese el coche —añadió el policía intentando mejorar la situación—. Ni siquiera si tuvo un accidente.

—¿A qué hospital se los llevaron? —Alec trataba de pensar con rapidez mientras su interior se descomponía en mil pedazos.

—No puedo darle esa información.

—Por favor —rogó con el corazón destrozado.

—Orlando Health Central.

—Gracias —Alec salió corriendo de la comisaría y se montó en la moto. Había un superviviente. Uno. No podía perder la esperanza por nada del mundo.

A la mañana siguiente y en cuanto pudo librarse de sus tareas diarias, Alec se dirigió a casa de Amy. Su amigo Simon le había prestado su coche, un escandaloso todoterreno de octava mano, para poder ir hasta Orlando.

Amy se quedó ensimismada con el vehículo.

—¿Quieres que monte contigo en... eso?

—¿Prefieres dos horas en moto? —Alec observó a Amy a través de la ventanilla abierta, iba vestida como si fuera a una fiesta.

—Vale —inspiró hondo antes de entrar en el coche y se abrochó rápidamente el cinturón de seguridad—. ¡Huele a marihuana!

—Simon no fuma, exagerada.

—¿Y a qué demonios huele?

—He encontrado, hace un segundo, un sándwich de atún bajo tu asiento. Estaba fosilizado —esbozó una sonrisa nerviosa mientras ponía el coche en marcha y lo dirigía hacia la avenida.

En cuanto había salido de la comisaria la noche anterior, había llamado a Amy para contarle sus averiguaciones y a Simon para pedirle el coche. Si permitía que su cabeza pensara por sí misma, se lanzaría en picado hacia una nefasta premonición. Amy le ayudaba a no ofuscarse ni perder la confianza. Hablaba como si no hubiera un mañana.

—Mis padres no saben que voy contigo —dijo ella mientras el Cayo Longboat llegaba a su fin, y cruzaban el primer puente hacia tierra firme—. Si no, no me hubieran dejado venir.

—¿En tan poca estima me tiene todo el mundo? —Alec se colocó las gafas de sol y apoyó el brazo doblado en la ventanilla. El calor iba a ser acuciante aquel día.

—Digamos que no se fían de tu lado mujeriego. Al fin y al cabo, has salido con todas las chicas de Sarasota y generalmente no acabáis de buenas formas.

—¿Con todas? —él consiguió reírse—. No lo sabía.

—Bueno, Nathan era un poco exagerado en sus anécdotas —Amy se dio cuenta de que rozaba terreno pantanoso y cerró la boca.

—No me importa que hables de mi hermano, incluso te lo agradezco. Siempre has sido una buena amiga suya.

—¿Sabes? Me gustaba. Mucho. Ya sabes. Mucho —las mejillas de Amy iban adquiriendo tonalidades más acusadas de rojo conforme hablaba—. Pues eso. Mucho.

—Lo siento. Para todos fue una pérdida muy grande.

—Y ahora... ¿Olivia? ¿Pudieron ser ellos realmente los del accidente?

—No quiero hacer conjeturas. Me mantiene cuerdo.

—He estado llorando toda la noche —la voz estridente de Amy se hizo un murmullo—. Aún no me lo creo.

—Hay un superviviente —Alec levantó la voz haciendo que Amy cesara de hablar—. No demos nada por perdido.

En menos de dos horas alcanzaron la ciudad de Orlando. A la izquierda dejaron las salidas hacia el parque de Disneyworld, los campos de golf y las cuidadas urbanizaciones.

Circunvalaron el centro y sus edificios altos para continuar por donde Amy, con su mapa de la ciudad desplegado sobre sus piernas, indicaba.

El hospital estaba formado por numerosos edificios de cristal azulado. Después de aparcar, recorrieron todos y consiguieron hallar las urgencias siguiendo a una ambulancia.

Alec intentó hablar con un par de celadores, pero todo el mundo parecía inmerso en su trabajo. Llegó al puesto de información preguntándose en qué momento había perdido su facilidad para ser el centro de atención.

—Han traído a una víctima de un accidente de coche... —comenzó a decir.

—¿Cuándo? —La enfermera que atendía no tenía demasiadas ganas de charla.

—Hace un mes.

La mujer abrió los ojos como una lechuza.

—Pues sí que han tardado en llegar —esbozó una mueca.

—No lo hemos sabido hasta ayer —Alec se tragó las ganas de agarrar a la mujer por el cuello—. Un accidente de coche contra un camión. Tres pasajeros y solo un superviviente.

—¿Y usted es...?

—Un amigo.

La enfermera resopló como si hiciera más calor que en el infierno, después se cruzó de brazos.

—En este momento no hay ningún paciente sin identificar ni que necesite ver a amigos, así que a menos que sea un familiar, ya puede marcharse y dejar de estorbar en el pasillo.

Amy agarró del brazo a Alec antes de que se le ocurriera saltar el mostrador que le separaba del puesto de información y emprenderla a tortazos con la enfermera.

—Es mi hermana —Amy se estiró junto a Alec y con un gesto compungido y arrebatador miró a la mujer—. Se llama Olivia Barnett. No sabemos de ella desde hace un mes y, anoche, un amable policía nos comunicó que tuvo un accidente y que fue llevada a este hospital. Necesitamos saber si está bien, si vive... La incertidumbre nos está matando.

La enfermera los miró a ambos, luego se detuvo en las lágrimas gruesas que barrían las mejillas de Amy.

—Voy a ver si puedo enterarme —se levantó de la silla y desapareció por el pasillo.

Alec y Amy tomaron asiento en unas incómodas sillas pegadas a la pared.

—Gracias —dijo él azorado, apoyando los codos en las rodillas y sujetándose la cabeza entre las manos—. Me alegro de haber venido contigo.

—He puesto mi cara de tristeza extrema, pero por desgracia, esta vez no he tenido que fingirla. Saber que Olivia pudo llegar aquí —sus ojos se posaron sobre una camilla que llevaba una mujer ensangrentada—, que aún puede estarlo, me desespera.

Pasó más de una hora, no querían moverse, habían conseguido un par de refrescos en una máquina y un paquete de galletas. El estómago de Amy rugía y el de Alec se iba haciendo cada vez más doloroso.

—¿Señorita Barnett? —una enfermera llegaba por el pasillo. Su semblante era jovial y traía una tímida sonrisa—. ¿Eres la hermana de Olivia Barnett?

Ambos se levantaron de la silla con ímpetu.

—Hermanastra. Mi madre es china y su padre, no.

—Bien... Sí —la mujer les echó una ojeada con curiosidad—. ¿Y usted?

—Su... novio —la inquietud dominaba el cuerpo de Alec, se frotó las manos, ansioso—. ¿Olivia está aquí?

La enfermera les señaló una sala menos masificada. Había un ventanal alargado a través del cual se veía un cielo demasiado azul, casi irreal.

—El accidente debió de ser horrible —dijo ella tomando asiento y mirando un informe que tenía entre las manos—. Los médicos de la ambulancia dijeron que se necesitó la ayuda de los bomberos para sacar a los ocupantes del coche. Al parecer hubo dos muertos. En el acto. El tercer ocupante fue traído a este hospital. Según su documentación era Olivia Barnett.

Alec se dejó caer en la silla con el pulso tan acelerado que le dolían los martillazos de los latidos en su pecho. Olivia estaba... ¿viva? ¿Por qué hablaba de ella en pasado?

—¿Está aquí? —se adelantó a preguntar Amy. Estaba nerviosa y aparentemente feliz. Irradiaba dicha. Alec, no.

—¿Qué sucedió? —inquirió él, temeroso.

—El estado de Olivia era... muy grave. Crítico. No os voy a mentir, llegó con un hilo de vida. Le realizaron numerosas operaciones para salvarla.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Alec. El aire le resultaba terriblemente denso, difícil de respirar. Se frotó la cara con las manos.

—Hace dos semanas su familia decidió llevarla a un hospital en su ciudad.

—¿Está viva? —Alec ya no sabía qué pensar.

—Cuando abandonó este centro se encontraba en coma.

—¡Está viva! —gritó Amy sobresaltándolos.

—No quiero daros esperanzas —dijo la mujer mirándolos sombría y preocupada—. He visto muchas heridas y accidentes, lo habitual es que esa chica no hubiera sobrevivido. No sé cuánto más durará su cuerpo, pero dudo que sea mucho —se levantó y puso una mano encima del hombro de Amy—. Siento no poder ayudaros más. Lo demás es información reservada.

Abandonaron el hospital un rato después. Alec necesitaba tomar aire, pero el aire que encontró fuera era aún más agobiante que el del interior. Apoyó las manos en las rodillas y trató de inspirar. El mundo parecía difuminarse a su alrededor.

—La gente despierta del coma —Amy a su lado parecía preocupada—. Olivia es muy cabezota y aguantará. Juro que lo hará.

—¿Sabes dónde vive?

—En Boston —dijo como si fuera obvio.

—¿No tienes ninguna dirección?

Amy negó con la cabeza despacio.

—Yo solo debía esperar a que acabara el colegio y entonces, Olivia regresaba a la playa con una sonrisa enorme y derrochando felicidad. Creo que es la mejor amiga que tengo, quizás la única, y jamás se me ha ocurrido pedirle su dirección. Nueva York está cerca de Boston, podía haberla visitado algún fin de semana, ¿no? Y, sin embargo, siempre he esperado al verano para verla.

Alec se irguió, consciente de que había llegado allí esperando una terrible noticia y que salía con la promesa de algo mejor. Cogió el móvil y dándole la espalda a Amy, se lo puso en la oreja.

—Sarah —dijo cortante—. Nos vemos esta noche.

Amy le observaba en silencio. Parecía decir lo mismo que Alec pensaba: si su última esperanza era Sarah, iban apañados.

Alec estaba agotado cuando llegó a la playa, después de dos horas más de viaje desde

Orlando (con una pequeña parada para que Amy devorara medio McDonald's), cambiarse en el hotel, devolverle el coche a Simon y caminar al lugar donde había quedado con Sarah.

Las amigas de Sarah, a cuál más arpía, le miraron sin un ápice de disimulo.

—No puedes vivir sin mí —dijo ella en cuanto se acercó. Su mirada era provocadora y por un momento a Alec le dieron ganas de darse la vuelta y marcharse de allí.

—Parece que no —contestó con aspereza y señaló con la cabeza hacia la orilla—. ¿Damos un paseo?

—¿Solos? Si salgo contigo es porque me gusta que nos vean juntos. ¿A que hacemos una pareja genial, chicas? Vamos a ver, Alec. Estás muy bueno —sonrió mientras apoyaba una mano en su pecho y la deslizaba por su vientre. Sus amigas rieron nerviosas—, solo eso.

Alec detuvo la mano de Sarah justo cuando bajaba hacia el pantalón.

—¿Qué quieres entonces? ¿Pasar el rato junto a tu panda de víboras?

—Llévame a tomar algo al hotel y luego subimos a tu apartamento.

—Te invitaré a una copa. Nada más.

—Hace poco no te bajabas de mi cama.

—De eso hace un año y apenas me acuerdo.

Las amigas de la chica susurraron divertidas. La cara de Sarah se había convertido en una bomba de relojería.

—¿Quieres ese maldito número? ¡Cúrratelo!

—Tú ganas —Alec comenzó a andar hacia el hotel a zancadas, sin esperar a que ella le siguiera.

Llegó al paseo y se detuvo a tomar el aire. Estaba enfadado, mucho, pero sobre todo se sentía inútil. No podía ayudar a Olivia, no podía visitarla, ni abrazarla. No podía darle el aliento que ella le había regalado con la muerte de Nathan. Estaba fracasando.

Sarah se acercó con una mueca de enfado. Su estrecha minifalda le impedía caminar y andaba como una geisha. Sus amigas se habían quedado en la playa y aún escuchaba sus voces jaleando y aplaudiendo.

Entraron en el edificio. Charles estaba en la recepción. Era uno de los mejores empleados del hotel y Alec, tras tantos años, le había cogido cariño. Había estado en el cementerio dándole el último adiós a Nathan realmente afligido y Alec se lo agradecía.

Se acercó hasta él y le saludó. Sarah llegó a su lado a saltitos y señaló el ascensor.

—¿Por qué no vamos directamente arriba, Alec? No merece la pena darle más vueltas al asunto.

—¿Has traído el móvil? —preguntó directamente.

Ella le mostró el pequeño bolso con un Sony Ericsson fucsia dentro.

—Pero primero... —dijo guiñándole el ojo.

—Primero..., Charles, ¿está Viktor cerca?

—Por supuesto, ahora mismo le llamo —el recepcionista tomó el auricular del teléfono y marcó.

—¿Quién coño es Viktor? —preguntó Sarah comenzando a impacientarse.

—Alguien con unos abdominales mejores que las míos —sonrió Alec viendo acercarse por el pasillo al guarda de seguridad ruso—. Viktor, he pillado a esta señorita robando a la gente del bar. Creo que lleva un móvil que no es suyo.

—Ni se te ocurra —Sarah le amenazó con el dedo mientras la mole de músculos que era Viktor, la sujetaba con delicadeza y le quitaba el bolso.

—Gracias —Alec cogió el teléfono y lo abrió. No entendía para qué servían aquellas tapas en los móviles más que para pillarse los dedos—. ¿Contraseña?

Viktor agarró los delgados brazos de Sarah con algo más de fuerza.

—1234 —masculló ella con odio contenido.

—Increíblemente original.

—Imbécil —Sarah le escupió y Viktor la regañó con la mirada haciendo chasquear la lengua.

Alec buscó en el móvil hasta que halló el nombre de Sophie y su número, lo escribió rápidamente en un papel y le devolvió el pequeño aparato a su propietaria.

—Mis más humildes perdones, parece que el teléfono sí es de la señorita.

Viktor la soltó con una sonrisa de ángel bueno y Sarah, iracunda y echando espumarajos por la boca, se marchó a la velocidad que le permitía su minifalda mientras soltaba mil improperios. Los tres se miraron y no pudieron evitar una sonrisa.

Era tarde para llamar a Sophie. Alec había apuntado el número en varios sitios y también lo había grabado en su teléfono. Casi se lo había aprendido de memoria para cuando llegó a su habitación.

Debía de esperar a la mañana siguiente, pero no se encontraba con fuerza como para posponerlo.

Marcó el número y esperó. Un tono, dos...

—Hola —una voz somnolienta respondió al otro lado.

—¿Sophie? —Alec se sentó en la cama con las piernas temblando—. Soy Alec.

—¿Alec? ¿Quién te ha dado mi número? ¿Qué quieres?

¿Qué quiero? Alec no daba crédito a la pregunta.

—Necesito saber cómo se encuentra Olivia —respondió intentando mostrarse comedido.

—¿Ahora? —el tono de Sophie mostraba que estaba molesta—. Hace un mes del accidente y, ¿quieres tener noticias ahora?

—Me enteré ayer —¿Por qué tenía que excusarse? ¿Resultaba tan difícil contestar a una pregunta? Alec comenzaba a enfadarse—. Necesito saber cómo está.

—En coma —soltó ella. Había tristeza en aquella voz, pero también acritud—. Está deshecha. Ya no es la Olivia que conociste.

Las palabras atravesaron a Alec con dureza. El teléfono le bailaba en la mano. En su cabeza, la imagen de una Olivia sonriente, saltando las olas, salpicándole, su cuerpo cercano, su calor.

—No tienes derecho a nada, Alec —le espetó Sophie—. Si alguna vez te gustó algo mi hermana, déjala tranquila. No se va a recuperar y si algún día lo hace, no será la misma.

—Voy a ir a Boston —susurró él, apenas escuchaba su propia voz.

—No lo hagas —Sophie parecía más calmada—. He sido tu amiga, Alec, te conozco. Esto te queda grande y ya has sufrido bastante. Haz tu vida. Olvídanos.

Sophie colgó.

Alec se derrumbó en la cama. Su vista fija en el techo grisáceo, en la penumbra de la habitación. El rostro de Olivia volvió a aparecer antes sus ojos, apenas a un palmo de distancia, sus iris brillaban y reía, tendía sus manos hacia él. La imagen comenzó a desaparecer, a hacerse confusa mientras ella caminaba hacia el mar, mientras se alejaba cada vez más, hasta que su rostro fue un simple recuerdo envuelto en tinieblas.

Septiembre - 14 años atrás

Boston

Alec había necesitado dos semanas para llegar a Boston. No había sido fácil hacer entender a sus padres que debía irse, que no iban a detenerle en algo así. Tenía ahorrado un poco de dinero, pero se dio cuenta de que lo había malgastado en exceso cuando no tenía ni una sola preocupación.

Ahora lo necesitaba realmente para un billete de avión y ni siquiera su madre se ofreció a prestárselo. Creían que cometía una insensatez y que no pensaba con coherencia.

¡Coherencia! ¡Dios! La persona que más quería se moría en un hospital de Boston y él no tenía... ¿coherencia?

Así que, después de librarse por fin de los dos grupos organizados que coordinaba y de aceptar todas las propinas, que antes devolvía, escribió una escueta nota para su madre, arrancó la moto y tomó el camino hacia Boston.

Condujo durante tres días interminables los más de dos mil kilómetros que separaban ambas ciudades, durmiendo en moteles cutres, con el cuerpo dolorido y la mente enfocada en una sola misión.

Amy le había hecho una lista con todas las familias Barnett de Massachusetts que aparecían en el listín de teléfonos, podía haber más fuera de él. Habían encontrado en internet desde pianistas hasta escritores, pasando por un senador y un ladrón de bancos. También le había apuntado los hospitales y clínicas de todo el estado, no solo de la ciudad, y le había hecho cargar con una extensa carta y un oso panda de peluche, que sabía que le encantaría.

Llegó a Boston temprano. Había dormido a las afueras de Nueva York, rendido e incapaz de avanzar más. Estaba hambriento y exhausto, por lo que rebuscó en su cartera el dinero que le quedaba y se permitió un desayuno calórico, en el bar de la serie de televisión *Cheers*. Era lo único que le resultaba conocido en aquella ciudad.

Había un parque enorme enfrente, que a aquella hora ya estaba asaltado por corredores y bicicletas. Alec se sentó en un banco de madera junto a un lago, debajo de un sauce llorón que remojaba sus hojas en el agua verdosa.

Cogió el móvil. En las dos semanas anteriores, Sophie no había contestado a ninguna de sus llamadas. Pero en ese momento, Alec contaba con un nuevo número de teléfono que ella no sabría identificar. Disponía de una única oportunidad para conseguir que Sophie le indicara únicamente el hospital, no necesitaba nada más. Si no, recorrería uno por uno hasta localizarla, o visitaría cada casa de familias Barnett de todo Massachusetts.

Sonaron varios tonos y cuando Alec esperaba escuchar ya la voz robótica del contestador automático, descolgaron.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Sophie, no cuelgues, por favor.

Se hizo un silencio abrumador.

—Alec, no me llames más.

—Estoy en Boston. Solo quiero saber dónde se encuentra Olivia. Por favor, he conducido hasta aquí, dame una dirección y jamás te volveré a molestar.

Se oía el sonido de algún coche al otro lado de la línea. Sophie se encontraba en la calle, puede que cerca de él. Podrían estar paseando por el mismo parque.

—Alec —murmuró ella—. No...

—¡Joder, Sophie! ¡No pienso marcharme! —se dio cuenta de que gritaba y rebajó el tono—. Tengo un listado de hospitales y de todos los Barnett de este maldito estado. Juro que la encontraré, no voy a darme por vencido.

—No lo entiendes.

—Por favor.

—Alec... —la voz de Sophie se quebró—. Está muerta. Olivia falleció hace dos semanas.

Alec se quedó sin aire. Abrió la boca para respirar, pero no podía. Su interior parecía haberse roto en mil pedazos, el dolor comenzó a crecer hasta hacerse insoportable.

—Lo siento, Alec —oyó lejana la voz de Sophie—. Adiós.

El teléfono se precipitó al suelo con estrépito, rebotando por la gravilla del camino. Alec miró el aparato, después al agua verde, las hojas del sauce, el cielo limpio de nubes, los edificios que le rodeaban. Todo constituía una bella estampa que él no llegaba a apreciar, que le envolvía como una manta, que le oprimía el pecho, que le sumía en un terrible malestar.

Estaba muerta. La había perdido. Completamente. Ya no había esperanza, ya no tenía nada que hacer, no existía una segunda oportunidad.

Simplemente, ya no había... nada.

Año Nuevo - Presente

En aquel cuarto día de año nuevo hacía un grado bajo cero y una sensación térmica de menos cincuenta. Olivia temblaba con los guantes puestos mientras tecleaba, tratando de mandar un mail con los dedos y los dientes castañeando.

Aparentemente, la caldera se había congelado en el número 36 de la calle Hull y hacía más frío dentro de la editorial que en la calle nevada.

Olivia había cambiado los veintidós grados de Sarasota, a sus afectuosos padres y a una nueva amiga llamada Amy, por aquel congelador de la morgue que resultaba ser su despacho.

Benjamin Morrison, con su traje de corte perfecto y su camisa increíblemente planchada para ser más de las siete de la tarde, golpeó la puerta de Olivia llamando su atención.

—Pasa, Ben. ¿Qué te trae por este humilde departamento de duendes y unicornios?

—Espero que hayas pasado unas felices fiestas en Florida —dijo sentándose enfrente de Olivia y cruzando las piernas con refinamiento—. ¿Has descansado?

—Mucho, gracias y también me ha dado el sol. Algo que mi piel necesitaba con locura. Pero que tú precisamente me estés haciendo esas preguntas, me da más miedo que la coraza de pinchos que llevabas en la fiesta de Navidad.

—¿Yo? —se señaló con las manos con inocencia—. Solo me preocupo por una amiga a la par que compañera.

—Vale, déjame adivinar —Olivia frunció los labios, pensativa—. Quieres el número de teléfono de Tina.

—Por favor.

—¿Ella no quiso dártelo o tú no te atreviste a pedirselo?

—Las dos cosas.

—Pero, Ben... ¡Me metes en un compromiso! Imagínate que, nadie sabe por qué, ella no quiere verte.

—Estaría loca.

—Por supuesto, pero imagínatelo. ¿Y si te doy su teléfono y resulta que eres un maniaco acosador?

—Tu departamento no es bueno para la salud mental. Lo sabes, ¿verdad? —Benjamin optó por poner sus manos juntas en una oración silenciosa y exhibir una expresión angelical—. Me gusta Valentina, Olivia. Miento: no me gusta, ¡la adoro! Es la diosa Isis egipcia, la Laksmí hinduista, la Guan Yin budista, la Freyja nórdica, la Ixchel maya...

—Para, para —Olivia contenía, a duras penas, las ganas de echarse a reír—, me ha quedado claro. ¿Qué te parece si hablo yo primero con ella y después te cuento?

—No me fio. No sé si sabrás venderme correctamente. Valentina me contó que, en cuanto a líos amorosos, eres un completo desastre.

—¿Eso dijo mi supuesta amiga? Bien, espera que te doy su número —Olivia se lo apuntó en un papel y se lo tendió—. Tina no es una diosa, es una bruja. Tenlo presente.

Rebecca, envuelta con su abrigo, la bufanda y una toalla del baño, se acercó tiritando y se acomodó en el borde de la mesa. Como Ben y Olivia se encontraban en una especie de duelo de miradas desafiantes, ella decidió interrumpirles:

—Olivia, ya no es mi horario laboral, así que antes de marcharme voy a pasarte cierta información extraoficial. No te enfades.

—Ten cuidado, Mister Hyde es un primor a su lado —dijo Benjamin haciendo un mohín.

—¿Cuándo me enfado yo? Si soy una plácida doncella —Benjamin se atragantó y tosió, consiguiendo que Olivia se echara a reír—. Vale, juro delante de este caballero de brillante armadura, que no te echaré la bronca por lo que sea que, maliciosamente, has ejecutado a mis espaldas.

—Vale. Como desde que has vuelto me has dicho que no querías saber nada del tío bueno del tren —levantó un dedo imponiendo silencio, antes de que Olivia rechistara—, pero me has saturado de información sobre lo que hacía, dónde vivía y cómo era, he hecho una labor de búsqueda más exhaustiva. Y, hete aquí que el chico bombón expone su trabajo de fotografía durante esta semana en Roxbury. De ocho a diez.

Benjamin y Rebecca la miraron interesados. Olivia resopló levantándose el flequillo.

—No sé quién es ese tipo del tren con apelativo tan sugerente —dijo el editor viendo que nadie decía nada—, pero una exposición de fotografía es algo que me gusta. Y necesito un fotógrafo urgentemente para unos cuantos proyectos editoriales.

—Mira qué bien, Olivia —saltó Rebecca aplaudiendo—. Ya tienes acompañante. No puedes negarte.

—Sois unas alcahuetas.

—Del árabe *Al-qawwád* que significa mensajero en los temas amorosos —añadió Ben levantándose de la silla y estirándose la chaqueta del traje—. Vamos, plácida doncella, conozcamos al misterioso caballero del ferrocarril.

—Es tarde, hace frío y...

—Estás muerta de miedo —Rebecca agarró del brazo a Olivia y tiró de ella hasta la puerta. Le tendió el abrigo y la bufanda.

Benjamin ya estaba en el portal esperando para cuando Olivia, arrastrando los pies, recorrió los últimos escalones con ganas de asesinar a su ayudante y, por supuesto, olvidando ya su merecida subida de sueldo.

Roxbury era un barrio poco recomendable de Boston. Resultaba un lugar como casi todos, con sus partes buenas y con las malas, y aquella en particular en la que les dejó el taxi, en la oscuridad de la noche, era de las peores.

Si ella desentonaba en el ambiente, Benjamin parecía un pingüino en medio del Coliseo romano.

El edificio en cuestión donde se hallaba la exposición parecía una antigua nave industrial. La fachada de ladrillo, vieja por el desgaste del tiempo y con diferentes tonalidades de marrón, estaba compuesta de varias cristalerías gigantescas y sucias, a través de las cuales se filtraba una luz fuerte.

Olivia se detuvo delante de la inmensa puerta metálica de la entrada, perdida en mil pensamientos, y Benjamin la empujó con fuerza para que avanzara, más por las miradas curiosas (o peligrosas) que habían levantado en la calle con su llegada que por un acuciante interés por la fotografía.

—Por todos los demonios del Averno, Olivia; si no entras, te arrollo y te abandono para que te coman las hienas.

—No deberíamos haber venido —dijo ella manteniéndose clavada en el sitio como un palo de críquet.

—A buenas horas lo decides. Entremos dentro, aunque sea para esperar a que llegue otro taxi

—le agarró del brazo y tiró de ella hacia el interior.

Accedieron a una sala diáfana con una luz agradable, vigas metálicas decorando el techo y paredes de ladrillo visto, sin más ornamentación que las fotografías a gran escala.

Habría una decena de personas merodeando curiosas entre los pilares, con sus miradas fijas en las imágenes.

Alec apareció tras un recodo. Llevaba un vaquero y un jersey de pico azul que no solo destacaba sus turbadores ojos celestes, sino también su físico imponente. Se quedó mirándolos más confundido que la propia Olivia; después, reaccionando, encaminó sus pasos hacia ellos, saludando a algunas personas en su camino.

En cuanto se detuvo, a menos de un metro, Olivia se sintió en la obligación de dar una excusa, cualquiera, para justificar su asistencia a una exposición a la que ni siquiera había sido invitada. Hizo acopio de todos sus discursos programados y de su ilimitado vocabulario.

—Hola.

—Hola —repitió Alec con unas finas arrugas surcando su frente.

—Hola —añadió el editor para no quedarse fuera de aquel intercambio desmedido de palabras.

Alec fue el primero en despertar del letargo y tendió una mano hacia Ben.

—Soy Alec Carrington, el fotógrafo de esta pequeña exposición.

Benjamin estrechó su mano mientras observaba las imágenes con un ojo y con el otro, repasaba al caballero por el que Olivia parecía haberse quedado no solo muda, sino ciega y lela.

—Yo soy Benjamin, amigo de esta bella doncella que, según cuenta la leyenda, despierta a medianoche —Ben consiguió que Alec sonriera y que Olivia le atravesara con una mirada furibunda—. ¿Podemos echar una ojeada?

—Por supuesto —Alec hizo un gesto con el brazo invitándolos—. Yo estaré por ahí saludando a algún conocido.

El hombre pareció dudar un segundo y después se dio la vuelta en otra dirección. Ben arrastró delicadamente a Olivia hacia una pared. Justo delante de la fotografía de un bosque húmedo.

—Así que este individuo es la razón por la que las mujeres viajan en transporte público —dijo entre dientes—. Pensé que te iban los intelectuales, no las portadas del *Men's Health*.

—¡Ben! Es alguien de mi pasado. ¡No me gusta! —cuchicheó ella recuperando la voz y el color en las mejillas.

—Claro, claro. No te he visto más cortada desde que Ken Follet te llamó por teléfono.

—El problema es que no me acuerdo de él y eso... me incomoda.

—Así que ligaste con él borracha. Se me está cayendo un mito de bruces —Ben entornó los ojos, entretenido, y después los enfocó en la fotografía—. Y el tipo, al final, va a ser hasta bueno. Mira el rocío sobre las hojas que están en primer plano; parece que, si lo toco, me mojaré los dedos.

Olivia siguió la mirada de Benjamin y también se quedó absorta en la profundidad que simulaba adquirir la imagen en cuanto uno se fijaba en ella.

—¿No parece que estemos ahora mismo en Costa Rica? —preguntó él—. Hasta casi puedo sentir la humedad arrugando mi camisa.

—¿Se te arrugan las camisas alguna vez? —Olivia le dio un codazo mientras se acercaba a la siguiente imagen. Otro paraíso tropical con un volcán humeante al fondo.

—Envidiosa. Me llevaré a la tumba mi secreto de cómo conservarse impoluto las veinticuatro

horas del día.

—¿Queréis algo de beber? —Alec apareció entre ambos, trayendo un par de botellas de cerveza—. También hay vino. Pésimo, pero de color rojo.

—Gracias —Olivia tomó una de las cervezas y señaló las paredes—. ¿Así que eres fotógrafo?

—Bueno, lo era. Estas fotos tienen algunos años, pero un conocido me ha insistido para que las exponga. Creo que le han robado viniendo para acá, así que dudo que, en estos instantes, esté muy contento de haberme animado.

—Ya no se respeta ni a los filántropos —dijo Olivia.

Alec sonrió. Volvió a hacerse un silencio incómodo.

—Como me parece que tendréis mucho de qué hablar —saltó Ben—, voy a echar un ojo a la otra sala mientras llamo a un taxi.

Se escabulló entre una pareja antes de que pudieran decir algo, desapareciendo de su vista casi por arte de magia. Olivia se encontró en la tesitura de explicar qué hacían en aquel lugar.

—Rebecca, mi asistente, nos informó de la exposición y Ben quiso venir.

—¿Solo Ben?

—Bueno, yo debía acompañarle a un barrio como este. Es carne de cañón.

—Claro. Por tu forma de vestir me he imaginado perfectamente que creciste en los barrios chungos de Boston.

—En los peores —Olivia se detuvo ante la fotografía de un tigre. Su pelo tenía una nitidez asombrosa—. ¿A qué distancia estabas del tigre?

—Información confidencial, tengo mis trucos como los de los ilusionistas de antaño. No son divulgables —Alec dio una zancada y se situó entre el felino y Olivia—. Y ahora, ¿me podrías decir por qué has venido?

—No lo sé —Olivia bajó la mirada hacia el viejo suelo de tablones de madera—. Quizás porque te debo una explicación. Quizás porque he pasado las Navidades en el Cayo Longboat y he comenzado a preguntarme demasiadas cosas.

—No entiendo nada, Olivia. Es casi como una pesadilla.

Aquella frase hirió el interior de Olivia. Pensaba que era él quien quería saber, no que aquello podría infligirle algún tipo de dolor.

—No debí haber venido —susurró ella—. Las cosas estaban bien antes de que nos encontráramos en el tren.

—¡Nada estaba bien! —él alzó la voz dándose cuenta al instante de su error. Se despeinó el pelo con los dedos y dirigió su atención hacia otro lado—. ¿Vas a continuar dándome evasivas o te decidirás por fin a explicarme qué demonios ha pasado?

—Necesito hablar —Olivia vio como Ben se escapaba hacia un taxi aparcado en la calle. El muy bribón la dejaba colgada en mitad de un barrio peligroso sin ningún remordimiento—. Y parece que tendré un buen rato para hacerlo, ya que mi compañero me está abandonando en este preciso instante.

—Tengo mi automóvil a la vuelta de la esquina por si lo necesitas. Nunca había venido en tren a la ciudad hasta aquel día en el que decidí averiármelo el coche a primera hora de la mañana. Parece que el destino y el infortunio se aliaron en mi contra para que tomara un vagón cualquiera de la Línea 1 —Alec alternaba su atención entre sus zapatos y un hueco en la pared—. Un vagón en el que me encontré con la persona que jamás esperé ver de nuevo.

Olivia no podía evitar sentirse incómoda, culpable. Pero ¿qué error había cometido ella más

que perder todos sus recuerdos en un maldito accidente de coche?

—¿Podemos sentarnos? —Olivia se notaba cansada y frágil. Buscó con la mirada alguna silla salvadora.

—Sí, claro —él desapareció tras una puerta verde al fondo de la exposición y regresó con dos sillas de plástico plegables. Las situó en uno de los extraños recodos que tenía la sala, donde había cierta intimidad—. ¿Qué quieres de mí, Olivia?

—No me acuerdo de ti —se lanzó ella a decir. Antes de que él pudiera objetar nada, le tapó la boca con la mano—. No es que no quiera, no es que me esté divirtiendo contigo en un maquiavélico juego. Mi memoria desapareció tras un aparatoso accidente.

—¿Tienes amnesia? —Alec desplazó la mano de Olivia para poder hablar y la mantuvo enlazada en la suya.

—Es una forma de abreviarlo. Sin embargo, la amnesia no tiene por qué ser permanente, lo mío sí —se levantó el flequillo para que Alec pudiera ver una de las pocas cicatrices que no le importaba demasiado enseñar, y esbozó una sonrisa—. No fue precisamente Voldemort el que me produjo esta cicatriz.

Alec dirigió la mirada a su frente, la mantuvo fija mientras aumentaba la presión involuntariamente en su palma.

—Un camión con exceso de velocidad me arrancó de cuajo diecisiete años de mi vida y dos abuelos maravillosos. Es completamente injusto —Olivia se situó el flequillo en su sitio y reposó la espalda en la silla, tratando de alejarse de Alec y de recuperar su mano.

—No me lo puedo creer —él negó con la cabeza a una pregunta no formulada—. He estado todos estos años pensando que habías muerto.

—Gracias a Dios, no. Siempre me han dicho que soy muy cabezota y durante tres largos meses me empeciné por vivir. ¿Quién te pudo decir algo así?

—Sophie.

—¿Mi hermana? Pero ¿por qué? —Olivia no daba crédito a sus palabras.

—No lo sé. Quizás no quería que os molestara, quizás consideraba que no sería conveniente para ambos —apoyó los codos en las rodillas y se sujetó la cabeza entre las manos, dejando libre la de Olivia. Parecía enfadado, inquieto—. Seguramente no sabía lo que yo sentía, lo que había entre nosotros.

Olivia se detuvo antes de preguntar, remover el pasado le sentaba tan mal como una ducha helada.

—¿Y qué había? —se lanzó al fin titubeante.

Alec se frotó la cara tratando de despejarse, miró hacia ambos lados, después clavó sus ojos en los de Olivia. El portador de la mirada turbadora volvía a ejercer sus superpoderes sobre ella, haciendo que el estómago se le tensara.

—El chico que ha venido contigo, Benjamin, ¿es tu... novio? —preguntó con un intento de despreocupación que contrastaba con la rigidez de su mandíbula.

—No, solo trabajamos juntos.

Alec exhaló el aire como si lo hubiera mantenido contenido. Se echó hacia atrás en la silla sin perder el contacto visual.

—Tú y yo nos conocíamos de vista y poco más; yo iba en el mismo grupo de amigos de tu hermana. Eras una cría graciosa y simpática, con un montón de rizos, enfrascada en unos libros bien gordos.

La mente de Olivia comenzó a hacer de las suyas. A buscar conexiones. El dolor de cabeza

empezó a palpar en sus sienes. Inspiró profundamente para mitigarlos. No era el momento.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, continúa por favor.

—El verano que murió mi hermano Nathan, la situación entre nosotros cambió. De repente ya no eras una niña, sino una mujer impresionante. No podía dejar de mirarte. Eras...

Además del dolor de cabeza, Olivia sentía sus mejillas al rojo vivo. Él se detuvo notándolo y esbozó una sonrisa.

—¿Te estoy avergonzando? —preguntó con un brillo jocosos en los ojos.

—No —negó con la cabeza para dar énfasis a sus palabras—. Para mí eres el chico del tren con el que he intercambiado cuatro frases. Se me hace terriblemente extraño escucharte hablar de una persona que no recuerdo. Y más así... con sentimientos incluidos.

—Ajá, así que te estás poniendo nerviosa.

—¡Claro que no! Es desconcertante que sepas más cosa de mi vida tú que yo. Podrías inventarte que mantuvimos un idilio apasionado y tendré que creérmelo.

—Pues tendrás que creértelo.

Olivia abrió la boca para contestar, pero no encontró las palabras. Después de un rato eterno, se forzó a cerrarla y apretó los labios.

—¿Tú y yo... salíamos?

—Es una forma de definirlo.

—¡Pero si tenía dieciséis años!

—Y yo dieciocho, tampoco era una diferencia tan grande.

—Claro que sí, podías votar. Yo no.

—Y divorciarme e ir a la cárcel, eso ya me lo dijiste una vez —Alec se rio—. Ahora ya no me cabe duda de que no te acuerdas de nada. ¿Quieres saber algo más?

—Pues... —se cruzó de brazos mientras trataba de tranquilizar su cerebro. La imagen de aquel hombre junto a ella, aunque fuera en un pasado tan, tan lejano como el universo de *Star Wars*, la ponía muy nerviosa—. ¿Tuvimos... esto... relaciones?

—No entiendo lo que me quieres decir —Alec levantó las cejas con inocencia.

Por supuesto que lo entendía. Olivia tenía ganas de matarle allí mismo. Miró a todos lados y después bajó la vista hacia sus zapatos.

—¿Tuvimos relaciones... sexuales?

—¿Que si nos acostábamos?

—No hace falta hablar tan alto —le susurró—. ¿Había algo de eso entre nosotros?

—Sí, había mucho.

Olivia cerró los ojos y echó el aire poco a poco por la boca. Notaba como su incansable cerebro rebuscaba en todos los cajones de su mente intentando hallar aquella succulenta información.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Alec apoyando su mano en el brazo de Olivia—. Haces cosas un poco raras.

—Sí... ¡No! ¡Resulta tan difícil de explicar! ¿No te ha pasado lo de tener algo en la punta de la lengua y no ser capaz de dar con ella? ¿O ir a decir una cosa y encontrarte que no lo recuerdas? ¿A que molesta? Dan ganas de tirarse de los pelos —se frotó la frente con la mano y le dirigió una mirada. La escuchaba con atención—. Pues si ese sentimiento frustrante pasa por una nimiedad, imagínate con el recuerdo de diecisiete años de existencia: es una locura. Los

huesos craneales siguen molestando a pesar del tiempo, pero más lo hace la mente tratando de recordar. Ya sé que no hay nada, solo un vacío; sin embargo, no puedo controlarlo.

—Lo entiendo —Alec se levantó de la silla y le tendió la mano—. Vamos a hacer una cosa. Dejemos el pasado atrás y empecemos de cero. Nada de recuerdos. Seamos dos desconocidos.

—Me parece bien. Si Amy dice que en el fondo eras un buen chico, creo que tendré que hacerle caso y no considerarte un psicópata en potencia.

—Bendita Amy.

—Voy a llamar a un taxi —dijo ella—. Mientras llega, ¿me enseñas tus fotografías?

Olivia miraba la lámpara del techo de su dormitorio. Estaba hecha con multitud de pequeños cristales, casi como una bola de discoteca, y reflejaba la escasa luz de las farolas de la calle, proyectándola hacia las paredes. Sin quererlo y con su máxima atención puesta en la lámpara, sus pensamientos se dirigieron al chico del tren.

Sí, ya sonaba como el título de una novela a sus oídos. Y ella como la típica protagonista atontada.

Alec no le había dejado coger un taxi y se había empeñado en llevarla él mismo en cuanto cerró la galería (con dos candados y una reja de seguridad que ya les hubiera gustado en Alcatraz) y se despidió de sus conocidos y visitantes.

En el coche, un BMW todoterreno gigante que seguía intacto pese al barrio en el que estaba aparcado, apenas habían intercambiado algunas frases de cortesía. Después, al llegar a Cambridge y antes de que Olivia saliera del vehículo, Alec le había retenido de un brazo dándole un susto de muerte, solo para pedirle el número de teléfono.

Más tarde, en casa, con el pijama gordo y un vaso de leche caliente, se había decidido a hablar con su hermana. Pocas cosas tenían en común, salvo que compartían los mismos genes. Sophie se había marchado de su lado cuando más la necesitaba y únicamente se habían reencontrado en algún evento familiar, en los que había poco tiempo para hablar y si este existía, lo evitaban a toda costa.

—¿Olivia? —su hermana parecía completamente desubicada cuando contestó—. ¿Estás bien? Ahí debe de ser tardísimo.

—Necesitaba hacerte una pregunta. ¿Llamo en buen momento? —Olivia ni siquiera había calculado qué hora sería en Los Ángeles en ese instante.

—Sí, acabo de acostar a los niños e iba a ver un rato la tele.

—¿Te acuerdas de un chico llamado Alec Carrington? —preguntó Olivia con impaciencia.

Se hizo un silencio al otro lado. Sophie carraspeó, después su voz fue tímida, titubeante.

—Le recuerdo... era uno de mis amigos de Sarasota.

—¿Y nada más?

—¿Dónde quieres ir a parar, Olivia?

—¿Qué hubo entre Alec y yo?

—Algo que solo podría hacerte daño.

—¿Le dijiste que había muerto después del accidente?

Sophie inspiró profundamente.

—Le dije lo que pensaba que sería más conveniente para ti —contestó tras unos segundos—. Alec era un chaval inmaduro, seguro de sí mismo y arrollador. No podría soportar estar con una

chica sin memoria y tan estropeada físicamente. Te acabaría dejando, haciéndote un daño que no necesitabas en aquel momento. Hice lo que creí mejor.

—Te equivocaste, Sophie. Debiste dejar que nosotros decidiéramos.

—¡Por todos los cielos, Olivia! Tenías diecisiete años y no podías ni andar. Todo tu cuerpo estaba lleno de cicatrices, jamás podrías tener hijos ni hacer una vida normal. ¿Querías eso para él? ¿Querías que te mirara con la misma lástima que los demás? Yo no lo soporté y era tu hermana.

Aquella confidencia quebró el interior de Olivia con un dolor intenso.

—Entiendo.

—Olivia... lo siento.

La conversación había acabado en aquel instante. Por primera vez sentía que había hablado con la verdadera Sophie, no con la persona perfecta e independiente que vivía a miles de kilómetros y que mantenía diálogos estereotipados y faltos de sentimiento.

En la cama, calentita bajo el edredón, eliminó de su cabeza aquella llamada. Algún día trataría de entender a su hermana, pero en ese momento no se veía capaz de conseguirlo. Con ganas de caer en un sueño profundo, no podía olvidar que Alec Carrington, aquel hombre alto, fuerte y demasiado atractivo, había sido su novio cuando era una adolescente.

De pronto, sus neuronas locas se lanzaron a imaginar cómo sería el cuerpo de Alec sin tanta ropa o cómo se sentiría entre sus fuertes (y duros) brazos. Olivia resopló tratando de echar aquellas ideas de su cabeza. Sin embargo, se durmió pensando en lo bien que olía y en sus perturbadores ojos azules.

Eran las siete y cuarto de aquel quinto y nevado día del año nuevo cuando Olivia llegó a la estación de Cambridge. El tren de las siete y cuarto pitó sobresaltándola, las puertas se abrieron y ella se quedó en el andén inmóvil con el libro en la mano, un frío de espanto y molestias en todos los huesos.

El tren se marchó y ella esperó mientras finalizaba el último capítulo, completamente sobrecogida por un final tan elaborado y preciso. Le daban ganas de arrancarse el pelo y hacer con él un abrigo por no haber perseguido a su autor hasta que pidiera, al menos, una orden de alejamiento.

Le quedaba un párrafo cuando el tren de las siete y media hizo su aparición, menos atestado que de costumbre y llenando con una especie de extraña alegría las entrañas de Olivia.

Dio solo un codazo para entrar y tomó posición en su lado del vagón.

—Hola —Olivia sonrió en cuanto Alec se hizo un hueco a su lado, separando a un extraño sujeto de pelo verde y rosa parecido a un troll del tesoro.

—Me quedan siete líneas —dijo ella guardando el libro en la mochila y lanzándole una mirada discreta. Alec estaba guapo a rabiar pese a la hora intempestiva y al frío del demonio.

—¿Sigues con la misma novela del otro día? Eso en mi tierra es tener la velocidad de un caracol.

—Leo más de cuatrocientas palabras por minuto, listo. Algo que necesito para poder revisar todos los manuscritos que nos llegan a la editorial; pero en este caso, me has boicoteado su lectura desde hace unas cuantas semanas.

—¿Yo? Mil perdones. ¿Qué te parece si para compensarte te invito a cenar algo esta noche?

—¿Un martes?

—¿Qué les sucede a los martes? ¿Está prohibido cenar en Massachusetts?

—Vale, tienes razón, es legal. ¿Y tu exposición?

—Hoy puede supervisarla un amigo, la afluencia no es tanta como para necesitarme.

—Las fotografías son realmente buenas. ¿No has pensado en hacer algo con ellas? Benjamin estaba pletórico viéndolas y no creas que se emociona tan fácilmente.

—Bueno, tendré que meditarlo. Hace cinco años que dejé la fotografía abandonada —se apoyó en la pared y le dirigió una de sus miradas perturbadoras—. ¿No estábamos hablando de ir a cenar?

—Te puedo recomendar un sitio en el que la mejor camarera es mi amiga: el Cheers.

—Me parece muy bien —el rostro de Alec se transformó ligeramente, pero enseguida se recompuso y dibujó una sonrisa—. ¿Te viene bien a las ocho?

—Perfecto. Así me forzaré a salir pronto del trabajo —Olivia miró hacia la estación Norte de Boston. Apenas quedaban unos segundos para alcanzarla—. Que tengas un buen día, Alec.

La mañana se presentó tan ocupada que Olivia no pudo pensar que tenía una cita y con quién hasta que Rebecca le trajo un bocadillo y un café, pasada la una.

—Bueno, bueno —su asistente se apoyó en la mesa y la miró con sus directos ojos verdes—. ¿No tienes nada que contarme?

—¿Tengo algo que contarte? —Olivia alzó las cejas fingiendo.

—No sé, tú verás. Benjamin vino esta mañana de lo más charlatán. Dijo que no te había visto más envarada desde que se te metió el tacón en la rejilla del metro y tuvieron que venir los bomberos a rescatarte.

—No podía desabrocharme la bota ni sacarla de la dichosa rejilla. Encima se me levantaba la falda con el aire calenturiento que salía por ella.

—¿Y ayer? ¿También te trabaste o es que el bombón de la Línea 1 te dejó sin habla?

—Me deja sin habla y medio alelada. Voy de ridículo en ridículo.

Rebecca soltó una carcajada y aplaudió.

—¡Lo sabía! ¡Te gusta!

—¡No! Lo que hace es ponerme nerviosa y es algo a lo que no estoy acostumbrada. Estoy perfectamente preparada para hablar e incluso imponerme ante tiburones editoriales, autores famosos e incluso ante el alcalde de la ciudad o el mismo presidente, pero ese chico... me hace parecer idiota. Y lo peor... —bajó el tono y acercó la cabeza hacia Rebecca tratando de que nadie pudiera escucharlas—, lo peor es que hace siglos tuvimos un lío.

—¡Un lío! —gritó Rebecca riendo—. ¡Qué desfachatez! ¡Qué deshonra!

—Ya, ya, tómalo a broma. Pero ese hombre me ha visto desnuda y yo no soy capaz de recordarlo.

—No puedo decir que eso no me haya pasado. El alcohol tiene unas secuelas catastróficas —la cogió por los hombros—. Venga, no te agobies. Ya tienes algo ganado. Si sigue detrás de ti es que sea lo que sea que hicisteis, le gustó.

—Eso no me hace sentir mejor —masculló Olivia torciendo el gesto—. Es una sensación desagradable.

—Bah, pues olvídalo.

—No puedo, cenamos esta noche. Y encima voy a ir vestida de oficinista.

Rebecca arrugó los ojos hasta convertirlos en dos puntos pequeños.

—Tengo la solución. Te propongo un cambio de indumentaria. Más o menos compartimos talla. Quizás tienes más delantera, así que seguramente te quedará mejor.

Olivia observó el vestido granate y ajustado de Rebecca con un escote en pico bastante evocador.

—Es muy bonito —claudicó al fin—, no pensaré que quiero algo, ¿verdad?

—¡Qué más da! Olivia, solo tienes treinta y un años, estás en edad de pasártelo muy bien.

Olivia asintió y le dio un bocado enorme a la comida. Estaba famélica y muy, muy nerviosa.

El rótulo del restaurante Cheers con una mano señalando hacia las escaleras había sido lo más conocido de Boston durante los años en que se emitió la serie de televisión del mismo nombre. Ahora seguía siendo un reclamo para las fotografías y Olivia tuvo que sortear unas cuantas cámaras y a varios turistas para poder bajar las escaleras y entrar en el bar.

Se encontraba un poco rara metida en el vestido de Rebecca, pero tuvo que reconocer, tras mirarse en el espejo de la editorial, que le quedaba medianamente bien. Así que entró poco convencida, abrigada como un oso y buscando con la mirada al chico del tren.

Tina la saludó desde la barra con mil aspavientos y en cuanto se acercó, le dio un sonoro beso en la mejilla y señaló hacia una de las esquinas, donde había situado a Alec.

—¿Ese es el tipo de tu pasado? ¡¿Y cómo demonios has podido olvidarte de algo así?! Es para matarte hasta solo dejar los tendones. ¡Qué mujer!

—Te estás poniendo muy roja, Tina, deberías dejar el café —Olivia esbozó una sonrisa tranquilizadora—. Bueno, allá vamos.

Inspiró y caminó aún envuelta en la seguridad de su abrigo hacia el hombre, que la observaba con una despreocupación total mientras a él mismo no le quitaban ojo las ocupantes de tres mesas de los alrededores.

—Solo media hora tarde —dijo levantándose para saludarla.

—Lo siento, un problema de vestuario —Olivia optó por estrecharle la mano antes de que se decidiera por darle un beso en la mejilla. Se quitó el abrigo con rapidez y tomó asiento a la misma velocidad, evitando quedar demasiado a la vista—. ¿Has mirado la carta?

Él separó su atención de Olivia y echó un ojo al menú.

—He visto pasar unas hamburguesas y creo que he tomado mi decisión.

—Están de muerte, pero manchan una barbaridad. Si no te importa que te vea con chorretones de tomate por la barbilla, entonces es tu plato.

—Lo siento por ti, entonces. Ah, deberíamos pedir urgentemente. Te ruge el estómago.

—¡Vaya oído más fino! —Olivia se puso incandescente—. Con el ruido que hay aquí pensaba que estaba siendo disimulado. Tengo que decir en mi defensa que solo he comido un pequeño bocadillo a la una.

Él se rio.

—Podré superar que tengas un león escondido dentro de ese vestido tan... elegante.

—Es de Rebecca y me queda un poco estrecho —confesó.

—Te puedo asegurar que te queda espectacularmente bien —los ojos de Alec se deslizaron disimuladamente hacia su escote.

Olivia carraspeó nerviosa y se reclinó en la silla para retirar su piel de la vista. Levantó una mano para llamar a Tina. Su amiga llegó rápida como el rayo, frenando a su altura y fingiendo seriedad.

—¿Ya sabéis lo que queréis, chicos?

Pidieron dos hamburguesas gigantes, patatas fritas y un par de cervezas, que llegaron puntuales y oliendo a manjar divino.

—¿Así que eres editora? —preguntó él intentando que el ketchup no le manchara toda la cara.

—Sí, me encargo del departamento de ficción (o como dice Ben, del de hadas y brujas) de la editorial Cutter & Cross. Es un trabajo que me encanta. Empecé como becaria y ¡ya llevo ocho años allí!

—Me imagino que al final estudiaste Literatura en Harvard.

—Sí, empecé la carrera un poco más tarde que el resto porque tuve que repetir el último año de instituto, pero no estuvo mal. Ahora escribo con la mano izquierda y tengo peor letra, pero conseguí graduarme bastante bien —se dio cuenta de que se parecía a los intentos de novios que le buscaba Tina. ¿Por qué no paraba de hablar de ella misma? Respuesta: estaba muy nerviosa—. ¿Y tú? Amy me contó que después del verano de mi accidente no te volvió a ver más.

—Terminé un curso de fotografía y estuve trabajando para un estudio en Sarasota. Tuve suerte y algunas imágenes llegaron a las manos indicadas. Comencé a colaborar con *National Geographic* al año siguiente. Primero por Estados Unidos, luego me destinaron al extranjero.

—¡Vaya! ¡Eso es increíble! —asombrarse y comer hamburguesa al mismo tiempo era complicadísimo. Olivia dejó la comida a un lado—. Suena realmente bien.

—Fue un trabajo apasionante. Recorrí en siete años todos los continentes, viví en la India, en Ruanda, en Vietnam y en Argentina, hasta visité la Antártida.

—Yo solo sé de esos lugares por los libros que leo y tú los has pateado. Es asombroso. ¿Y por qué lo dejaste?

El rostro de Alec se ensombreció.

—Es una larga y estúpida historia —amagó una sonrisa para suavizar sus palabras.

—¿Sufriste acoso por un grupo de pingüinos? ¿Te intentó secuestrar una madre gorila para su hija?

—Bueno, no andas tan lejos, una vez intentaron casarme en un mercado de El Cairo. Y no aceptaban un no por respuesta.

—Puedo entenderlo perfectamente, con esos ojos... —Olivia se dio cuenta de sus palabras cuando ya habían salido por su boca.

—Gracias por el cumplido —sonrió él pícaramente.

—Me refería a que... vamos, no están acostumbrados a los ojos azules en esos países. Es normal que seas un bien preciado y atractivo.

—¿Estás intentado que me ruborice?

—¡No! ¡Para! Malinterpretas mis palabras.

Alec se rio abiertamente y Olivia se dio cuenta de que estaba disfrutando de aquella cena, incluso con sus meteduras de pata.

—Y ahora, ¿a qué te dedicas? —preguntó ella apostando a que modelo o nadador olímpico podrían encontrarse entre las respuestas.

—Importaciones y exportaciones.

—¿Importaciones y exportaciones? —Olivia sonrió sorprendida—. Eso suena absolutamente a traficante de antigüedades.

—Soy un ser peligroso, señorita Barnett. Y por eso me doy cuenta de que estamos siendo hábilmente vigilados.

Olivia echó una ojeada al bar siguiendo la mirada de Alec. Comprobó que Tina no le quitaba la vista de encima y que... Matt se encontraba a dos mesas de distancia con los pulgares en alto y una sonrisa de oreja a oreja, Taylor a su izquierda disimulaba mirando el móvil y Chloe, en la barra, se contenía la risa tapándose con una servilleta.

—No me lo puedo creer —murmuró Olivia estupefacta—. Mis amigos están desperdigados por todo el bar y lo peor es que no me he dado cuenta hasta casi dos horas después de llegar.

—Eso es que te lo estás pasando bien.

—Pues sí —claudicó ella—, no me lo pasaba tan bien en una cita desde que tengo uso de razón.

—Contando que adquiriste la razón hace un año, me siento halagado.

—Otros quizá no la tienen todavía.

—*Touché*. ¿Por qué no le decimos a tus acosadores que vengan a nuestra mesa? Así podrán escuchar mejor lo que decimos.

—Me parece perfecto.

Tener en la misma mesa a sus amigos del colegio y a una cita (que Tina además no había organizado), resultaba bastante inverosímil. Alec se levantó para hacerse con la mesa colindante y aprovechó la situación para sentarse junto a Olivia, en lugar de enfrente. Sus amigos se unieron, un poco avergonzados. Alec les observaba entretenido, cruzando sus brazos detrás de la cabeza.

—Dejadme adivinar —dijo mientras iban tomando asiento—. Tú —señaló a Matthias, haciendo que el aludido y sus llamativos músculos se quedaran petrificados en el sitio—, tienes que ser Matt, ¿verdad? Acompañaste a Olivia al baile de fin de curso y le enseñaste algunas técnicas de defensa personal.

—Defensa contra las artes oscuras, más bien —saltó Taylor tratando de alcanzar las patatas fritas de Olivia.

—Tú eres Taylor entonces. El de la moto que siempre tenía hambre —Alec se giró hacia las chicas—, y tú, Chloe, la empollona, con la que Olivia competía para sacar más sobresalientes y que la ganaba al ajedrez, y Tina, la loca del pelo rosa... que ahora es moreno.

—¡Qué control, tío! —saltó Matt alucinado—. Ostras... ¡Tú eres el novio clandestino! ¿Verdad?

—¿Con el que nos dio la paliza todo un curso? —preguntó Chloe observándole con mucha atención—. ¡Olivia estaba loquita por ti! Guau... ahora entiendo muchas cosas.

—Ya sabía yo que no eras una de las citas a ciegas que organiza Tina —añadió Taylor—. ¿Sabes que el cien por cien de las que acude Olivia acaban en tragedia? En la última trató de matar al individuo.

—El problema es de Tina —dijo Matt, tomando posiciones más cerca de Alec—, debería hacer un casting en condiciones.

—A ver, dejad de hablar como si yo no estuviera aquí —saltó Olivia roja como un tomate—. Primero, no intenté matar a nadie, solo pincharle con una brocheta porque... ¡Él pensaba que había que mandar los libros a la hoguera! Segundo, Tina tampoco me organiza muchas citas, no las necesito; y tercero, yo no estaba colada por Alec.

Tina soltó una carcajada viendo la cara de fastidio del aludido.

—A ver, desmemoriada —la picó ella—, si nosotros decimos que parecías una loca de

película suspirando por las esquinas, no nos contradigas. Además, es mejor que lo corrobore el otro protagonista de esta peli de adolescentes.

Alec se echó hacia adelante en la mesa, consiguiendo que todos le imitaran para escuchar.

—Solo salimos dos veranos —murmuró como si contara un secreto—, pero tengo que asegurar que Olivia estaba claramente... loca por mí.

—¡Calla! —Olivia le dio un empujón riendo, que solo consiguió apretarle contra un Matt, de repente, muy contento—. No digas una palabra más sin la presencia de un abogado.

—Yo soy tu abogada, guapa —dijo Chloe—, así que, por mí, que desembuche lo que quiera. Necesitamos desentrañar la faceta desatada de nuestra cabal Olivia.

—No, no, juré que no hablaría del pasado —se excusó Alec con una sonrisa angelical, mirando a Olivia—. Pero aquella noche, en la fiesta de la espuma...

Matt abrió los ojos como platos mientras todos reían.

—¿Espuma?! No me hagas imaginar, Alec.

Olivia ya no sabía si matar a su acompañante o a todos sus amigos juntos y bufaba como un ñu cabreado.

—¡Qué no! —Alec levantó las palmas pidiendo clemencia—. Eso me lo he inventado, lo juro. Pero no entiendo por qué estás tan segura de no haberte enamorado de mí. ¡Si medio Sarasota lo estaba!

—Pues porque sí —todos miraban a una sonrojada Olivia esperando una explicación coherente—, porque eres un engreído y porque los chicos que siempre me han gustado tienen un físico normal y son serios, atentos y caballerosos.

—Creo que estás describiendo a los que le gustan a mi abuela —saltó Tina tirándole una patata frita.

Olivia y Alec soltaron una carcajada a la vez y se observaron de reojo divertidos.

—¡Dios! —exclamó Olivia estrujándose la cara—. ¡Qué triste ha sonado! ¿He dicho *caballerosos*? Patético.

—Te vas a tener que esforzar más para convencerme —dijo él dándole un codazo—. Y mientras tanto, ¿pedimos el postre?

Llegaron a casa de Olivia pasada la medianoche. La fachada color azul con los amplios ventanales y sus contraventanas blancas era visible desde el inicio de la calle, y Olivia tuvo que reconocer que era la propietaria de la casa más singular y divertida del barrio.

—Tus amigos son geniales —dijo Alec en el taxi que compartían—. Tina me ha invitado este viernes a salir con vosotros.

—Me alegro de que mi opinión ya no cuente lo más mínimo —Olivia sonrió a punto de abrir la puerta y salir al gélido exterior—. Tengo que reconocer que en este momento lo más seguro es que les caigas mejor que yo.

—Bah, te gano por poco —rio—. ¿Te acompaño a la puerta?

—No te preocupes, trataré de no resbalar en los cinco metros que hay hasta mi casa —se giró un segundo hacia él—. Buenas noches, Alec.

—Te veo mañana, en el tren de las siete y media.

—Pero ¿vas a continuar viajando en transporte público?

—Siempre me ha gustado cuidar el medio ambiente. Buenas noches, rizos.

Olivia salió a la calle y se ciñó el abrigo a su alrededor. El taxi no partió hasta que no hubo

entrado en la casa y cerrado la puerta. Durante unos segundos, ella se quedó en la entrada, en la penumbra de la habitación, con los latidos de su corazón ligeramente acelerados. *Buenas noches, rizos*, se había despedido Alec y todo su cuerpo se había contraído reconociendo un matiz, un tono. Lo más parecido que había sentido hasta el momento a un recuerdo.

Durante aquel nevado enero, cada mañana Olivia y Alec se encontraron en el mismo vagón. Intercambiaban diez minutos de palabras, risas y alguna confidencia. Después se despedían hasta el día siguiente.

Habían vuelto a quedar con sus amigos un viernes, habían ido a pasear por el parque un miércoles, habían cenado un jueves. Y Olivia sentía que aquello no iba bien. Él brillaba en cualquier sitio, atraía las miradas como la miel a las moscas, era encantador, divertido y tenía a sus amigos encandilados. Poseía un magnetismo inexplicable, que iba tirando de ella cada vez más y por más resistencia que opusiera, por más que se separara de él y le evitara, la fuerza crecía. No, aquello no iba nada bien.

El mes terminaría enseguida, febrero se presentaba lleno de proyectos, reediciones, ferias y presentaciones y esperaba tener la cabeza lo suficientemente ocupada como para desconectar de su compañero de tren.

—¿Dónde está Tina? —preguntó Olivia dándose cuenta en ese instante de que su amiga no estaba con el resto. Acababa de llegar a las puertas del pub irlandés que más les gustaba (fundamentalmente por las rebajas que solían hacerles) y no la veía por ningún lado.

—Ayer la vi guardando todo el equipo de esquí en una maleta —dijo Matt. El único que, pese a los menos cinco grados, llevaba solo un jersey—. Intenté sonsacarle algo y solo me dio evasivas. Y esta mañana, había un coche abajo esperándola. Pero no un coche cualquiera. ¡Un Aston Martin! ¡Tina se ha liado con el mismo James Bond!

—¡No me lo puedo creer! —Olivia alzó las cejas, estupefacta. Solo conocía a una persona con ese tipo de coche y ese mismo día no había acudido al trabajo para tomarse un fin de semana largo en las montañas—. ¡Serán mezquinos! Se ha ido con Benjamin y ¡ninguno ha dicho nada!

—¿Con el editor estirado y cursi? —preguntó Taylor con una bolsa de gominolas en la mano y decenas de ellas almacenadas en sus carrillos.

—El mismo —Olivia resopló riéndose—. ¿Quién piensa que aguantarán hasta el domingo? No soy capaz de imaginármelos juntos.

—Tina esquía como el Yeti, regresarán con alguna extremidad rota —Chloe abrió la puerta del pub—. Mira, aquí llega el último invitado.

Olivia levantó la vista y se encontró con el porte alto y fornido de Alec a menos de dos pasos de distancia.

—¿Desde cuándo te has convertido en uno más de mi panda del cole? —preguntó Olivia pasando hacia el interior cálido del local—. ¿Y desde cuándo te llaman ellos para quedar?

—Soy irresistible, rizos —dijo él, cediéndole el paso de forma que, durante un tiempo demasiado prolongado, sus cuerpos estuvieron excesivamente juntos. Olía tan bien que las fosas nasales de Olivia se desplegaron como las mismas orejas de Dumbo—. No deberías restregar un vestido tan corto contra cualquiera, puede llevar a equívocos.

—No estoy restregando nada; en todo caso, tú has invadido mi espacio vital. Y, por cierto, llevo unas medias tan tupidas que podrían emplearse para revestir una central nuclear.

—¿Sabes que te pones colorada muy fácilmente?

—¿Sabes que sé kung-fu y puedo utilizarlo?

Alec soltó una carcajada y dándole la mano de improviso, comenzó a caminar siguiendo a sus amigos.

Solían sentarse al fondo del pub, junto a un par de mesas de billar y a unas dianas de dardos. Pidieron cervezas y cacahuets, mientras fantaseaban con el fin de semana de la nueva pareja del momento, y se reían con anécdotas de sus trabajos.

—¿Te apetece una partida? —Olivia se percató de que la atención de Alec se había desviado hacia la mesa de billar. Un modelo aparentemente antiguo que parecía fabricado con la madera de un barco pirata y que olía a ron añejo.

Alec se levantó como si le hubieran despertado de un sueño.

—Sí, claro —dijo con una mirada indescifrable, que por un momento pareció dirigirse al vestido de Olivia y se deslizó por sus piernas—. Empiezas tú.

—No seas condescendiente. Fui campeona en la universidad.

—No me lo creo, en Harvard solo hacen esgrima o bádminton.

Olivia agarró uno de los tacos y recubrió la tira con un poco de polvo antideslizante azul. Sopló el exceso de tiza, guiñando un ojo a Alec y este, que acababa de colocar las bolas formando un triángulo perfecto en el extremo opuesto de la mesa, se mordió el labio inferior con inquietud. Olivia se agachó sobre la mesa, apuntó con el taco y disparó contra las bolas con un estilo magistral y generando un buen estruendo.

—No ha estado mal para una aficionada —dijo él haciéndose con otro taco e inclinándose hacia la bola blanca, que a Olivia le parecía que debía temblar como la gelatina ante un hombre tan grande—. ¿Qué bola quieres que meta? ¿La 6 te parece lo suficiente difícil?

Golpeó la bola con un toque tan impecable que, por un momento, se pareció a Paul Newman en *El color del dinero*. Pero Olivia no se amedrentó, se situó a su lado hasta rozarle y se inclinó despacio, calibrando el siguiente movimiento. Parecía que todas las bolas se hubieran alineado en su contra: estaban amontonadas, dificultando un tiro perfecto con el que dejar al engreído de Alec sin palabras.

Entonces él hizo lo que, seguramente debería estar penado en cualquier campeonato de billar: se situó detrás de Olivia y agachándose a su altura hasta rozar su espalda, apoyó sus manos en el taco que ella blandía y dirigiéndolo hacia la bola blanca, realizó una carambola de infarto, introduciendo la roja en la tronera.

Olivia se separó rápidamente, en parte molesta por un acercamiento tan atrevido y en parte por una falta acuciante de oxígeno. Alec esbozaba una sonrisa traviesa, sus ojos brillaban con picardía.

—Perdóname —se excusó dejando el taco a un lado—, pensé que necesitabas ayuda.

—¿Si yo hubiera sido Vin Diesel o La Roca me hubieras ayudado?

—¿Te refieres a si hubieras sido calva y musculosa? —se cruzó de brazos—. Sí, por supuesto que sí, tengo un corazón bondadoso.

En ese momento, Chloe hizo tintinear su copa de cerveza con una cucharilla para que le hicieran caso.

—¡Chicos! —gritó por encima del bullicio—. Tengo una noticia importante que daros.

—¿Ya te han hecho socia del bufete? —preguntó Olivia emocionada.

—No —Chloe torció el gesto—. No es tan crucial, pero, desde luego, más impactante. ¡Me caso!

Todos gritaron a la vez.

—Larry me lo ha pedido esta mañana en plena reunión en mi bufete —explicó ella dando saltitos de la emoción y agarrándose a Olivia—. Ha llegado con sus mil metros de altura, ha plantado una rodilla en el suelo delante de los dos socios (que parecían ratoncillos asustados) y me lo ha preguntado. Así, en plan romántico y terriblemente vergonzoso. Casi me muero del susto.

Mostró su mano con un anillo del tamaño de un asteroide en su dedo anular.

—¡Me caso! —gritó de nuevo secundada por Matt y mientras se abrazaba a todo el que tenía cerca, incluso a algún desconocido.

Olivia se sentía feliz por su amiga, la indestructible creadora de ideas y planes para mejorar el mundo, con su objetivo de convertirse en abogada y, después, de no dejar que ningún espécimen del género masculino se entrometiera en su camino. Y ahora bailaba como una loca porque el romántico jugador de los Boston Celtics había pedido su mano.

Por un momento fantaseó con la idea de compartir su vida con alguien, incluso con la del matrimonio. ¿Estaría vetado para ella? Miró de soslayo a Alec. Estaba brindando con sus nuevos amigos por la buena noticia, ajeno a sus pensamientos, seguramente con los suyos propios sobre el futuro, las relaciones o las parejas. ¿Había vuelto a encontrarle con algún fin oscuro del destino?

Por primera vez se encontró pensando en si aquella era su oportunidad y qué debería hacer al respecto.

Febrero

La isla de Martha's Vineyard es un pequeño paraíso de veraneo a 150 kilómetros de Boston. Había cambiado mucho desde que la habitaran los antiguos indígenas Pokanoket. Ahora es residencia de artistas, músicos y celebridades atraídos por su tranquilidad y privacidad, por las playas de fina arena y por el bello y frondoso paisaje.

Parecía el lugar perfecto para realizar una boda y más si se llevaba a cabo en la suntuosa mansión del pívot de los Boston Celtics, Larry Jones. Ocupaba una finca exuberante y extensa que llegaba hasta la arena de la playa. El edificio principal, con su tejado inclinado de pizarra, tenía un porche de madera con vista directa al océano y a la gigantesca piscina exterior, y se comunicaba con la casa de invitados (suficientemente grande para albergar a un equipo de baloncesto, suplentes y animadoras incluidas) mediante una galería porticada, cubierta de madreSelva.

Chloe (o más bien su futuro marido, Larry) había fletado un par de aviones privados para los invitados, por lo cual, en menos de una hora Olivia y sus amigos aterrizaban en la isla, emocionados y felices.

—Esta urgente celeridad por organizar la boda no indicará la presencia de un futuro bebé, ¿verdad? —Taylor masticaba unos cacahuets con gesto desconfiado.

—¿Por qué esperar cuando sabes lo que quieres? —su novia sonrió con picardía—. ¿No crees, Taylor?

—Chicos, esto es impresionante —Olivia intercedió rápidamente para evitar un derramamiento innecesario de sangre y giró sobre ella misma con los brazos extendidos, sintiendo el aire fresco del mar—. ¿No os parece el lugar más increíble del mundo?

—Pues acaba de ganar unos cuantos puntos extras —Tina le dio un codazo para llamar su atención y que atendiese a la persona que bajaba en ese momento de su vehículo, a pocos metros de distancia.

Olivia tragó saliva de golpe. Tras las gafas de sol que le daban un aspecto todavía más interesante, tenía a Alec Carrington.

—Pensé que no vendría —dijo Matt arreglándose el pelo y tensándose como un palo—, como no estaba en el aeropuerto.

—Algo me dice que estáis hablando de mí —Alec se acercó con su media sonrisa en el rostro y cargando al hombro un traje envuelto en plástico.

—Por supuesto —saltó Matt agarrándole la percha del traje y juntándola con la suya—. Olivia quería dar una vuelta, así que llévala a la playa y nosotros te dejamos esto en la habitación.

—Yo... —Olivia abrió la boca para protestar, pero Tina la empujó sin disimulo hacia Alec y a punto estuvo de tropezar con él y aplastar la cara contra su pecho.

—Me vendrá bien estirar las piernas. El tráfico hacia aquí era espantoso —añadió Alec sujetándola del brazo para incorporarla—. ¿Un paseo?

Hacía frío; sin embargo, acompañados por los rayos de sol y después de una buena caminata, Olivia y Alec se permitieron sentarse en la arena mirando el océano. No había nadie más en toda la extensa lengua de playa: la vegetación les rodeaba y unas gaviotas graznaban en el cielo.

—Es curioso, pero pese a los cinco grados de temperatura —dijo él con su atención puesta en el agua—, esto me recuerda al Cayo Longboat. Es como si me hubiera transportado a Sarasota

antes de que el ser humano pusiera sus garras encima y convirtiera cada centímetro de tierra en un hotel o en un campo de golf.

—Es un sitio fantástico —Olivia entrecerró sus párpados sintiendo la caricia del sol en sus mejillas—, tengo que enterarme de si hay alguna propiedad a la venta.

—¿Cambiarías tu bucólica casita azul de Cambridge por una aquí?

—No, tendría ambas. Ésta para los fines de semana —ladeó su rostro hacia él—. ¿Y tú? ¿Qué tal se vive en Concord, hogar de las *Mujercitas*?

—¿En serio que alguien escribió un libro ambientado allí? Es un lugar muy aburrido. Mi casa es igual a todas las demás, blanca, grande, sin alma, enfrente de un campo de golf y con la única distinción de un buzón de correos rojo.

—¿Y no has pensado en mudarte al centro? Seguro que a tu perro le encantaría pasear por el parque Common de Boston.

—¿Y quedarme sin los quince minutos de charla en el tren de las mañanas? Ah no, gracias.

Olivia rio mientras el aire removía sus cabellos en todas las direcciones. Se recogió el pelo en una coleta notando la mirada de Alec sobre ella. Si sus sentidos no la traicionaban, parecía haber avanzado hacia su posición y la mano con la que se apoyaba en la arena estaba rozando sus dedos. Olivia deslizó la vista hacia sus manos tan próximas, después se arriesgó a desplazarla hacia el rostro de Alec.

Con el sol bañando su piel y con el reflejo del agua en sus ojos, Alec sobrecogía. No era solo su presencia física la que impactaba (que lo hacía y mucho) sino también el aura que parecía acompañarle, que atraía las moléculas de aire y las hacía vibrar a su alrededor.

—¿Qué estás pensando? —preguntó él clavando en ella su mirada.

—No lo sé —mintió Olivia sin poder apartar la vista de sus iris turquesas, chispeantes como las olas del mar—. Tengo la sensación de que este momento ya lo he vivido... contigo. El olor a sal, el reflejo de la luz en el océano, la soledad de una playa desierta. ¿Es mi imaginación o eso ya ha existido entre nosotros?

—No, no es tu imaginación —los dedos largos de Alec jugueteaban por la mano de Olivia, haciendo que todo su brazo se estremeciera.

—No hay ni un solo recuerdo; sin embargo, creo notar... sensaciones. Es muy extraño. Es algo que... —se dio cuenta en ese momento de las ganas que tenía de recorrer la escasa distancia que la separaba de Alec, de lo que deseaba probar a qué sabían aquellos labios que se le antojaban demasiado irresistibles.

La atención de Alec se depositó en su boca. Estaban solos, en el mejor sitio, en el mejor momento. Olivia tragó saliva e inspiró despacio buscando determinación. ¿Y si daba un paso y fastidiaba su relación? ¿Y si él no quería a la Olivia defectuosa?

—Deberíamos volver —dijo Alec de repente, separando tanto su mano como su cuerpo de ella—, tenemos una boda a la que asistir.

Olivia asintió con la cabeza repetidamente, como el perrito de plástico de algún automóvil hortera, y se encaminaron hacia la casa.

En el jardín que daba hacia la playa habían dispuesto varias carpas conectadas. En una se llevaría a cabo la ceremonia, en otra la cena y en la última el baile.

Olivia paseaba observando la cuidada decoración, las velas y las flores que llevaban el sello inequívoco de Chloe. Se había puesto el vestido de dama de honor que su amiga había escogido

para ella. Saber que formaría parte de la boda con aquel rol le daba pánico. Estaba acostumbrada a ver los modelitos de las damas de honor y ninguno se ajustaba a lo que ella llevaría, pero Chloe lo tenía todo pensado. Era un precioso vestido largo color azul índigo asimétrico, con solo una manga larga en el brazo derecho. El que Olivia nunca mostraba. En ese momento se sentía como una maravillosa dama de honor, exponiendo únicamente la piel sana y guardando sus cicatrices a buen recaudo.

Tina llegó hasta ella quejándose, con los zapatos de tacón en la mano.

—No estoy hecha para ser fina y delicada —dijo deteniéndose con cara de fastidio y señalando el calzado—. Me he caído dos veces de esta aberración de la naturaleza.

—Benjamin no piensa lo mismo. Dice que eres grácil y exquisita.

—A ese chico le sobran dioptrías —dijo Tina ocultando un inicio de sonrisa presumida—. Tiene tan poca experiencia con las mujeres que confundiría fácilmente a una con una morsa.

—Ah, ya veo. Y no le has traído a la fiesta porque...

—¡Porque estamos yendo muy rápido! —exclamó angustiada—. ¿Sabes lo bien que me hace sentir? ¡Es como una endemoniada película romántica! Parece el mismo Richard Gere de oficial, caballero y editor. ¡Una locura!

—¿Y las cosas malas son...?

—¿Quién te ha enseñado a interrogar? ¿El Mosad o la CIA? —Tina se desplomó en una de las sillas y comenzó a calzarse—. ¡No tiene nada malo! Es un primor, un paladín, un dichoso encanto... y encima huele de muerte. Pero... es demasiado para mí. No lo merezco.

—No digas tonterías —Olivia se agachó a su lado—. Te mereces lo mejor que pueda sucederte. Eres una bellísima persona y una amiga espectacular. ¿Te he dicho alguna vez que muchas de mis heridas se curaron más con tus abrazos que con las mil operaciones?

—Olivia, estoy acostumbrada a salir corriendo antes de encariñarme demasiado y acabaré haciéndoselo a Ben y me odiarás por ello.

—Jamás podré odiarte, pero deberías replantearte si realmente quieres continuar escapando de aquello que te puede hacer feliz —Olivia le dio un abrazo de los que impedían hablar y moverse al mismo tiempo—. Venga, vamos a buscar a Chloe. Tenemos que acompañarla al altar.

La ceremonia, bastante sencilla para lo que se esperaba de un jugador de baloncesto millonario de gustos algo ostentosos, resultó muy emotiva. Larry se arrancó a cantar y, aunque lo hacía tremendamente mal, Chloe no pudo evitar echarse a llorar de la emoción, consiguiendo que la mitad de los invitados la secundaran (unos por la conmovedora escena, otros por simple dolor de oídos).

Después de los votos, un largo y romántico beso y un sonoro aplauso, Olivia, Tina, Matt y Taylor abrazaron a Chloe todos a una y consiguieron hacerla llorar una vez más.

Cenaron en otra de las carpas, bajo un cielo estrellado y acompañados por el calor de unas estufas gigantes que bañaban de un tono anaranjado a los comensales. Un par de compañeros del equipo de Larry entablaron conversación con Tina y Olivia mientras comenzaban a dirigirse hacia la zona de baile, donde un grupo musical iniciaba sus acordes y un disc-jockey montaba sus artefactos, preparado para actuar en cualquier momento.

Olivia miró a Alec, que seguía en la mesa conversando con Matthias, Taylor y su novia. Le observó reírse y bromear y el estómago se le llenó de mariposas atolondradas. Sus miradas se

encontraron y él le guiñó un ojo, haciendo que esas mismas mariposas chocaran entre ellas en un absoluto caos.

Inspiró profundamente y excusándose ante los jugadores de baloncesto, se dirigió hacia Alec. Sus amigos detuvieron la conversación como si hubiera entrado en escena un fantasma.

—¿Te apetece bailar? —preguntó Olivia con aparente despreocupación, pero agarrotada a más no poder. Se dio cuenta de que lo había soltado sin dirigirse a nadie en particular y que tanto los tres hombres como la mujer la miraban desconcertados—. ¿Alec?

—Ah... sí. ¡Claro! —el aludido se levantó como un resorte— Pero tengo que advertirte que nunca se me ha dado bien bailar.

Olivia le tomó de la mano y su roce cálido consiguió ponerle la piel de gallina.

—¿Y cómo lograbas ligar entonces?

—No necesitaba llegar a eso —dijo él dejándose arrastrar hacia la pista.

Olivia se detuvo en un hueco libre y le observó con una mueca de diversión. Situó las manos de Alec en su cintura y tendió las suyas hacia su cuello. Por una vez parecía más tenso que ella, por lo que Olivia se mantuvo a una distancia prudencial.

Sonaba *Stay with me* de Sam Smith y la gente bailaba despacio, aletargada en suaves murmullos de conversaciones mientras se abrazaban. Las palmas de Alec irradiaban un calor agradable en el límite de su baja espalda. Olivia se acercó más hacia él, atraída por su firme magnetismo.

—Me gustan las bodas —murmuró ella, intentando llenar el silencio que se había establecido entre ambos—. Son divertidas, sobre todo para los que no se casan. Chloe lleva dos semanas sin dormir con tanto ajetreo. ¿Nunca has pensado en casarte?

—¿Me estás haciendo una proposición?

—¡Por supuesto que no! —rio Olivia.

—Como dicen que de una boda sale otra... ¿Y tú? ¿No ha habido algún tipo sensible, guapo y loco por la lectura que te haya pedido matrimonio?

—¿Existen esos hombres?

—Alguno hay aparte de mí, aunque son pocos y viven en Europa.

—Entonces lo tengo difícil —Olivia fingió un puchero y él la observó, de pronto, serio. Sin apenas notar lo, su cuerpo se había acercado también al de ella. Bailaban, en ese momento, separados por un hilo de aire—. ¿Estás bien?

—Sí... No —Alec parecía confuso—. Ya sé que quedamos en no hablar del pasado, pero cuando te miro... me corroe no haber podido estar contigo cuando te debatías luchando por sobrevivir. Realmente me mata no haber estado allí para ti.

La confesión pilló por sorpresa a Olivia. Notaba las manos de Alec en su cintura con más fuerza. Su rostro se contrajo con dolor y a ella no le cupo ninguna duda de que lo que hubo entre los dos tanto tiempo atrás fue real, fue importante.

—No lo sabías —murmuró ella—. No te dieron la oportunidad de poder acompañarme. No fue culpa tuya.

—Debería haber ido antes a la policía, debería haber hecho las cosas de otra forma...

—Por favor —Olivia separó las manos de sus hombros y abarcó el rostro de Alec con ellas, forzándole a mirarla—, hace mucho tiempo de todo aquello, no te sientas mal. Me recuperé, estoy viva... estoy a tu lado.

—Más bien entre mis brazos —en sus ojos apagados chispeó una pequeña llama.

—Sí —Olivia se perdió en todos los recuerdos que leía en aquel iris azul oscuro, recuerdos

que llenaban una vida, recuerdos que a ella le habían sido vetados y que, en ese instante, ansiaba poseer. Sus palmas continuaban sujetando el rostro de Alec y, cuando dejó caer la mirada hacia sus labios, cuando se encontró deseando besar aquella boca, le atrajo hacia ella de forma involuntaria, dejándose llevar por lo que sentía, por lo que ansiaba.

Se detuvo a una pequeña distancia de él. La música sonaba lejana, difusa, el resto de las parejas no eran más que brochazos desteñidos del decorado. Solo estaba Alec, a un palmo de distancia, tan cercano y accesible como terriblemente prohibido. Cualquier aproximación era insensata y orientada al fracaso. No podía sucumbir a un deseo momentáneo, no podía ni debía.

Entreabrió los labios para respirar. Y entonces, desoyendo cualquier orden cabal, su cuerpo actuó por libre y le besó.

Se sintió estúpida enseguida. Él, en vez de corresponderla, había dado un paso hacia atrás y la observaba de una manera indescifrable, casi afligida.

—Olivia, yo...

—Disculpa... lo siento. Ha sido una tontería —Olivia habló abochornada, nerviosa, con las mejillas coloradas—. Siento haber fastidiado nuestro baile. Ahora vuelvo.

Dándose la vuelta, Olivia se alejó de la pista de baile con ganas de echar a correr y estamparse contra un muro. ¿Por qué había sido tan idiota? ¿Cómo iba él a fijarse en una tullida? No le cabía duda de que había querido a la antigua Olivia, pero de ella solo quedaba el nombre.

Apretó el paso, escapando del salón, internándose por un ancho pasillo, sin mirar atrás, apresurándose con las dificultades culpa de sus lesiones, que en aquel momento le parecían más insoportables que nunca.

—Olivia —la voz grave de Alec recorrió el pasillo, pero ella no se detuvo. Debía escapar, olvidar lo ocurrido y centrarse en su pequeño mundo sin dolor.

Encontró una puerta acristalada a su derecha y entró. Había una enorme piscina interior. El agua azulada, iluminada desde el fondo, refulgía en los mosaicos de las paredes formando oleadas sinuosas de suave luz.

Se detuvo dolorida, tomando aire, con la vista fija en el agua apacible.

—Olivia —Alec la había seguido y se encontraba a un metro escaso. Su rostro aparecía bañado por el resplandor azul, sus ojos parecían cristales transparentes—. No puedo...

—Lo sé —dijo ella queriendo taparse los oídos y desaparecer—. Lo entiendo. Me he comportado como una idiota.

Alec cubrió la distancia en una zancada y la sujetó del brazo, impidiendo su huida.

—Déjame terminar —él enfrentó su mirada, acorralándola contra la pared—. Me prometí a mí mismo ser solo tu amigo, quería mantener una parte de lo que tuve hace años, me conformaba con eso. Ahora ya no puedo. No puedo rehuir lo que siento al estar contigo, no puedo pretender ser únicamente tu amigo.

—Es una mala idea.

—Lo sé, lo sé mejor que nadie. ¿Sabes lo que duele haber sido olvidado? Yo no he podido borrarle de mi mente en todo este tiempo.

—¿Tanto supuse para ti?

Alec avanzó hacia ella. Su mirada, profunda, cargada de dolor, la atravesó hasta dejarla sin aire.

—No te puedes hacer una idea.

—Solo tenía diecisiete años, era una cría.

—Fuiste mi apoyo, mi amiga, mi salvación —sonrió consciente de la intensidad de sus

palabras—. Suena cursi, ¿verdad? Sin embargo, no puedo expresarlo de otra forma. Lo que sentí contigo no lo había vivido anteriormente. Tampoco lo he podido sentir después.

—Era toda una rompecorazones —Olivia separó su atención de los ojos de Alec y trató de bromear—. Lástima que haya perdido ese talento.

—No lo has perdido.

Él estaba tan cerca que Olivia comenzó a sentirse incómoda. La sola presencia de Alec la abrumaba, hacía que las piernas le temblaran más que de costumbre, se sentía débil y frágil. Y ella no era ninguna de las dos cosas.

—Si quieres ponerme colorada, lo estás consiguiendo —trató de separarse, pero él se mantuvo firme, rígido.

—No puedo apartarme de tu camino, rizos.

Olivia abrió la boca para contestar. Él no dudó en aprovechar el momento para recorrer la poca distancia que les separaba. Se precipitó sobre sus labios como si llevara un siglo deseándolo. No fue delicado, sino invasor, ansioso. Olivia se encontró respondiendo con las mismas ganas con las que él parecía querer devorarla. Apenas podía pensar, su cuerpo hablaba por ella y estaba absolutamente descontrolado. Las sensaciones la embargaban con locura, con un único beso estaba experimentando una excitación increíble, solo deseaba que continuara, que aquello no se detuviera. Pasó las manos por su cuello y le atrajo hacia ella. Alec gimió contra sus labios, se pegó más a su cuerpo. Sus dedos bajaron por su espalda, se detuvieron en su cintura.

Se contuvo y tomó aire, sus mejillas estaban encendidas, sus labios jugosos, Olivia no podía separar la vista de ellos.

—Eres demasiado —dijo él entrecortadamente—. Sigues sabiendo igual de bien.

Olivia aprovechó ese intervalo para alejarse un paso, poner separación entre ellos y tratar de ordenar sus pensamientos.

—No soy la misma —murmuró ella—, ya no soy la niña guapa, inocente y optimista que conociste. Esa chica murió en un accidente. La nueva Olivia es reservada, vergonzosa y acomplexada.

—No es cierto. La mujer que he vuelto a encontrarme es ingeniosa, alegre, triunfadora y espectacularmente preciosa.

—Estás ciego —Olivia se alejó hacia la cristalera que separaba la piscina del jardín. La condensación del aire empañaba el cristal y enturbiaba la contemplación de la noche al otro lado.

—No sé quién de los dos está más ciego —Alec se apoyó a su lado.

Olivia deslizó su mirada desde la oscuridad del exterior hasta los ojos de Alec.

—Debo enseñarte a la Olivia real. Y no te va a gustar —musitó cabizbaja y tomándole de la mano, le condujo fuera de la habitación.

Caminaron en silencio por la galería que rodeaba un patio arbolado y que comunicaba con la casa de los invitados. Olivia buscó su dormitorio y, nerviosa, abrió la puerta y dejó a Alec entrar tras ella.

La chimenea de la habitación crepitaba con energía. Olivia se acercó al fuego notando su calor, reconfortándose con él. Tragó saliva angustiada y despacio, sin meditarlo un segundo más, comenzó a desabrocharse la cremallera del vestido.

El rostro de Alec mutó a la perplejidad mientras Olivia peleaba por librarse de la manga (demasiado estrecha para un momento como aquel) y se quedaba únicamente con el vestido paralizado en la cintura y un sujetador de encaje negro. Alec avanzó un paso hacia ella sin entender, mientras la luz anaranjada bañaba el cuerpo de Olivia.

—Esta soy yo ahora —estiró el brazo derecho mostrándoselo. Las marcas de las operaciones para reconstituir sus huesos lo atravesaban desde el hombro hasta la muñeca. Giró su palma para que pudiera ver su antebrazo deformado.

Alec seguía con atención el recorrido por el cuerpo de Olivia. Sus ojos habían perdido el hambre, se mostraban apagados, sombríos. Olivia sabía lo que pasaba por su mente en aquel momento. Siempre sucedía igual, el interés se esfumaba. Ya se había acostumbrado.

Olivia se giró dándole la espalda y separó el cabello que tapaba su cuello, colocándolo hacia delante, permitiendo la visión de los daños posteriores. Allí la piel había desaparecido durante el accidente por la fricción con el asfalto y había sido reparada con varios injertos.

—Frankenstein, ¿verdad? —Olivia no quería darse la vuelta y encontrar el asco en la mirada de Alec, ni siquiera la compasión. Se mantuvieron unos segundos en silencio y cuando iba a girarse, cuando ya tenía la fuerza para enfrentarse a su mirada y aguantar la desesperanza, sintió las manos de Alec sobre sus hombros.

Se estremeció con sorpresa por la calidez de sus palmas. Las deslizó por sus brazos tan delicadamente que Olivia cerró los ojos disfrutando de la sensación. Notó un beso suave entre sus omoplatos, justo donde la piel era más fea y desagradable. Después en el cuello, en los hombros. Tenía todo su cuerpo electrizado y el aire se había condensado en su garganta, imposibilitándole hablar.

Notaba el calor del cuerpo de Alec en su espalda, mientras sus manos grandes se aferraban a sus caderas.

Se volvió hacia él nerviosa. La mirada que encontró era igual a la que la había arrinconado contra la pared, la que le había ofrecido bailando en la boda, la que la incomodaba en el vagón del tren de las siete y media.

—¿De verdad querías asustarme con esto, o era una estrategia para quitarte la ropa? —preguntó con una mueca juguetona que terminó de bloquear el estómago de Olivia y llenarlo de hormigas hambrientas.

—Debería vestirme —ella esbozó una sonrisa.

—No, no deberías —Alec se liberó de su camisa y se encogió de hombros—. Así estamos en igualdad de condiciones.

Olivia no pudo evitar pasear la mirada por el cuerpo de revista de aquel hombre. Su vientre se contrajo e inspiró fuertemente.

—Me parece que no soy el único al que le gusta lo que ve —murmuró él.

—Eres un pretencioso —gruñó avergonzada—. Solo estaba dándome cuenta de que debes de tener un gimnasio cerca de tu casa.

—La verdad es que está dentro de mi casa —Alec se acercó aún más, inclinando ligeramente la cabeza hacia Olivia—. Necesito mantenerme en forma para impresionar a una chica.

—La chica debe de estar muy impresionada —susurró ella con su boca tan próxima que un simple descuido le haría chocar con ella.

—¿Y crees que a esa chica le importará si continúo quitándole la ropa? En esta habitación hace demasiado calor.

—Hay más cicatrices —musitó Olivia apoyando sus manos en el pecho de Alec, consiguiendo detener su avance—, y algunas prótesis.

Alec sujetó la barbilla de Olivia con los dedos, obligándola a mirarle.

—Me gustas, Olivia, con todo. Yo también tengo cicatrices, pero están en mi interior y no se ven, aunque queman como el mismo infierno y me han convertido en lo que soy. Alguien que ni

reconozco ni me gusta. Sin embargo, cuando estoy contigo me siento como aquel muchacho de hace quince años, cautivado por la misma chica espectacular. Quizás echo de menos tus rizos, pero tienes una melena tremendamente sexy cayendo por tu espalda. Y te aseguro que va a ser lo único que pueda tapar algo de tu piel dentro de unos minutos.

—Alec, yo... —las manos de él jugueteaban con la cremallera de su vestido, sabía cómo quitar la ropa a una mujer y lo estaba consiguiendo—. Yo no quiero darte pena, ni lástima, no quiero que hagas esto...

—¿Supones que me das pena? No. Nada de eso. Siento rabia por lo que te sucedió, frustración por no haber podido estar contigo, por haber perdido tantos años. Siento muchas cosas, demasiadas, pero ninguna se parece a la pena —Alec dejó caer el último retazo de ropa de Olivia a la alfombra y la recorrió con la mirada muy despacio—. Y ahora mismo, la sensación que predomina, y más teniéndote delante, no es civilizada ni caballerosa, sino todo lo contrario.

Olivia contuvo el aire, deslizando la mirada de nuevo hacia el pecho de Alec, observando su agitada respiración. Parecía un depredador buscando el mejor momento para lanzarse sobre su víctima y aquella constatación le hizo temblar, desearle aún más, buscar su boca con desesperación.

Se besaron con avidez, con apetito, recorriendo con las manos y los labios sus cuerpos por fin desprovistos de ropa. A tientas, buscaron la cama y se dejaron caer sobre ella.

La chimenea bañó de dorado sus pieles mientras el fuerte crepitar de las llamas se convertía en un rumor lejano y olvidado en la noche.

Cuando Olivia se despertó estaba hecha un lío con el edredón. El sol entraba a raudales a través de la cristalera que daba a la terraza y entornó los ojos para poder observar a su alrededor. Atinaba a divisar su ropa por el suelo y la sola evocación de lo sucedido le aceleró el corazón. Vaya noche. Habían caído rendidos al amanecer, con los rayos de sol anaranjados sobresaliendo por encima del mar. Había sido algo... espectacular. ¿Cómo se podía sentir tan atraída por alguien? ¿Aquello era normal?

Trasladó su atención a la terraza. Alec paseaba por ella descalzo, con la ropa del día anterior, la camisa desabrochada, mostrando su cuerpo de infarto, y el móvil pegado a la oreja. Olivia se incorporó sobre los codos y lo observó con disimulo. No solía detenerse en el físico de alguien, pero aquel era increíblemente atrayente. Lo siguió con la vista en su movimiento por la terraza mientras el azul impoluto del cielo rompía en el Atlántico. Parecía preocupado y quizás molesto. Colgó el teléfono de malos modos y se apoyó en la barandilla de cristal con sus pensamientos perdidos muy lejos.

Olivia tenía ganas de ir a su encuentro, pero estaba tan desnuda que no se veía con fuerzas de enseñar su piel a la luz del día. Una cosa era la noche y sus sombras, y otra distinta el sol remarcando sus imperfecciones.

Se tumbó de nuevo observando el ventilador del techo de madera oscura, sin poder apartar de su mente las horas anteriores y los sentimientos que le habían proporcionado.

—¿Ya despierta? —Alec entró en el dormitorio cerrando la puerta de cristal detrás, sin poder evitar que una brisa fría se colara con él.

Olivia sonrió como una tonta viéndole acercarse. Las mariposas se multiplicaban en su tripa, frenéticas.

—¿Hacía frío ahí fuera? —preguntó abrazada al edredón mientras él se aproximaba con una

preciosa sonrisa en los labios.

—Bastante —se coló en la cama desprendiendo un aroma salino y fresco, y se hizo hueco bajo el edredón, pegando su cuerpo al de Olivia—. Y tú estás arrebatadoramente caliente.

Tenerle tan cerca volvía a despertar los instintos primarios de Olivia. Inspiró profundamente para tranquilizarse, pero él hizo lo que no se debía en aquel momento, besarla.

La entereza de Olivia se rompió en mil pedazos, respondió al beso con el hambre que tenía, rodeando el cuerpo masculino con sus piernas desnudas.

—Debo irme —dijo él como si le doliera separarse—, tengo que regresar a Boston, hay un trabajo pendiente —Alec la miró con la intensidad que conseguía enervarla y se despojó rápidamente de la camisa, de toda la ropa—. Bueno, creo que puedo esperar —musitó contra sus labios.

—Sí, por favor —rogó Olivia buscando su contacto.

—Tengo diez, quince minutos —murmuró él mordiendo su cuello—. Treinta. No más.

—Entonces deberemos darnos prisa.

Apenas dos horas después servían una comida informal para los más íntimos en uno de los gigantescos comedores de la casa.

Olivia se reencontró con sus amigos con el cuerpo aún electrizado y una sonrisa de oreja a oreja.

—Oh, Dios mío —Matt pronunció cada palabra despacio al verla entrar—. Nuestra Olive se ha beneficiado al guaperas.

Todos la observaron detenidamente, como si pudieran extraer la deseada información escaneándola de arriba abajo.

—Vale, vale —dijo ella levantando las manos—. He dormido acompañada.

—Genial —masculló Taylor mustio—, he perdido cincuenta dólares.

—Te dije que apostar es de idiotas —dijo su novia riendo—. Al menos se lo ha llevado Tina.

—¿Apostando por mí? ¿Soy acaso una carrera de galgos? —Olivia puso los brazos en jarras, divertida—. Quizá deberíais interesaros más por Chloe, al fin y al cabo, ha sido su noche de bodas.

—Las noches de bodas ya no son tan interesantes como en los siglos pasados —Tina se acercó a un camarero y le robó un par de vasos de vino tinto—, ahora dan más de sí los bailes que aparentan acabar en tragedia.

—Vamos a ver, ¿en qué momento perdí mi apuesta? —Taylor hablaba para el resto como si Olivia no estuviera presente—. Teníamos a nuestra amiga bailando con Alec, todo parecía ir bien. Entonces la vemos, ¡sí, señores!, intentar besarle.

—Eso fue un error —añadió Matt.

—No, fue más bien patético —intercedió Tina.

—Genial, gracias —Olivia le dio un trago largo al vino, que, sin desayuno en el estómago, le produjo una rápida sensación de calor.

—Y de pronto, Olivia sale avergonzadísima por patas —continuó Taylor—, y la cara de él, entre la de *Bitelchus* y la de *Casper*, es todo un poema. Ahí es cuando aposté los cincuenta dólares en contra. ¿Quién iba a suponer que él correría detrás y que acabarían compartiendo nidito de amor?

—Es demasiado guapo para ser verdad —murmuró Matt pasando un brazo por los hombros de Olivia y pegándola a su costado—. Y hacéis una pareja magnífica.

—Gracias —se sonrojó Olivia.

—¿Y a dónde se ha marchado? —preguntó Tina—. Necesitamos su versión de la historia.

—Un asunto de trabajo —contestó Olivia dudando. Realmente no sabía a qué se dedicaba Alec con exactitud. ¿Exportaciones e importaciones? ¿Qué debía exportar o importar un domingo?

Unos aplausos evitaron las preguntas incómodas que iban a surgir acto seguido. Chloe y Larry entraban en el salón, guapos a rabiar y cogidos de la mano, con sus alianzas brillando como soles. Las dudas se relegaron al olvido y las conversaciones giraron en torno al nuevo matrimonio. Aún quedaban unas horas en la increíble Martha's Vineyard y Olivia no pensaba malgastarlas elucubrando.

El lunes llegó con más ganas que nunca. Olivia adoraba su trabajo, pero el inicio de la semana le costaba igual que al resto de los mortales. Sin embargo, aquel lunes estaba plantada en el andén, esperando nerviosa al tren de las siete y media.

Las puertas se abrieron, Olivia entró arrastrada por el gentío. Era una avalancha humana ansiosa, inexplicablemente, por ir a trabajar.

Buscó a Alec por todos lados; sin embargo, aquella mañana no le halló.

Ni aquella mañana ni las que la siguieron.

Sorprendida, agarró el teléfono y le escribió un mensaje. Tardaba una eternidad en teclear solo con la mano izquierda, ya que con la derecha apenas conseguía hacer movimientos bruscos y era capaz de deletrear cualquier burrada. Así que casi le llevó todo el trayecto preguntarle a Alec si estaba bien.

El móvil se mantuvo en su mano en silencio, sin una respuesta, sin que nadie hubiera leído su pregunta.

Caminó hacia la editorial extrañada, pero también con los pensamientos ocupados en su reunión con Edurne Cano, la autora que quería conseguir a toda costa.

A media tarde se dio cuenta de que seguía sin saber nada de Alec y se estiró en el sofá, cansada y ligeramente preocupada.

—¿Qué haces ahí? —Rebecca la observó desde lo alto con un café en una mano y un sándwich en la otra—. Te traía algo de comer —esbozó una sonrisa traviesa de oreja a oreja—. ¿Has hecho mucho ejercicio este fin de semana? ¿Agujetas quizás?

—Me siento como si me hubiera atropellado un camión, hubiera dado la vuelta y me hubiera vuelto a aplastar.

—Me parece que es la peor descripción de una noche apasionada que he escuchado en mi vida —tomó asiento a su lado—. ¿No eras tú a la que se le daba bien la literatura?

—¿Alguien trabaja alguna vez en este departamento de brujas y hadas? —Benjamin asomó la cabeza tras la puerta—. ¿Cómo demonios conseguís facturar más que mi departamento tumbadas a la bartola?

Viendo que nadie se tomaba la molestia de contestarle, se dejó caer en una butaca hasta deslizarse a una posición casi horizontal.

—No tenía ni idea de lo que duele el amor —dijo haciendo que tanto Olivia como Rebecca se incorporaran de golpe y le observaran con interés—. Crees encontrar a la persona de tus sueños, a la que estás predestinado, y te das cuentas de que... ella no siente lo mismo. ¿Y ahora qué se hace? ¿Te arrancas el corazón y lo guardas en una caja para no padecer?

—Ben... Tina es complicada —Olivia se levantó acercándose al editor—. No puedo hablar

por ella, pero debe de estar hecha un lío. Siempre ha querido ser independiente, libre, y ahora se encuentra con muchos sentimientos que parecen poner en jaque sus ideales.

—¿Espero entonces a arrancarme el corazón y tomo una medida menos drástica como dejar de preocuparme por ella?

—Sí, creo que es lo mejor —apoyó la mano en el hombro de su compañero y lo miró con cariño—. Pensaba que los melodramáticos solo tenían cabida en esta planta.

—Es como la peste, se extiende por todo el edificio.

—Habrà que fumigar —dijo Rebecca riendo—. Vaya par de ancianitas sentimentales estáis hechos. En el tema del amor, lo que hay que hacer es luchar por lo que nos llena el corazón. ¿No os dais cuenta de que la vida tiene fecha de caducidad? Dejad de compadeceros y marchaos ahora mismo a por vuestras parejas. Hacedles ver que son únicas e irremplazables.

—¿No has considerado escribir de forma profesional? —dijo Ben incorporándose de la butaca—. Tienes más labia que cualquiera de los escritorcillos de Olivia.

—Muy gracioso, Ben —le replicó Olivia—. Pero Rebecca tiene razón. Perdí quince años con Alec que pienso recuperar ahora mismo —se dirigió a la puerta de su despacho con determinación. Acto seguido, se detuvo—. ¿Me llevas en coche?

Ben se puso en pie mientras Rebecca aplaudía contenta.

—Vamos, Olivia. Tenemos una misión que cumplir.

El Aston Martin de Benjamin no podía ser más parecido a él. Incluso olía como él. Olivia miró por la ventana el trasiego del tráfico de Boston mientras trataban de escapar de la ciudad. Pronto, los edificios dejaron paso a los campos arbolados de la periferia mientras el aire frío perlaba el ambiente con diminutos copos de nieve.

—¿No te parece muy curioso que el muchacho del ferrocarril haya escogido para vivir el pueblo de Louisa May Alcott? Desde luego que se asemeja a un juego de la providencia: la autora de *Mujercitas* y la editora de ficción, cerca del mismo hombre —Ben parloteaba nervioso desde que habían salido y no parecía dispuesto a callarse pese al mutismo de Olivia—. ¿Crees que su casa estará cerca de la Orchard House de la novela?

—Sé que su casa es blanca y grande, enfrente de un campo de golf y... tiene el buzón rojo.

—Pues vamos apañados —Ben señaló hacia ambos lados de la carretera; había muchas casas que correspondían a una descripción así. Giró siguiendo la indicación del campo de golf de Concord y continuó por la calle Old Marlboro.

Olivia se tensó en el asiento inquieta. A la izquierda, la planicie verde del campo se alargaba entre los árboles; a la derecha, enormes casonas de lamas blancas, tejados inclinados y contraventanas de colores pasaban una tras otra sin alma, sin distinción.

—¡Frena! —gritó de repente haciendo que el Aston Martin zigzagueara en el camino como una vulgar lombriz cabreada—. Ahí.

Olivia estiró el dedo señalando un buzón rojo a pocos metros. La casa a la que pertenecía era enorme, con tres pisos, un garaje gigante y un pequeño estanque.

—Ese chico nada en la abundancia —dijo Ben mientras ojeaba con interés la casa y soltaba un silbido—. ¿Seguro que es esta?

—Creo que sí, Ben —Olivia inspiró profundamente—. Deséame suerte.

—No se puede desear suerte a la que ya ha nacido con ella.

Olivia le sonrió mientras salía a la calle y se encontraba de bruces con la inmensa casa y su poco acogedor jardín. Caminó por la grava haciéndola crujir bajo sus botas y se acercó hacia la

puerta de entrada, jalonada por dos columnas dóricas. ¿Podía pertenecer aquella especie de monumento griego al Alec Carrington que conocía?

Se detuvo delante de la puerta. ¿Qué era lo peor que podría pasarle? ¿Que no estuviera en casa? ¿Que aquella no fuera la suya? ¿Que perteneciera a Hannibal Lecter?

Estiró la mano y apretó el timbre, que sonó como las campanadas de una iglesia el día del juicio final. A lo lejos, escuchó ruido, unos pasos. Unos nervios sin sentido corroían a Olivia en su interior.

La puerta se abrió sin una pregunta. No era Alec.

Delante de Olivia se encontraba una preciosa mujer de piel oscura y ojos profundos; su cabello, en una larga trenza, era negro como el carbón e iba vestida con unos vaqueros ajustados y una simple camiseta que dejaba un hombro al desnudo. La mujer la observó con tanta curiosidad como Olivia a ella.

—Creo que me he equivocado —dijo dando un paso atrás y levantando las cejas con inocencia.

—¿A quién buscas? —preguntó la mujer.

—¿Conoces a un tal Alec Carrington? Me parece que vive por la zona. Tiene un perro.

El rostro de la mujer se convirtió en una placa de hielo. Sus llamativos ojos oscuros se tornaron gélidos. Unos pasos rápidos precedieron a un niño pequeño, de no más de cinco años, que se situó al lado de la mujer, abrazándose a su pierna.

—Le conozco —dijo ella—. Claro que le conozco. Es mi marido.

El corazón de Olivia se paró de golpe y estuvo a punto de trastabillar en el escalón que llevaba a la entrada y caerse de espaldas. De pronto, aquella casa, aquel jardín y todo aquel lugar le parecieron el decorado de una película, de una pesadilla.

—¿Y tú quién eres? —preguntó la mujer sin ningún rastro de cordialidad en la voz.

—Soy... una amiga. Solo pasaba... por aquí y quería... —señaló el coche donde un obnubilado Benjamin se abrazaba al volante con los ojos como platos—. Perdona la molestia. Me voy.

Se dio la vuelta y comenzó a andar, casi a correr hacia el vehículo. Los copos de nieve, gordos y pesados le impedían ver. Entonces se dio cuenta de que no nevaba. Estaba llorando.

Se metió en el coche abrazándose las rodillas y hundiendo la cabeza entre ellas, tratando de conseguir un oxígeno que no llegaba a sus pulmones.

Ben arrancó el motor sin esperar una orden y tomó la dirección inversa. Olivia giró su rostro hacia la ventana. El campo de golf desierto le parecía un lugar frío y desapacible, los árboles, solitarios y tristes, el cielo gris y muerto. Un hombre avanzaba a poca distancia tirando de un perro. Enseguida reconoció el porte atractivo de Alec, pero aquella vez no se alegró de su presencia, aquella vez solo quería huir de allí.

El coche aceleró. Por un instante las miradas de ambos se cruzaron. La de Alec, cargada de sorpresa, pronto quedó atrás en el camino. Olivia volvió a enterrar la cabeza y ya no quiso levantarla más.

Marzo

Durante más de una semana, Olivia se hospedó en el exquisito apartamento de Benjamin en Beacon Hill, en pleno centro de Boston.

La primera noche, tras la fallida visita a Concord, Olivia no se sintió con ganas de ir a su propia casa mientras las llamadas a su móvil se repetían constantes: cada minuto, cada hora.

—Déjame que le conteste yo —había mascullado un Ben cargado de una súbita indignación.

Ella había negado con la cabeza y apagado el teléfono, sepultándolo bajo una montaña de cojines. No se había sentido con ganas de hablar, algo clausuraba su garganta impidiéndole emitir sonidos, y las lágrimas se habían agotado tras horas de sentir impotencia, enfado y tristeza.

Ben había preparado una cena apetitosa que Olivia se forzó a tragar con una tibia sonrisa de agradecimiento y también había adecentado la habitación de invitados para que se encontrara lo más cómoda posible.

A la mañana siguiente, no quiso ir a trabajar y Ben tampoco la animó. Le preparó un café bien cargado, unos cruasanes y se arregló para marcharse, no sin antes abrir la puerta a una consternada Tina, que llegaba enrojecida como una diablesa con ganas de guerra.

—Me voy a la editorial —había dicho Ben poniéndose su elegante abrigo y enrollándose una bufanda al cuello—, te dejo en buenas manos.

Y las de Tina eran realmente las mejores.

Aquella semana en Beacon Hill evitó que Olivia pudiera toparse con Alec en Cambridge o en el tren. Si aquello sucedía, desconocía qué podría pasar y era una incógnita a la que aún no quería enfrentarse. Jamás se había sentido así, ni cuando la habían rechazado por su aspecto físico, ni cuando había comenzado a caminar con todos los huesos doliendo al mismo tiempo. Aquel era un dolor diferente y muy, muy profundo.

Había comenzado a trabajar con el ordenador desde la casa-cuartel de Ben, mientras recibía visitas de sus amigos, que se turnaban en deshacerse en mil muestras de afecto que conseguían hacerla sonreír. Encontrarse sola, en vez de darle paz, removía sus pensamientos hasta transformarlos en dañinos y peligrosos. Se sentía flagelada por sus confusas ideas, pero no estaba dispuesta a sufrir más. Así que, armándose de valor, desenterró el móvil, buscó el contacto de Alec y, haciendo caso omiso de los mensajes anteriores que tenía de él, escribió:

Olivia

¿Estás casado?

Esperaba que la respuesta tardara horas en llegar; sin embargo, lo hizo escasos segundos después.

Alec

Sí.

El dolor atravesó su corazón como una flecha en llamas. Inspiró aire y con el pulso temblando consiguió teclear:

Olivia

¿Tienes un hijo?

Alec

Sí. Déjame que te lo explique todo.

Olivia
Has tenido casi tres meses para eso.

Alec
Olivia, por favor, necesito hablar contigo.

Desvió la mirada de la pantalla, con el mensaje de Alec esperando una contestación, y apretó el teléfono contra su pecho. Después, adquiriendo algo de valor, consiguió contestar:

Olivia
Yo no.

Sepultó de nuevo el móvil bajo los cojines mientras lo escuchaba sonar, una, dos veces... Constatar lo que era una evidencia aún perforaba más su alma. Estaba casado, tenía un niño y ella era una estúpida.

Alec terminó de fregar los platos mientras mantenía su mirada al otro lado de la ventana, donde los árboles se abrían mostrando el prado verde del campo de golf. Una visión que odiaba desde hacía muchos años.

Los pasos sigilosos de Naisha precipitaron su pulso, pero evitó girarse hacia ella.

—¿Y no me vas a decir quién es tu amiga? —preguntó con el tono de voz que precedía a la tormenta y que había conseguido sobrellevar cada día de los últimos años.

—Ya te lo he dicho —murmuró—. La conocí cuando vivía en Florida.

—¿Otra de usar y tirar como fui yo?

—No tergiverses tu historia. Sabes que no fue así.

—¿Me vas a contradecir? —su voz era chillona, penetrante. Después salió corriendo para regresar arrastrando algo.

Alec se volvió hacia ella. Traía al niño agarrado de un brazo y lo sentó con brusquedad en la encimera.

—Atrévete ahora a hablarme así delante de tu hijo —masculló ella—. Dile cómo te follaste a su madre y después la abandonaste para hacer estúpidas fotos.

El niño estaba asustado. A pesar de que aquella situación se repetía una y otra vez, su cara no dejaba de presentar una turbación que rompía el alma de Alec.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Dejarme? —gritó Naisha haciendo que el pequeño se replegara sobre sí mismo—. ¿Te has dado cuenta de que tu pequeña furcia es coja? ¿Es alguna obra de caridad? ¿Como yo? ¿Cuántas veces te arrepientes de haberme salvado de mi destino? ¿Cuántas? Yo, miles de veces más —Naisha agarró uno de los platos que había lavado Alec y lo estrelló contra el suelo. Las virutas de porcelana se extendieron por la cocina. Naisha atrapó uno de los trozos más grandes y se lo mostró a su hijo—. Mira, mira lo que tu padre le hace a tu madre.

—¡Naisha! —Alec dio un paso hacia ella, mientras la mujer arrastraba el plato roto por su delgado brazo y comenzaba a hacerlo sangrar.

—Mira, lo que me haces —el líquido rojo goteó sobre el suelo ante la mirada de horror del niño. Naisha empujó el resto de la vajilla, estampándola contra las paredes, la encimera, la ventana. Los trozos salían despedidos hacia todos los lados.

Alec tomó en brazos al niño y se lo llevó de la cocina. Desde el salón se escuchaban los gritos de Naisha y la rotura de mil objetos más.

—Vete a tu cuarto, ¿vale? —le susurró Alec al pequeño con un intento de sonrisa—. Luego subo y jugamos a un juego, ¿te parece?

—¿Y mamá?

—No te preocupes, estará bien. Tú corre y saca los dinosaurios. Haremos una guerra con ellos.

El niño salió corriendo muy rápido, para los apenas cinco años que tenía. Estaba acostumbrado a esconderse y salir huyendo. Aquello resultaba una auténtica tortura para Alec.

Cerró las enormes puertas correderas del salón y esperó a Naisha en medio de la habitación, consciente de lo que podía ocurrir. Pero aquel día, ella parecía aún más fuera de sí y se le acercó con un cuchillo de cocina en la mano. Alec trató de mantenerse impassible mientras ella le rozaba el cuello con su afilada punta.

—¿La quieres? —preguntó—. ¿Estás enamorado de la putita coja?

—No te incumbe.

—¿Cómo que no? —su grito heló la sangre de Alec mientras sentía el acero rasgando la piel de su cuello—. ¿Quieres que se lo cuente a mi padre? Espera... mejor, se lo diré a la policía. Les relataré bien afligida lo que me haces, cómo me tratas. ¿Quieres ir a la cárcel?

Separó el cuchillo de Alec y se lo acercó a sus muñecas. Antes de que Alec pudiera dar un paso, Naisha se había hecho un profundo corte en ambas. La sangre fluyó densa y roja como las pesadillas que acompañaban a Alec recordando a su hermano.

Naisha, viendo el horror en su rostro, rio con ganas. Cogió la lámpara de la mesilla más cercana y la lanzó a pocos centímetros del rostro de Alec. Él la detuvo antes de que volviera a hacer lo mismo y la sujetó con fuerza contra la pared.

—Ya vale, Naisha —masculló—. Voy a curarte las muñecas. Deja ya tu juego.

—¿Mi juego? Haré tu vida tan imposible como lo es la mía. Te voy a encerrar y me llevaré a tu hijo tan lejos que jamás podrás encontrarlo. Y luego lo abandonaré. ¡No! Se lo daré a un mendigo. Vete a saber lo que hará con él.

—Ni se te ocurra —bramó él con ira, con rabia contenida, apretando más de lo deseado el cuerpo de Naisha contra la pared.

—Golpéame, lo estás deseando.

—No te daré esa satisfacción.

—¡Socorro! ¡Mi marido me está matando! —comentó a gritar ella con furia, propinándole patadas. Alec la soltó, dejando que saliera corriendo—. Te vas a enterar, Alec. Vas a sufrir.

Cerca de la puerta de salida y cuando Alec ya se preparaba para no poder explicar a la policía lo que allí sucedía, Naisha se desvaneció en el sitio. La sangre empapaba su cuerpo y seguía brotando lentamente de sus muñecas.

Alec se dejó caer a su lado y trató de detener la hemorragia. Buscó el teléfono y llamó a la ambulancia, le daba igual el destino que le esperaba tras aquella nueva escena. Llevaba cinco años a sus espaldas de peleas, insultos y vejaciones, y le resultaban siglos. Años de tratar de moverse por su casa tan sigiloso como un fantasma, de no molestarla, de no enervar su ánimo, años de desear arreglar las cosas, de escapar, de esconder a los ojos del niño toda aquella barbarie. Sin embargo, allí estaba el pequeño en ese momento, en lo alto de la escalera, observando con los ojos tan oscuros de su madre cómo el vestíbulo se llenaba de sangre.

Las llamadas y los mensajes se habían detenido una semana atrás, así que Olivia se

reincorporó al trabajo y reanudó su vida, echando de menos los cruasanes y el café caliente que le preparaba Ben cada mañana y, por supuesto y muy a su pesar, los ojos turbadores del chico del tren.

Edurne Cano se decidió a publicar con Cutter & Cross su última novela, después de que Olivia comenzara a llorar desconsolada delante de ella (estaba sentimental hasta la médula) leyendo el último capítulo del manuscrito.

—Si llevas mi promoción con la misma intensidad —le dijo la escritora—, seré tuya para siempre.

Así que tenía a la autora superventas del momento de su lado, las negociaciones avanzadas para llevar otra novela al cine y una cola de escritores interesantes con ganas de dejar sus actuales editoriales e irse con Cutter & Cross.

Con tanto trajín, Rebecca fue ascendida y su puesto de asistente lo ocupó un chaval desgarrado y rubio llamado Oscar, que recitaba poesía como un ángel y que leía más palabras por minuto que las mismas Olivia y Rebecca juntas.

—Señorita Barnett —dijo Oscar llamando a la puerta—. Le traigo el almuerzo.

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames Olivia? —ella sonrió mientras él depositaba una bandeja con un sándwich y un té caliente en su mesa—. Me haces parecer tremendamente vieja.

—Lo intentaré, pero me resulta muy difícil. Sería como llamar a los directores Cutter y Cross por su nombre de pila.

—Sí, eso provocaría un despido fulminante. Con ellos no lo intentes. Sin embargo, por favor, yo soy Olivia sin más. ¿Vale?

—Muy bien... Olivia. He preparado la agenda de la semana y las reuniones para que les dé el visto bueno. También he organizado los manuscritos por género y estilo. He encontrado cuatro novelas con posibilidades; el resto son para hacer, como mucho, figuritas de origami.

—Perfecto. Gracias Oscar —el muchacho se dio la vuelta con una sonrisa de oreja a oreja y se sentó tras su escritorio mientras Rebecca le lanzaba una mirada llena de inquina. Olivia sabía que la guapa pelirroja llevaba fatal que el nuevo asistente fuera más eficiente de lo que había sido ella, ¡incluso los sándwiches que compraba estaban más ricos! Pero Rebecca resultaba insustituible y, en su nuevo cargo, iba adquiriendo mucha más responsabilidad, con la que lidiaba a la perfección.

Olivia se levantó de la silla y se giró hacia el ventanal. El cementerio de Copp's Hill estaba desierto a aquellas horas de la tarde, muchos de sus ancianos árboles comenzaban a poblarse de yemas de las que, en poco tiempo, surgirían hojas y en algunos casos, hasta flores. Las lápidas inclinadas, rotas, encaraban el paso de los años. Frágiles y a la vez recias, como los fuertes troncos. Ella, en algún momento, se sintió como aquellas tumbas, indestructible pese a las adversidades. Sin embargo, en aquel instante, los sentimientos la habían derrumbado. Se sentía engañada, herida, dolida. ¿Cómo podía Alec haberla mentido en algo tan serio?

Giró la silla ofuscada. Si pensaba en cada detalle de su breve historia con Alec, podía darse cuenta de que él siempre había mantenido una fina distancia. Una distancia que se rompió cuando ella le besó en la boda de Chloe. Le dieron ganas de golpearse contra el cristal. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Le había servido en bandeja algo contra lo que él no podía luchar?

Negó con la cabeza. Solo era culpable de desconocimiento. El único responsable se llamaba Alec Carrington y en ese momento, por alguna circunstancia maquiavélica, se encontraba en mitad del cementerio mirando hacia su ventana.

La atención de Olivia se mantuvo clavada en la del hombre del tren. El estómago se le había

constreñido y apenas podía respirar. ¿Qué demonios hacía ahí? ¿Por qué volvía a su vida?

Dudó si bajar los estores y ocultar con ellos su presencia, olvidándole para siempre. Pero no podía. Lo que sentía en su interior era tan cercano al odio y a la ira que le asustaba.

Vacilante, salió del despacho y, agarrando su abrigo, improvisó una excusa para su asistente y bajó las escaleras. En el portal se detuvo, consciente de que quizás su presencia era un simple espejismo producido por demasiadas noches sin dormir correctamente.

Subió los seis escalones hacia el cementerio y se internó en un Boston de pronto silencioso. El tiempo parecía detenerse en cuanto se traspasaba el umbral de la verja de Copp's Hill y se entraba en el mundo de los muertos. Avanzó hacia la figura, que, en el centro del jardín, destacaba con el agua azul del puerto al fondo.

—Olivia —avanzó hacia ella en cuanto se percató de su presencia. Su voz era cálida, quebradiza.

—No te acerques, por favor. Lo que tengas que decirme, hazlo a esta distancia y en poco tiempo. Tengo que seguir trabajando.

—Necesito contarte demasiadas cosas.

—La parte de que tienes una familia ya me la conozco. ¿Hay algo más que necesites confesar? —Olivia se sorprendió de su propia frialdad. Temblaba como un flan bajo aquella terrible fachada que se desmoronaría en breve. Debía acabar cuanto antes con aquello.

—Todo lo que he dicho, todo lo que he sentido estando contigo, es real —el rostro de Alec era un compendio de emociones—. ¿No lo entiendes? Te quiero, Olivia. No puedo dejar de hacerlo.

—Eso... —contestó ella intentando que aquellas palabras no calaran en su interior—, ya no importa.

—Por favor —dio un paso hacia ella—. No puedo perderte de nuevo.

—Alec, deberías haberlo pensado antes de mentirme. Antes de engañar a tu mujer conmigo. Es algo que no puedo soportar. Es algo para lo que no estoy preparada y por lo que me siento terriblemente mal —tragó saliva tratando de no perder la compostura—. Lo que has hecho no tiene nombre. Es horrible. Y me demuestra qué tipo de persona eres.

—No me conoces, Olivia. Ni siquiera me recuerdas. No sabes cómo ha sido mi vida.

—No, no lo sé. No me dejaste averiguarlo. Adiós, Alec —Olivia se dio la vuelta y con toda la templanza de la que fue capaz, se marchó despacio, sin siquiera titubear.

Alec desvió su mirada hacia las copas de los árboles desnudos. Sus ojos vidriosos parecían querer escapar del presente, huir de aquel lugar, de aquel momento, y se sumergían de lleno en un pasado demasiado próximo que jamás podría eliminar.

Julio - 5 años atrás

Agra (India)

Alec sacó la cámara de su mochila y colocó el objetivo deseado. El camino desde el hotel Sai Palace, que tenía de lujoso únicamente el nombre, había sido una mezcla de olores y colores que solo se podía encontrar en la India.

Agra era mundialmente conocida por el increíble mausoleo que, tras cruzar la gran puerta, se levantaba ante sus ojos. El Taj Mahal, inmaculadamente blanco, con la claridad de un cielo sin nubes, tras un amplio jardín y varias fuentes, destacaba con sobrecogedora belleza.

Antes incluso de llegar al edificio, se detuvo a fotografiar los alrededores. Había gente pese a ser temprano, las mujeres con sus coloridas indumentarias, los hombres en vaqueros, algunos descalzos, turistas madrugadores en pantalones cortos y algunos niños correteando.

Llevaba casi una semana en la ciudad y aunque veía el Taj Mahal desde la azotea de su hotel, había preferido empaparse de la vida de las calles de Agra antes de visitar su más famoso monumento.

Rodeó el edificio hasta llegar al río Yamuna. Sacó varias imágenes de la otra ribera y de los pájaros que remontaban el vuelo de sus aguas verdosas. Detrás, la gran silueta del mausoleo intimidaba, proyectando su sombra hacia él. Apoyó la espalda en una barandilla y levantó la vista hacia la enorme cúpula y sus estilizados minarettes. Aquel edificio, construido en honor de la esposa de emperador musulmán Shah Jahan, no podía dejar indiferente. Los recuerdos de Alec tomaron la dirección incorrecta, situándose diez años atrás, en las preciosas curvas de la chica de Boston que rompió su corazón y con la que continuaba soñando. Agitó la cabeza disconforme. ¿Por qué seguía doliendo?

—«El Taj Mahal parece la encarnación de todas las cosas puras, de todas las cosas santas y de todas las cosas infelices. Es el misterio del edificio» —una voz hablaba muy próxima a él haciéndole regresar al presente—. Al menos eso dijo Rudyard Kipling.

Alec se giró hacia la muchacha que, con un bello sari rosa y celeste, le observaba con interés desde sus ojos oscuros y almendrados, enmarcados por unas largas pestañas negras.

—El señor Kipling sabía lo que decía —contestó él, sorprendido de que una mujer le hablara tan directamente en un país como aquel, en el que salvo en alguna aldea perdida por la que había atravesado, las mujeres solían mantenerse en un segundo plano.

—¿Eres norteamericano? Los británicos siguen pensando que esta tierra es suya y no miran los monumentos con tanta fascinación.

—Sí. Me llamo Alec, ¿y tú?

—Naisha —la mujer trataba de librarse de otra muchacha que tiraba de su brazo intentando llevársela de allí—. Y esta es mi hermana mayor, Priya.

Priya se detuvo poniendo cara de fastidio y resopló. Le dijo unas palabras en hindi y después se dio la vuelta.

—Resulta imposible mantener una conversación —Naisha esbozó una sonrisa—. ¿Vas a quedarte más tiempo por aquí, Alec?

—Seguramente, aunque no sé cuánto.

—¿Conoces el bar del hotel Mughal? Deberías ir esta noche, preparan los mejores cócteles de todo Agra —hizo un gesto de despedida con la cabeza y entrelazó su brazo al de su hermana,

alejándose.

Alec observó durante un rato el cuerpo menudo y sinuoso, envuelto en el ajustado sari, antes de sacar la cámara y hacerle una foto. Desconocía la vida nocturna de Agra y en ese instante, le apetecía mucho descubrirla.

El hotel Mughal tenía más estrellas que las baldosas que faltaban en el aseo del de Alec. Resultaba impresionante cruzar los jardines y acceder al fastuoso edificio con sus suelos de mármol y los altos techos de los que colgaban llamativas lámparas gigantes.

Se había criado en hoteles de lujo, pero llevaba demasiados años recorriendo moteles de bajo presupuesto como para dejarse impresionar por uno como aquel.

En el bar, la música sonaba invitando al baile. Había gente de todas las nacionalidades en mullidos sofás, charlando animadamente.

Alec se acercó a la barra y pidió un gin-tonic mientras observaba a su alrededor y sentía la ausencia de su cámara, con la que immortalizaba todas las caras de los países que recorría.

—Ya pensé que no vendrías.

La mujer que se le había acercado solo compartía con la muchacha del Taj Mahal los mismos ojos oscuros. Llevaba un vestido corto negro con un pronunciado escote y una melena azabache cayendo por su espalda en cascada.

—¿Naisha?

—Recuerdas mi nombre. Ya es un punto a tu favor —señaló uno de los sillones—. ¿Quieres que nos sentemos?

Alec la siguió, deteniéndose a contemplar la extraña fauna de aquel lugar, punto de encuentro, seguramente, de expatriados con ganas de sentirse en sus propios países.

—¿Y qué haces en Agra? —preguntó ella en cuanto un camarero tomó nota de su bebida—. No pareces el típico turista.

—Trabajo. Soy fotógrafo para *National Geographic* y preparo un reportaje sobre la India. Después me trasladaré a Nepal.

—Suena interesante, pero ¿no echas de menos a tu familia?

—Digamos que no tengo a nadie a quien echar de menos.

Ella hizo un gesto complacido, mostrando unos dientes perfectamente blancos. Se acercó sutilmente hasta casi rozar su brazo con el de él y Alec no pudo evitar una sonrisa.

—¿No eres muy joven para frecuentar sitios así? —preguntó él dando un sorbo a su gin-tonic.

—Tengo veintidós años y muy pocas ganas de desperdiciarlos. Llegué a un acuerdo con mi padre por el que me casaré al cumplir los veinticuatro con uno de sus socios, pero hasta entonces me deja hacer lo que quiera. Mi hermana mayor es la que sufre las peores ataduras.

—No creo que los turistas de visita corta a Agra sean muy interesantes.

—Estás equivocado. Es mejor conocer a alguien sabiendo que solo le tendrás unos días, se vive cada momento de una forma más... apasionada. ¿No piensas igual?

—Llevo viajando de país en país muchos años y no puedo estar más de acuerdo contigo.

—Brindemos, entonces —ella extendió su copa hacia la de él—. Por los nuevos y efímeros amigos.

Alec se despertó desubicado. Las sábanas eran demasiado suaves para tratarse de las de su hotel, que parecían estar confeccionadas con auténtica lija.

El sol filtraba sus rayos a través de unas cortinas granates. La habitación era inmensa y olía a cítricos. Se incorporó dándose cuenta del cuerpo desnudo que dormía a su lado. Su piel dorada contrastaba con la cama blanca, haciendo que la imagen fuera realmente hermosa. Aún aletargado por el exceso de alcohol, sacudió la cabeza y se frotó la cara para despejarse.

Pese a la bebida, recordaba perfectamente la noche. Le parecía increíble haber encontrado en aquel país alguien tan poco dispuesto a atarse a otra persona como él mismo.

Se levantó de la cama buscando su ropa y se vistió. Tenía que mandar las fotos que había hecho durante la semana y escribir un pequeño reportaje. Algo que se le daba terriblemente mal. Miró a Naisha, que dormitaba con placidez, y dudó si despertarla. Al final, garabateó una excusa en un papel y se lo dejó en la mesilla.

Salió casi a hurtadillas de la habitación y se escabulló de aquel magnífico hotel hacia el caos de las calles de Agra.

Durante las tres semanas que pasó en la ciudad, tomándola como base para explorar todo el estado de Uttar Pradesh, Alec se volvió a ver en varias ocasiones con Naisha. Le relajaba la despreocupación de la muchacha, las ganas de disfrutar de una vida que parecía tener fecha de caducidad.

Después de aquel tiempo, emprendió el camino hacia Nepal en una furgoneta que agonizaba mientras atravesaba los novecientos kilómetros que le separaban de Katmandú.

Recorrió el país cámara en mano, fue huésped de amables familias y compartió carretera con compatriotas viajeros y con otros periodistas. Pasó semanas en el parque nacional de Sagarmatha, a los pies del Monte Everest, realizando un reportaje sobre los alpinistas que se enfrentaban a la atrayente magia de la montaña más alta del mundo, de la que, algunas veces, regresaban sin vida.

Cinco meses después volvió a la India, tras visitar Nepal, el Tíbet y Bután. Agra había sido testigo de algunos altercados y él estaba demasiado próximo a la zona como para perder la oportunidad de acercarse.

Agra le recibió envuelta en una densa niebla. En invierno, las temperaturas nocturnas descendían hasta los cuatro grados, aunque volvían a alcanzar los veinte en cuanto el sol conseguía burlar a la bruma.

De las revueltas quedaban pocos vestigios, nada que le ocupara más de una semana, así que pidió un nuevo destino mientras descargaba las últimas fotos en uno de los cibercafés más frecuentados de la ciudad.

Respiró hondo con alivio al comprobar que, tras un buen rato de lenta agonía por la velocidad lastimera de conexión, le ofrecían Japón. Siempre había deseado viajar a aquel país. Era su oportunidad.

Se estiró en la incómoda silla y observó los rostros jóvenes de sus compañeros de mesa. Reconoció uno entre ellos: Priya, la hermana de Naisha. Ni siquiera había pensado en llamarla y quedar de nuevo. Apenas iba a quedarse unos días.

Cuando se levantó para pagar, se detuvo a su lado. La muchacha le observó confusa; también se acordaba de él.

—¿Qué tal está Naisha? —le preguntó tras saludarla.

Ella le observó inquieta y después de unos segundos se decidió a acompañarle a la caja.

—Mi hermana... —parecía aguantar las ganas de echarse a llorar y Alec comenzó a

preocuparse.

—¿Está bien?

La joven negó con la cabeza, mientras mantenía los ojos oscuros fijos en las viejas baldosas del suelo.

—Mi padre... la castigó —su inglés no era tan fluido como el de su hermana y se esforzaba por buscar las palabras—. Se enfadó con ella y la mandó a la casa de unos familiares, a las afueras... al campo. Apenas le dan de comer... tengo miedo de que se muera.

—¿Dónde está ese lugar?

—No puedo...

—Dímelo —Alec le agarró del brazo—. No pienso permitir que le hagan daño.

A ciento cincuenta kilómetros desde Agra, siguiendo el curso del río Yamuna, Alec encontró el diminuto pueblo de los parientes de Naisha. No le costó dar con su casa, pero pese a que se esperaba una situación difícil, no podía haberse imaginado una igual. La muchacha vivía en una cabaña parecida a un establo, en la que apenas podía ponerse de pie. Tenía unas mantas sucias por cama y el suelo se encontraba lleno de barro.

El bello rostro de Naisha aparecía demacrado y huesudo. Vestía harapos sucios y sus pies estaban descalzos. Se abrazó a él con desesperación en cuanto le vio.

—Nos vamos de aquí —dijo Alec apartando de un manotazo al hombrecillo que la retenía.

—No puedo —la voz de Naisha era un suspiro—. Debo esperar a que nazca el bebé.

Alec la observó con detenimiento y se dio cuenta de que Naisha estaba embarazada.

—¿Te ha encerrado por eso? —preguntó indignado, sintiendo su sangre hervir.

—Su socio no quiere casarse conmigo. Me ha repudiado —la muchacha se echó a llorar afligida—. Este es mi destino, Alec. Mi padre es muy rico, puede conseguir lo que quiera.

—No pienso permitirlo. Te sacaré del país —le ayudó a caminar hasta su coche, enfrentándose a los hombres que comenzaban a secundar al pariente de la chica.

Rápidamente, se subieron al vehículo y Alec arrancó en dirección a Agra. Buscaría un lugar seguro para Naisha como fuera.

El padre de Naisha era una persona muy influyente en la India. Alec se dio cuenta en cuanto llegó a su mediocre hotel y observó el todoterreno de alta gama aparcado delante. Había dos hombres trajeados con sendas gafas oscuras, recién sacados de alguna película de mafiosos de Bollywood. Naisha comenzó a temblar al verlos y se hizo una rosquilla en el asiento.

Otro coche se detuvo detrás de la furgoneta de Alec, impidiéndole maniobrar y dar la vuelta. Le abrieron la puerta y de forma brusca les indicaron a ambos que subieran a sus vehículos.

Alec, sujetando a Naisha, se introdujo en uno de los coches acompañado por los hombres. El camino hasta la casa de la familia Sridhar se hizo en silencio, con el único sonido del gimoteo de Naisha, abrazada al pecho de Alec.

En uno de los barrios más pobres de Agra, en el que aquellos vehículos mastodónticos apenas cabían en las callejuelas, se situaba una fortaleza. Los muros eran gruesos como un edificio entero y se levantaban varios metros sobre el suelo, empequeñeciendo las míseras casas colindantes.

Una gran puerta se abrió, dejando paso a la comitiva que la traspasó. Se internaron por un jardín poblado, al fondo del cual se hallaba una lujosa mansión.

El señor Sridhar, dueño de una importante empresa de exportaciones que tenía sedes en

numerosos países occidentales, no parecía disponer de paciencia para tratar ningún tema relacionado con su hija.

—Esta muchacha es una deshonra para la familia. En cuanto tenga al niño, la regalaremos a una familia para que sirva en su casa —dijo apenas accedieron a una enorme sala de techos labrados en madera—. Siempre supe que nos traería problemas, pero me cegó el amor que sentía por ella. Ahora ya todo es diferente. Mi hija es una vulgar ramera que se ha dejado mancillar por cualquier hombre.

—No está pensando cabalmente —medió Alec, tratando de fomentar la cordura en su interlocutor—. ¿En qué siglo cree que vivimos?

—Tú eres el que no sabe nada —el señor Sridhar le apuntó con un dedo y los hombretones de negro se situaron a su espalda, comenzando a ponerle nervioso—. Mi hija nos ha puesto en evidencia. Hace peligrar mi negocio. ¿Eres tú el padre de la criatura?

—No lo es —Naisha se le adelantó y, llorando, se arrojó a los pies de su padre—. Perdóname. Déjame que me oculte aquí, no quiero regresar al pueblo.

—¿Quieres seguir viviendo entre riqueza después de lo que has hecho? Ni se te ocurra. Esta tarde volverás al lugar de donde jamás debiste salir.

—¡Un momento! —Alec observó como el padre apartaba a su hija de un puntapié y la imagen le hizo dar un paso hacia ellos, encolerizado. Los hombres le sujetaron de los brazos, doblándoselos hacia la espalda—. Seguro que podemos llegar a un acuerdo. ¿Y si me llevo a Naisha a Estados Unidos? Puede decir que me he casado con ella, incluso que ese hijo es mío.

—Yo no miento, muchacho. Nadie puede dudar jamás de mi palabra. Cuando prometo, cumplo. Ahora ya puedes irte por donde has venido o mis hombres te arrancarán los brazos y te los servirán de cena.

Naisha lloró con más fuerza mientras se arrastraba hacia su padre y este volvía a golpearla.

—¡Espere! —gritó Alec. Los hombres le retorcieron los brazos hasta ponerle de rodillas—. No hace falta que mienta. Me casaré con ella, aquí, cuando quiera.

—¡No! —Naisha gemía hecha un ovillo—. No le haga caso, padre. No me obligues a casarme.

El semblante del señor Sridhar se transformó. Parecía reflexionar y se aproximó hasta Alec. Indicó a sus hombres que lo soltaran y por primera vez le miró directamente a los ojos.

—Bien. Te casarás con ella y serás el padre de ese crío. ¿Entendido? Veo que Naisha sufre ante la idea de abandonar este país y sus comodidades, así que será un castigo perfecto para ella —esbozó una sonrisa, complacido—. Te puedo ofrecer un puesto de trabajo en Los Ángeles, en Chicago o en Boston. Tú eliges. No os faltará de nada, te lo prometo con mi vida. Eso sí, no me defraudes.

Alec se giró hacia Naisha. Continuaba llorando en un rincón mientras su padre reía, intercambiando palabras con sus hombres. Se preguntó si había tomado la decisión correcta, si estaba actuando como debía.

Como respuesta, solo halló silencio.

Abril - Presente

Resultaba curioso comprobar cómo el mundo seguía su curso al otro lado de los muros de la editorial. Cómo la primavera conseguía hacer florecer los árboles de Boston y cómo la temperatura se suavizaba. Resultaba curioso ver cómo la vida continuaba mientras el interior de Olivia se mantenía sumergido en un abismo oscuro.

Era dura, fuerte, había conseguido sobrevivir y sobreponerse a los obstáculos del camino. Había logrado convertirse en lo que era, con un terrible esfuerzo y unas marcas que la acompañarían de por vida, recordándole lo que una vez fue y lo que perdió. Y en ese momento, pese a todo, no se sentía preparada para afrontar una situación así.

Poca gente podía darse cuenta de lo que bullía en sus entrañas. Para el mundo exterior seguía siendo una mujer segura, agradable y triunfadora. Sin embargo, esa fachada se resquebrajaba en presencia de Tina y de sus amigos y mostraba su dolor interno, que tras un mes parecía más llevadero.

—Olivia, tiene reunión con los de Netflix a la una —le recordó Oscar desde la puerta consiguiendo que Olivia abandonara la lectura de un tedioso manuscrito.

—Va a resultar difícil lograr que el autor ceda a las modificaciones que quieren hacer. ¿Sabes que intentan cambiar al protagonista por un león que habla?

—Cielos. ¿Y en qué parte del libro se menciona a algún tipo de animal de la sabana?

—Eso es lo que me pregunto. ¡A ver si es que les pasaste *Las crónicas de Narnia*! —Olivia se rio viendo la expresión confusa de su asistente—. Nada, no te preocupes. Ya me apañaré con ellos.

Dio un sorbo a su té ya casi frío y observó cómo el muchacho se sentaba tras su escritorio y comenzaba a organizar el correo. Era una auténtica máquina de procesado. Si no fuera porque se ponía colorado muy fácilmente, cualquiera podría pensar que se trataba de un ente biónico.

De pronto, al fondo del departamento, donde las escaleras serpenteaban hacia cualquiera de las cuatro plantas, Olivia distinguió a alguien conocido. Alguien que no debería estar ahí y que consiguió que, en un solo instante, el mundo se tambaleara a su alrededor.

Rebecca se giró hacia ella con la misma información en la mirada. Ambas se habían quedado tías como palos, con la vista fija en Benjamin Morrison y en la persona que le acompañaba.

Alec.

Los dos hombres se dieron la mano y Alec desapareció escaleras abajo hacia el portal. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Olivia había alcanzado a Benjamin, deteniéndole con súbita fuerza, cogiéndole del brazo y arrinconándolo contra una pared.

—Ups —dijo Ben alzando las cejas con fingida inocencia.

—¿Qué es lo que acabo de ver?

—Un trato comercial entre un editor de no-ficción y un fotógrafo.

—¿No hay fotógrafos en el mundo suficientes? —masculló Olivia acercando su rostro al de su inmóvil compañero y amenazándole con la vista.

—Pues la verdad es que hay pocos con esa calidad —Ben se encogió de hombros—. Ya sé que estás enojada con él. Yo también. Pero necesito sus fotografías y... ¿Qué quieres que te diga sin parecer un entrometido? ¿Has escuchado atentamente su historia?

—Ben —Olivia torció el gesto mientras negaba con la cabeza—, está casado, tiene un hijo, me mintió. Punto final.

—Las historias no las forma una única frase, ni siquiera diez. Tú más que nadie deberías

saberlo. Ahora que el tiempo ha pasado y que el dolor es menos punzante, ¿por qué no le escuchas una vez más?

—No ha vuelto a ponerse en contacto conmigo.

—Va a esperar diez minutos en el cementerio. Decide tú si quieres seguir enfadada con el mundo o empezar a sobrellevarlo.

—¿Has orquestado todo esto tú solo? —Olivia le miró con inquina—. ¿Desde cuándo se te ocurren ideas tan diabólicas?

—Culpa de Valentina. Me tiene embrollado en sus redes perversas y, por desgracia, algo se me ha pegado.

Olivia bufó haciendo que el pelo fino del editor se moviera como con un vendaval.

—Voy a bajar, Ben. Si esto contribuye a mi desquiciamiento total, juro que te mataré.

—Sacaré la espada de Sauron para protegerme; me la quedé de recuerdo.

Intentando no echarse a reír, al imaginarse al estirado editor portando un arma de mentira, Olivia bajó las escaleras hacia la entrada sin ni siquiera coger su abrigo.

Al salir a la calle notó el aire fresco del inicio de la primavera, pero no se amilanó y cruzó la verja del cementerio. Caminaba con la vista al frente, sin recapacitar, bloqueando las emociones y los pensamientos.

Su firmeza se vino abajo en cuanto le vio sentado en uno de los bancos, con su mirada ausente al otro lado de la bahía y con la brisa removiendo su cabello castaño.

—Has venido —dijo él de pronto, recayendo en su presencia e irguiéndose en el asiento.

—Ben cree que debo escucharte —Olivia tomó asiento en la esquina del banco y dirigió su mirada a algún punto indeterminado, entre las lápidas—. Es la persona más responsable, disciplinada e inteligente que conozco, así que he pensado que debería hacerle caso.

—Contactó conmigo por unas fotografías y... si no fuera porque necesito ese dinero jamás hubiera vuelto a inmiscuirme.

Se hizo un silencio tenso. Se observaron de reojo. Olivia notaba su corazón a mil por hora de nuevo ante la mirada turbadora del chico del tren.

—¿Por qué no me dijiste que estabas casado? —preguntó con la única intención de comprenderle—. Lo hubiera entendido.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo. Lo peor que pueden hacerme en el trabajo es despedirme con una cuantiosa indemnización.

Alec esbozó una tímida sonrisa. Después dirigió su atención al horizonte y la dejó vagar entre los edificios.

—Desde que te perdí hace quince años, ha habido otras mujeres —comenzó a hablar despacio, casi para sí mismo—. Lo mismo que ha habido otros países y otra gente. Viajé por todo el mundo buscando las mejores fotografías, los mejores atardeceres y los más bellos monumentos. Viví en múltiples ciudades, poblados y aldeas, hice amigos que perdí casi al instante. En la India estuve en dos períodos, el primero de cinco meses en Agra fue intenso. Allí conocí a una mujer, Naisha Sridhar. Era bella, desinhibida y rica.

»Lo que me parecía perfecto de las relaciones que mantuve en aquellos años, era que tenían fecha de caducidad. Enseguida me marchaba, ellas rehacían su vida y yo empezaba la mía en un nuevo lugar. Sin complicaciones, sin ataduras —tomó aire como si recordar comenzara a dolerle—. Sin embargo, regresé a Agra y me reencontré con ella. Estaba embarazada y era una deshonra para su familia. Vivía repudiada y encerrada en el campo, esperando el nacimiento de su hijo

para darlo en adopción. No era mío, si es eso lo que te preguntas, pero cometí una estupidez. No me pude quedar de brazos cruzados e hice lo que se esperaba de mí. Me casé con ella. Le di una esperanza y un futuro que parecía ponérsele en contra. Su padre nos compró la casa de Boston y me introdujo en el negocio de exportaciones familiar. Dejé la fotografía, los viajes, mi libertad.

»He criado a ese niño como si fuera mío, he intentado no fallar a mi familia y enorgullecer a su padre, pero he caído en picado. Cuando te reencontré en el vagón del tren, mi vida era un sinsentido. Tengo una mujer arrogante, que me odia por haberla sacado de su país, por haberle dado una vida que no disfruta, que me impide ver al niño cuando se enfada o que comete mil locuras. He pasado de enfrentarme a ella a tratar de ser invisible, a desear que pasen los días y lograr arañar minutos con Nathan.

—¿Nathan? ¿Como tu hermano?

—Sí. Él es el único motivo por el que no he huido de este sitio. Es el que me mantiene cuerdo cuando todo se vuelve en mi contra. Él... y ahora tú. ¿Sabes qué pensé al verte en el tren? Que el destino era más cruel de lo que creía, que cuando me sentía hundido, encima me mandaba una visión de lo que pudo haber sido y jamás fue.

—¿La quieres? —Olivia tenía el corazón encogido, se sentía diminuta en un mundo que, en ese momento, la sobrepasaba y la convertía en insignificante. ¿Quién era ella para entrometerse en una familia?

—No —Alec tenía la mirada perdida en el suelo. Sus manos masajeaban sus sienes—. Jamás la he querido. Solo hice lo que creí que estaba bien. No hay día que no me arrepienta. Entonces, Nathan me da un abrazo o un beso y siento que las cosas no son tan malas. ¿Sabes? No tengo nada a mi nombre, no tengo dinero propio, todo lo maneja su padre. Y eso me daba igual. Tampoco quería ir a ningún lado. Pero ahora vuelvo a sentirme vivo, tengo algo por lo que luchar. Y lo haré. Me has abierto los ojos, me has hecho ver de nuevo al otro lado del cristal oscuro que tenía delante, que existe otro mundo, que aún no estoy muerto. Entiendo que no quieras saber más de mí, que me veas como la persona más insensible, malvada y horrible del mundo. Seguramente consideres que tener una familia, una casa y un perro sea algo admirable y que debería estar agradecido. Puede que tengas razón, puede que yo sea realmente un indeseable. Puede que me merezca lo que me suceda. Pasé de mi hermano, le abandoné a su suerte y le perdí; me di por vencido en tu búsqueda y renuncié a ti. Me he ganado este sitio en el infierno.

—No pongas palabras en mi boca, Alec. Yo no pienso nada. No te califico, no soy quién para culparte de nada. Solo opino que me merecía la verdad.

—¿Hubieras venido a la cita conmigo sabiéndola? No. No lo hubieras hecho. Sé que cometí un grave error al no contarte nada, pero, por más mezquino que parezca, tengo que decir que no me arrepiento —la observó directamente—. Al menos dispongo de suficientes recuerdos de los últimos meses para llenar el resto de mi vida.

—Eso es muy egoísta —Olivia se levantó del banco, enfadada—. ¿Y yo? ¿Qué pasa con lo que yo siento en todo este asunto? ¿Y tu mujer?

—¿Mi mujer? —él resopló tensando la mandíbula. Su cuerpo estaba rígido y apretó sus manos como si fuera a arrancarse los dedos—. Hace casi un mes, mi mujer intentó cortarse las venas delante del niño, para culparme a mí. He estado quince días convenciendo a mil psicólogos y terapeutas de que no soy un maldito maltratador. Y cuando parece que lo peor ha pasado, cuando voy a regresar a mi desahogada vida, Naisha se fuga con Nathan. Llevan fuera una semana. No tengo ni idea de si ha hecho alguna locura o si siquiera va a regresar. ¡No sé nada!

¿Crees que puedo sentirme mal por ella? —se puso en pie con el rostro convertido en una máscara gélida y distante.

Olivia no sabía qué decir. Era tal el dolor que él irradiaba que resultaba difícil mantenerse estable a su lado. Sus ojos se inundaron en lágrimas, trató de contener la emoción. Alec había perdido muchas cosas fundamentales en su vida, y de nuevo volvía a sucederle.

—No puede quitarte a Nathan —musitó ella de repente—. Tienes un hijo. Eso es lo más importante en el mundo. No deberías dejarle ir ni que te lo arrebataran.

—¿Supones que no lo sé? Volverá. Siempre lo hace.

—No, Alec. No puede llevárselo cuando quiera. Está cometiendo un delito alejándole de ti. Debes pelear para que regrese a tu lado.

—Lo he intentado, decenas de veces. El señor Sridhar es terriblemente peligroso e influyente y jamás me lo permitirá.

Olivia elevó la vista al cielo, a las algodonosas nubes que se movían ligeras, empujadas hacia el mar.

—No se ha enfrentado a Chloe en un juicio. Mortífera es su sobrenombre.

Alec intentó esbozar una sonrisa.

—Esto no es un capítulo de una novela —dijo negando con la cabeza—. Aquí el final no es ni justo, ni perfecto. Te agradezco tu ayuda, pero no puedo involucrarte ni ponerte en riesgo.

—Ya estuve muerta, Alec. Sé que las historias son más amargas en la vida real y que nada termina como debería ser. No hay parejas que duren una vida, ni sentimientos que se mantengan inalterables. Todo cambia, todo se vuelve del revés. Fui idiota al pensar que podría lograr un sueño contigo, debí recordar que la vida real no transcurre de esa forma, que es cruel y despiadada, convierte los cuerpos bellos en cicatrices y te arranca recuerdos y sueños. Pero lo mismo que me ha hecho más dura e insensible, me ha convertido en alguien más tenaz. Así que te aseguro que pelearé para que Nathan esté con su padre.

—Te equivocas en una cosa, Olivia. Sí hay sentimientos que duran una vida, pese a no ser correspondidos. Me enamoré de una cría de dieciséis años y, a día de hoy, pese a pensar durante una eternidad que jamás podría estar conmigo, continúo sintiendo lo mismo.

Olivia separó la mirada, que involuntariamente mantenía atada a la de él, y respiró hondo para no mostrar ninguna emoción.

—Eso ya no importa. Fue simplemente un sueño —carraspeó nerviosa y buscó la fachada de la editorial para agarrarse a algo conocido y seguro—. Vayamos a hablar con Chloe y veamos qué debemos hacer a continuación.

El bufete de abogados Rudolph Sullivan y Asociados se encontraba en la calle State, cerca de los juzgados. Se trataba de un edificio peculiar, chapado en grandes losas, elegante e intimidante, del que salían a aquellas horas de la tarde decenas de personas trajeadas y completamente ocupadas con sus teléfonos móviles.

Chloe había tardado menos de un día en buscarles un hueco en su apretadísima agenda y Olivia se encontraba de nuevo junto a Alec, con ganas de encauzar aquel tema y salir corriendo de allí.

—Tengo que agradecerte tu ayuda —dijo Alec observándola desde la esquina opuesta del lujoso ascensor, separados en una especie de cuadrilátero de boxeo donde Olivia no podía escapar de su presencia.

—Aún no he hecho nada —se encogió de hombros tratando de quitar importancia y desvió su atención a los números de las plantas por las que iban ascendiendo—. Chloe es la mejor abogada que conozco. Dentro de poco será socia, se lo ha ganado con creces. Se ha ofrecido a llevar tu caso en sus ratos libres sin ningún tipo de remuneración porque sabe que lo va a ganar. Eso sí, debes de ser completamente sincero con ella.

—Ya no tengo nada que ocultar —las puertas del ascensor se abrieron. Había un vestíbulo en mármol delante, con las iniciales del bufete en la pared de enfrente. Alec dio un paso hacia adelante y comprobó extrañado que Olivia se mantenía en el sitio—. ¿No vas a acompañarme?

—Te he traído hasta aquí —dijo ella nerviosa, esperando que las puertas decidieran cerrarse de una vez—. Cuéntale a Chloe todo. Estoy segura de que irá bien. Adiós, Alec.

—Sé que te he hecho daño, Olivia —dijo él avanzando hacia ella y deteniendo las puertas del ascensor—. Solo te pido egoístamente que aguantes junto a mí unos minutos más. ¿Puedes?

Ella asintió nada convencida y le acompañó hacia las dos recepcionistas que, tan bellas como el mármol e igual de frías, tomaron nota de sus nombres y los derivaron a la sala de espera.

Se mantuvieron en un silencio tirante mientras Olivia fingía leer con interés un libro indigerible de sentencias y Alec hacía figuritas con un trozo de periódico.

—¡Chicos! —Chloe entró en la sala cuando Olivia buscaba una excusa para marcharse—. Venid.

La siguieron por amplios pasillos llenos de despachos y enormes salas de reuniones. Entraron en una habitación de reducidas dimensiones donde destacaba un amplio ventanal y una mesa repleta de documentos, de la que sobresalía una foto de Chloe con Larry el día de su boda.

—Por favor, tomad asiento —les mostró dos sillas y ella se dejó caer en una butaca—. Tengo que decir, Alec, como amiga que creía que era, que estoy tremendamente disgustada contigo. Me parece que te has comportado como un capullo egoísta y un cabrón sin sentimientos.

Tanto Olivia como el aludido la miraron perplejos.

—Y dicho lo dicho —Chloe carraspeó y adoptó una postura más profesional—, ruego que me relates sin saltarte una coma, qué demonios ha sucedido para que un niño esté separado de su padre sin motivo alguno.

Durante casi media hora, Alec narró su situación familiar a Chloe, quien le hizo muchas preguntas mientras tomaba notas directamente en su portátil.

—¿Tu mujer, Naisha Carrington, ha presentado alguna denuncia por malos tratos en este tiempo? —preguntó la abogada, consiguiendo que el nombre despertara escozor en los pensamientos de Olivia.

—Amenazó muchas veces con hacerlo, pero nunca lo llevó a cabo.

—¿Y tú la has denunciado? —Chloe le miró fijamente con sus ojos oscuros y francos.

—¿Yo? ¿Por qué debería hacerlo?

—Desde aquí veo un corte reciente en el cuello, parece profundo —contestó la abogada señalándole—. No creo que te lo hayas hecho afeitándote. ¿Cuántos hay más, Alec?

Olivia se giró hacia él extrañada. Parecía de repente terriblemente inseguro. Se subió las solapas del cuello de la camisa tratando de ocultar la herida y fijó la vista en la alfombra del suelo.

—Olivia —dijo él en un susurro—. Sé que te he obligado a quedarte. Ahora me gustaría pedirte que te fueras. Debo hablar con Chloe a solas.

Olivia asintió desconcertada. No podía imaginarse al enorme y fuerte Alec Carrington sufriendo vejaciones de una mujer como Naisha. Pero cuando se levantó y le vio hundido en

aquella silla, que parecía consumirle con cada segundo que pasaba en ella, no le cupo duda de que había omitido demasiadas cosas graves en la historia que le había contado.

Salió al pasillo y caminó hacia la entrada. Apenas había gente a aquellas horas, mientras la noche barría las ventanas. Olivia se detuvo en la sala de espera y tomó asiento. Por más que se continuara sintiendo engañada e idiota, no pensaba dejar que Alec se enfrentara a aquello él solo.

La maquinaria legal se puso en marcha con tal velocidad que sorprendió a la propia Olivia. Descubrieron rápidamente que Naisha había huido a la India con Nathan como que su padre no iba a permitir ninguna acción judicial en su contra. Las amenazas no tardaron en llegar y no se limitaron a simples llamadas intimidantes.

Apenas cinco días después de la reunión con Chloe, Olivia estaba organizando su casa, dejando espacio en los armarios para la ropa de verano. La señora Potter la seguía de un lado a otro, colocando lo que ella descolocaba.

—¿Realmente quieres organizar algo o estás tratando simplemente de marearme? —dijo la mujer, cansada, deteniéndose a tomar aire—. Si no fuera porque te conozco desde hace años, pensaría que hay un hombre atravesado en tus pensamientos.

Olivia iba a responderle cuando sonó su teléfono. La señora Potter, más rápida que un halcón peregrino, se lanzó en picado a por el aparato y observando con las cejas pegadas a su flequillo canoso el nombre que destellaba en la pantalla, se lo tendió a Olivia con una sonrisa de victoria que parecía decir «lo sabía».

—¿Alec? —Olivia anduvo hacia la cocina huyendo de la mirada perspicaz de la señora Potter. No había hablado con él desde que regresaron del bufete de abogados. Principalmente, porque suponía que la distancia le permitía ser más cabal y decidida. Resultaba muy difícil tener a Alec a unos metros de distancia, incluso al otro lado del teléfono, y no sentir nada, así que deseaba zanjear aquel asunto cuanto antes y regresar a su vida.

—Olivia... —la voz entrecortada y agónica de Alec le arrancó de sus pensamientos, confundiéndola.

—¿Estás bien?

—¿Puedes venir... a casa?

—Sí, claro. ¿Pasa algo? —preguntó alarmada.

El silencio se hizo al otro lado. Olivia volvió a llamarle, pero la línea sonaba ocupada, así que se puso una chaqueta rápidamente, dispuesta a coger un taxi.

—Espera, yo te llevo —la señora Potter debía tener, entre sus muchas cualidades, la de vidente, porque en dos pasos se situó junto a Olivia con un manojito de llaves en la mano y el dedo apuntando hacia su Chevrolet azul celeste que aguardaba aparcado en la puerta.

Olivia asintió agradecida y salieron rápidas en dirección a Concord. El tráfico del sábado era apenas inexistente; sin embargo, el campo de golf estaba a rebosar de jugadores, dadas las perfectas condiciones climatológicas. Se internaron por la calle Old Marlboro con Olivia convertida en un manojito de nervios mientras veía las casas desfilas por su ventana como antiguos fantasmas del pasado.

—Por aquí vivían las *Mujercitas* —dijo la señora Potter—. También una antigua amiga que regenta una casa de citas. No sé qué tienen que ver las dos cosas, pero así es.

Olivia no la escuchaba. Toda su atención se encontraba en el edificio al que se acercaban y que aún formaba parte de sus pesadillas. Casi se tiró en marcha mientras la mujer detenía el

coche con dos ruedas subidas a la acera.

Renqueó hasta la entrada y golpeó la puerta con los nudillos, que se abrió despacio.

—¿Alec? —le llamó entrando en el lóbrego interior. Pese a que la claridad inundaba la calle, las cortinas estaban echadas, sumiendo el amplio vestíbulo en una oscura quietud—. ¿Dónde estás?

Intentó avanzar, la señora Potter la detuvo con la respiración jadeante.

—Hay un perro en el jardín... —murmuró—. Está muerto.

Entonces Olivia escuchó un sonido ahogado y salió corriendo hacia el lugar de donde procedía, notando en cada poro de su piel que nada bueno se ocultaba tras las puertas correderas que tenía delante. Las abrió dificultada por su propio nerviosismo, tropezó con el marco y entró atropelladamente en una sala que parecía haber sufrido un terremoto. Nada estaba en su lugar. Lámparas, mesas y decoraciones se encontraban volcadas o rotas y, en el centro, sobre una alfombra teñida de rojo, se encontraba el cuerpo tendido de Alec.

Olivia se lanzó de rodillas a su lado mientras la señora Potter gritaba alarmada. Los ojos de Alec permanecían cerrados y tenía múltiples heridas en el rostro. En su mano sujetaba aún el móvil.

—Alec, Alec —Olivia le zarandeó asustada. No estaba preparada para perderle de aquella forma. Pese a las mentiras y a los mil sentimientos contradictorios, no podía perderle—. Estoy aquí.

Él levantó los párpados con dificultad. Su mirada era vidriosa y confusa.

—¿Olivia?

—Sí, sí, soy yo. Voy a llamar a la ambulancia —contestó ella con el corazón palpitando de nuevo.

—No —Alec trató torpemente de incorporarse y Olivia se lo impidió, obligándole a tumbarse de nuevo—. Estoy bien.

—¿Ha sido el señor Sridhar? —Olivia palpaba el cuerpo de Alec esperando encontrar heridas más alarmantes—. ¿Te ha disparado? Aquí hay mucha sangre.

—No es solo mía —Alec hizo un intento de sonrisa presuntuosa, que le produjo un acceso de tos. Se encorvó por el dolor.

—Estás hecho un asco.

—Y tanto... ahora mismo veo a mi abuela Florence en el salón, y te juro que lleva muerta veinte años.

Olivia siguió la mirada que Alec mantenía en la petrificada señora Potter y no pudo evitar una risa.

—Esa es tu hada madrina, me ha traído a salvarte a la velocidad del rayo —dijo ella ayudándole a incorporarse—. Y ahora, si es tan amable, nos va a acompañar al hospital.

—No quiero explicarle a nadie lo que ha pasado —murmuró él con esfuerzo—. La próxima vez no vendrán solo a utilizarme de saco de boxeo.

—¿Y qué propones? ¿Cruzar los dedos para que no te hayan reventado el bazo y que te estés desangrando por dentro?

—Puedo llamar a mi sobrino. Es médico —dijo la señora Potter agachándose a su lado—. Si le llevamos a Cambridge, seguro que podrá acercarse a echarle un vistazo. Vive en tu misma calle.

—Por favor —rogó Alec llevándose una mano al costado mientras trataba de ponerse en pie—. Te prometo que sobreviviré.

—Si se te ocurre intentar morirte, te remataré con mis propias manos.

Entre la señora Potter y Olivia consiguieron levantarlo y, cojeando, lo arrastraron hacia el coche.

La generalmente solitaria casa de Olivia Barnett en Cambridge parecía en aquellos momentos el camarote de los hermanos Marx al completo. La señora Potter había traído a su sobrino el médico, a su nuera la enfermera, a su ahijada la pediatra y a su marido, el fontanero. Este último porque preparaba unos buenos cafés y de paso revisaba las cañerías.

Entre todos subieron el pesado cuerpo de Alec hasta el dormitorio de invitados, en el que quedó de manifiesto, enseguida, que resultaba pequeño para él. De todas formas, y con los pies sobresaliendo fuera del colchón, Alec se quedó dormido después de que el doctor le administrara un calmante y le hubieran curado las heridas.

—Tiene marcas recientes en la espalda, aparte de la incisión del cuello —dijo el sobrino de la señora Potter tomando un café en la cocina—. Parecen quemaduras. ¿Seguro que no trabaja para la mafia? Le han pateado como a un balón de fútbol, pero es duro y dudo que presente complicaciones.

—Os agradezco mucho vuestra ayuda —indicó Olivia apretando la taza de cerámica entre sus manos—. Alec no está pasando por un buen momento, pero creo que su situación mejorará en breve.

—Eso esperamos —apuntó el señor Potter tomando la dirección de la salida y agarrando a su mujer del brazo, ya que no parecía dispuesta a abandonar a Olivia—. Como me he aburrido un poco, he desatascado el fregadero y he apretado los mandos de la ducha, que andaban algo sueltos. Buenas noches.

Se despidieron en el porche y Olivia los vio alejarse mientras Cambridge resplandecía bajo la luz tenue de algunas estrellas solitarias.

Alec consiguió incorporarse al día siguiente sin ayuda. Olivia no había logrado dormir demasiado teniéndole al otro lado de la pared y, como una obsesa, había acudido una decena de veces a vigilarle mientras dormía, dándose cuenta en todas y cada una de ellas de que era incapaz de controlar su pulso cuando le veía. Resultaba más que una simple atracción física, era algo más profundo, más antiguo, que la llamaba desde dentro y que conseguía hacerle flaquear en sus convicciones.

—¿Quieres un café? —le preguntó tratando de parecer despreocupada. Él la observó sentado en la cama. Le habían vendado como al mismo Tutankamón, pero seguía mostrando demasiada piel. Demasiada para lo que Olivia estaba preparada. La mirada de ambos se encontró y ella la desvió hacia la ventana.

—Te lo agradecería infinitamente, pero antes, ¿me podrías hacer un favor? —señaló su ropa—. No puedo ponerme algo más decente sin ayuda.

Olivia cogió una camiseta y avanzó hacia él con su determinación más hundida que la misma Atlántida. Se aproximó lo necesario para conseguir introducísela por la cabeza, mientras Alec intentaba ayudarla a duras penas.

—Duele como si me hubieran reventado todas las costillas —musitó él tan próximo que emanaba una calidez atrayente.

—No has querido ir al hospital, así que no te quejes —Olivia consiguió terminar de ponerle la camiseta y dio un paso hacia atrás.

—Gracias por ayudarme, por... todo —de nuevo mantenía la mirada turbadora sobre ella y le resultaba imposible separarse—. Sé que te molesta tenerme cerca, así que trataré de buscar un hotel lo antes posible. Con el adelanto que me hizo Benjamin, puedo permitírmelo. La cuenta bancaria está bloqueada y ayer se llevaron el coche. El señor Sridhar sabe cómo tocar las narices.

—No son solo las narices lo que te tocó ayer, Alec. Me preocupa que la próxima vez decida matarte.

—¿Así que estás preocupada por mí?

—Me preocupo por cualquiera. No te sientas especial.

Él soltó una carcajada que debió causarle dolor en el cuerpo y se llevó la mano a las costillas.

—Caray, rizos, sabes cómo desmoralizar al más engreído.

—Te traeré el café y algo de comer antes de que te rompas en trocitos —Olivia salió de la habitación apretando el paso y con ganas de echar a correr. No iba a resultar nada fácil tener al dichoso Alec Carrington bajo su mismo techo.

Antes de lo previsto, Alec se recuperó completamente y consiguió un hotel en Boston. De forma que Olivia pudo volver a su rutina, sin tropezar constantemente con el cuerpo atractivo del chico del tren por los estrechos pasillos de su casa, o compartiendo desayunos y cenas en la diminuta mesa de su cocina. Si el hombre que había conocido por casualidad en un vagón a las siete y media había conseguido encandilarla hasta la médula, el que paseaba por su hogar desvalido y preocupado por su hijo, pero atento y agradable, había terminado de convertirla en lo más parecido al doctor Jekyll y mister Hyde, con giros abruptos en sus emociones y poniendo en riesgo absoluto su salud mental.

Por ello, volver a perderle de vista le provocó un vacío triste y desolador. Olivia se obligaba a recordar las mentiras, lo que había sentido; pero enseguida, el castillo de naipes, tambaleándose por todos los estragos de su breve relación con Alec, se desmoronaba.

Pasaron las semanas sin apenas contacto. Las investigaciones estaban en punto muerto y no parecía haber negociación posible con Naisha o con su padre. Sin embargo, en la editorial todo marchaba viento en popa. Se cerraron varios contratos interesantes, se obtuvieron premios y se vendieron los derechos para dos películas y una serie. Olivia apareció en varios reportajes como un referente en el mundo editorial del país y se ganó por ello una medalla gigante de chocolate por parte de sus compañeros.

—Sigo pensando que te quieren más a ti que a mí en esta oficina —Ben paseaba por el despacho de Olivia con su té verde en la mano como si fuera el cetro de un rey medieval—. Cuando me entrevistaron en el programa de la tele *Boston Today*, no me regalaron nada. Ni siquiera esa horterada de medalla.

—Era el mismo día de la Super Bowl. Siento decirte, Ben, que nadie te vio.

—¿Me eclipsó una cantante ligera de ropa cantando el himno nacional?

—Dos de ellas exactamente.

Ben intentó no sonreír, pero los ojillos verdosos delataron su tentativa.

—Bueno, cambiando de tema —dijo apoyándose en la ventana y mirando hacia el cementerio—. ¿Qué pasa con el seductor muchacho del ferrocarril? ¿Lo has olvidado completamente?

—Por supuesto. No sé por quién me tomas. Ha paseado sus músculos por toda mi casa y me he mantenido fría como el acero.

—¿Y qué hace ahí fuera?

Olivia dio un bote en la silla y estuvo a punto de estamparse contra el cristal al girarse. Benjamin rio abiertamente.

—¿Completamente olvidado? ¡Ya! —bromeó—. Resultas casi más tragicómica que un servidor con Valentina.

Sacándole la lengua en un burdo gesto infantiloides, Olivia abandonó el despacho lo más rápido que le permitió su cuerpo, en dirección al cementerio.

Los rayos del sol de mediodía jugaban con el atractivo rostro de Alec como si fuera el mejor entretenimiento. Olivia se dio cuenta de que mantenía su vista clavada en él cuando debía llevar demasiado tiempo haciéndolo.

—Hola —dijo él haciéndola despertar de golpe—. Parece que has visto un fantasma.

—Empiezo a pensar que tienes un gusto ligeramente enfermizo por los sitios lóbregos. De ahí a la necrofilia hay un simple paso.

—¿Quién demonios planta una editorial junto a un cementerio?

—Edgar Allan Poe adoraba este sitio. Tiene ciertas dosis de romanticismo y de terror gótico.

—¿Poe? Era el único escritor por el que compartíamos afición mi hermano Nathan y yo: «Mantén siempre una botella de licor a tu lado. Si un pájaro comienza a decir tonterías en medio de la noche, sírrete una copa.»

—Esa cita es buena, aunque prefiero: «No creas nada de lo que escuches y solo la mitad de lo que ves.»

—Supongo que eso va por mí, ¿no? —Alec avanzó hacia ella antes de que fuera consciente. Su rostro estaba serio, grave. Abarcó la cara de Olivia con sus manos y la observó con la intensidad que le permitían aquellos odiosos ojos azules—. «A veces estoy aterrorizado de mi corazón; de su constante hambre, de lo que sea que quiera. La forma en que se detiene y comienza.»

Olivia abrió los labios para decir algo. La cercanía de Alec quemaba, pero en ese instante, prefería derretirse en aquel fuego que seguir helada fuera de él. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Iba a seguir toda su vida huyendo de ese momento? ¿Y si el destino le estaba dando una nueva oportunidad? ¿Iba a dejarlo pasar?

—Alec, yo...

El sonido de un teléfono quebró el magnetismo que iba acercando sus cuerpos, que aproximaba sus rostros. Alec buscó su móvil en el pantalón, indeciso, y lo que fuera que mostraba la pantalla le hizo descolgar enseguida.

—¡Naisha! —le oyó gritar Olivia, despertando del extraño momento de vacilación en el que se había visto envuelta de repente—. ¿Dónde estás?... ¿Cuándo vuelves?...

Olivia parpadeó observando cómo los pasos de Alec se alejaban de ella, cómo se separaba inconscientemente, cómo la realidad volvía a distanciarles. Aquello era un absurdo. Olivia no tenía cabida en el mundo de Alec, no debería tenerla.

Bajó la mirada al suelo, a la tierra del camino, a la que sepultaba los cuerpos en aquel lugar desde 1659. Despacio, como si sus piernas pesaran más que de costumbre, se dio la vuelta y salió del cementerio de Copp's Hill rota, sin la intención de volver jamás.

Mayo

El aeropuerto internacional Logan de Boston estaba saturado aquel primer sábado de mayo, ya que coincidían un congreso de biomedicina molecular (significara eso lo que significara) y una feria de diseño vanguardista.

Olivia llevaba quince minutos de pie junto a Chloe y a un asistente social, cuya cara le recordaba a un berro amargo, delante de las grandes puertas de llegada de viajeros. No podía evitar encontrarse nerviosa. Naisha y el pequeño Nathan regresaban a Boston obligados por una orden judicial. Por fin se había llegado a un acuerdo aparentemente amistoso con el señor Sridhar. La verdad era que de amistoso no había tenido demasiado. Chloe había encontrado mil trapos sucios escondidos en las empresas del padre de Naisha y, ante la posibilidad de un chivatazo a las autoridades correspondientes, el señor Sridhar había colaborado de repente de forma pacífica y respetuosa con Chloe, para traer a su hija desde la India.

Alec había llegado hacía una eternidad y descansaba en un banco pendiente de las puertas como si le fuera la vida en ello. No era el momento de explicarle por qué no le devolvía las llamadas o los mensajes, no era el momento de aclarar la situación que quedó en el aire en el cementerio de Copp's Hill. Tampoco era el momento, ni jamás lo sería, en cuanto llegara su familia.

Sin embargo, Chloe le había pedido que le acompañara al aeropuerto en la identificación de la madre y del niño y que colaborara en el posible conflicto que podría desencadenarse. Y allí estaba Olivia, con más ganas de lanzarse delante de un Airbus A380, con dos plantas, cuatro motores y trescientas toneladas de peso, que de mediar en ningún conflicto entre Alec y su esposa.

Inspiró y soltó el aire despacio, intentando tranquilizarse.

—Me estás poniendo nerviosa —soltó Chloe—. ¿Esperas que la mujer traiga un chaleco con explosivos o que se lance a besar a Alec como una desenfundada? ¿Qué te asusta más?

—Lo segundo, claramente —Olivia se agarró del brazo de su amiga y apoyó la cabeza en su hombro—. Últimamente, no me funciona bien el cerebro.

—No te funciona bien desde que te pasaste todo un curso escolar contestando mensajitos a un chico misterioso de Sarasota.

Las puertas se abrieron y una multitud empujando carritos o arrastrando maletas, comenzó a surgir a borbotones hacia ellos. Alec se había levantado y casi de puntillas intentaba atisbar entre la gente, Olivia prefería mantenerse con los ojos cerrados, como si se tratara del desenlace de una película de Stephen King.

El trasiego de personas comenzó a mermar. Alec se apoyaba en la balaustrada metálica que les separaba de las puertas y ellas avanzaron hasta situarse a su lado, seguidas del asistente social que bostezaba como un auténtico frenético, aburrido de esperar.

—No ha venido... —murmuraba Alec enfadado.

Chloe apoyó su mano en la que Alec mantenía agarrotada en la barandilla.

—Si es así, no nos detendremos, te lo prometo.

Él la miró con agradecimiento, sus ojos gélidos hasta hacía un segundo se habían tornado tan cálidos como los que Olivia atesoraba en sus mil recuerdos. Tragó saliva y dirigió su vista a las puertas, que volvían a abrirse una vez más.

Apareció una mujer alta, con un tenso moño perfectamente peinado y un traje rojo de falda y chaqueta a juego. De su mano traía a un niño de pelo y tez oscura y profundos ojos canela.

Avanzó hasta Alec y le hizo entrega de un sobre repleto de documentos.

—¿Alexander James Carrington? —preguntó ella—. Necesitaría ver una documentación acreditativa para poder entregarle a su hijo.

El asistente social se tensó a su lado tanto como Chloe.

—¿No ha venido su madre? —se adelantó la abogada—. ¿No ha viajado con el niño en el avión?

—No —contestó la mujer con aparentes ganas de marcharse—. Por lo que sé, su hijo ha volado solo desde Agra. Su documentación está en el sobre, lo mismo que algunas cosas personales. Si no les importa, he de irme a por otro pasajero —revisó la acreditación de Alec, le tendió al niño y se alejó hasta que las puertas por las que había venido la engulleron de nuevo.

El pequeño hizo lo imprevisible tras más de un mes separado de su padre, reculó asustado hasta dar con las piernas de Olivia y se escondió tras ellas.

Olivia se agachó a su lado. Sabía tanto de niños como de mandarín avanzado, o sea nada, pero lo único que percibía era miedo, incertidumbre, algo a lo que sí estaba acostumbrada.

—Hola Nathan —le dijo con suavidad—. Me llamo Olivia. ¿Te apetece ir a tomar un helado?

El rostro de Nathan se iluminó y asintió repetidamente con la cabeza. Olivia se irguió y le tendió una mano que el niño agarró al instante. Dirigió una mirada a Alec, que irradiaba frustración por cada poro, rígido en el sitio, con la vista del asistente social clavada en cualquiera de sus movimientos.

—Chloe, ¿nos acompañas a tomar algo? —dijo Olivia comenzando a caminar hacia la cafetería del aeropuerto—. Mira, Nathan, esta chica tan maja ha conseguido que puedas volver a casa. Tu padre te ha echado mucho de menos y la ha contratado para traerte de vuelta.

El niño las miró a ambas, para luego fijar su atención absoluta en el puesto de helados.

—¿Esperabas que esto sucediera? —preguntó Olivia en un susurro a Chloe.

—Los padres y las madres son capaces de cosas maravillosas, pero también de todo lo contrario. No sabemos lo que Naisha puede haberle contado, ni el daño que ha sufrido. Si queremos que vuelva con su padre, me parece que deberá pasar un examen psicológico y físico. Dudo mucho que el asistente social vaya a entregárselo a Alec en estas circunstancias —Chloe acarició el pelo liso y negro del niño.

Mientras Nathan se tomaba un helado gigante de dos bolas, observando los aviones que aterrizaban al otro lado de una enorme cristalera, lo que Chloe había adelantado se convirtió en palabras en boca del asistente social.

—Nathan deberá permanecer apartado de su padre durante el tiempo que conlleve la realización de las pruebas pertinentes.

Alec parecía a punto de estallar. Era una bomba de relojería con el segundero cerca del límite. Olivia se acercó y dubitativamente estiró sus dedos hasta rozar los de él. El perfil masculino de Alec se relajó. Su mano abarcó la de Olivia con fuerza.

—Según los papales que traía consigo —dijo él con la voz rota—, Naisha me otorga la custodia total. Ha renunciado a él. Me lo devuelve como si fuera una simple baratija. Ahora no puedo dejarle abandonado en un hogar de acogida hasta que los psicólogos se den cuenta de que el mejor lugar en el que podrá estar jamás es conmigo.

—Lo siento, señor Carrington —el asistente había perdido el gesto de berro amargo y lo había transformado en paciencia extrema en cuanto el niño hizo su aparición—, ya ha visto la respuesta de Nathan. Nosotros únicamente buscamos lo mejor para los niños. Y ahora mismo, no es junto a usted.

—¿Y cree que es mejor junto a unos extraños? ¡Por todos los cielos, solo tiene cinco años!

—Bueno —el asistente dirigió su atención hacia Olivia—, parece que ha establecido una relación de confianza con la señorita Barnett. Quizás...

Olivia dirigió su mirada a los tres adultos que mantenían las suyas fijas sobre ella.

—¿Yo? Le aseguro que lo único que he sabido cuidar en mi vida por debajo del metro de altura ha sido un perro y un cactus.

—Solo será hasta que el pequeño se adapte a su nueva situación y pase los exámenes pertinentes —añadió el asistente, como si la decisión estuviera irremediamente tomada.

Alec apretó aún más su mano, seguramente de forma involuntaria, consciente de lo que le estaban solicitando y de la responsabilidad que conllevaba. Olivia se giró hacia él.

—Nathan puede quedarse conmigo todo el tiempo necesario —dijo—. Aunque te advierto una cosa. No será culpa mía si te lo devuelvo convertido en un adicto a la lectura.

La sonrisa aliviada de Alec hizo que, de nuevo y por desgracia, miles de mariposas volvieran a encontrar en el estómago de Olivia un alocado parque de atracciones. Realmente, regresar a la cordura iba a ser una tarea imposible.

Durante dos semanas Olivia se dio cuenta de que, si antes había considerado su vida ajetreada, en ese momento aquel adjetivo se quedaba escueto. Trabajar y cuidar de un niño parecían términos incompatibles y se maravillaba de ver cómo otras mujeres u hombres conseguían llevarlo a cabo sin volverse locos.

Apenas conseguía descansar, ya que Nathan tenía unas pesadillas terribles. Solía acabar metiéndose en su cama y dormían acurrucados, por lo que, cada mañana, se levantaba entumecida como un higo arrugado y con dolores en todos los huesos.

En la editorial, Nathan se había convertido en una especie de conejillo de indias con el que probaban el grado de satisfacción de los libros infantiles de su catálogo. Tina había dejado su trabajo por las mañanas en el Cheers y se llevaba de paseo a Nathan para que Olivia pudiera mantener sus reuniones con tranquilidad.

Después de comer, Olivia se tomaba la tarde libre para estar con Nathan y ya había recorrido con él todo Boston, mientras dejaba mensajes para que Alec conociera su ubicación y pudiera ver a su hijo, aunque fuera en la distancia. No les habían permitido aún ninguna visita y pese a que los exámenes que iba pasando Nathan estaban siendo muy favorables, aún quedaba uno más extenso y crucial. Las llamadas que intercambiaron Olivia y Alec esos días siempre versaban sobre el niño, pero antes de despedirse había un silencio, un espacio que Alec mantenía unos segundos y en el que Olivia debía controlarse para no hablar.

Estaba preocupada. Sabía que una vez que Nathan volviera con su padre iba a dejar un gran vacío en su vida, como también sabía que perdería el único vínculo que mantenía con Alec. Y ambas cosas le dolían de una forma inimaginable.

—¿No está el crío? —Benjamin asomó la cabeza en el despacho de Olivia y miró hacia el rincón en el que Nathan solía jugar con unos trenes que él le había regalado.

—Tina se lo ha llevado a ver los peces al puerto. No creo que tarden mucho, así que espéralo aquí si quieres. Te ha cogido mucho cariño.

—¿Viene Tina? —el rostro de Ben se encogió de dolor. Resultaba curioso y a la vez muy emotivo comprobar aquel estado en el hasta entonces inquebrantable y firme editor—. No,

prefiero... bueno, tengo mucho trabajo. Le he comprado un cohete a Nathan —avanzó un par de pasos y dejó una caja envuelta en la mesa de Olivia—. Hazme el favor de dárselo cuando vuelva.

Olivia se levantó de su silla y agarró a Benjamin del brazo antes de que se diera a la fuga.

—¿Qué sucede, Ben? —le observó preocupada—. ¿Ya no es Tina la diosa entre las diosas?

—En este caso, voy a ser vulgar, Olive. No me queda otra —tomó aire—. Valentina es un grano en el culo.

Olivia soltó una carcajada haciendo que el gesto contrariado de Ben se multiplicara por cien.

—Por Dios, Benjamin. ¿Qué te ha hecho esa bruja para que digas algo tan soez?

—La odio. Es un sentimiento que va a matarme tan despacio como una de esas novelas de fantasía que te da por publicar. Es horrible, perversa, maquiavélica y... desesperadamente adorable. Pero ya no puedo más.

»Me he dado cuenta tarde de que yo no puedo amar sin entregar mi corazón íntegro, pero si la otra persona no hace lo mismo... No me siento feliz.

Olivia asintió en silencio. Cuánta razón tenían aquellas palabras y cuánto dolor había en ellas.

—¿Se lo has dicho?

—Sí, y por ello me he partido en mil pedazos. No quiero sentirme así. Era más dichoso cuando solo la literatura ocupaba mi alma como un temible hongo xilófago.

—Si Tina te deja ir, estará cometiendo el mayor error de su vida.

Benjamin esboza una sonrisa tan amarga que Olivia se quedó desolada.

—Ya me ha dejado ir, querida Olivia. Ya me ha dejado ir —y después se alejó hacia las escaleras con la cabeza gacha y el corazón completamente roto.

Olivia no esperó a que Tina llegara al edificio de la editorial. La interceptó al final de la calle Hull, donde esta se encontraba con la vieja iglesia de Old North. Tina y Nathan regresaban de la mano, entonando una canción de Elvis, y ambos se sorprendieron cuando se toparon con una acalorada Olivia, a punto de entrar en ebullición.

—Parece que alguien se ha dejado un grifo abierto, ha inundado media editorial y estropeado diez libros incunables —dijo Tina frunciendo el ceño.

—Más o menos —Olivia tomó en brazos a Nathan y le dio un sonoro beso en el moflete mientras comenzaban a caminar—. Tina, sabes que jamás te he dicho nada de los sujetos extraños o individuos insensibles con los que te juntas. Siempre he pensado que buscabas gente sin compromiso, como tú querías. Pero ahora...

—Ahora me he visto involucrada con un amigo tuyo y eso te molesta.

—¡Claro que no! Ben está hundido, aunque sé que lo superará pasado un tiempo, pero tú... ¿Qué demonios quieres tú, Tina? Estás perdiendo la oportunidad de que te amen como te mereces.

—No sabes si me lo merezco.

Olivia se mordió el labio inferior hasta hacerse daño. Como Nathan comenzaba a mirarla con preocupación, esbozó una sonrisa.

—A ver, Nathan. ¿Tú crees que Tina es guapa, buena y lista? —le preguntó.

—Sí —asintió el niño con un movimiento de la cabeza y enseñando todos los dienteillos a su amiga.

—¿Y si tú fueras grande como tu papá te gustaría casarte con ella?

—No. Es muy vieja —contestó el pequeño haciendo que Tina se echara a reír—. Pero creo que a Ben eso no le importará, porque la mira como si fuera un helado de chocolate.

Las dos mujeres se quedaron calladas con los ojos puestos en el niño. Tina sorbió por la nariz conteniendo un acceso de llanto que en ella podía durar días.

—Mierda, Olivia —dijo Tina con los ojos anegándose en lágrimas—. Me muero por ser el helado de chocolate de Benjamin.

Olivia llevaba casi dos horas esperando en una austera sala a que finalizaran las últimas pruebas de Nathan, y aquello la llenaba de desasosiego. ¿Podría regresar con su padre? Y si no, ¿se lo podría quedar ella? ¿Podría educar a un niño sin tener ni idea de cómo hacerlo?

Agitó la cabeza para que sus pensamientos dejaran de volar tan lejos y regresaran al presente. Estaba terriblemente cansada y le dolían los riñones de aquellas torturas extremas llamadas sillas. Como no había nadie más en la sala, y no parecía que fuera a haberlo en los siguientes tres siglos, se tumbó utilizando tres de las sillas como cama y el bolso de almohada. Cerró los ojos.

Se despertó consciente de que se había dormido completamente y no solo unos segundos. Su cabeza no estaba apoyada sobre el incómodo bolso, sino que reposaba sobre unas piernas. Abrió los ojos y miró hacia arriba.

Era Alec.

Mantenía la cabeza apoyada en la pared y los párpados cerrados, su rostro parecía extenuado de aquel infierno. Una de sus manos descansaba sobre el brazo de Olivia, haciendo que su piel estuviera tibia bajo su contacto.

Despacio y en silencio, Olivia comenzó a incorporarse aturdida. El reloj de la pared marcaba una hora y media más. Notando su movimiento, Alec giró el rostro hacia ella. El color de sus ojos cogió fuerza hasta adquirir aquella mirada turbadora que perseguía a Olivia desde diciembre.

—Hola —murmuró—. Veo que no soy el único al que descansar se le hace una tarea imposible.

—Nathan ya no tiene tantas pesadillas, pero a veces está muy inquieto y solo se tranquiliza si me acuesto con él.

—Es un truhan muy listo.

Olivia esbozó una sonrisa cansada. Resultaba tan difícil encontrarse a unos centímetros del cuerpo de Alec como estarlo a kilómetros. Ya no tenía ganas de escapar de aquello, únicamente debía mirarlo cara a cara y hacerle frente.

—Alec, yo... —comenzó a decir sin haberlo meditado.

—Te agradezco muchísimo lo que estás haciendo por Nathan y... por mí —la interrumpió él—. Te puedo asegurar que en cuanto me lo den, te dejaremos tranquila. Sé que solo te he causado inconvenientes, he desbaratado tu vida y te he hecho sufrir. Lo siento mucho, Olivia... de verdad que lo siento.

Olivia se había quedado en blanco. Por primera vez en su vida ni una sola palabra ocupaba su cabeza. Había tantas cosas que quería decir, tantos sentimientos y experiencias que relatar y ni una sola letra para verbalizarlos. No podían arrebatarse a Nathan y tampoco... tampoco quería quedarse sin Alec.

—Yo no...

La puerta de la sala se abrió. Apareció la misma mujer que se había llevado a Nathan

acompañada por el asistente social.

—Ya tenemos los resultados —dijo con una amplia sonrisa mirándolos a ambos—. Conseguir que Nathan afronte sus recuerdos y no los tema va a ser un proceso largo. Sin embargo, es usted muy afortunado, señor Carrington. Tiene un hijo estupendo y estamos seguros de que seguirá siendo un buen padre. Puede pasar a por él en cuanto quiera.

Alec se levantó activado por un resorte. Su mirada se entrelazó un segundo con la de Olivia, ella asintió con la cabeza instándole a ir y trató de esbozar un intento de gesto tranquilizador.

—Ve con tu pequeño —pensó viéndole marchar—. Él te necesita mucho más que yo.

El tren de las siete y cuarto desapareció de la vista de Olivia mientras esta soltaba mil improperios y se dejaba caer disgustada en el banco de la estación. Aunque la temperatura del cercano verano conseguía evaporar sus molestias, no la dotaba, evidentemente, de la rapidez de un velociraptor para alcanzar un tren.

Quince minutos y tres capítulos de la nueva novela después, llegó el tren de las siete y media. Atiborrado como siempre e igual de desapacible y arisco, Olivia se hizo hueco a codazos, tomó posición en una esquina e involuntariamente buscó con la vista a alguien que le sacara una cabeza al resto de los ocupantes del vagón.

No lo halló.

No sabía nada de Alec desde la última prueba de Nathan, más de una semana atrás, y había tenido que esforzarse para evitar escribirle o llamarle, para permitirle encauzar su nueva vida junto a su hijo.

Las puertas del tren iban a cerrarse cuando alguien se lo impidió. Olivia se encontró de frente con el chico portador de la mirada turbadora, a menos de un metro de distancia.

—Hola —su voz ronroneó como en un espejismo y el corazón de Olivia se lanzó a galopar a lo loco—. Eres Olivia, ¿no?

—¿Nos conocemos? —bromeó ella con una sonrisa boba en la cara, dejándole sitio a su lado.

—Eso creo. Me recuerdas a una chica espectacular que conocí un verano. ¿Se me puede considerar como un acosador si te encuentro alguna vez y de forma espontánea en este tren de camino a mi nuevo trabajo?

—Según la señora Potter, un hombre sumamente atractivo con un cielo de hijo ha alquilado el apartamento de su sobrina, a escasos cinco minutos de mi casa. Eso sí que podría rozar el acoso —Olivia se mordió el labio para no caer en el atontamiento mental de la semana anterior—. ¿Qué tal está Nathan?

—Bien. Es curioso, pero echa más en falta al perro que a su madre —la lucha contra las puertas correderas del vagón parecía haber dejado a Alec exhausto o, quizás, nervioso porque su rostro estaba tenso—. La verdad es que habla tanto de ti que va a volverme loco. He intentado, lo juro, dejarte tranquila; tratar cada día de olvidarte un poco, de desengancharme del endiablado hechizo que me echaste hace muchos años. No lo consigo. No puedo.

Olivia inspiró hondo. Aquel era el momento de hablar:

—Yo tampoco.

El rostro de Alec fue un compendio de emociones. Sus ojos brillaron de una forma arrebatadora.

—Tengo mil defectos y cicatrices —añadió Olivia sabiendo que no podía detenerse a meditar lo correcto, sabiendo que entonces le costaría un mundo volver a empezar—. Soy un poco

maniática en el trabajo y terriblemente desordenada en casa. Jamás podré tener hijos, un accidente me arrebató esa posibilidad, lo mismo que me quitó los recuerdos de diecisiete años muy felices. Resumiendo, soy un completo desastre. Pero de pronto, y por una vez, tengo las cosas claras.

»En el cementerio de Copp's Hill alguien me dijo parafraseando a Edgar Allan Poe que «a veces estoy aterrorizado de mi corazón; de su constante hambre, de lo que sea que quiera.» Yo sé lo que quiere el mío, Alec. Es... a ti.

Él la observaba inmóvil, completamente sorprendido. El silencio se había hecho en todo el vagón. Los pasajeros no perdían detalle de sus palabras y los miraron expectantes.

—¿Me estás haciendo algún tipo de proposición? —preguntó Alec cuando Olivia se dio cuenta de lo que sucedía a su alrededor y el color bermellón subió a sus mejillas.

—Oh, no. Eso alimentaría tu ego y te convertiría en alguien insoportablemente presuntuoso.

—¿Más? Imposible —el vagón se movió bruscamente y Alec chocó con Olivia. Se mantuvieron pegados sin ni siquiera hacer el ademán de separarse. Él olía demasiado bien y emanaba un tibio magnetismo imposible de romper—. Pero a riesgo de parecer un engreído he de afirmar, con absoluta rotundidad, que las horas que hemos pasado juntos han sido las mejores de mi vida y sé que también de la tuya, porque, quieras o no, estamos hechos para estar juntos y no deseo, ni puedo, separarme de tu camino.

Olivia miró hacia otro lado para calmar la ebullición de sus mejillas o al menos para evitar que fuera demasiado evidente. Una mujer hacía gestos extraños con la cabeza desde un asiento cercano, animándola a seguir.

—El otro día en tu casa —continuó Olivia ante la evidente alegría de la mujer—, cuando te vi tendido en el suelo, pensé que habías muerto y me di cuenta de que... no podría soportar vivir sin ti —avergonzada, dirigió la mirada hacia la ventana, escapando de aquel iris azul que transmitía demasiadas emociones. Las torres de la ciudad se perfilaban con el sol madrugador detrás—. Mira, llegamos a Boston. Nos quedan tres minutos escasos para despedirnos.

—Es más que suficiente —Alec la aprisionó contra el cristal y, enredando las manos en su pelo, impidiéndole cualquier maniobra de escape, la besó.

Puede que hubiera algún aplauso, incluso algún silbido en el vagón, pero ellos no se dieron cuenta. La estación Norte, alta y moderna, les engulló. Los viajeros empujaron para salir, y Olivia y Alec tuvieron que dejarse arrastrar por la marabunta. En el andén, de la mano, ambos dirigieron su mirada hacia la salida. El tren de las siete y media pitó a sus espaldas a modo de despedida y abandonó la estación.

A pocos metros surgía la ciudad antigua, las enrevesadas callejuelas de siglos olvidados, con historias y leyendas ocultas en cada piedra y en cada esquina, donde los escritores habían puesto su alma y donde los lectores habían soñado. Boston se presentaba como una nueva vida para los dos, como un nuevo desafío para el que no cabían dudas ni una pizca de temor.

Junio - 1 año después

Sarasota (Florida)

La playa del Cayo Longboat estaba tranquila a aquellas horas. Era una larga lengua de arena blanquecina entre las aguas turquesas del golfo de México y la bahía de Sarasota, un prodigio de la naturaleza que se había visto infestado por un par de campos de golf, hoteles y miles de casas de veraneo con sus cuidados jardines y sus pequeños embarcaderos.

Olivia levantó ligeramente la vista del libro que leía y echó un vistazo al grupo que jugaba al vóley a pocos metros de distancia. Y allí estaba Alec, luciendo cuerpo y habilidades deportivas, mientras las chicas del paseo le observaban sin disimulo. Como ella.

La pelota surcó el aire cual cohete y aterrizó de súbito al lado de la toalla de Olivia. Se giró hacia la bola con ganas de devolvérsela a los jugadores con la suficiente fuerza como para noquearlos de inmediato.

—Hola, rizos —la sombra alargada de Alec se extendió por la toalla de Olivia—. ¿Me pasas la pelota?

—No —ella mantuvo el balón entre las manos, abrazado contra su cuerpo.

—¿No? —Alec levantó una ceja, sorprendido, mientras se agachaba en cuclillas a su altura—. ¿Tendré que arrancártela?

—No te atreverás.

Entonces Alec curvó sus bonitos labios en una impresionante sonrisa y Olivia hizo lo peor que podía hacer: mirárselos, deslizar sus ojos hacia su boca con el aire contenido en los pulmones.

—No me das alternativa —Alec le quitó la pelota en un solo y rápido movimiento que la dejó con la sensación más absoluta de idiotez suprema que era posible mostrar en cualquier universo y, empujándola hacia la arena, la besó como si no hubiera ningún ser viviente en diez kilómetros a la redonda.

—¡Papá! —Nathan llegó hasta ellos corriendo y se subió en la espalda de su padre—. Estás aplastando a Olivia.

Alec rio rodando de costado y atrapó a su hijo.

—Olivia está perfectamente, quizás un poco acalorada —le guiñó un ojo a Olivia, que resopló apartándose un mechón despeinado de la cara—. ¿Os parece si regresamos a casa?

—Los abuelos me han prometido un trozo de tarta de postre —Nathan comenzó a recoger sus juguetes de playa y los metió en una diminuta mochila que llevaba a todas partes.

Alec ofreció una mano a Olivia para ayudarla a levantarse y, abrazados, cruzaron sobre la pasarela de madera, dejando atrás la playa entre los edificios de apartamentos. Tenían sus bicicletas atadas a una farola a escasos metros y comenzaron a pedalear con Nathan a la cabeza, bordeando la verde llanura del campo de golf de Longboat hasta la carretera principal que recorría el Cayo de punta a punta y lo unía con tierra firme. A aquellas horas no había demasiado tráfico y se internaron rápidamente entre las callecitas que finalizaban en la bahía de Sarasota, con sus preciosas casas y mansiones entre gigantescas palmeras y arbustos en flor. Llegaron a la calle Birdie, al final de la cual, junto a la colosal casa de color salmón y pórtico con columnas de sus vecinos, se encontraba la sencilla construcción que una vez fue de los abuelos de Olivia y ahora pertenecía a sus padres.

Dejaron las bicicletas junto al garaje y entraron con el estómago rugiendo de hambre. Resultaba muy extraño que su madre no saliera a recibirlos para abrazar a Nathan y llevárselo como pinche a la cocina, como venía haciendo desde que llegaron a visitarlos una semana atrás.

—Deben de estar en el jardín —dijo Alec leyéndole la mente. La tomó de la mano y la condujo hacia las enormes cristalerías que daban a la bahía de Sarasota.

—¡Feliz cumpleaños!

En cuanto traspasaron las puertas, un grito descomunal de varias voces al unísono hizo que Olivia diera un bote y se asiera al brazo de Alec como un mono aterrorizado.

Decenas de algo parecido a gnomos de jardín comenzaron a surgir por todas partes, caras conocidas riendo y aplaudiendo al ver el desconcierto de Olivia y su gesto de sorpresa.

Amy Liu, su vecina y compañera de aventuras desde que llegara al Cayo más de veinte años atrás, fue la primera en abrazarla. Habían llegado al acuerdo de encontrarse todas las Navidades y alguna semana del verano en Sarasota. Despacio y sin presión iban a ir rellenando con palabras y recuerdos las inmensas lagunas que siempre perdurarían en la mente de Olivia, pero que ya no conseguían angustiarla.

Sus amigos del colegio, su pandilla inquebrantable, la rodearon en un cariñoso gesto, que consiguió que los ojos de Olivia comenzaran a fabricar lágrimas sin cesar. Allí estaban todos: el peculiar Taylor devorando las famosas empanadillas de su madre con su preciosa novia daltónica, la perseverante Chloe y su llamativo marido vestidos con el verde de los Boston Celtics, el musculoso y adorable Matthias junto a un atractivo joven (¿no se trataba de uno de los actores de *Los Bridgerton*?) con el que parecía existir una maravillosa complicidad.

—No me la atosiguéis —Tina fue apartando a sus amigos a empujones y después se colgó del cuello de Olivia—. ¿Qué hago contigo? Has conseguido que vea a un editor inteligente y flacucho como si fuera un absoluto adonis —señaló con la cabeza a Benjamin Morrison (y a su inmaculada camisa) que compartía risas con Rebecca, mientras esperaban su turno para felicitar a su compañera de Cutter & Cross—. Me has hecho sumamente feliz. ¿Cómo te lo puedo agradecer?

—¿Qué tal como canguro de Nathan un sábado al mes? —Alec contestó viendo que Olivia estaba cerca de la deshidratación absoluta por la llorera que le había dado y no podía articular palabra.

—Me parece perfecto —Tina se giró hacia Ben y este acudió raudo a su encuentro, como un caballero medieval en pos de su dama o como un Aragorn más aseado a por su propia Arwen.

Olivia observó encantada a sus inigualables amigos, a sus perseverantes padres, al pequeño y bailongo Nathan y a su perfecto chico del tren.

Poco a poco el sol majestuoso de junio se encaminó hacia el horizonte. Los últimos rayos barrieron el jardín, pintaron el agua mansa de la bahía y desdibujaron el perfil de los edificios de la ciudad. Olivia apoyó la cabeza en el pecho de Alec y este la abrazó.

La atmósfera se tornó tan fascinante como una vez debió de parecerle siendo niña. Se imaginó leyendo en el embarcadero, disfrutando de una vida que creía sencilla e inigualable y pensando en un chico irresistible al que el destino, astuto y enrevesado, puso de nuevo en su camino con la ayuda de un mágico vagón de tren.

Agradecimientos

Como siempre, nada de lo que sucede en el camino desde que una idea irrumpe en mi cerebro, cual flecha envenenada, hasta que llega a tus manos en forma de novela, podría haber ocurrido sin el apoyo constante de mi familia, de mis amigos, de mis grandes lectores y, por supuesto, de mis editores

Tengo que admitirlo, los escritores somos seres parcialmente humanos. Aunque gocemos de la cualidad de hacer sufrir y amar a nuestros personajes, de diseñar escenarios y paisajes, de urdir maquiavélicas tramas y extraños desenlaces, no podemos conseguirlo sin todo el entramado de entusiasmo, ánimo y confianza que se crea a nuestro alrededor.

Gracias por leerme, por vivir lo que en un principio fue solo un sueño. Gracias por comentar, reseñar o difundir, por cada granito de arena que en tu mano puede convertir esta novela en algo aún mayor.

Quedan muchas historias por contar. Os espero con fuerza e ilusión en la siguiente.

Raquel Villaamil

La autora



Raquel Villaamil

Nacida en Madrid con ascendencia norteamericana, es una devoradora incansable de libros y una escritora precoz que creó su primer cuento con seis años y completó su primera novela con nueve. Todavía en el colegio, ganó como premio acudir a la Feria del Libro, una experiencia que acabó de decidirla en su vocación. Su debut literario lo protagonizó con *Manhattan Beach* (2015), trilogía romántica que Dièresis ha editado en su integridad. En 2021 publicó con nosotros *El club de lectura Broadway*, novela romántica ambientada también en Estados Unidos, que ha sido un gran éxito con dos ediciones y una adaptación a audiolibro que se ha situado entre las más escuchadas de la plataforma Storytel. Es autora también de las novelas de fantasía *El aviso de los cuervos* y *El libro de las invasiones*.